Eduardo Mendoza Meléndez

La Campaña de la Breña

TERCERA EDICION
Revisada, corregida y aumentada

TOMO II

Lima, 1993



Primera edición, 1981
Segunda edición, 1983
Tercera edición, 1993

Larco Herrera 1024
Magdalena del Mar
Teléfono: 610153
Lima
Perú

Editado por FERNANDO ALIAGA
Hermanos Catari 595
San Miguel
Teléfono: 513038

Impreso en el Perú
Printed in Peru



DEDICATORIA

A los heroicos combatientes de los batallones Concepción Nº 27 y Nº 7 que se inmolaron en los campos de batalla, desde San Juan y Miraflores hasta Huamachuco.

A los legendarios guerrilleros de la Campaña de la Breña y al valiente pueblo de Concepción que en el ara de la patria ofreció su holocausto el 9 y 10 de julio de 1882.

A los vencedores de los combates de Concepción, Marcavalle y Pucará, a los cien años de su gloria y en apoteosis a sus hazañas.



"Los pueblos que olvidan sus tradiciones pierden la conciencia de su destino; y los que se apoyan sobre tumbas gloriosas, preparan mejor su porvenir."

NICOLÁS AVELLANEDA

"El sacrificio de nuestros antepasados es el mandato imperativo de defender e integrar lo nuestro ..."

MANUEL PÉREZ FIGUEROLA



A mis amores de siempre:
mi pueblo, mi madre y Zoila,
mi compañera.



ARCHIVO Y COLECCIONES FOTOGRAFICAS

Archivo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú. Archivo Eugene Courret. Biblioteca Nacional de Lima. Colección Javier Prado Heudebert. Colección Juan Valladares Martínez. Colección Eduardo Mendoza Meléndez. Colección de la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú. Archivo de la Sección Investigaciones de la Biblioteca Nacional. Archivo de La Voz de Huancayo.

VIII

OPERACIONES DE LA COLUMNA TAFUR

En la ejecución del plan de contraofensiva, el coronel Máximo Tafur fue designado para actuar por la margen derecha del río Mantaro, teniendo como objetivo principal la ocupación de La Oroya y el control o la destrucción del estratégico puente sobre el río Mantaro.

1. ORGANIZACION Y MEDIOS

Los medios que el general Cáceres puso a sus órdenes consistían en un batallón de infantería con un efectivo de 120 hombres y, además, debía contar con las guerrillas organizadas entre Chupaca, Sincos y Huaripampa, para lo cual con toda anticipación envió, a esos lugares, a los tenientes coroneles Toledo, Arauco y Meza. Estos lograron organizar fracciones de 100 guerrilleros en sus respectivos sectores, haciendo un total de 300 hombres; debiendo contar, además, con el apoyo oportuno de los guerrilleros de Casapalca, ya alertados, a quienes Tafur debía dar instrucciones precisas para la operación. El destacamento así constituido debería formar, pues, el brazo izquierdo de la tenaza que debía cerrarse en La Oroya; pero su ejecución estaba condicionada a la estricta observancia de las características de la guerra de montaña: GRAN MOVILIDAD, SECRETO y SORPRESA. En



montaña, además, la descentralización del comando es la regla; la compartimentación del terreno lo impone; quien toma el comando de una unidad asume, en la zona donde actúa, mayores responsabilidades, porque debe proceder casi independientemente; Gastó y Tafur actuarían en estas condiciones, con pequeños efectivos, porque tampoco habrían podido actuar con grandes masas de tropas, por las dificultades que ofrece el terreno para su despliegue y desplazamiento. Por lo demás, para cumplir la misión que recibió, bastaban los pequeños efectivos que le asignaron, siempre y cuando se basase en una gran movilidad, dentro de un gran radio de acción y que actuase con empeño audaz. Tafur no cumplió satisfactoriamente su misión, quizá porque no estaba plenamente imbuido de esta forma especial de operaciones, por falta de responsabilidad, o porque no interpretó bien la misión. Es verdad que no disponía de caballería, ni de medios adecuados de comunicaciones para mantener el enlace, pero, en cambio, siempre tuvo la ventaja de actuar convenientemente informado, sobre las actividades del enemigo, por los guerrilleros de las rutas que lo secundaron incondicionalmente.

2. TAFUR INCUMPLE SU MISION

El comandante Ambrosio Salazar, refiriéndose a la acción del coronel Máximo Tafur dice:

> "Tardaron mucho en prepararse, hasta que a fines de junio del 82 llegó de Ayacucho el coronel Máximo Tafur, nombrado comandante general de las guerrillas de la banda occidental del Mantaro. Juntamente vinieron, también, los tenientes coroneles Arauco, Meza, Toledo y Ocampo, comandantes militares, respectivamente, de los distritos de Chupaca, Sincos y Huaripampa; jefes del ejército experimentados, pero que condujeron a todas las guerrillas de aquella banda al triste fracaso de La Oroya, el 5 de julio de 1882".

Tafur luego de abandonar el valle, con mucha anticipación, avanzó por los senderos de las pendientes occidentales opuestas a las que descienden al Mantaro; pero lo hizo en una forma muy lenta, deteniéndose en las haciendas y poblados de la ruta innecesariamente; esto hizo perder las características que la operación requería para obtener éxito, haciendo fracasar el plan



Coronel Máximo Tafur sobre quien recayó la difícil misión de destruir el puente de La Oroya

general de contraofensiva. En efecto, su avisado, lento y muy anticipado desplazamiento puso en guardia a los defensores de La Oroya que se reforzaron en los lugares que más les convenía para batirlos. Tafur debió partir y avanzar en estricto secreto y con rapidez para alcanzar La Oroya el día preciso, esto es el 9 de julio de 1882. El teniente Francisco Meyer, jefe de la guarnición, en el parte que eleva a Barahona, dando cuenta de las acciones que se realizaron con las fuerzas de Tafur, manifiesta que el día 3 de julio, a las 11 del día fue

> "notificado por un paisano de la existencia de 400 montoneros en Huari; poco después el inspector municipal del lugar confirmó el dato, manifestando que se encontraban en Huari a cuatro leguas de La Oroya".

En posesión de estos datos pidió refuerzos al comandante Barahona que se encontraba en Tarma y al comandante Gutiérrez, jefe de la guarnición de Cerro de Pasco y Junín; aquel le envió inmediatamente un escuadrón a órdenes del teniente Tristán Stephen; el comandante Gutiérrez lo reforzó con 140 hombres, así incrementada la guarnición, que comprendía inicialmente 200 hombres de infantería y elementos de caballería en La Oroya, esperaron el ataque avisado del enemigo. El teniente Meyer envió un pelotón de caballería a Huari, el que hizo un corto y medroso reconocimiento en esa dirección por las orillas del Mantaro; informándose que los guerrilleros que se encontraban en ese lugar estaban a órdenes del comandante Toledo y que el resto permanecía en Chacapalpa con Tafur. Entre tanto, los guerrilleros de Casapalca, que habían avanzado hasta Yauli en dirección a La Oroya, mal coordinados, emprendieron un ataque el 4 de julio, avanzando de oeste a este, sorprendiendo a los chilenos que no esperaban el ataque de esa dirección, causándoles considerables bajas para ser luego repelidos y perseguidos por la caballería de Stephen que acababa de llegar. La vanguardia de la fuerza de Tafur, al mando del comandante Toledo que avanzaba de Huari, de sur a norte, alcanzó La Oroya a la 1 y 30 de la madrugada del 5 de julio; según el parte de Meyer,

> "venían a atacar desplegados; al hacerles el alto contestaron con fuegos", [a lo que agrega], "realizado el asalto fueron repelidos, habiendo dejado 16 bajas; se llevaron muchos heridos...".



Sin embargo, en el mismo parte asegura:

> "se apoderaron un rato de las casas que ocupan el cuartel y la comandancia, no pudiendo cortar el puente por haber sido defendido valerosamente; al llegar mi tropa pude batir con ventaja al enemigo desalojándolo de las posiciones que habían tomado y salvar el puente que estuvo seriamente comprometido".

Igualmente, refiere que los guerrilleros se apoderaron del pesebre donde había pasto y lo incendiaron, así como la bodega que contenía lana. Los atacantes se llevaron algunos caballos.

Habiéndose perdido el secreto y encontrándose convenientemente reforzado y alertado el enemigo, la operación estaba destinada al fracaso. Además, como se ve, los ataques fueron realizados en forma aislada, fragmentaria, en días diferentes y sin coordinación; primero los guerrilleros de Casapalca, luego, al día siguiente, la vanguardia del destacamento, sin esperar a que se les uniera el grueso. El general Cáceres en el parte que eleva el 22 de julio en Tarma, manifiesta que había ordenado también al subprefecto de Huarochirí que simultáneamente los guerrilleros de esa provincia dieran el golpe en masa a la guarnición de Chicla, agregando:

> "Estos objetivos no llegaron a conseguirse –el de Tafur y el de los guerrilleros de Huarochirí– porque no se ciñeron a mis instrucciones y los combates se dieron sin guardar el esfuerzo necesario para asegurar los resultados".

Los chilenos sufrieron bajas considerables en las dos acciones, pero el puente quedó intacto; y cuando tuvieron conocimiento de la iniciación de la contraofensiva general, con las acciones de Marcavalle, Pucará y Concepción, desertaron de La Oroya 30 chilenos de los "bravos" o "valientes" con los indefensos, y se internaron en las selvas de Chanchamayo. Las deserciones en el ejército chileno eran frecuentes; así el 13 de mayo de 1881, el capitán Araneda, sorprendió y envió a Lima a dos desertores que abandonaban sus filas para dirigirse a Jauja a entregarse a Piérola; ellos eran: Alejandro Silva y Baldomero Bustamente, según la nota con que da cuenta a sus superiores Araneda.

Por lo demás, el general Cáceres teniendo en cuenta la importancia de la misión encomendada a Tafur, ya que no tenía ninguna información de él, por lo menos al aproximarse a Tarma,



debió buscar insistentemente su enlace. Quizá, la falta de caballería, convenientemente armada, no le permitió buscar ese enlace. Gastó y Tafur, al no imbuirse profundamente del espíritu del plan integral y del contenido de su misión particular, incumplieron su tarea y dejaron inconclusa la contraofensiva que, en Tarma y La Oroya, pudo haber acabado con los invasores. Finalmente, haremos nuestras las expresiones del ya citado coronel Morales a su corresponsal, el mayor Velasco, y que a la letra dicen:

"El resultado de la segunda campaña del ejército del centro es la más gloriosa de la presente guerra. Por primera vez el ejército peruano ha tomado la ofensiva, y por primera vez también la victoria ha coronado los sacrificios del Perú, salvando el interior de la república del dominio y humillación extranjera".

"Hemos salvado el interior de la República del dominio y la humillación extranjera; hemos enseñado a los pueblos a combatir contra el ejército de línea y hemos, en suma, comenzado la paz de la política de guerra. El Perú no puede ser dominado sino en la costa; y ésta misma, alentada con el heroico ejemplo de la sierra, puede tal vez muy pronto sacudir el yugo chileno...".

El coronel Víctor Elguero Salomón, en una interesante conferencia dictada en el CEHM del Perú, dijo:

"La ocupación chilena de prepotente y altiva se convierte en medrosa; las tropas araucanas son retadas en un terreno en el cual no contarían con la ventaja de su escuadra; la superioridad de sus medios militares se atemperaba en un medio que les era hostil; ahora se encontraba con un peruano que sabía esgrimir la galga, la honda y el rejón; que por cada metro de terreno cedido, era un chileno muerto, herido o en fuga. En este terreno fueron dejando, jalonado, el camino del deshonor con asesinatos y repase de heridos y rabonas, con incendio, robo y depredaciones sin fin. La ocupación se convirtió en indeseable; cada vez con más angustia clamaron por la firma de la paz y el repliegue a su país. Ahora ya no sólo morían los rotos de la primera oleada invasora; ya también eran niños



de la sociedad mapochina que habían venido a gozar de las delicias del triunfo. La presión de la prensa y de la alta sociedad chilena se hacía escuchar, había que terminar con una guerra que estaba resultando demasiada larga y costosa. A la galga, la honda y el rejón, se sumaba el soroche, la uta, el tifus. El regreso de las tropas de la sierra presentaba cuadros dolorosos: desamparados y hambrientos; ya los ojos de estos araucanos no estaban rojos de codicia, sino del 'surrumpi'.

Y nos podríamos preguntar: ¿Cómo y por qué se produjo ese cambio de dirección de triunfo y derrota, de soberbia a desencanto?.

La respuesta es, por Cáceres y sus breñeros, y por los Andes... el chileno era sanguinario en el éxito y pronto al desaliento en la derrota; su disciplina era endeble y superficial; su entrenamiento había tenido lugar frente a las tribus araucanas; el abuso del licor lo convertía en vándalo; en Chorrillos, por el afán del robo, había llegado hasta el asesinato de sus jefes y oficiales..."

3. REPERCUSION INTERNA

La retirada de la expedición de del Canto (regresando a la costa desde la sierra central), se interpretó por los nuestros como una victoria nacional, ya que fue obligado a abandonar el territorio ocupado, sufriendo fuertes bajas. Al mismo tiempo, se interpretó por los chilenos como una gran victoria del ejército de su país, ya que burló con éxito su total aniquilamiento. De este último criterio participó Miguel Iglesias, en la breña norperuana, evidenciando las connotaciones e implicancias políticas y diplomáticas, de lo que él también consideró una victoria chilena. Desde su punto de vista, los hombres de la breña habían realizado su último gran esfuerzo, sin resultado positivo alguno, de carácter definitorio. Se imponía, pues, poner fin a un estado de cosas que, en el mejor de los casos, representaba una posición ambigua y, a la postre, suicida. Resuelto por la paz, Iglesias disuelve las tropas que se habían batido gloriosamente en San Pablo, para que no existan las exacciones de la expedición Carvallo Orrego; y dirigiéndose a su hacienda Udima, en Chota, lanza en la hacienda



Montán, propiedad de don Rufino Espinoza, el tristemente célebre "Grito de Montán"[1] el 31 de agosto de 1882, por el cual declaró terminada la guerra con Chile. Seguidamente declara el desconocimiento del gobierno de Montero, por parte de los departamentos del norte, y la convocatoria de una asamblea legislativa, reunida en Cajamarca el 5 de setiembre de 1882, que lo investirá como "presidente regenerador".[2]

En el ínterin, el general Cáceres establece otra vez en Tarma el cuartel general del ejército del centro, con miras de reorganizar e incrementar sus efectivos, todavía no licenciados (890 regulares y 500 guerrilleros), y, primordialmente, para realizar el recuento de lo acontecido, robusteciendo así la posición moral de la resistencia. Los partes que allí suscribe dicen mucho de la conciencia de los peruanos, "de los atroces crímenes" que los chilenos cometieron durante su retirada. Textualmente expresa que

> "la huella de su paso está tétricamente señalada por la multitud de cadáveres de pacíficos e inermes pobladores, cruelmente victimados, y por las violaciones, la depredación y el saqueo".

También hablan de su gratitud paternal hacia aquellos que lo siguieron durante toda la campaña[3], elogiando la moralidad, "sufrimiento y resignación" del ejército de línea, y "el levantamiento espontáneo y en masa" de los aborígenes, en los departamentos de Huancavelica y Junín, "presagio de un movimiento... que en breve hará cambiar en la república la faz de la guerra". Registran, asimismo, sus propósitos de sacrificarse en "aras del honor nacional", consolidando "la obra de unión y solidaridad que será nuestra salvación". Poco después, en acto justiciero de merecido reconocimiento a la masa indígena, por su abnegada contribución a la defensa nacional, el general Cáceres expidió en Huancayo, el 10 de setiembre de 1882, el famoso decreto que exonera de las contribuciones personales a los guerrilleros organizados en los pueblos del interior[4]. Finalmente, con motivo de las fiestas patrias de aquel año, saluda a los pueblos de su

1. Ver anexo 21.
2. Idem.
3. Ver anexo 19: Proclama del 28 de julio de 1882.
4. Ver anexo 36.



jurisdicción con una vibrante proclama, dedicada a inmortalizar hechos y proezas de los breñeros esforzados. La parte que alude a los guerrilleros de Concepción, dice:

"Estoy orgulloso de vosotros y el Perú entero debe estarlo también. Si mi nombre, como lazo de unión patriótica, ha recibido nuevo lustre, por vuestros heroicos e insospechados hechos bélicos, ellos me obligan a proseguir como hasta hoy, en el futuro, por todos los senderos, a través de todas las dificultades y sacrificios, por el sólo bienestar y dignidad del Perú".

En la proclama que expide en Tarma el 16 de oc ıbre de 1882, le dice a todos los peruanos:

"...Un crimen sería, ciertamente, sostener el estado de guerra con todos los horrores y ninguna de sus ventajas, sólo por seguir la satisfacción de un amor propio exagerado del predominio de bastardos intereses sobre los mismos nacionales. PERO CUANDO LO QUE SE PERSIGUE COMO PRIMER OBJETIVO, ES LA PAZ, ENTONCES ES UNA NECESIDAD Y UN DEBER PATRIOTICO DEMANDARLO CON LAS ARMAS EN LA MANO, CON TODA LA ALTIVEZ DE QUIEN NO HA PERDIDO LA CONCIENCIA DE SU DERECHO NI EL AMOR POR SU LIBERTAD E INDEPENDENCIA".

"MAS LO QUE PRETENDE EL GENERAL IGLESIAS, OLVIDANDO EN HORA LAMENTABLE EL BUEN NOMBRE DEL PERU, ES UNA PAZ IMPLORADA A CHILE DE RODILLAS, PAZ HUMILLANTE Y VERGONZOSA QUE SUBLEVA TODO SENTIMIENTO DE INDIGNACION Y ANTE LA CUAL EL PATRIOTISMO SE ENCUENTRA ESCARNECIDO Y DEGRADADO" [5].

4. LAS GUERRILLAS EN EL DEPARTAMENTO DE ICA

Dice el doctor Basadre:

"La resistencia contra los invasores presentó también otros focos. Uno de ellos estuvo en el departamento de Ica. La ciudad de este nombre estuvo ocupada en 1881, después de haber sido incinerada Guadalupe y Pueblo Nuevo, por

5. Ver anexo 31.



una guarnición al mando del coronel Leoncio Tagle. La ocupación duró hasta el final de la guerra. Hubo en el departamento choques diversos entre los invasores y los guerrilleros. En Tambo de Mora fueron muertos aquellos, lo cual dio pretexto para que fuese incendiada la hacienda de Larán. Los guerrilleros de Sunampe derrotaron a las fuerzas del batallón *Rengo* el 5 de mayo de 1882; el comandante Alamos, con numerosas fuerzas, se dirigió a ese pueblo, fusilando a los pocos ancianos que allí encontró, y ordenó, además, saquear el caserío y destruir algunas bodegas de licores. Otros encuentros tuvieron lugar, entre ellos, el 2 de setiembre de 1882, en Guadalupe, población cercana a Ica que fue incendiada nuevamente por el enemigo y, el mismo día, en el punto denominado Arenal".

5. SINUOSA CONDUCTA DE MONTERO

También en el ínterin de Montán, Lizardo Montero, al saber que los chilenos habían sido expulsados del departamento de Junín, recorre la región (desde Huaraz), camino a Arequipa, los primeros días de agosto de aquel año. Como ya vimos, en febrero de 1882, al asumir el mando supremo de la nación designa a Iglesias en el cargo de jefe político y militar del norte en lugar del fogoso patriota cajamarquino José Mercedes Puga que lo merecía con toda justicia. No pasó mucho tiempo sin que Iglesias se sustrajera de su autoridad. El caso es que al pasar por Tarma, encontró al general Cáceres reorganizando su ejército. El presidente quedó profundamente impresionado por la disciplina y marcialidad que las tropas breñeras mostraron al desfilar en su honor. Su entusiasmo lo llevó a prometer lo que nunca cumplió; esto es, armar, municionar y reforzar al ejército del centro, desde el sur. Grave responsabilidad pesa sobre Montero por no haber reemplazado las escopetas, hondas, lanzas, picas y rejones de nuestros guerrilleros por los bien almacenados e intactos rifles de Arequipa; bien se dio cuenta que el aguerrido elemento humano existía; pero lo que faltaba, pese a los denodados pero limitados esfuerzos del Comité Patriótico de la Resistencia (al cual estaba adscrita la propia esposa del contralmirante), eran armas y municiones; pues las guerrillas eran las únicas fuerzas que hacía



la guerra a Chile, representando a todo el Perú. En Tarma quedaron los gestos, las palabras, las promesas y hasta las recompensas pecuniarias, erogadas por la colectividad tarmeña y entregadas por Montero a Cecilio Limaymanta, en premio y reconocimiento a su valerosa acción que evitó represalias de los chilenos contra las autoridades y personajes de Tarma.

A Tarma llegó la esposa del general Cáceres, doña Antonia, con sus tres menores hijas, escoltadas por el capitán concepcionino José Miguel Pérez y cabalgando una "hermosa mula de paso, muy suave y mansa, proporcionada por la señora Josefa Ramos, madre del coronel Valladares". Por desgracia, allí en Tarma nace muerto el único hijo hombre del general. Compensándolo por tan dolorosa pérdida, la juventud tarmeña forma un escuadrón de caballería, equipado y armado con gran dedicación y entusiasmo, el cual puso al mando del mayor tarmeño Agustín Zapatel. El general Cáceres permaneció en Tarma con su familia hasta que el invasor volvió a presentarse en la ciudad.

6. LA GUERRA CIVIL

Simultáneamente en el norte la guerra civil volvía a dividirnos frente a la agresión foránea. Los unos con Iglesias voceaban desde Cajamarca la paz a cualquier precio, incluso a costa de la mutilación de la sagrada heredad nacional; otros, como el ilustre arequipeño, Francisco García Calderón Landa, Presidente del Perú, ante la insinuación chilena de cesión territorial, respondía enfático a los que lo apresaban para enviarlo a Chile:

> "Queriendo la verdadera paz, no puedo resolverme a desmembrar el territorio del Perú; porque no quiero que mi nombre pase a la posteridad con el estigma de reprobación que los pueblos de América impondrán al que legalice entre ellos el funesto sistema de conquista".

Firmeza responsable, pensamiento luminoso de aquel gran estadista que honra al Perú.

Por eso seguramente el general Cáceres, admirándolo, desempeñando la Presidencia de la nación, a mediados de julio de 1886, acude al puerto del Callao a recibir personalmente al doctor Francisco García Calderón que llega de Europa; luego con toda justicia, lo designa Presidente del Congreso Nacional durante su



gobierno. Como tal, el doctor Francisco García Calderón, el 28 de julio de 1886, contestando al mensaje del jefe del Estado, le dice:

"Si como guerrero la nación jamás os negó su concurso, ni disminuyó su afecto a vuestra persona, como mandatario estará siempre a vuestro lado, y nosotros que le representamos, interpretando ese sentimiento general, prestaremos a vuestro gobierno todos los medios que estén a nuestro alcance para que llenéis vuestra misión...".

Igualmente el general Cáceres, pugnaba también hasta el sacrificio por una paz honorable sin cesión territorial. Cuando el Brujo de los Andes fue informado del declarado entreguismo iglesista, lanzó una proclama a los departamentos bajo su jurisdicción, que entre otros párrafos decía:

"Rechazad con altivez de todo peruano honrado las sugestiones de los traidores que, haciendo causa común con el enemigo, bajo el pretexto de una paz imposible, vienen con ellos para esquilmar las poblaciones y asegurar la servidumbre perpetua del Perú. *Los pueblos degradados, que cobardemente se someten al invasor, merecen ser sus esclavos. Más no así los pueblos del centro, cuyos campos recuerdan los hechos más heroicos y gloriosos de la independencia y de la guerra actual* .

En sus MEMORIAS, el general Cáceres da cuenta que la lectura de los decretos de Montán, que le hizo llegar el Comité Patriótico de la Resistencia, "Me estremeció de estupor". Para rebatirlos, suscribe una circular a todas las autoridades a él subordinadas, donde consigna la siguiente declaración de principios:

"Los pueblos del Perú, en particular los pueblos del centro que me obedecen, no hacen la guerra por el deseo de continuarla y llenar el territorio de luto y de miseria; no derrama la sangre preciosa de sus hijos por el insensato placer de sacrificar estérilmente víctimas en los altares de la patria; prosiguen la guerra y hostilizan enfáticamente al enemigo con el único objeto que se proponen los pueblos y que prescriben las leyes eternas del derecho internacional respecto de la guerra; con el fin de alcanzar el desagravio de sus derechos por medio de un tratado que no esté en pugna con su dignidad y soberanía".



Y ante la insólita actitud de Iglesias, resuelve movilizar contingentes en la sierra central para hacer frente al nuevo enemigo, y expide en Huancayo, el 10 de setiembre de 1882, un decreto que exonera de las contribuciones personales a los guerrilleros[6].

El sur de Montero también repudió el "grito de Montán", pero no por eso apoyó materialmente al general Cáceres en sus aprestos para batir a Iglesias antes de que culminara sus extraviados propósitos. Con los fusiles, municiones y bayonetas conservados en Arequipa, otros hubieran sido los resultados de Huamachuco. Al finalizar el año, el 18 de diciembre de 1882[7], el general expidió dos proclamas: al ejército y a los pueblos del centro, conllevadoras de la protesta y dolor que la insólita y humillante actitud de Iglesias provocaba. A sus soldados, entre otras cosas les dice:

> "EL ALIENTO EMPONZOÑADO DEL ENEMIGO, SU PLAN QUE MARCA LAS HUELLAS DE LA DESOLACIÓN Y LA RUINA, EXALTÓ NUESTRO ESPÍRITU PARA BUSCAR, CON LA ENÉRGICA RESOLUCIÓN DEL SACRIFICIO, O LA GLORIA DE LA MUERTE, O LA SATISFACCIÓN DE LA VENGANZA... EL AMARGO RECUERDO DEL GRITO DE MILLARES DE INOCENTES, EL ESPECTÁCULO DE LOS PUEBLOS INCENDIADOS, ARRANCA AL GENERAL IGLESIAS LA PALABRA DE IMPOTENCIA Y LA VOZ DE TRAICIÓN, EN TANTO QUE A VOSOTROS OS LLEVARON POR EL CAMINO DE MARCAVALLE, PUCARÁ Y CONCEPCIÓN, PARA FIJAR, COMO HABÉIS FIJADO, LA SENDA DE LA GLORIA CON LOS SOBERBIOS MONUMENTOS DE VUESTROS TRIUNFOS... UNA ESPADA QUE SE RINDE, NADA SIGNIFICA, NADA IMPORTA, EN NADA FALTA, CUANDO SON LOS LAURELES EL PORTARRIFLE DE VUESTRAS ARMAS... UN HOMBRE QUE DESERTA, JAMÁS DEBILITA LAS POTENTES FILAS QUE EL INFORTUNIO HA RESPETADO Y LA PATRIA BENDECIDO".

Por su parte la mayoría de los pueblos del norte, tampoco aceptaron la ignominiosa y cobarde declaración de Montán. Así el 15 de octubre de 1882, el prefecto de Ancash, Bueno, escribe una carta a Iglesias, extrañado porque considera un acto de traición a la patria el grito de Montán, y le dice:

6. Ver anexo 36.
7. Ver anexos 31 y 32.



"La mayoría de la gente sensata del departamento ha mirado con horror la conducta de V.S. y se abstendrá en lo absoluto de cooperar a la formación de una asamblea sin nombre en nuestra forma de gobierno, desconociendo desde luego la autoridad de V.S. para obligarle a consultar un acto que reputa como delito de lesa patria. Por mi parte, señor, endurecido en el servicio de la república e íntimamente convencido de que cualquier trastorno en estas circunstancias sería una escandalosa traición a la patria que aumentaría nuestro desprestigio ante el mundo y contribución a dar mayores alientos a nuestros enemigos para que consuman sus planes de destrucción, lejos de secundar al movimiento de V.S. y cobrar una mancha indeleble e ignominiosa en mi foja de servicios; estoy resuelto a combatirlo en el departamento hasta donde me lo permita mis fuerzas, y creo poder hacer con buen éxito, porque además de la justicia, tengo el apoyo de la mayoría de los pueblos de la república...".

El 16 de octubre, el cabildo de Huaraz suscribe una carta desconociendo la actitud de Iglesias.

En Cajatambo, tan luego se tuvo conocimiento de la traición de Iglesias, el 17 de octubre, un cabildo abierto lo declara como autor de un "inaudito atentado contra la soberanía, la Constitución y la unidad nacional".

Casi en todos los pueblos pequeños o grandes del norte, se repudia la actitud desleal de Iglesias; así en Villa de Ocros también se suscribió un acta culpando a Iglesias de haber cometido

"el horrendo delito de rebelión contra la patria, desquiciando por su base la unificación de la nación que prestaba esperanzas alagüeñas al país, en un seguro triunfo sobre el enemigo común o ajustamiento de una paz honrosa".

En Huari, los patriotas, en cabildo popular realizado el 20 de octubre, acusaron a Iglesias de que

"había faltado a los deberes del patriotismo y lealtad agravando con tal procedimiento los males de nuestra infortunada patria... o sirviendo sólo para favorecer las siniestras miras del enemigo común".



El mismo día en Cerro de Pasco se

> "condena el movimiento separatista de Iglesias que lejos de procurar la paz y tranquilidad del país tendía más bien a una caída, poniendo un obstáculo en el éxito de nuestras armas".

Iglesias nombró prefecto de Piura al señor Fernando Seminario, pero éste, que no comulgaba con sus ideas entreguistas, apenas ocupó el cargo, proclamó que todo el departamento norteño de Piura se declaraba partidario de la resistencia al invasor. Según Castro Saldívar, Seminario "optó por una política equivocada que lo llevó hasta a desconocer al gobierno que lo nombró".

El subprefecto de Huamachuco, Favián Merino, partidario de la resistencia, encabezó una protesta general, negándose a recibir al iglesista que quiso reemplazarlo, luego, apoyado por la juventud de la provincia, organizó la resistencia, llamando en su ayuda a los cajamarquinos y a los de La Penca. Habiéndose unido los patriotas de todos estos pueblos, nombraron como jefe al coronel José Mercedes Puga, gran patriota norteño, gloria inmarcesible de la resistencia. Puga, que ya había combatido en Chota y Hualgayoc, decidió retirarse al interior para engrosar sus filas; habiendo alcanzado un efectivo de 300 hombres, decidió atacar al adversario en Cajamarca en noviembre de 1883 no obstante que sabía que se había reforzado con fuerzas chilenas. Avanzó pues a dicho lugar; pero el enemigo informado por algunos traidores, salió a su encuentro. El choque tuvo lugar el 17 del mes a una legua de Cajamarca; ante fuerzas muy superiores, las de Puga se dispersaron; sin embargo, pocos días después, reorganizados, volvieron al ataque, por lo que Iglesias se vio obligado a solicitar nuevos refuerzos a los chilenos. Estos les fueron enviados de inmediato. Puga vuelve a retirarse al interior al no tener ayuda de los cajamarquinos, para fortificarse allí en una hacienda situada a dos jornadas, donde permanece alerta. El coronel José Mercedes Puga jamás aceptó el tratado de Ancón; para él el Perú estaba en guerra y la lucha debía seguir hasta el fin. Y hubo quienes le siguieron, imbuidos de la misma idea hasta el fin.



Además, Puga desde sus reductos incursionó repetidamente en las ciudades importantes de la costa, sorprendiendo la vigilancia chilena, e instó a no aceptar el vil tratado de Ancón y a sublevarse contra él.

Según *El Comercio* de Lima, del 11 de febrero de 1884,

"el 7 del mes ha sido ocupada la ciudad de Trujillo por las fuerzas del doctor Puga, que pasan de 500 hombres. Al tomar posición de Salaverry, los seguidores de Puga apresaron al capitán del puerto, al administrador de la aduana y al telegrafista. Ante su presencia las autoridades iglesistas huyeron y Puga reclamó al pueblo alzarse contra los traidores; luego volvió a sus reductos de Cajamarca".



IX

REORGANIZACION DEL EJERCITO DEL CENTRO

1. LOS BATALLONES BREÑEROS

Luego de la precipitada huida del invasor, el general Cáceres decidió permanecer en Tarma por algún tiempo para reorganizar e incrementar su ejército, que al finalizar la campaña contaba solo con 890 soldados y 500 guerrilleros. Se dedicó al acopio de medios y elementos necesarios para reorganizar el ejército del centro; con tal objeto envió oficiales y civiles para que recorrieran los pueblos de la región central a pedirles que contribuyan con sus contingentes para continuar la resistencia armada, pues los guerrilleros que lo siguieron hasta ese lugar volvieron a sus hogares. Y mientras los pueblos se aprestaban una vez más con el contingente de sus últimos hijos, el general comenzó a reorganizar y completar los efectivos de sus diezmadas unidades de línea. Haremos notar que aunque las fuerzas se incrementaron considerablemente en sus efectivos y número de unidades, su fuerza combativa, por falta de armas y municiones, era deficiente; y en esas condiciones tuvo que seguir haciendo frente al enemigo, pues no le quedaba otra alternativa; recordemos también que sólo las fuerzas del general Cáceres, en la región central, eran las únicas que hacían la guerra al enemigo, mientras las de otras regiones, que disponían de armas, permanecían estáticas e indiferentes. Las muy considerables fuerzas de Arequipa, bien

Coronel Pedro José Carreón, jefe del batallón Concepción Nº 7 en la Campaña del Norte. Sucumbió con su batallón en Huamachuco.



armadas y equipadas, no quisieron salir al sur ni al centro. Poco después del llamado del general Cáceres, como una patriótica y altiva respuesta de los pueblos del centro a la ignominiosa actitud de Iglesias, enviaron a Tarma contingentes de patriotas dispuestos a seguir inmolándose por la patria al lado del Brujo de los Andes. Así comenzaron a llegar reorganizados o creados los siguientes cuerpos: batallón *Concepción Nº 7* con 230 plazas; batallón *Apata* con 272 hombres; batallón *San Jerónimo* con 440 efectivos, *Jauja* con 250; en la localidad se organizó el batallón *Tarma* con 211 hombres. En diciembre todas las unidades estaban reunidas en Tarma.

Igualmente en octubre de 1882, llega el batallón *Marcavalle* organizado en Huancayo a base de los huancaínos sobrevivientes del batallón *Manco Cápac Nº 81* que peleó en las batallas de San Juan y Miraflores. El decreto que ordena su reorganización con ese nombre, en Huancayo, dice:

> "Para que en el ejército se conserve el recuerdo de esa gloriosa acción de armas que diera por resultado la fuga del enemigo y la reacción del Perú.- 6/10/1882".

En cuanto al batallón Nº 7, organizado en Concepción íntegramente con hijos del lugar por el teniente coronel Ambrosio Salazar (en este lugar fueron ratificados como 1er. y 2do. jefe los tenientes coroneles Demetrio Arauco y Ambrosio Salazar, por decreto expedido el 22 de julio de 1882), en la segunda quincena del mes de julio de 1882, con el nombre de batallón *Cazadores Concepción.* El teniente coronel Demetrio Arauco Dorregaray, tío del general Cáceres, fue designado su primer jefe para comandarlo. Nacido en Chupaca, se había radicado en Concepción.

Su organización la transcribimos de las Listas de Revista de Comisario del 30 de julio de 1882, conservadas en el archivo histórico del CEHM del Perú.



BATALLON CAZADORES DE CONCEPCION

PLANA MAYOR

Primer Jefe	:	Teniente coronel	Demetrio Arauco
Segundo jefe	:	Teniente coronel	Ambrosio Salazar y Márquez
Tercer Jefe	:	Mayor	Juan Francisco Cáceres
Adjunto	:	Mayor	Melchor Arias Rojas
Ayudante Mayor	:	Teniente	Ercillio Gonzáles
Sub Ayudante	:	Teniente	Jacinto Pancarchuco
Abanderado	:	Sub-Teniente	Juan Pablo López
Brigada	:	Sgto. 1º	José Vera
Corneta Mayor	:	Sgto. 2º	Melchor Salazar
Tambor Mayor	:	Sgto. 2º	Julián Chacón

PRIMERA COMPAÑIA

Capitán de Cia.	:	Capitán	Sebastián Montes
Jefe 1ª Sección	:	Teniente	José M. Rivera
Jefe 2ª Sección	:	Teniente	Félix Tueros
Jefe 3ª Sección	:	Sub-Teniente	Felipe Muñoz

Sgto. 1º	Manuel Ríos	Soldado	Eulogio Rojas
Sgto. 2º	Tiburcio Valladares	"	Manuel Castro
" "	Aquilino Samaniego	"	Marcelino Meza
" "	Bernardo Hilario	"	Esteban Machahuay
" "	Francisco Gutarra		
Cabo 1º	Mariano Quiñones	"	Ramón Torres
" "	Rudecindo Rojas	"	José Corazón
Cabo 2º	José M. Peña	"	Dionicio Andrade
" "	Juan Martínez	"	José del Carmen Verástegui
" "	Bartolomé Véliz		
Cabo 2°	Ildefonso Tacsa	"	Santos Azana
" "	Marcos Betancio	"	Florencio Vásquez
Soldado	Francisco Quiliano	"	Francisco Arteaga
Soldado	Espíritu Mayta	"	Simeón Florín

Soldado	Juan Romero	Soldado	Luis Castillo
"	Manuel Aliaga	"	Ponciano Verástegui
"	Clemente Valle	"	Tomás Aguilar

SEGUNDA COMPAÑIA

Capitán de Cia.	:	Capitán	Guillermo Eyzaguirre
Jefe 1ra. Sección	:	Teniente	Manuel Corrales
" 2da. "	:	Teniente	Crisanto Meza
" 3ra "	:	Sub.Teniente	Juan N. Castillo

Sgto. 1°	Lorenzo Pando	Soldado	Cipriano Malpartida
Sgto. 2°	Juan Alvarez	"	José Sotelo .
" "	Nicolás Rojas	"	Bernardino Córdova
Corneta	Cicilio Contreras	"	Valentín Rojas
Cabo 1°	José Crisóstomo	"	Santos Vásquez
" "	Anselmo Laura	"	Pedro López
" "	Julián Tapia	"	Félix Nazario
Cabo 2°	José Laper	"	José Galarza
" "	Tomás Cuva	"	León Lazo
Soldado	Marcos Véliz	"	Manuel Paz
"	Toribio Torres	"	Víctor Cangaguala
"	Manuel López	"	Felipe Centeno
"	Pablo Macha	"	Hilario Rojas
"	Savino Yacolta	"	Ildefonso Castro
"	Esteban Gutiérrez	"	Eusevio Castillo
"	Estanislao Cuva		

TERCERA COMPAÑIA

Capitán de Cia.	:	Capitán	José M. Moreno Mais
Jefe 1ra. Sección	:	Teniente	Ricardo Cárdenas
" 2da. "	:	Sub-Teniente	Andrés A. Rojas
" 3ra. "	:	"	Emeterio E. Recuenco
" 4ta. "	:	"	Guillermo Bendezú



Sgto. 2°	Emilio Marmanillo	Soldado	Alejo Ramos
" "	Francisco Angulo	"	Gabriel Lozano
" "	Agustín Arellano	"	Vicente Verástegui
Cabo 1°	Antonio Cuyuntupa	"	Leandro Huamán
" "	Domingo Córdova	"	Benito Pérez
" "	Pedro Martínez	"	Manuel Laura
Cabo 2°	Prudencio Moratillo	"	Fernando Rojas
" "	José Paulino	"	Andrés de la Cruz
" "	Pedro Tapia	"	José Perales
" "	Miguel Paz	"	Hilario Cuba
Soldado	Adriano Grande	"	León Rojas
"	Melchor Guevara	"	Pedro López
"	Lorenzo Adanta	"	Cosme Mosquera
"	Bautista Paucarura	"	José Verástegui

CUARTA COMPAÑIA

Capitán de Cía. : Capitán Agustín Orbegoso

Jefe 1ra Sección : Teniente José Román
" 2da " : Teniente Rufino Meza

Sgto 2°	Eusebio Salas	Soldado	Hilario Galarza
" "	Jacinto Zárate	"	Isidro Losa
Cabo 1°	Felipe Chacón	"	Cecilio Tasa
Cabo 1°	Manuel Zárate	Soldado	Tomás Núñez
" "	Fernando Castro	"	Mariano Hermoza
" "	Pedro Palomino	"	Balbín Pablino
Cabo 2°	José Paz	"	José Betancio
" "	Manuel Paz	"	José Díaz
" "	Manuel Chacón	"	Fernando Anglas
Corneta	José Castro	"	Matías Cuba
Soldado	Carlos Crisóstomo	"	José Quispe
"	Feliciano Lozano	"	Eulalio López
"	Antonio Córdova	"	Diego Vera
"	Gregorio Sallachín	"	Jacinto Huamán
"	Vidal Enrique	"	Joaquín Romero
"	Sinfuroso Flores		



QUINTA COMPAÑIA

Capitán de Cía	: Capitán	Nemesio Córdova
Jefe de Sección	: Teniente	Mariano Muñoz
Jefe de Sección	: Sub-Teniente	Pedro P. Meza

Sgto. 1°	Antonio Sánchez	Soldado	Ignacio Tapia
Sgto. 2°	Eusebio Alcocer	"	Ignacio Aliaga
" "	Fermín Flores	"	Felipe Espejo
" "	Marco Contreras	"	Segundino Sarco
Cabo 1°	Nazario López	"	Segundino Flores
" "	Manuel Díaz	"	Manuel Obando
" "	Pascual Esquinio	"	Dámaso Castillo
" "	Ignacio Gutiérrez	"	Juan Huamán
Cabo 2°	Marcelino Hermosa	"	Rafael Corazón
" "	Benjamín Billa	"	Vicente Chuquillanqui
" "	Joaquín Ramos	"	Seferino Bruno
" "	Martín Cuyuntupa	"	Felipe Rodríguez
Soldado	Toribio Peralta	"	Manuel Piñas
"	Clemente Sánchez	"	Julián Paulino
"	Anacleto Rojas	"	Joaquín Castillo
"	Marcelino Moya	"	Pedro Rojas

SEXTA COMPAÑIA

Capitán de Cía	: Capitán	Reynaldo A. Soria
Jefe 1ra. Sección	: Sub-Teniente	Enrique Orihuela
" 2da. "	: "	Jacinto Santiváñez

Sgto 1°	Manuel Pando	Cabo 1°	Esteban Campos
Sgto 2°	Timoteo Aliaga	" "	Félix F. Martínez
" "	Federico Jiménez	" "	Felipe Coca
" "	Dionicio Maraví	Cabo 2°	Emilio Trucios
" "	Cecilio Contreras	" "	Agustín Galarza
Cabo 2°	José Inga		



Soldado	Antonio Inga	Soldado	Ramón Quiliano
"	Cayetano Espinoza	"	Vicente Peña
"	Nicolás Poma	"	Félix Tantavilca
"	Andrés Huallpachi	"	Eulalio Verástegui
"	Emilio Carransa	"	Mariano Quispe
"	Angelino Verástegui	"	Esteban Pariona
"	Manuel Moya	"	Ponceano Yacolta
"	Pascual Flores	"	Fabián Lazo
"	Francisco Molinero	"	Santiago Leyva
"	Nicacio Pérez		

Posteriormente, encontrándose ya en Tarma el batallón, incrementó sus efectivos antes de iniciar la campaña del norte; entre los que acudieron a reforzar la unidad se señala a los hermanos Yupanqui, veteranos de las batallas de San Juan y Miraflores; Lorenzo se inmortalizó en Huamachuco. En este último sacrificio que ofrendó a la patria por Concepción, se alistaron los hombres desde los 14 hasta los 65 años. En merecido homenaje a ellos que hicieron la campaña más gloriosa y sacrificada de toda la guerra hasta el holocausto de Huamachuco, publicamos orgullosos sus gloriosos nombres, recogidos del archivo del CEHM del Perú.

2. INCURSIONES A CANTA Y HUAROCHIRI

El general Cáceres decidió avanzar a Canta para someter a Vento que había entrado en tratos con los chilenos, y empezado a desobedecer desde el 30 de abril de 1881, según aparece en la nota de esa fecha que desde Jauja envió aquel a Piérola, dando cuenta de esa desobedencia; lo que ponía en serio peligro a sus fuerzas al permitirles franquear libremente la quebrada de Canta y amenazar el flanco norte de la quebrada del Rímac y la línea de abastecimientos y comunicaciones con Lima. Manuel Encarnación Vento y su padre Norberto se alzan pues en armas contra el general Cáceres al iniciarse el año de 1883; el mal ejemplo de Iglesias lo impulsó. El general, advirtiendo el peligro, abre campaña contra Vento desde Tarma el 29 de enero de 1883. Aquella iba a representar la prueba de fuego para las nuevas unidades de escasos efectivos. Para tal fin organiza sus fuerzas como sigue:

Segunda División al mando del coronel Cáceres con los batallones *Tarapacá Nº 1* y *Zepita Nº 2*;
Tercera División a órdenes del coronel Máximo Tafur con los batallones *Junín Nº 3* y *Jauja Nº 8*;
Cuarta División a órdenes del coronel Manuel Reyes de Santa María con los batallones *Tarma* y *Pucará*.
Además el agrupamiento llevaba cuatro piezas de artillería de ánima lisa y seis de ánima rayada; los escuadrones *Tarma* y parte de *Los cazadores del Perú*.

En Tarma quedó como reserva los batallones de infantería *Concepción*, *Marcavalle* y *Apata*; el escuadrón *2 de Mayo*, parte del *Cazadores del Perú* y dos piezas de artillería de ánima lisa del coronel Secada que tenía como jefe de Estado Mayor al coronel Manuel Tafur.

Al llegar a Casapalca, el general dividió sus fuerzas para actuar en las quebradas de Canta y Huarochirí. El primer agrupamiento, 2da. división a órdenes directas del propio general Cáceres, debía actuar en la quebrada de Canta. Escuadrón *Tarma* y cuarta división; a órdenes del coronel Manuel Reyes Santamaría; con 4 piezas de artillería y una fracción de caballería. El primero partió el 2 de febrero de Casapalca por la quebrada de Yauliyacu. Sobre la marcha se le incorporaron partidas de guerrilleros organizados en batallones, como el *Atahualpa* al mando del coronel Mariano Medina, el *Huarochirí* al mando del coronel Ismael González; el *Rímac* al mando del coronel Vivar; el escuadrón del mayor Lora (Agustín) y el mayor Manuel Isidoro Gómez, natural de Matucana. Siguiendo la ruta de Asunción de Huansa, el 4 de febrero alcanzó Lachaqui. Reivindicando el honor de los canteños, la numerosa partida guerrillera del mayor Wenceslao Incháustegui se pone a órdenes del general Cáceres. Vento fue tomado por sorpresa. Sus avanzadas que esperaban ver aparecer el ejército de la resistencia por Marcapomacocha quedaron burladas. El Brujo de los Andes, al tiempo de ofrecerle la oportunidad de reintegrarse a sus filas, se mueve por Pariamarca y Obrajillo, poniéndose a la vista de la ciudad. Al aproximarse nuestra caballería, para reconocer los caseríos de San Buenaventura y de San Miguel, fue recibida a balazos. Comprobada la traición de Vento, nuestras



tropas se dispusieron al ataque. A los primeros disparos sus fuerzas se desbandaron y él se dio a la fuga el 5 de febrero de 1883, alcanzando Huamantanga, primero, y la hacienda Caballero, después, donde fue socorrido por las avanzadas chilenas. Posteriormente, escoltado por el enemigo, se dirige a Lima donde es recibido por Lynch; éste lo toma como guía del destacamento de represión, formado por el *Buin*, un escuadrón de caballería y una batería de artillería de montaña destinados a operar sobre la quebrada de Canta. La expedición, bajo su indiferente mirada, baña en sangre inocente el triángulo Yangas, Macas y Santa Rosa de Quives. Y tratándose de guerrilleros prisioneros, al escritor chileno Inostrosa le llama la atención que no defendiera a sus ex subordinados, cuando eran arreados al paredón. Para esto, el victorioso Ejército del Centro se había beneficiado con las armas, municiones y otros abundantes pertrechos que Vento, desde hacía mucho, se había negado a dar cuenta de su existencia. Utilizando dicho material de guerra es que Cáceres convierte Lachaqui, San Buenaventura y Huamantanga, en un triángulo de hierro. Los chilenos no se atrevieron a ir más allá de Santa Rosa de Quives. Pero era preciso atraerlos quebrada arriba para batirlos. El batallón guerrillero *Rímac* se ofreció de carnada, pero los buines, alertados por Vento, no cayeron en el lazo, prefiriendo abandonar sus posiciones y retirarse atropelladamente a Lima. Con todo, estabilizada como fue la situación en toda la quebrada, a nuestro favor, puede considerarse que la campaña emprendida por el ejército del centro fue coronada por el éxito.

En lo tocante al segundo agrupamiento, que realizaría la expedición por la quebrada del Rímac, el coronel Reyes de Santamaría es relevado por el coronel Francisco de Paula Secada. Durante su desplazamiento y conforme progresaban las cosas en la quebrada de Canta, los dos batallones y el escuadrón originales, se fueron engrosando con refuerzos de partidas guerrilleras organizadas. Dejando destacamentos de retén en Casapalca (Chicla, San Mateo), y otros pequeños puntos del trayecto, el comando se instaló en Matucana y distribuyó sus fuerzas en Surco, San Bartolomé, Coca Chacra y San Pedro de Mama (hoy Ricardo Palma), en cuyas haciendas de Huachinga, Purhuay y Yanacoto, se ubicaron nuestras avanzadas a cargo del mayor Wenseslao Incháustegui. En la quebrada de Lurín se ubicaron



los efectivos huarochiranos del coronel Ismael González, entre Balconcillo y Sisicaya, sobre Cieneguilla, permaneciendo allí hasta la contraofensiva chilena de abril. De tal manera el ejército del centro amenazaba, otra vez, a la capital ocupada por el enemigo. Fue entonces que el jefe de las fuerzas chilenas de Chosica, coronel Martiniano Urriola, intentó seducir al jefe de las guerrillas de la quebrada de Lurín, coronel Ismael González, enviándole la siguiente comunicación, el 3 de abril de 1883:

"Sabiendo que se encuentran ustedes reducidos solamente a las fuerzas que se hallan en ese campamento, y queriendo evitar un inútil derrame de sangre, espero de su bien entendido patriotismo que no tendrá Ud. inconveniente para aceptar la siguiente propuesta que hago a Ud. con la debida autorización del Sr. General en Jefe y bajo las garantías de mi palabra de caballero:

1. Dar para todos los jefes y oficiales tres meses de sueldo que les corresponde a cada uno, en plata.
2. Comprar cada rifle en diez pesos plata y las demás armas en un precio conveniente.
3. No se les seguirá a Uds. juicio alguno quedando todos en completa libertad.
4. Las armas y municiones quedarán en este puesto y hasta que envíe yo por ellas, podrá venir a ésta de Ud. el que quiera hacerlo, donde será recibido y se le dará pasaje hasta el punto que cada uno indique".

Fue ésta la oportunidad propicia para que exaltara el orgullo nacional en la altiva respuesta de un breñero, fiel seguidor del paradigma de la resistencia nacional, que expresó:

"Servimos con el arma al brazo a nuestra amada patria, que ese es nuestro deber; como hombres de honor nuca aceptaríamos ninguna propuesta ventajosa a nuestra persona, y sobre cualquier sentimiento utilitario está para nosotros la patria, cuya honra defenderemos mientras tengamos vida ... y creemos que en el puesto confiado por el señor general Cáceres a mí y a las fuerzas que me obedecen, encontrará peruanos que sabrán cumplir con su deber..."



3. RECAVARREN LLEGA DE AREQUIPA

Mucho se ha dicho de la ausencia de los arequipeños en la lucha, olvidando a los *Guardias de Arequipa* y a los *Cazadores del Misti*, de brillante actuación durante la campaña del sur; así como el *Paucarpata*, de notable empuje en la batalla de Miraflores. Emitiendo opiniones adversas en tal sentido, se ha pasado por alto a personalidades descollantes como Francisco García Calderón, Mariano Felipe Paz Soldán, Isaac Recavarren y Pedro Alejandrino del Solar, quienes, en la esfera propia de su actividad, hicieron sentir oportunamente todo el peso de su aguerrido arequipeñismo.

El coronel Recavarren, siempre dentro de la línea del presidente cautivo, pone en Arequipa su espada a disposición de Montero. Como el que más, él era también hombre de la breña. Pero tratándose de apuntalar al general Cáceres, no obtuvo del contralmirante todo el apoyo que requería. Entonces fue que por su propia cuenta y riesgo, organiza una columna de voluntarios que estuvo muy lejos de alcanzar los 900 efectivos, atribuidos por el general Dellepiane, la misma que fue engrosada por jefes, oficiales y soldados a lo largo de todo el trayecto. El armamento que portaba consistía en 200 carabinas Remington y un cañón fundido en la ciudad blanca por el doctor Morales Alpaca.

Con esta columna se desplazó hacia Tarma, a donde llegó la columna en marzo de 1883, deja personal y armamento en Tarma, continuando la marcha a Canta, donde se encuentra el general Cáceres, a ponerse a sus órdenes. Allí se proyecta la formación de un destacamento bajo su mando para marchar a Huaraz a fin de neutralizar la acción de Iglesias y servir de base a futuras operaciones sobre Cajamarca. Parte pues de Canta por la vertiente occidental de los Andes, al lugar señalado, mientras el general Cáceres, partiendo de Tarma, lo alcanzaría en Huaraz. Luego de unirse ambas fuerzas, avanzan a Huamachuco a través del Llanganuco y el Huascarán en esa dolorosa campaña de sacrificio.

Así pues los gloriosos voluntarios arequipeños pelearon también en Huamachuco al mando de Recavarren, ofreciendo su holocausto a la patria en las pendientes del Sazón, representando dignamente la ancestral virilidad y valentía del glorioso pueblo arequipeño.



General Isaac Recavarren, combatió junto a Cáceres en la batalla de Huamachuco.

Por segunda vez Recavarren la tiene por meta, y siempre en el contexto de la guerra civil, la primera por García Calderón, y ahora por el general Cáceres. Además, dicho destacamento, constituido por el *Pucará*, integrado por 200 plazas y 3 piezas de artillería, debía respaldar, conjuntamente con el que tenía organizado en Sayán el coronel Leoncio Prado, la gestión del doctor Jesús Elías, nuevo jefe político y militar del norte, nombrado por Montero, en perjuicio del patriota cajamarquino Mercedes Puga. Pero como Chancay y Huacho estaban ocupados por el enemigo, se imponía realizar una maniobra de distracción, de líneas interiores o de posición central, audaz e ingeniosa operación que mereció el elogio de los historiadores chilenos. Por la misma, Recavarren hizo a salvo el siguiente itinerario: San Buenaventura, Huamantanga, Sumbilca, San Agustín, Acos, Lampián y Sayán. En tanto que el general Cáceres, con los batallones *Tarapacá* y *Zepita*, el escuadrón *Tarma* y una batería de artillería, busca la cuenca del río Chancay, separándose del destacamento Recavarren en Huamantanga, el 31 de marzo de 1883. El 2 de abril el prefecto de Lima, Elías Mujica, se une al general Cáceres con un bien organizado grupo guerrillero. Ese mismo día llega a la hacienda Palpa. En la madrugada del 3 se aproxima a Chancay, pero al advertir su presencia la aterrada guarnición chilena se apresura a refugiarse en la corbeta *Chacabuco*, surta en la bahía, que rompe los fuegos sobre el puerto. Lynch que recibió por telégrafo la noticia de que el ejército del centro operaba sobre Chancay, envía inmediatamente dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería, al mando del coronel Marco Aurelio Arriagada, a través del monitor *Huáscar* y del transporte armado *Amazonas*. Al llegar a su destino, el general Cáceres acaba de retirarse de la plaza satisfecho por los resultados del operativo. Era la primera vez que los breñeros de las altas montañas incursionaban con éxito hasta las orillas del mar. Tal temor infundieron, que las tres naves enemigas sometieron a Chancay a un prolongado bombardeo, desembarcando las medrosas tropas 24 horas después. Arriagada intentó darles alcance, pero despistado por los pobladores de Huaral llegó a la hacienda Huando desde donde retornó a Chancay tras una agotadora e infructuosa marcha. Pero Lynch no se da por vencido. Ordena a Urriola que desde Chosica se dirija a Santa Eulalia y



que desde allí se desplace a Yangas, sobre el Chillón, con el fin de Cerrar en Huamantanga la retirada del general Cáceres. Si éste pretendía escapar, la única vía lo conduciría a Sumbilca, donde le sería fácil batirlo. No en vano contaba con un excelente guía, el chilenófilo Vento, y con dos unidades escogidas, el *Buin* y el famoso *Séptimo de Línea*. El doctor Pedro Manuel Rodríguez, secretario en campaña del general Cáceres, dice:

> "Duarte se presentaba como Jefe Superior del Centro, Vento como comandante general de la división vanguardia del ejército regenerador, y Vargas como subprefecto de Canta".

Refiriéndose a estos hechos Jorge Guillermo Leguía afirma:

> "Para su victorioso éxito –el de los chilenos– dispone, además de los poderosos elementos irradiados de Lima, con un factor más importante aún: la defección en las filas naceristas. Manuel Encarnación Vento y Luis Milón Duarte... han de ser los Efialtes en la ofensiva chilena".

Sin embargo, Urriola, modificando el plan de operaciones, sube inmediatamente hasta Carampoma con ánimo de caer a Canta por Lachaqui. Vano intento; no pudo escoger una ruta peor. Los abismos aterradores y las frigideces agarrotantes, lo devolvieron decepcionado a su punto de partida. El Brujo de los Andes resultaba otra vez imbatible.

Fue por esta época (marzo de 1883) que llegó a las filas del ejército de la resistencia, un personaje importante; se trata del Doctor Pedro Manuel Rodríguez. Distinguido patriota él, tomó parte en la batalla de Miraflores como soldado de la 5ª compañía del batallón Nº 4 del ejército de reserva. Durante la ocupación chilena fue secretario del Comité Patriótico de la Resistencia que presidió la señora Antonia Moreno de Cáceres, encargándose, además, del acopio de dinero, armas y otros pertrechos para enviarlos al Ejército de la Resistencia. Participó en las tareas legislativas del Congreso de Chorrillos (10-VII a 23-VIII de 1881). Hostigado por los atropellos del invasor, dejó subrepticiamente la capital (3-1883) y se puso a órdenes del jefe de la resistencia. Al reorganizarse el ejército para continuar la campaña, el general Cáceres lo nombró como jefe de la Secretaría de Gobierno (V-IV-1883). Tomó parte en el tercer período de la Campaña de la Breña



que culminó en la batalla de Huamachuco. Después de la derrota, fue apresado en Trujillo por orden de Iglesias, habiendo fugado de la prisión, sufrió severa persecución y nueva prisión.

Escribió un importante diario de operaciones de la campaña a partir del 1º de abril de 1883.

Había nacido en Otuzco en 1848, su instrucción, iniciada en ese lugar, la continuó en Trujillo. Estudió en la Universidad de San Marcos de Lima. Fue elegido diputado dos veces por su provincia y senador por el departamento de La Libertad. Murió en 1907.

4. EXPEDICION COMBINADA LEON GARCIA / DEL CANTO

El 10 de abril los guerrilleros de Yanacoto sorprendieron las avanzadas chilenas de Chosica, causándoles bajas. Lynch estaba furioso con Urriola, no sólo por su desdichada aventura de Carampoma, sino por no repeler las acometidas guerrilleras. Así y todo, reforzándolo convenientemente, lo conminó para que se abriese paso a sangre y fuego, por toda la quebrada del Rímac, hasta alcanzar Chicla. Entretanto el general Cáceres, el día 11 de abril, después de permanecer 2 meses a orillas del Chillón, amenazando Lima, retorna con el grueso del ejército a la sede del cuartel general, Tarma, dejando en Canta el *Junín Nº 3* y el *Jauja Nº 8*, al mando del coronel Reyes Santa María, con el encargo de sostener esa posición a como diera lugar. En caso de que tuviera que retirarse, sus instrucciones eran de hacerlo sobre la quebrada de Santa Eulalia. Y es por la quebrada de Canta que Lynch vuelve a mandar a León García, expedicionando en firme, con 2 batallones de infantería, 2 escuadrones de caballería y una batería de artillería. Pedro Rodríguez afirma que en las instrucciones dadas por Lynch a León García le decía:

> "Si como espero, usted señor logra alcanzar el propósito que me he propuesto y consigue dispersar las fuerzas enemigas, conviene que le preste su apoyo y protección a los peruanos partidarios de la paz, entre los cuales, hay especial mención de don Luis M. Duarte, don Manuel de la Encarnación Vento y el señor Vargas. Procurará en conse-



cuencia, auxiliar al primero para que organice algunas tropas en Junín, y a los segundos para que lleven a cabo el mismo proyecto en Canta y pueblos vecinos".

Consecuentes con los chilenos, según Daniel de los Heros: "Vento, Duarte Milón y Vargas (Comandante General de la División Vanguardia del Ejército Regenerador, Jefe Superior del Centro y subprefecto de Canta, respectivamente), organizaron activamente fuerzas para secundar a los chilenos y proporcionarles víveres. Estos individuos se habían puesto a órdenes del jefe del ejército chileno y con su protección se proponían perseguir a los peruanos que defendían la causa de la patria. Las partidas de Vento y Vargas, recorrían las poblaciones vecinas reuniendo ganado para el rancho del enemigo y observando el movimiento de nuestra tropa. Cometían multitud de abusos contra los que de alguna manera habían demostrado simpatía por la causa nacional".

Para tener una idea de la importancia de la expedición, basta mencionar las 150 mulas para cargar la impedimenta; 50 mulas para cargar víveres; 25 mulas para la ambulancia; y los 25 borricos para la utilería y menaje. Sin saberlo el general Cáceres, León García inicia prácticamente la contraofensiva chilena sobre Canta el 6 de abril, por una desusada ruta, la tortuosa quebrada de Jicamarca, partiendo desde Nievería en la madrugada de aquel día. El 7 de abril choca con la partida guerrillera de Punabamba, a cargo del comandante Medina, logrando dispersarla. El 10 de abril, en Quilcamachay (anexo distrital de Santa Eulalia), vuelve a repeler a la reorganizada partida de Medina. De Quilcamachay pasó a Jicamarca, desde donde los siguientes días caminó cauce arriba por el tributario del Chillón que vierte sus aguas a la altura de Santa Rosa de Quives, pasando por Arahuay y Lachaqui hasta situarse al sur de Canta. De tal manera burló las peligrosas defensas del estrecho y cerrado desfiladero, guarnecido de hostiles guerrilleros, desde San Buenaventura hasta Yangas. Al saber su aproximación, Reyes Santa María abandona Canta el día 13 sin intentar la menor resistencia. El 17 León García envía sobre Huamantanga un destacamento llamado a liquidar las fuerzas



de la resistencia allí acuarteladas. El prefecto Elías Mujica y los 150 hombres a su mando se traban en un cruento y prolongado combate con el enemigo a resultas del cual, agotadas las municiones, los sobrevivientes fueron rodeados, apresados y pasados por las armas. Entre los que fueron así ignominiosamente ejecutados se recuerda al coronel José María Villegas, al mayor Manuel Vargas, a los capitanes Manuel López, Francisco Robles y José María Toro; teniente Manuel Tagle y sargento Nolasco López. Aquel mismo día 17, Canta se convirtió en una verdadera trampa para los guerrilleros de Quipán. Queriendo reforzar a Reyes Santa María, a quien suponían allí, entran confiadamente a la localidad, siendo recibidos a balazos. Pocos lograron salvarse. Empeñado el general Cáceres en salvar la crítica situación, retorna apresuradamente desde Tarma a Chicla disponiendo que Reyes Santa María se sostenga en Lachaqui con los batallones *Tarma* y *Concepción*, hasta que él, por la vía de Asunción de Huansa, pudiera caer sobre la retaguardia enemiga.

Parece que el general Cáceres preparaba un ataque oportuno por líneas interiores o a posición central, contra las fuerzas chilenas en acción, separados por terrenos casi inaccesibles. Así pues sin darse tregua avanzó sobre la retaguardia enemiga para caer sobre uno de los extremos.

Pero ignoraba que la falta de fuerza moral y de espíritu de sacrificio de dicho jefe, Santa María, lo habían impulsado a retirarse a Tarma por Marcapomacocha, incumpliendo una vez más, las órdenes del general. Al enterarse en Huansa de tan dolosa ocurrencia, ordenó desandar las 14 fatigosas leguas hasta Chicla, donde concentró todas las fuerzas de línea.

Refiriéndose a estas marchas y contramarchas forzadas del general Cáceres, llenas de sacrificios y sufrimientos, dice el mayor Montani:

> "¡AH, QUÉ TEMPLE DE HOMBRE EXTRAORDINARIO Y EL DE SUS SEGUIDORES!. ¿QUIÉN ESTÁ ENTONCES SOBRE AQUELLAS PUNAS HELADAS, SOBRE AQUELLOS CAMPAMENTOS QUE BLANQUEABAN LAS NIEVES PERPETUAS DE LOS ANDES, DELANTE DE ESA FIGURA EXTRAORDINARIA, SIEMPRE RÍGIDA SIN VACILACIONES NI QUEJAS; SIN TEMORES Y SIN FURIAS, EN ESA INMENSIDAD DE SECULARES MONTES, SIN ABRIGO Y SIN ROPA...".



En este lugar supo el general de la llegada de las tropas de Santa María a Casapalca, por lo que se trasladó de inmediato a ese lugar. Al llegar "el general increpó su conducta a los batallones *Concepción* y *Tarma*. Los jefes, oficiales y hasta los soldados de estas unidades, acusaron entonces a Santa María y a los jefes de cuerpo, de ser los únicos responsables de la retirada de Canta, y les imputaron otras faltas. Igualmente manifestaron que ellos estaban siempre listos a pelear, pero que sus jefes se opusieron; por lo que Santa María y los dos jefes de cuerpo, comandantes Ballenas y Bermúdez, fueron separados y sometidos a juicio, dándose el mando del *Concepción* al coronel Carrión y el del *Tarma* al coronel Aguirre, "ambos jefes distinguidos", afirma Rodríguez en su Diario de la Campaña de la Breña.

Conviene aclarar, en relación con el batallón *Concepción*, que esta unidad organizada en su pueblo el 28 de julio de 1882, por el coronel G. N. Demetrio Arauco, teniendo como segundo jefe al comandante Ambrosio Salazar y Márquez, se trasladó a Tarma a ponerse a órdenes del general Cáceres en diciembre de 1882. Al iniciarse las operaciones militares sobre Canta, no siendo de armas el coronel G. N. Demetrio Arauco, fue relevado por el coronel Abraham Ballenas, quedando como segundo jefe Salazar. Al separarse a Ballenas por faltas cometidas, y nombrado el coronel Carrión como jefe, siguió Salazar como segundo jefe, mereciendo además la felicitación del general por haberse opuesto a la retirada de la unidad de Canta, según afirma Rodríguez. El 2 de mayo comenzó la retirada general hacia Tarma. Por la actitud de 3 cobardes, la sierra central estaba otra vez ex-puesta a ser invadida por el enemigo. Mientras tanto, Urriola que por 3 días consecutivos (9, 10 y 11 de abril) no podía doblegar la resistencia de Purhuay y Yanacoto, reitera el 20 de abril un ataque masivo con elementos de las 3 armas, siendo nuevamente rechazado. El 22 de abril el mayor Quintavalle con el *Buin* tienta las defensas de Purhuay, pero ingresando a uno de los accesos minados por los guerrilleros, sucesivas explosiones ponen fuera de combate a 30 soldados enemigos. Después de esta aproximación, Urriola no se asomó fuera de Chosica. Lástima grande fue que el agrupamiento Secada tuviera que abandonar tan ventajosas posiciones y replegarse a Chicla, obligado por las circunstancias. Además,



estaba de por medio la tercera carta que Lynch se jugaba "para acorralar al ejército de la sierra y eliminarlo". Se trataba nada menos que la remozada expedición de Del Canto avanzando por la quebrada de Lurín, la cual estaba compuesta de 2 batallones de infantería, un escuadrón de caballería y una batería de artillería de montaña. El 24 de abril marchó sobre Cieneguilla. El 25 prosiguió su avance hasta Sisicaya, pernoctando en Malpaso, el 26 fue detenido en Balconcillo por las defensas guerrilleras huarochiranas a cargo del comandante Ismael Gonzales y de los mayores Pablo Palacios y Luis Felipe Sacravilca; después de 2 horas de encarnizado combate, del Canto pudo conquistar la posición. Los nuestros retrocedieron y se atrincheraron en Sisicaya. En la madrugada del 27 de abril intentaron desquitarse la derrota de la víspera asaltando el campamento chileno de Balconcillo. Desgraciadamente, el prevenido enemigo, calculando hábilmente el golpe, les había tendido una emboscada sangrienta. Tomados prisioneros el mayor Sacravilca y 26 de los suyos, fueron ejecutados como delincuentes comunes. Se les ahorcó a todos. Desde aquel momento, como dicen los mismos comentaristas chilenos, "no hubo paz para la división de del Canto". Lejos de arredrarse con los fracasos sufridos atacaron a la victoriosa columna en Sisicaya; y después de Sisicaya la constancia combativa de los guerrilleros preocupaba al jefe de la expedición, por alejarse del paseo militar que él había imaginado. A duras penas del Canto llega a Santiago de Tuna, constantemente hostilizado, para pasar de allí a San Bartolomé el 29 de abril, ya sobre la quebrada del Rímac totalmente evacuada por nuestro ejército. Hasta allí lo siguió el hostigamiento del comandante Gonzáles. El coronel del Canto, creyendo cortar la retirada de nuestra vanguardia que supone escalonada entre Cocachacra y San Pedro de Mama, se da a la búsqueda del grueso en Surco, Matucana y San Mateo. Es a León García, que se había descolgado desde Canta, y no ha Cáceres, a quien encuentra en Chicla. Como en el año anterior, los chilenos dan allí un soberbio golpe... en el vacío.

Durante las veloces correrías realizadas por el general Cáceres, entre Huansa y Chicla, ante la aproximación de León García y la defección de Reyes de Santa María, no se doblega ante la enfermedad que sufría, las fuertes emociones por desengaños, traiciones e indiferencias, y realiza estoicamente en esas condi-



ciones la sufrida retirada hasta La Oroya. Dice Pedro Manuel Rodríguez:

> "A las 9 pm. del 20 llegamos a Casapalca con el escuadrón; llegó momentos después el general Cáceres. A las 10 pm. nos pusimos en marcha; a las 11.30 entramos a la cordillera; hizo un frío terrible, no pude formarme idea de los montes cubiertos de nieve eterna que se destacaba cerca de mí; a las 12.30 pasamos la cordillera y a la una descansamos en el camino de Morococha; el general venía muy enfermo. A las 2.30 nos pusimos en marcha y a las 4.00 llegamos a Pachachaca donde se encontró acampada la primera División; descansamos, y a las 8.00 am. salimos para La Oroya tomando el terraplén. A las 12.00 m., del 21 pasamos el famoso puente y llegamos a la población que, como todas estaba destruida por los chilenos".

La señora Moreno que vio llegar a Tarma al general Cáceres dice:

> "Llegó Cáceres muy enfermo a consecuencia de haber permanecido a caballo tres meses sin descansar. No pude ofrecerle más comodidades que un colchón en el suelo; pues en vísperas nosotras (ella y sus tres hijas) de volver a emprender la retirada para no caer en poder de las fuerzas invasoras, acababa de enviar todo mi equipaje al interior de la región del Centro...".

Para entonces, en La Oroya, el general Pedro Silva, puesto sin reservas a órdenes de su antiguo subordinado, escudaba al mando del batallón *Tarma* y de una partida guerrillera la ordenada retirada de nuestras tropas. Tarma torna a recibirlas el 6 de mayo, con los brazos abiertos. Entretanto León García, mientras del Canto descansaba, sale de Chicla en seguimiento del general Cáceres. Sus avanzadas, acometiendo una necesaria labor de limpieza, reducen a tiros la población de Yauli, que resistió hasta el último hombre al mando de su heroico gobernador. Tales avanzadas se unen al agrupamiento de Pachachaca, siguiendo el curso del río Yauli. Posteriormente, las patrullas de León García descubren el vado de Quinilla o Quihuilla, al sur de La Oroya, y el grueso rebasaba por allí a la población, obligando a replegarse al general Silva el 20 de mayo. Posesionado de La Oroya, la expedición se bifurca en dos columnas, una prosigue a Tarma y



otra se desvía a Jauja cortando la posibilidad ya prevista de retirarse en esa dirección al Ejército del Centro. De tal manera, a las primeras luces del 21 de mayo, León García llega a Tarmantambo siguiendo el camino real desde Huasqui.

Criticando el descuido del general Silva en la defensa del puente de La Oroya y de los vados próximos, y en particular el de Quinilla, dice el coronel Francisco de Paula Secada, pertinaz crítico del general Cáceres:

> "Al punible descuido e ineptitud del general Silva se debió el que la expedición chilena vadeara el río de La Oroya a las 10 de la mañana del 20 de mayo y apareciera al día siguiente a una legua de Tarma, dueño de la dominante posición de Tarmatambo, a tiro de cañón del punto ocupado por el enemigo. Sin embargo, no hubo para ese general, que mereciera ser juzgado en consejo de guerra, ni una palabra de reconvención por parte del jefe superior, tal era el grado de deferencia que le dispensaba. Ese día ha podido el Ejército del Centro ser deshecho sin poder defenderse".

Indudablemente que hubo grave descuido, no sólo de él, sino también de sus improvisados subordinados encargados de realizar la vigilancia, que fueron sorprendidos y aplastados por la caballería enemiga. Creo, sin embargo, que el general Cáceres fue muy tolerante con él, en razón de su jerarquía y, sobre todo, en actitud por los voluntarios y sacrificados servicios que prestaba a su lado bajo sus órdenes, cosa que no hicieron otros jefes de alta jerarquía que sólo paseaban por la región central, como el general Buendía y otros, sin aportar en lo absoluto ninguna ayuda a la causa de la patria. El general Silva tomó parte en toda la Campaña de la Breña bajo órdenes del general Cáceres. Murió en Huamachuco cumpliendo una iniciativa propia de ataque al enemigo al frente de una pequeña fracción de tropa. La patria no pudo rescatar ni siquiera su cuerpo que se perdió en el campo de batalla.

Con el cruce del río y la ocupación de Tarmatambo, la situación se había invertido. Ahora es el general Cáceres quien está encerrado en la ciudad. Pero al revés de del Canto, dispone de un camino por Acobamba. Esa es razón suficiente para que León García no se decida darle allí el zarpazo definitivo. Pensando mejor, prefiere esperar al coronel del Canto quien más que nadie



querrá reivindicar sus pasadas angustias, tan intensamente vividas. Justamente, ese mismo día 21, del Canto, reforzado por Urriola, sale de Chicla con dirección a Tarma. Habiendo hecho alto en Casapalca, el 23 cruza Ticlio y acampa en Pachachaca. El 24 está en La Oroya y, finalmente, el 26 llega sorpresivamente a Tarma, ocupada por León García desde el atardecer del 21. Por orden de Lynch del Canto asume formalmente el mando de las fuerzas de Urriola y de León García, vale decir, de toda la expedición. Con tal autoridad es que pone en marcha, el 28, la persecución del Ejército del Centro, pero el general Cáceres le lleva 8 días de ventaja.

Antes de que partan las columnas expedicionarias chilenas, Lynch comunicó a cada uno de los jefes, el 6 de mayo de 1883, en los pliegos de instrucciones lo siguiente: "Queda usted autorizado para ofrecer una suma prudencial a la persona que entregue al general Cáceres".[1]

1. Joege Guillermo Leguía. *Hombres e ideas en el Perú*. Editorial Aloer, 1989. Pág. 43.



querrá reivindicar sus pasadas angustias, tan intensamente vividas. Justamente, ese mismo día 21, del Canto, reforzado por Urriola, sale de Chicla con dirección a Tarma. Habiendo hecho alto en Casapalca, el 23 cruza Ticlio y acampa en Pachachaca. El 24 está en La Oroya y, finalmente, el 26 llega sorpresivamente a Tarma, ocupada por León García desde el atardecer del 21. Por orden de Lynch del Canto asume formalmente el mando de las fuerzas de Urriola y de León García, vale decir, de toda la expedición. Con tal autoridad es que pone en marcha, el 28, la persecución del Ejército del Centro, pero el general Cáceres le lleva 8 días de ventaja.

Antes de que partan las columnas expedicionarias chilenas, Lynch comunicó a cada uno de los jefes, el 6 de mayo de 1883, en los pliegos de instrucciones lo siguiente: "Queda usted autorizado para ofrecer una suma prudencial a la persona que entregue al general Cáceres".[1]

1 Guillermo Leguía. Hombres e ideas en el Perú. Editorial Alcer, 1989. Pág. 49.



X

LA CAMPAÑA DEL NORTE

1. EL CONSEJO DE GUERRA

El general Cáceres desde el 16 de mayo estaba al tanto de la progresión enemiga. Urgía, pues, tomar una decisión. Para el 20 de mayo convocó un consejo de guerra, presidido por él, e integrado por los coroneles Francisco de Paula Secada, Manuel Tafur, Germán Astete (capitán de navío), Manuel Cáceres, Pedro Nieto y Máximo Tafur. El consejo debía deliberar y pronunciarse sobre si era conveniente dar batalla a la expedición chilena o, en su defecto, emprender la marcha al norte. El coronel Manuel Tafur y su grupo se inclinaron por la primera opción, en tanto que el coronel Secada y el suyo se inclinaban por la segunda. Ambos fundamentaron ampliamente sus puntos de vista. En el debate pesó mucho una variante de la segunda posición en el sentido de no abandonar el departamento de Junín, cuyos recursos materiales y humanos eran (y siguen siendo) históricamente decisivos. Como contrapeso, a la vista del protocolo preliminar de paz, acordado por los representantes de Iglesias y los del enemigo, el general se vio precisado a consultar, antes de cualquier otra cosa, el estado anímico de sus tropas, encontrando su espíritu bien templado y alta su moral. "No necesitaba más". Puestas al voto las dos alternativas, la mayoría se pronunció por la marcha al norte. Sin embargo, un testigo presencial, Abelardo Gamarra, dice en su libro B*atalla de Huamachuco*:

"Se había acordado que el ejército peruano hiciera su retirada sobre el sur abandonando Tarma; se envió al efecto a Jauja todo el hospital militar y los equipajes; y estando ya



para emprender la marcha en esa dirección, se tuvo noticias de que una parte de la expedición chilena, marchando por Chacapalpa, había ocupado Jauja al mando del coronel Urriola con el batallón *Miraflores* de 800 plazas y un escuadrón de caballería". [Sobre esto dice Leguía: "Cáceres decide retirarse al sur. Mas tiene informe sobre la ocupación de Jauja por fuerzas enemigas. Toma, pues, la ruta del norte"]. "Quedaba por lo tanto interceptado el paso del ejército peruano sobre el sur, esto es, cortada su retirada. En vista de esta emergencia, se verificó el día 20 una junta de guerra en la que se resolvió, por mayoría de votos, después de una reñida discusión, emprender la retirada sobre el norte, ya que no era posible hacerlo por el sur".

Este acuerdo lo ratifica la señora Moreno manifestando que por eso aplazó su viaje, adelantándose a Ayacucho como lo tenía previsto. Desde una perspectiva netamente estratégica, aquel pronunciamiento entrañaba un grave error, puesto que la campaña se desenvolvería sobre terreno inhóspito, desconocido y en extremo fragoso, además de que sus habitantes ya habían sido ganados por los iglesistas a la causa del adversario. Sin embargo, la redención del Perú exigía que todos los hombres de la breña cargaran en Tarma el pesado madero del martirio y siguieran abnegadamente al general Cáceres, hasta el calvario de Huamachuco. Estaba escrito que no entregaríamos Tarapacá y después Arica, sin ese supremo y heroico esfuerzo.

2. ORGANIZACION DEL EJERCITO

DESTACAMENTO DEL EJERCITO DEL NORTE,
enviado a Huaraz.

Comandante en Jefe: coronel Isaac Recavarren Flores.

PRIMERA DIVISION

Jefe: coronel Mariano Aragonés.
Jefe de Estado Mayor: coronel Leoncio Prado.
Batallón *Pucará Nº 4*: teniente coronel Ponce de León.
Batallón *Pisagua Nº 5*: teniente coronel Eduardo Toledo O.



SEGUNDA DIVISION

Jefe: coronel Ciriaco Salazar.
Jefe de Estado Mayor: coronel Manuel A. Prado.
Batallón *Tarapacá Nº 11*: teniente coronel Julio Aguirre.
Batallón *Huallaga Nº 2*.

CABALLERIA

Escuadrón *Húsares:* teniente coronel José Cabrera.

ARTILLERIA

4 piezas.

EJERCITO DEL CENTRO

Al partir el ejército de Tarma tenía un efectivo de 2,300 hombres, que Gamarra consigna así: 2,040 infantes, 200 artilleros y 60 de la escolta del general, y su nueva organización comprendía:

COMANDO DEL EJERCITO

Comandante en jefe: coronel Francisco de Paula Secada.
Jefe de Estado Mayor: coronel Manuel Tafur.
Sub Jefe de Estado Mayor: coronel Pedro Pablo Nieto.

PRIMERA DIVISION

Jefe: coronel Manuel Cáceres.
Batallón *Tarapacá Nº 1*: coronel Mariano Espinoza.
Batallón *Zepita Nª 2*: coronel Justiniano Borgoño.

SEGUNDA DIVISION

Jefe: coronel Juan Gastó.
Batallón *Marcavalle Nº 6*: coronel Felipe S. Crespo.
Batallón *Concepción Nº 7*: coronel Pedro José Carreón.

TERCERA DIVISION

Jefe: coronel Máximo Tafur.
Batallón *Junín Nº 3*: coronel Juan C. Vizcarra.
Batallón *Jauja Nº 9*: coronel Miguel E. Luna.



CUARTA DIVISION

Jefe: capitán de navío Germán Astete.
Batallón Apata *Nº 8*: coronel Ramón Patrón.
Batallón *San Jerónimo Nº 10*: coronel Melchor Gonzales.

CABALLERIA

Escuadrón de *Cazadores del Perú*: comandante Viuna.
Escuadrón *Tarma* (escolta): mayor Manuel Agustín Zapatel.

ARTILLERIA

8 piezas (de diversos sistemas, ánima lisa y rayada): al mando del coronel Federico Ríos.

SERVICIOS

Aposentador del ejército: general Pedro Silva.
Parque: teniente coronel Yáñez.
Transportes: ganado: algo más de 100 mulos.

ADMINISTRACION

Mayores Callirgos y Castillo.

SANIDAD

Mayor de sanidad A. del Valle.

Afectos a la Jefatura Superior del Ejército:

Ingenieros tenientes coroneles: Teobaldo Eléspuro y Ernesto de la Combe.

SECRETARIA EN CAMPAÑA

De gobierno: doctor Pedro Manuel Rodríguez.
De Guerra: coronel Lizardo de la Puente.
De economía: doctor Daniel de los Heros.
Del cuerpo de los ayudantes: coronel Florentino Portugal.

SERVICIO DE IMPRENTA Y ARCHIVO

Manuel F. Horta (famoso corresponsal de guerra).



CUERPO DE AYUDANTES

La escolta, en la que se alistaron muchos jóvenes de Tarma, tenía como jefe al mayor Agustín D. Zapatel.

El cuerpo de ayudantes estaba constituido por el mismo personal, ya conocido, a los que se agregaron el mayor Benigno Peñaloza Arauco, capitán Pedro Silva, teniente Abelardo Gamarra y mayor Alejandro Montani.

3. LA MARCHA AL NORTE

Así organizados, iniciaron una de las campañas más esforzadas, sufridas y gloriosas. Confiando en la fortaleza y resistencia del hombre del ande, se puso a la cabeza de ellos ese soldado extraordinario que fue el general Cáceres; es por eso que, según afirma Julio C. Guerrero,

> "Cáceres hizo que todos sus soldados poseyeran su mismo temple y cualidades. De allí aquella prodigalidad suya para las marchas terribles. En riscos, serranías bravas, con nieve, hielo y lluvia, frecuentemente sin alimento alguno, con sólo un poco de coca, harapientos y descalzos, hicieron aquellos hombres bajo su mando inflexible, hasta jornadas de 80 kilómetros, que habrían rendido e inutilizado a los percherones más fornidos, para luego dormir sobre la nieve y continuar la marcha inexorable".

Fueron gigantes del esfuerzo, por encima del dolor, la enfermedad, la fatiga, el frío, el hambre, el infortunio, la nostalgia, la pena y la angustia. Pocos son los ejércitos del mundo que, como el del general Cáceres, pueden exhibir con orgullo las increíbles proezas de sus soldados. Durante las jornadas, el rancho caliente se tomaba a primera hora del día, al promediar éste o al declinar, el rancho consistía en papas, ocas o maíz sancochado (mote), cancha, y en el mejor de los casos, queso y charqui asado. Pero lo más importante era la infaltable ración de coca, estimulante imprescindible para el esfuerzo que exigía las largas marchas. El abastecimiento de coca tenía prioridad respecto de los alimentos; en el oficio del general Cáceres al prefecto de Ayacucho, del 28 de junio de 1882, reconocía que era "de premiosa necesidad el consumo de coca", ordenándose en consecuencia: "disponga V.S. el acopio de la mayor cantidad que sea posible de este artículo



entre las provincias de Huanta y La Mar, debiendo remitirse a medida que se consiga". El Brujo de los Andes conocía sus beneficios, ya que con su consumo se dominaba el cansancio y alentaba la sobriedad. A falta de alimentos, bastaba una infusión de hojas de coca para reconfortarse[1].

En la madrugada del 21, anticipándose a los trenes de bagajes del Ejército del Centro, salen de Tarma doña Antonia y sus 3 hijas, por la vía de Acobamba en compañía del ciudadano español Fabra (proveedor del ejército), del capitán José M. Pérez y de su personal de servicio. Casi paralelamente se despachan los correos oficiales comunicando la marcha al norte, al gobierno de Arequipa, al jefe superior del norte, a los prefectos de los departamentos del centro, a los alcaldes de los concejos provinciales del departamento de Junín, al coronel Recavarren (Huaraz), y al coronel Pastor Dávila (Castrovirreyna). A tales alturas, entre otras personalidades se habían dado ya de alta en la oficialidad menor de la ayundantina el inmortal huamachuquino Abelardo Gamarra (El Tunante) y el escritor Alejandro Montani, ponderado autor de ARTICULOS MILITARES (1907). El primero era un veterano de San Juan y Miraflores, llamado a dejarnos el más importante testimonio de la batalla de Huamachuco. Por otra parte, el servicio de imprenta en campaña corrió a cargo del hábil periodista ecuatoriano (desterrado de su patria), Manuel F. Horta, cuya pluma estaba al servicio de la causa y los intereses del Perú.

La señora Antonia Moreno de Cáceres refiere que al atardecer del 20 de mayo de 1883, vio llegar a Tarma

> "un hermoso regimiento de bravos guerrilleros, armados de lanzas y rejones para reforzar a los soldados de línea y a sus compañeros de Yauli. El desfile de esta falange de heroicos jóvenes fue imponente; usaban pantalón corto y camisas gruesas, así como sus bolsas de coca" ... "Mis hijas al verlos, lloraron diciéndome que iban sólo a morir porque no tenían balas para pelear. Y yo lloré también con ellas".

1. La coca contiene varias vitaminas y minerales, "incluyendo la A, la E, calcio, hierro y fósforo", tal cual lo ha demostrado el científico norteamericano Andrew T. Weil (*El Comercio* del 18 de febrero de 1978). Igualmente, el doctor Luis Alayza afirma: "Los teorizantes que no conocen la sierra, hablan de degeneración del indio producida por la coca, cuando sólo ella le ha permitido sobrevivir a los trabajos, privaciones y penalidades de varios siglos de infierno".)



Con los guerrilleros de Yauli, llegaron también numerosos guerrilleros de Acostambo para reforzar al ejército, pero sólo disponían de rejones, hondas y lanzas, así pelearon en Huamachuco.

Al medio día del 21 de mayo de 1883 formó todo el ejército en la plaza de armas de Tarma. Ante él, superando la dolencia hepática que le aquejaba, el general Cáceres pronunció a viva voz la siguiente proclama:

> "Soldados del glorioso Ejército del Centro: allí tenéis a la vista al enemigo, detenido, atónito, medroso, ante vuestra desafiante valentía. Este respeto y admiración lo habéis conquistado en Tarapacá, Pucará, Marcavalle y Concepción; no se atreverá a atacarnos. Un peruano indigno se apresta a ceder al invasor un pedazo de nuestro querido suelo que es carne de nuestra carne y por la que vertimos mucha sangre en los campos de batalla. Hoy partiremos a castigar e impedir tan infamante intento. Una vez más lucharemos por el honor y gloria de nuestras armas hasta vencer o morir en defensa de la integridad territorial".

Un estruendoso "viva el Perú" fue coreado por el ejército y por el pueblo tarmeño, que masivamente se había volcado a las calles para despedir a los guerrilleros milicianos que, al compás de la música marcial, empezaron el imponente y conmovedor desfile hacia la gloriosa campaña final. Era más o menos la una del día; el general Cáceres y su escolta, vigilando el camino de Jauja, fueron los últimos en dejar la ciudad una hora después.

León García por entonces la estaba pasando muy mal en Tarmatambo. El tifus y la carencia de abrigo y medicinas hacía muchos estragos en sus tropas. Además, por orden de Lynch andaba en malas compañías: Luis Milón Duarte, jefe superior político y militar de Iglesias, y Manuel Encarnación Vento. Fue para el coronel chileno una bendición que el general Cáceres se retirase de la ciudad que nunca hubiera podido tomar por las armas tal y cual creían algunos de sus impacientes oficiales. El quebranto era no sólo físico, era también moral. El batallón Coqu*imbo* se adelantó tomando las mayores precauciones. La colonia extranjera le aseguró a su comando que no se trataba de una trampa; la retirada de las fuerzas del general Cáceres era un hecho consumado. Sólo así el resto de la expedición pudo tomar posesión de la ciudad.



Para el Ejército del Centro la primera jornada se cumplió haciendo etapas en Hualhuas, Pomacocha, Acobamba y Palcamayo, donde se pernoctó. El 22, la segunda jornada hacia Junín representó una pascana en San Pedro de Cajas. Alrededor de las 2 p.m. una torrencial y persistente lluvia cayó sobre el ejército hasta su llegada a Junín al anochecer, a consecuencia de lo cual no pocos enfermaron de gravedad. El lector debe tomar nota de los 4,107 m. de altitud, donde los hombres de la breña tiritaban, calados hasta los huesos, con las ropas empapadas, acampando sobre el lodo y soportando el azote del viento helado que se levantaba del lago y de la frígida pampa de Junín. El día 23 bordeando el lago, el ejército prosigue penosamente hasta llegar a Carhuamayo. Allí en plena jalca, a los 4,125 m. de altitud, se tuvo también que acampar a la intemperie. Como en Junín, dado lo reducido del caserío, no se pudo alojar convenientemente a las tropas. El 24 el ejército se desplaza hasta Ricran, pernoctando en las mismas condiciones insalubres. El 25 nuestras fuerzas prosiguen el relativo corto tramo hasta alcanzar la ciudad de Cerro de Pasco. El vecindario alborozado dispensa al ejército una reconfortante estada de 4 días, sobre los 4,338 m. de altitud. Allí el general Cáceres dirige 2 proclamas a los pueblos de su jurisdicción, instándoles a que brinden, una vez más, todo el apoyo y aliento, que fueran capaces, a su abnegado ejército, invocando su espíritu de sacrificio y su ancestral valentía y patriotismo. La segunda fue expuesta de viva voz, en quechua, dulcemente hilvanado. Entre los primeros en acudir a su llamado figuraron los comerciantes extranjeros de la ciudad, los que los aprovisionaron de las necesitadas mantas para la tropa. Allí recibió a un propio enviado desde Huaraz, por el doctor Jesús Elías, jefe político y militar del norte por Montero, a través del cual le comunicaba que la expedición chilena de Gorrostiaga se dirigía a Huamachuco para interponerse entre Recavarren e Iglesias, protegiendo a este último. De inmediato, con dos oficiales de enlace que debían llegar por separado a la misma meta, Huaraz, remitió instrucciones a Elías, a Recavarren, al subprefecto de Ancash (Juan del Carmen Félix) y al prefecto de Lima (Elias Mujica), para que concentraran allí la mayor cantidad de víveres, ganado, bestias de carga y contingentes de refresco. Al efecto, el capitán Collazos partió por la ruta de Cajatambo, en tanto que el



teniente Bao lo hacía por la ruta de Huallanca. El 29 el ejército se desplazaba hacia Huánuco. Debió hacerlo por Cajatambo de no mediar una errónea información sobre el supuesto movimiento de Recavarren sobre la ciudad de León de los Caballeros. Tal jornada se cumplió en la hacienda Melaochaga, cerca de Cajamarquilla, a la altura de Yaruscayán, a 3,600 m. en plena pendiente. El 30 el ejército llega a San Rafael (ya en el departamento de Huánuco), pasando por Huariaca, sobre una más acogedora zona quechua. El 31 el ejército continuó la marcha hacia Ambo, donde llegó después de un prolongado alto en Salapampa. Aquellos parajes intermedios entre la zona quechua y la yunga fluvial, recepcionaron calurosamente a nuestras tropas. En Ambo, por colecta voluntaria del vecindario, se abastecieron los trenes correspondientes. Y gracias al cuero que proveyó graciosamente, pudieron reemplazarse las ya inutilizadas ojotas. El 1º de junio el ejército marcha hacia Huánuco, ya en plena región yunga fluvial, haciendo etapas en Tomayquichua y Conchamarca. La ciudad estaba casi deshabitada. Los vecinos se habían fugado pensando que tras del general Cáceres venían los chilenos. En consecuencia, todo lo que nuestras tropas necesitaban tuvo que pagarse a precio de oro.

4. EL PASO DEL ARGUAYCANCHA

El día 4 de junio, después de una reparadora permanencia de 3 días, el ejército prosigue la marcha ascendiendo la zona quechua de Higueras hasta acampar en torno a Huancapallac (2,500 m.), donde estaba todavía fresca la sangre derramada por los vándalos de Romeo Roa. El día 5 el ejército se desplaza hasta Chasquín (Quisqui o Kichki), a 5 leguas, donde los grandes fríos de la estación se dejaron sentir con toda fuerza. El 6 de junio, bajo una inusitada tempestad, el ejército cruza el río Marañón, "cuya corriente es tranquila en esos sitios y ofrece una hermosa vista", al decir del general Cáceres, haciendo pascana en Chacabamba (3,100 m.). La jornada terminó en Suyuyacu, donde sus modestos pobladores los auxiliaron con todo lo que tenían. El 7 prosiguió la marcha hacia Aguamiro, o villa de La Unión, creada según Ley del 5 de febrero de 1875 promulgada por don Manuel Pardo. Las tropas hicieron alto en Malpo, continuaron después por la agreste



región con el fin de salvarla antes del anochecer. Así, aunque azotados por una furiosa tormenta, después de una agotadora marcha pudieron contemplar, con gran alegría, escondido en el fondo de la quebrada, el pueblo de Aguamiro, verdadero oasis salvador. Este paraje se ubica a 2050 m. de altitud. Sin embargo el gobernador local, aparte de ocultar los víveres se dio a la fuga. Ya en la quebrada de Higueras, la intriga había motivado las primeras deserciones breñeras. Es que nuestras tropas exasperadas por el hambre, tuvieron que pernoctar en los potreros fangosos de Aguamiro. Bien dice doña Antonia que la localidad "llevaba bien puesto su nombre" por la hermosa vista que ofrece el lugar. Por lo demás, allí aportó Leoncio Prado, desde Huaraz, portando dinero y otros auxilios del doctor Jesús Elías para el general Cáceres. El día 8, luego de ser ubicado el escondite de los víveres, se preparó un sostenido rancho a base de cereales y tubérculos. También hubo coca que repartir. Además con los 17,000.00 soles remitidos desde Huaraz, se abonó un sueldo a la oficialidad y la soldada completa a la tropa. Aquel día alcanzó al ejército el prefecto de Huánuco (Serna) portando los informes del señor Pinzas (Manuel), sobre los movimientos de del Canto, más una copia de la vergonzosa nota cursada por Luis Milón Duarte a la municipalidad de Huánuco, por la cual exigía bajo amenazas de cupos y otras extorsiones, la entrega inmediata de víveres a favor de la expedición chilena. Al día siguiente, 9 de junio, llega el ingeniero Agustín Benavides, secretario del doctor Jesús Elías, acompañando al señor Francisco de la Vega, vecino de Huaraz y gran conocedor de las rutas de toda la región. Fue este señor quien aconsejó seguir la ruta de Chavín en vez de la de Huallanca, que era por donde se le esperaba, por ser la más corta y mejor provista de recursos. El 10 el ejército sale de Aguamiro, dejando a los enfermos al cuidado de los habitantes, entre ellos el subprefecto de Canta (Pardo), a quien los chilenos asesinaron a su paso por aquel pueblo. La marcha se realizó por senderos pedregosos, llenos de atolladeros y en extremo accidentados; hasta que al promediar la pesada jornada, se alcanzó el amplio y llano camino real que condujo al ejército de la resistencia a Tarapaco, minúsculo pueblo abandonado y desprovisto de leña, donde no se pudieron calentar las últimas provisiones que se portaban. Dice el general Cáceres:



"Yo, mi secretario y mis ayudantes hubimos de conformarnos con un poco de infusión de hojas de coca, mi bebida frecuente y habitual en esas heladas punas".

El día 11 el ejército se movió hacia Chavín (Chavín de Huantar), sin haber bebido y comido nada. La marcha se efectuó sobre un malísimo camino, sumamente escabroso, sobre abismos, lleno de falsos pasos. Algunas bestias rodaron, perdiéndose la carga. La artillería tuvo que ser transportada a pulso y los caballos tuvieron que ser conducidos de la brida. Cubriendo 8 leguas en tales condiciones y sin sustento alguno, nuestras tropas acamparon desfallecientes, allí donde les sorprendió la noche. El día 12, el general se adelantó a Chavín para hacer preparar un consistente rancho destinado a su hambriento ejército. Al medio día éste se hizo presente, reanimándose con el esmero y solicitud con que los habitantes lo atendieron. Los chavinenses colmaron sus trenes de víveres y hasta proporcionaron las acémilas encargadas de transportarlos. Por su parte el subprefecto (Boubi) se esforzó en dotar de caballos a los oficiales que carecían de ellos. Dos días permanecieron en Chavín de Huantar (3,210 m.) disfrutando de su magnífico clima reponiéndose de las penalidades sufridas; lapso que se aprovechó en el rescate de los rezagados y de las cargas de municiones que tuvieron que abandonarse por falta de acémilas. El 14 de junio el ejército reemprendió la marcha para franquear la colosal cordillera Blanca por el famoso paso de Arguaycancha. En su MEMORIA Daniel de los Heros nos dice:

"la subida no sólo era dificultosa, sino casi imposible para un ejército, los chilenos que llegaron pocos días después a ese punto tuvieron que retroceder, admirados de nuestros soldados. Pero nuestro ejército que no reconocía dificultades, subió esa larga y empinada cuesta, cubierta de atolladeros y otros pasos sumamente peligrosos aún para los que iban a pie. La artillería y el parque se llevaban casi en hombros, pues no habían bestias que pudieran resistir esa subida como de 2 leguas. A las 6 p.m. el ejército y el parque estaban en la cumbre desde donde se percibe el hermoso Callejón de Huaylas ... Se acampó al otro lado de la cordillera en el sitio denominado Arguaycancha, sufriendo, como se puede comprender, un frío glacial".



La señora Antonia Moreno y sus menores hijas, también humillaron al Arguaycancha. Ella recordando ese paso dice en su obra:

"En la inmensidad de la cordillera, Cáceres sobre su famoso caballo 'El Elegante', proseguía entre precipicios y abismos aterradores, escrutando lejanos horizontes en su camino al sacrificio. En pos sus huellas, los soldados humillaban con su arrojo los soberbios Andes, rompiendo con los cascos de sus caballos, los pequeños penachos, erguidos hasta esfumarse en las nubes".

"Así continuaron nuestros bravos guerreros, lenta, penosamente en las escarpadas rocas, las agrestes cimas, las blancas y heladas sábanas de nieve, sufriendo resignadamente, pero soñando con arrancar un rayo de gloria al destino, como lo hicieron en las batallas de Marcavalle, Pucará y Concepción. Era emocionante contemplar ese desfile luchando hasta contra la naturaleza y marchando con brío en busca de la gloria..."

Los primeros que vencieron las cumbres, al contemplar el hermoso, profundo y extenso Callejón de Huaylas, se arrodillaron en las nevadas cúspides para agradecer a Dios y se tendieron luego sobre la misma cumbre a descansar en espera de los demás; estaban a 4,600 m. de altitud, a pesar de que esos pasos eran los más bajos. La escalada, desde el punto de vista de una empresa humana, constituyó una hazaña portentosa. Sin embargo, por la cantidad de pesados pertrechos que tuvieron que abandonarse a lo largo de la escarpada senda, entre impresionantes taludes, puede decirse que en aquel día comenzó a perderse la batalla de Huamachuco. Además, el precio que se pagó por humillar los soberbios picachos ancashinos no dejó de ser alto en vidas y en sufrimiento. La nieve fue el sudario que cubrió los congelados cuerpos de no pocos breñeros cuya fatiga y quebrantada salud no resistió la presión atmosférica de la alta cumbre de 4,600 m. de altitud. Esa nieve también se tiñó de rojo por las incontenibles hemorragias nasales de aquellos a quienes la altura y el soroche agobiaban. Resumiendo, una vez repechada la cumbre, el ejército inició el descenso hasta llegar a la aldea de Arguaycancha donde pernoctó. El día 15 el general envía por delante a sus secretarios Pedro Rodríguez y Manuel de los Heros, para que, desde Olleros,



enviaran despachos a Huaraz, por auxilios; luego alcanza Olleros donde le espera un buen rancho caliente, "ofrecido generosamente por los vecinos del lugar". Satisfecho el apetito, sobre 3,576 m., se pone en movimiento hacia Huaraz. En Pariac le sale al encuentro el doctor Jesús Elías y una numerosa cabalgata que le da la bienvenida. Y a la última hora de la tarde las tropas hacen su triunfal ingreso a la ciudad capital, donde todo estaba dispuesto para recibirlas. Los escuálidos, descalzos, harapientos y agotados breñeros, quizá vieron renacer la olvidada alegría y la esperanza del fin del calvario, cuando entraban a Huaraz entre vítores, encontrando la ciudad bulliciosa y engalanada; las calles estaban abanderadas; hermosas damas del lugar esperaban en el jirón principal, desde la entrada, llevando vistosos ramos de perfumadas flores atadas con cintas bicolor, para obsequiarlas al general Cáceres y a sus valientes seguidores; era las seis de la tarde del 15 de junio de 1883; sin embargo pronto se esfumaría esa fugaz alegría, de esos lacerados corazones breñeros, al enterarse de su nueva y aún más difícil situación.

5. CONVERGENCIA CHILENA SOBRE HUARAZ

El 16 al llegar Recavarren a Huaraz con el doctor Manuel Cisneros, procedentes de Yungay, informaron al general Cáceres que Gorostiaga se encontraba en Corongo, cerrando todo acceso al norte iglesista. Informó también que su fuerza fue reconocida desde Pallasca y seguida de cerca por el enemigo, al punto de verse precisado a cortar el puente de Yuramarca. Y, finalmente, que se había hecho fuerte en Yungay, y que el doctor Puga se encontraba con una pequeña fuerza de 300 hombres en Cajamarca, en espera de órdenes. Por su parte Elías le participó que sabía de buena fuente que Iglesias había firmado a comienzos de marzo un tratado preliminar, por el cual se comprometía a celebrar un tratado de paz, conforme a las condiciones estipuladas por el invasor.

Colocado en magníficas condiciones, en su teatro de operaciones, Recavarren lamentablemente no cumplió a cabalidad su importante misión, la de perseguir y atacar a Iglesias. Desperdició las condiciones favorables, contando tanto con mejores y numerosos efectivos, como disponiendo de tropas mejor preparadas;



"por la demora de sus operaciones y falta de espíritu de empeño, hizo fracasar todo, poniendo en situación grave al Ejército del Centro", afirma en su carta el general Cáceres.

Por otra parte, como ya vimos, del Canto sale de Tarma en persecución del ejército de la resistencia el 28 de mayo de 1883. La expedición pernocta en Palcamayo y al día siguiente se desplaza a Junín. A partir de allí los frenos de esa horda semibárbara se sueltan sobre la frígida comarca durante días de saqueos y de crímenes. Como dice el historiador tarmeño, Alejandro Palomino Vega, en esa como en todas las oportunidades, los chilenos "dieron con su feroz conducta el brutal testimonio de su odio salvaje al Perú". Pero ahora el cúmulo de atrocidades tenía una característica más nefasta: la complicidad de los seguidores de Iglesias. El 2 de junio del Canto ocupa Cerro de Pasco y al día siguiente ordena la violenta requisa de víveres y de prendas de abrigo. Y fue allí donde Milón Duarte expide el infame decreto por el cual se concedía "perdón y amnistía general", así como una gratificación pecuniaria, a todos aquellos que abandonaran las filas del general Cáceres. El 4 de junio, del Canto marcha sobre Ambo, permaneciendo en dicha localidad hasta el día 6. El 7 ocupa Huánuco y al día siguiente se orienta hacia el oeste. El 10 pernocta en Chavinillo y el 11 marcha por Cahuac a la Unión (Aguamiro), acampando al término de la jornada en la serranía intermedia, en plena jalca, a 4, 100 m. de altitud y a 10°C bajo cero. El 12 de junio desciende al hermoso y abrigado pueblo de Aguamiro. Allí le da el encuentro, el coronel Marco Antonio Arriagada, relevándole en el comando de la expedición por orden de Lynch. Los celos y las intrigas de León García y de sus influyentes amigos había triunfado. Arriagada fracciona sus tropas en dos agrupamientos, uno debía seguir la huella del general Cáceres por Arguaycancha y caer sobre Huaraz, al mando de León García; y otro debía franquear la cordillera por el paso de Torres y caer sobre Recuay, al mando del propio Arriagada. Los 2 agrupamientos inician su correspondiente progresión el 15. Pero las tropas de León García apenas se pusieron a la vista de la granítica montaña coronada de nieve que tenían que ascender, al ejemplo de los hombres de la breña, retrocedieron espantadas, reagrupándose con las de Arriagada para cruzar juntas el paso de Torres, alcanzando Ticapampa al anochecer. El encierro del



El Llanganuco, escenario de las proezas del general Cáceres.

Llanganuco - Chinancolma

Altitud:	3850 m (la laguna)
Volumen:	11'443,000 m^3
Profundidad:	28 m
Superficie:	548,120 m^2





Señora Antonia Moreno, fundadora del Comité Patriótico de la Resistencia; siguió al general Cáceres en la Campaña de la Breña.



Abelardo Gamarra, "El Tunante", peleó en Miraflores y en la Campaña de la Breña hasta Huamachuco.

Ejército del Centro en el callejón de Huaylas se había producido. A partir de ese momento el general Cáceres podía decir, con toda razón, que se hallaban en un callejón sin salida. De remate el doctor Manuel Espíritu Cisneros le informa que por la ruta de Casma se desplaza el destacamento chileno al mando del comandante Herminio González.

Dice Jorge Leguía:

> "El temible es Arriagada con sus tres mil plazas, y el cual sin saber que Cáceres no es Santa Cruz, espera reverdecer los laureles de Yungay... Socarronamente Cáceres simula el regreso a Junín. Arriagada cae en el lazo y se apresta a su persecución. Mientras las divisiones chilenas sufren la calamidad de las marchas forzadas en una región abruptísima, el general peruano enmienda rumbo... Es tal el impulso que ha impreso al desventurado Arriagada, que el jefe de la expedición araucana ha batido un récord de velocidad por Huánuco y Junín..."

En Huaraz, el general Cáceres y los jefes de división estudian con detenimiento el problema planteado por el enemigo, que bloqueaba todas las salidas del Callejón de Huaylas. De acuerdo a la ciencia o arte militar, una maniobra a "posición central" o de "líneas interiores" habría sido la más oportuna para liquidar o deshacerse del enemigo fraccionado, sin enlace y separado por obstáculos insalvables. Pero carentes de medios masivos de movilidad, para aplicarlos con rapidez y por sorpresa, la maniobra no resultaría propicia. De nada habría valido, en atención de los resultados del conjunto, que el general cayera como un rayo, con todo el grueso de sus fuerzas reunidas, sobre una fracción enemiga, distrayendo la opuesta, si después no pudiera repetir la acción en el otro extremo, no contando, como no contaba, con los elementos de transporte precisos. Barajadas todas las alternativas, sólo quedó en pie el alto espíritu de lucha y la gran habilidad del hombre de la breña. A uno y a otra se apeló en el consejo de guerra del 16 de junio, donde se contempló, por contraste, la concertación de un armisticio para tratar sobre la paz con el enemigo. A tales alturas la prosecución de la campaña era alentada, aún desde Cajamarca, por José Mercedes Puga y sus 300 guerrilleros aguerridos.



El general Cáceres, en vista de la gravedad de la situación, dispuso que su esposa y sus 3 hijas, que lo habían acompañado durante la terrible campaña, alentando su abnegado patriotismo, partieran hacia la costa esa misma noche del 16 de junio. La señora Moreno refiere los pormenores de su despedida en la noche triste de su partida:

"Nos despedimos; Cáceres y sus ayudantes permanecían de pie; todos muy emocionados, con lágrimas en los ojos nos dijeron: a cuántos de nosotros no volverán a ver más. El momento era terriblemente conmovedor. Habíamos seguido con el ejército compartiendo todo género de privaciones y ansiedades, de frío, de hambre también, por pasos escabrosos, por los bordes de los abismos, desafiando precipicios. Un rato duró la penosa despedida. Cáceres y sus acompañantes, parecían el símbolo del dolor; de pie con sus largos sobretodos y sus kepis rojos, nos miraban y hablaban con honda tristeza. Se acercaron a nosotros y nos abrazaron; Cáceres acarició a sus tres hijas intensamente emocionado. Y partimos llevando en el corazón lacerado la perspectiva de que iban a una lucha sin cuartel. Para ellos y para nosotros el instante fue desgarrador, como si mil puñales nos hubieran clavado en el corazón".

"Han pasado los años y este episodio, como una visión sangrante, viene siempre a renovar el doloroso recuerdo de aquella sombría noche. Entre los que se hallaban en primera fila en esa escena de la despedida, recuerdo de momento a Ricardo Bentín, minero rico, a Félix Costa Lauren, blanco de ojos azules y rubio; a Enrique Openheimer que parecía un inglés; Darío Enríquez Benavides, Carlos Alcázar, León Andraca, alto y fuerte quien me había salvado más de una vez de morir desbarrancada; Florentino Portugal, Vicente Palomino, José Miguel Pérez; Federico Porta, apuesto y acaudalado limeño, Ernesto Velarde y Ernesto Mora quien alguna vez a falta de calzado y habiéndose herido en la cabeza, había continuado la marcha con los pies y la cabeza envuelta en trapos".

En otras partes de su importante obra afirma:

"Los bravos y nobles hijos del Perú, marcharon al sacrificio, a derramar su sangre, a sufrir el desgarramiento de sus



carnes, la mutilación y la muerte por el ideal sublime: el honor. ¡Nada más que el honor! Porque la victoria era imposible, sin recursos económicos ni elementos de guerra. Por eso la Campaña de la Resistencia Nacional es la más elocuente expresión de altivez del alma peruana, capaz de luchar y sufrir, sin humillarse jamás. Supo, así, erguirse en desigual contienda para forjar esa epopeya gloriosa: La Campaña de la Breña".

La odisea que pasó la señora Moreno desde su partida hasta su llegada a Lima, a través de la Cordillera Negra, y de los desiertos de la costa, la narra ella en su obra titulada *Recuerdos de la Campaña de la Breña*, editada en 1974. Es destacable la protección que recibió ella y sus tres hijas del valiente y fiel capitán José Miguel Pérez durante la travesía de la cordillera, así como la del ignorado guerrillero de Huaral, Angel Presa, que fue el verdadero ángel custodio, desde Culebras hasta Paramonga, escoltándolos cautelosamente a distancia, en todos esos lugares ocupados por el invasor, proveyéndoles de caballos de repuesto, alcanzándoles agua y alimentos preparados y prestándoles toda orientación y ayuda necesaria. Este Albarracín del norte chico que fue también informante perenne del general, mereció de doña Antonia "un recuerdo de gratitud por su nobleza y patriotismo".

Con esta breve referencia queremos rendir nuestro merecido homenaje a quien fuera fundadora y activa dirigente del Comité Patriótico de la Resistencia, que posibilitó las campañas en el interior con el envío de pertrechos, oficiales y tropa; que proporcionó información valiosa, y que luego siguió con sus tres menores hijas a cuestas, gran parte de la Campaña de la Breña alentando a los gloriosos combatientes.

6. CONTINUACION DE LA MARCHA

El día 17 Arriagada rebasa Recuay y ocupa Olleros. Al saberlo el general Cáceres evacua Huaraz al día siguiente, moviendo el ejército a Carhuaz. El 19 continúa la marcha hacia Yungay donde se le prodigó una calurosa recepción y una feliz aunque fugaz estada. Entretanto Arriagada, a jornada lenta, ocupa ese mismo día Huaraz. En la mañana del 20, el general envió a Carhuaz un pelotón de jinetes de su escolta en reconocimiento; informados



ITINERARIO DEL EJERCITO PERUANO:
DE TARMA A HUAMACHUCO

CAJABAMBA
HUAMACHUCO
OTUZCO
Cachicadan
Tulpo
SANTIAGO DE CHUCO
Pampas
Conchucos
CABANA
Virú
Río Chao
Sihuas
Corongo
Chúcliir
Andamayo
RIO SANTA
La Pampa
Yanamarca
Huaylas
POMABAMBA
Santa
CARAS
YUNGAY
CHIMBOTE
R. Nepeña
Nepeña
L. Yanganuco
Chuacachi
CARHUAS
HUARI
R. Quillic
CASMA
Pto. Casma
R. Casma
HUARAS
San Marcos
RECUAY
AGUAMIRO
AIJA
R. Culebras
HUANUCO
L. Aguas
Ranracancha
Culebras
L. Conococha
HUARMEY
AMBO
San Rafael
L. Lauricocha
CAJATAMBO
Chacaya
Huariaca
OCEANO PACIFICO
Paramonga
R. Pativilca
Oyon
CERRO DE PASCO
Barranca
Supe
Ambar
Pasco
Ninacaca
L. Punrun
Carhuamayo
Chiuchin
L. Junín
Huaura
R. Huaura
Sayán
Huayllay
HUACHO
Junín
Salinas
R. Huaral
CANTA
TARMA
Huaral
Salinas
LA OROYA
Ticlio
Paridchaca
Yauli
Chacapalca
San Mateo
MATUCANA
R. Chillón
R. Rímac
ESCALA GRAFICA
0 10 20 30 40 50 Km.

HUAMACHUCO
Tres Ríos
Conchucos
Pomabamba
Yungay
Carhuas
Huaras
Chavín
Aguamiro
HUANUCO
RIO HUALLAGA
CERRO DE PASCO
TARMA

78 77 76
8 9 10 11

MAPA DEL TEATRO DE OPERACIONES DEL NORTE



por los agentes dejados, que los temerosos habitantes habían realizado acopio de víveres y otros recursos para entregarlos al invasor, por temor a las posibles represiones y atropellos, se apoderaron de gran parte de los recursos, los que incorporaron a nuestros trenes de víveres. Entretanto, el secretario general de la jefatura superior del norte, ingeniero Benavides, que también había ido a Carhuaz en busca de fondos, consiguió sólo 500 soles. El día 20, se repliegan hacia Yungay todos los efectivos de Recavarren, escalonados en Huallanca, Huaylas, Huaripampa y Caraz, la actual provincia de Huaylas, quedaba a merced del invasor. Por añadidura aquel mismo día, Arriagada ocupa Carhuaz. Entonces, según opinaba el mismo general Cáceres, "La situación militar del ejército de la resistencia en Yungay, el 21 de junio de 1883, era de lo más crítica que pudiera imaginarse". Justamente, en esos momentos supremos, el Brujo de los Andes aguzó la imaginación, alentado por su propia habilidad maniobrera y por el alto espíritu de lucha y sacrificio de los hombres de la breña. Había entrevisto que por el paso de Llanganuco podía trasladarse al norte y batir a Iglesias. El asunto estaba en cómo burlar la persecución. Al respecto, adoptó una serie de disposiciones ingeniosas para cubrir su retaguardia y desorientar al enemigo. La mañana del 21 de junio envió un grupo de yungaínos para que, franqueando la cordillera por Llanganuco, se dirigieran al sur, a Chacas, Huari y Chavín, propalando el retorno del Ejército del Centro al departamento de Junín. Al efecto, debían de reunir recursos y conservarlos en lugares apropiados. Al medio día despacharon chasquis con mensajes del general Cáceres a los alcaldes de las distintas circunscripciones, como Tarma, Huancayo y Ayacucho, participándoles su retorno a la sierra central, y solicitándoles reclutar voluntarios, además de reunir ganado y víveres. Los chasquis debían darse maña para ser interceptados por las guarniciones enemigas de la ruta. Al anochecer, una fracción de su escolta fue encargada de dar golpes de sorpresa sobre las avanzadas chilenas de Caraz, sumiéndolas en mayor desconcierto. Finalmente, después de haber hecho circular entre el vecindario local la noticia de su marcha hacia Cerro de Pasco, la mañana del 22 de junio, el general emprende la marcha por la majestuosa abra del Llanganuco que se perfila entre los dos colosos graníticos del Huascarán y del Huandoy.



Caminando a la cabeza de su legendario ejército, sobre las cumbres, continuando la gesta con rumbo a la gloria, siguiendo el itinerario de los cóndores, como bandera, como antorcha. El tunante dice: "Solo los coroneles Recavarren y Secada estaban al cabo de la verdadera dirección que llevaba.

El 13 de octubre de 1988, hicimos otro peregrinaje al Llanganuco; lamentablemente comprobamos que se había depredado los senderos históricos de la margen occidental de la laguna para dar paso a una carretera con fines turísticos; indudablemente que quienes trazaron esa carretera ignoraban el valor histórico de esos senderos labrados sobre la roca granítica por nuestros centenarios antepasados.

El ejército que emprende tan gloriosa marcha es nominalmente el mismo que un mes antes saliera de Tarma. Algunas unidades han cambiado de comando, como el *Marcavalle Nº 7*, ahora al mando del coronel Felipe Crespo; como el *Apata Nº 8*, ahora al mando del coronel Diego Goyzueta; y como el *Cazadores del Perú*, ahora al mando del mayor Santiago Zavala. Pero principalmente, como contrapeso de la deserción operada y de la forzada baja de enfermos y heridos, totalizando alrededor de mil (1,000) hombres, el destacamento Recavarren constituyó un apreciable refuerzo al ejército breñero. Este estaba integrado por dos divisiones: la primera a cargo del coronel Mariano Aragonés, que tenía como jefe de estado mayor al coronel Leoncio Prado, y la conformaba el batallón *Pucará* a cargo del teniente coronel Ponce de León; y la segunda a cargo del coronel Ciriaco Salazar, que tenía como jefe de estado mayor al coronel Manuel Pardo, y la conformaba el batallón *Tarma* (recientemente adscrito) y el batallón *Huallaga*, más un escuadrón de *Húsares del Perú*, al mando del teniente coronel José Cabrera.

7. EL PASO DE LLANGANUCO

El portachuelo del Llanganuco bordeado por el Huascarán está enclavado en los lugares más altos de la sierra ancashina; para alcanzarlo, partiendo al este, se asciende por senderos escabrosos que cruzan terreno muy quebrado y pedregoso, hasta alcanzar la entrada de un cañón de siete Km. de extensión que conduce a la laguna de Llanganuco. El cañón tiene un ancho



promedio de cien metros con paredes laterales cortadas a pico sobre rocas de granito, que se elevan a cientos de metros, formando un pasadizo cíclope; por el fondo de este cañón corre un riachuelo que sale de la laguna, rezago seguramente de enormes cantidades de agua de deshielo que circuló por él durante millones de años; este cañón siempre ascendente, llega a la orilla sureste de la laguna de Llanganuco, que está en las pendientes norte de los gigantes Huascarán y Huandoy; al alcanzarlo se encuentra de improviso una laguna cuyos bordes se ramifican, en forma de horquilla, en senderos estrechos que van al norte y al sur; la laguna está rodeada de roquedales cortados a pico sobre los que se alzan picachos blancos que terminan en puntas a manera de bayonetas erizadas que se clavan en el cielo. Se diría que la apacible laguna azul de aguas profundas se encuentra prisionera en un cerco eterno de blanquísima nieve; el paisaje, aunque bellísimo a los ojos del admirado y casi asfixiado visitante (para quien es aún más bello que el apreciado en las inmóviles fotografías), se vuelve terrorífico cuando se le mira desde uno de los estrechos senderos artificiales que la rodean; el que lo recorre siguiendo sus endiablados zigzagueos, y teniendo a un lado una roca tallada verticalmente a manera de paredón cíclope, y al otro, un vertiginoso abismo que termina en las profundidades de la helada laguna, agrega al vértigo que le produce la altura, el de las profundidades que la rodean amenazantes. El hombre de la breña que siguió el sendero pegado a la mole granítica vertical, arañando las cumbres andinas, debió haber sido ganado por el sentimiento del terror, realizando el sobrehumano esfuerzo de superarlo. El general Cáceres dice:

> "Me parece estar viendo a algunos de mis soldados desbarrancándose por los precipicios de la subida, aquel terrible e inolvidable 22 de junio de 1883. La dificultades y peligros aumentaban a medida que nos aproximábamos a la cumbre; los senderos eran cada vez más estrechos y peligrosos, la respiración angustiosa, pero nuestros soldados lo vencieron todo; y a eso de las tres de la tarde del día siguiente alcanzamos la cumbre".

Los breñeros llegaban al suelo y roca del cóndor y de la vizcacha a contemplar el infinito, para luego bajar a la orilla del



El general Cáceres y sus huestes atravesando el Llanganuco.


FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

océano más grande de la tierra, del blanquísimo hielo al dorado calor.

Por el Llanganuco y el Arguaycancha pasó también, exhibiendo gloriosamente el nombre de su pueblo, rumbo al holocausto de Huamachuco, el batallón *Concepción Nº 7* y los otros batallones del departamento de Junín: *Marcavalle Nº 6*, *Pucará Nº 4*, *Junín Nº 3*, *Tarma Nº 11*, *San Jerónimo Nº 10*, *Apata Nº 8*, y el batallón de guerrilleros de Yauli y Acostambo, que representaron dignamente a sus gloriosos pueblos.

Cuenta la tradición que Túpac Inca Yupanqui, una vez sometidos los "Huaylas", abrió campaña contra los "Cajamarcas»; y con uno de sus ejércitos avanzó por la vertiente oriental de la Cordillera Blanca, mandando labrar una senda en la misma pared de piedra donde era posible, salvando a trechos lo inaccesible de la vía con puntales laterales hechos de los quinuales del lugar, capaces de sostener, a modo de repisa, puentecillos de madera. El general Cáceres aprovechó de aquellos senderos volantes, legados por la ingeniería militar del incario, e hizo circular el glorioso Ejército del Centro para demostrar ante el mundo que los hombres de la breña, en quienes se encarnaba toda la altivez del alma nacional, no se postraban ante la adversidad.

El general Cáceres dice:

> "tuve que aventurarme a trasmontar el Llanganuco, a pesar de los 20 mil pies de altitud, de la estación fría en que nos encontrábamos y de la falta de caminos, como que tuvimos que improvisarlos en ciertos flancos casi verticales, construyendo veredas con troncos de árboles para que pasase la gente, las bestias y los cañones. El portachuelo de entrada es de roca cortada a pico a un lado y al otro tiene una laguna frígida y bellísima, pero la belleza fatal que justifica el terror que las lagunas inspiran a los indios".

Durante la ascensión a través del Llanganuco, la noche cayó como un sudario glacial sorprendiendo a la columna a la mitad del camino de la cumbre. El general Cáceres anota: "Sufrimos en la noche con el intenso frío de las grandes alturas, agravado por el hambre". Los pies voladores de los guerreros descansaron esa noche junto a las alas replegadas de los cóndores, pues habían



invadido sus nidos. Así abrazados en la dura y fría roca, pasaron la noche más larga de su vida los hombres de la breña. Abelardo Gamarra, testigo, agrega:

> "¡Milagros del patriotismo!; el ejército pernoctó al otro lado de la laguna, y el general con su comitiva en la parte que da a Yungay, para atender a cualquier emergencia, desde que el enemigo estaba a retaguardia, y se suponía siguiera nuestros pasos".

El general Cáceres, siguiendo su costumbre, marchaba con sus secretarios y ayudantes de avanzada y a la derecha de la columna, cuando el enemigo estaba al frente, y de cubierta y a la izquierda cuando el enemigo estaba a retaguardia. El día que salieron de Yungay, el general lo hizo cuatro horas después que partió su ejército.

La frigidez cobró 20 vidas aquella espantosa noche; cinco eran del *Concepción Nº 7*, los cabos Juan Martínez y Domingo Córdova, y los soldados Juan Romero, José Corazón y José Verástegui. Apenas se advirtieron las primeras clarinadas del nuevo día 23 de junio de 1883, la columna se puso en movimiento sin tomar alimento alguno, lenta y fatigosamente; conforme se ascendía el sendero tres leguas arriba, se hacía más estrecho y peligroso. Gamarra agrega:

> "Algunas bestias con carga y otras con jinete se desbarrancaron, precipitándose con rapidez extraordinaria por entre las profundidades de esas escarpadas rocas".

A las 3 p.m. se logró remontar la cumbre. Y allí en el cielo azul, salpicado de destellos de los hielos de las cumbres del Huascarán, emergieron las manchas de los cóndores gigantes que volaban amenazantes.

Gamarra agrega:

> "Así fue que hubo de emprenderse la marcha sobre la estancia denominada Antuco, después de atravesar penosamente la peligrosa calzada de las barbacoas, teniendo a la vista la imponente masa de los Andes cubierto de su eterno manto de nieve secular, y el espectro salvaje, lúgubre y sombrío de los obscuros grupos graníticos que se elevan cortados a pico en medio de esos desoladores páramos; una considerable cantidad de animales quedó allí; la artillería, el parque, los trenes, pertrechos pasaron



por ese lugar al brazo de los soldados; el ganado descargado pasó estrechamente sujetado por sus conductores... Sin doblegarse ante la fatiga, ni presentar un soldado sometido por el soroche, mostraba el estado de empeñarse a un combate... Pocos ejércitos del mundo habrán atravesado una montaña de la elevación del Llanganuco".

Sacudiéndose del "surrumpe" (irritación de la retina por la refracción solar sobre la nieve), los ojos de aquellos abnegados soldados se posaron sobre el exuberante paisaje familiar tendido a sus pies, sobre las ubérrimas llanuras quechuas de Pomabamba. Daniel de los Heros, secretario del general, agrega:

"el paso de la cordillera fue sumamente penoso; es necesario conocer esos lugares, para apreciar las dificultades que venció nuestro ejército, comparables sólo a los que se presentaron a Aníbal en su paso por los Alpes, cuando invadió Italia. Desde el principio el camino es pedregoso y cubierto de espesos montes, hasta el pie de la cordillera, lo que permitía el fácil extravío del ganado que se llevaba para el alimento de la tropa. Mas el general, que con escrupuloso cuidado se ocupaba hasta del rancho del soldado, iba recogiendo las cabezas de ganado que los arreadores abandonaban; entonces su secretario, el doctor Pedro Rodríguez le dijo: si en Europa se dijera que el general en jefe de un ejército se ocupaba también de arrear el ganado, no lo creerían; a esto contestó el general con aquella ingenuidad que le caracterizaba: que quiere Ud. que haga cuando no tenemos de quién confiar, como Ud. bien lo sabe; es pues necesario mirar y cuidar todo, ya que el deber así lo exige".

Gigante y extraordinario conductor de la breña, a través de sus insondables abismos y cúspides infinitas, escribió páginas excelsas de su admirable valor y su genio inimitable.

La hazaña del mariscal de la breña y de su glorioso Ejercito de la Resistencia, que humilló al gigante Huascarán atravesando el Llanganuco y sus cumbres que están en su seno, el 22 de junio de 1883, debe perennizarse, construyendo un monumento a esa gloria universal, en el pináculo donde estampó sus plantas la audacia, el valor y la resistencia de sus huestes. Sus asombrosas campañas, vuelos de águilas o cóndores, tendidos sobre la cima



de las breñas, desde Chosica a Andahuaylas o desde Arequipa hasta Huamachuco asombrarán siempre a los peruanos y a los hombres de armas del mundo.

Por su parte el general Recavarren en su informe sobre la travesía del Huascarán y el Huandoy, refiere:

"... El 21 desfilamos al anochecer ocupando la vanguardia del ejército del norte. Atrevido fue el paso de las barbacoas del Llanganuco, que honrará siempre al esforzado ejército que lo practicó y al jefe que lo dirigió y llevó a cabo".

"El comandante en jefe cerraba la retaguardia con las fuerzas de caballería, y por disposición del general, él pernoctó antes de las expresadas barbacoas para defender dicho paso en caso de un ataque enemigo. En la mañana del día siguiente verificó, a su vez, el paso siguiendo su marcha hasta alcanzar a sus tropas que eran conducidas por sus comandantes y generales y sus jefes de E.M."

"En la mañana del 23 de junio, después de haber acampado en plena cordillera toda la noche, el Ejército del Norte levantó campamento y marchó a la vanguardia continuando el paso de la cordillera al mando de su jefe".[2]

8. ARRIAGADA ES BURLADO POR EL GENERAL CACERES

El día anterior, 22 de junio, el grueso de la expedición Arriagada se trasladó a Carhuaz. A mitad del camino fue notificado por el capitán Meyer que sus exploradores habían interceptado chasquis con mensajes del general Cáceres a las autoridades de la región central. Arriagada los leyó y concluyó que eran auténticos; y convencido que el dato llegaba a tiempo, procedió de inmediato a tomar una serie de disposiciones a fin de retrogradar a marchas forzadas para cortar el paso de los breñeros antes de que llegaran a Cerro de Pasco. Por la tarde de ese día, los exploradores confirmaron la salida del Ejército del Centro desde Yungay, con dirección a Cerro de Pasco. Como no se precisó la ruta seguida, el día 23 Arriagada se aproxima a Yungay. Inspeccionadas las posibles rutas, todo hacia prever que aquel

2. Colección Documental de la Campaña de la Breña, del C.E.H.M. del Perú).



ejército se había desvanecido en el aire. Cuando por fin algunos medrosos campesinos le señalaron el portachuelo de Llanganuco, que tenía como escudo al majestuoso Huascarán y al imponente Huandoy, el coronel chileno lo tomó a burla y mandó castigar a los burlones. Sin embargo, envió al comandante Francisco Javier Zelaya para que verificara sobre el terreno tal información. Zelaya y los suyos alcanzaron jadeantes el portachuelo; al contemplarlo admirados gritaron: "por aquí pasó el ejército del Brujo"; las plantas vencedoras de los breñeros habían dejado huellas indelebles en los senderos graníticos orlados con nieve. Impelido por la sorpresa del hallazgo regresó, presa de asombro, confirmándolo todo: 500 hombres, bestias y cargas desbarrancadas señalaban el paso del ejército peruano. Desde su punto de vista, la persecución era imposible por ese paso infranqueable. Sólo la desesperación pudo hacer realidad tránsito tan penoso, arriesgado y peligroso. Fue entonces cuando Arriagada ideó ascender la Cordillera Blanca desde Marcará, siguiendo el curso del río de la quebrada Honda de los Andes o, en su defecto, perseguirlo más de cerca. Empero, como lo manifiesta el Tunante, ese paso menos alto y peligroso, acobardó a la tropa de del Canto, poniéndola en extremo de amotinarse. La formidable montaña de nieve perpetua derrotó así al enemigo con sólo su aterradora perspectiva. Arriagada no tuvo más remedio que volver sobre su decisión original, ordenando desandar el camino hacia Cerro de Pasco. Así lo informó a Gorostiaga, primero, agregando que "permaneciera tranquilo dejando a Cáceres por su cuenta, pues lo aplastaremos en Cerro de Pasco", y a Lynch después, justificando su marcha a Cerro de Pasco y solicitándole una división de refuerzo. Dispuso que el comandante Zelaya partiera a la costa en dirección de Casma, conduciendo 346 enfermos, y pasara luego a Lima a informar a Lynch. Este, según Inostrosa, enterado ya de la verdadera situación, respondió al comandante Zelaya, portador del informe de Arriagada: "¡Ese zorro de Cáceres se los ha tragado a todos ustedes. Los ha engañado como a niños". Y así era en efecto. Luis Alayza refiere a su vez que Lynch al enterarse de la burla exclamó: "Pero donde va ese hombre que marcha al sur mientras el tuerto se pasea por el norte. Un acompañante le respondió: a buscar el tesoro de Catalina Huanca". El grueso de la expedición chilena se concentró en Aguamiro, punto estraté-



gico e ideal para cortarle la retirada a los breñeros. Pero como el tiempo pasaba y no se sabía nada del general Cáceres, Arriagada mandó aplicar tormento a los principales, entre los lugareños, para saber donde se encontraban los breñeros. Para librarse de sus torturadores, los interrogados declararon que el día anterior había pasado rápido, dirigiéndose a Huánuco. Cuando Lynch era informado de la burla hecha por el general Cáceres a Arriagada, transcurrían los días 9 y 10 de julio de 1883, los días tremendos de Huamachuco que coincidieron con el primer aniversario del combate de Concepción. Con las "certeras" informaciones recibidas y ya seguros de estar tras del Brujo, en veloces marchas forzadas, continuaron la travesía; pero tampoco hallaron nada; algunos le sugirieron la posibilidad de que se hubiera internado en la selva. Después de decepcionantes indagaciones, y persistiendo en la idea de que habían pasado a Cerro de Pasco, se encaminaron a ese lugar después de deambular perdidos y agotados. Durante las marchas forzadas de Huaraz a Cerro de Pasco, habían sufrido las siguientes bajas: 130 muertos, 28 desertores y desaparecidos, muchos habían rodado a los abismos o habían quedado regados en el camino agotados por el cansancio; además conducían 574 enfermos.

Lynch, que al fin cayó también en el engaño ante la insistencia de Arriagada, y a tenor de las informaciones sobre la supuesta retirada del general Cáceres, ordenó que el comandante Castillo, que ocupaba Huacho con el *Maule*, se internara a Sayán y Cerro de Pasco, en apoyo de Arriagada, y que el mayor Méndez, de la guarnición de Huarochirí, ocupara Tarma y Cerro de Pasco, para bloquear el paso del general Cáceres.

Por su parte Arriagada llamó al coronel Urriola, que se encontraba en Huancayo con una fuerza de mil hombres, para que concurra a marchas forzadas a Cerro de Pasco donde se uniría con los anteriores.

Urriola se puso en movimiento en la mañana del 4 de julio de 1883; durante su marcha fue interceptado en Concepción en la tarde del mismo día, por una pequeña fuerza de las guerrillas del lugar, al mando del comandante Ambrosio Salazar, realizándose el segundo combate de Concepción, que causó severas bajas al enemigo, no habiendo sido aniquilado por haber fugado favorecido por la oscuridad de la noche.



Por fin, Arriagada y sus agotadas y diezmadas fuerzas, víctimas del engaño del Brujo de los Andes, volvieron a Lima decepcionados y avergonzados, sin haber encontrado al ejército fantasma, ni haber cumplido su promesa: "Lo aplastaremos en Cerro de Pasco" y, lo que es peor, no haber cumplido su misión. Llegaron a Lima el 5 de agosto de 1883.

9. ETAPAS DE LA MARCHA DEL EJERCITO DEL CENTRO HACIA EL NORTE

La tarde del 23 de junio de 1883, el Ejército del Centro desciende cautelosamente, dada la fuerte pendiente, en dirección de la hacienda Tingo, el caserío más inmediato a su alcance. Fue en la noche iluminada por la luna llena cuando llegaron a dicha meta. Aquí le da el encuentro al general, el jefe de la guerrilla de Huari, señor López, que había interceptado la correspondencia de Arriagada entre Huaraz y Huallanca. Por la misma, el Brujo de los Andes llegó a la conclusión de que no tenía que preocuparse más de él, pues por el contenido de la correspondencia incautada, constató que Arriagada había sido burlado. Recompensando los esfuerzos de López, que en otra ocasión llegó a apoderarse de más correspondencia, se le extendió el nombramiento de comandante militar de Huari. Dice de López el Tunante:

> "Este joven patriota continuó defendiendo la causa nacional en esa provincia, hasta que tomado por sorpresa, por las autoridades de Iglesias, fue llevado preso a Huaraz como un famoso criminal, y sucumbió en la prisión, víctima de su patriotismo, que para los sostenedores de Iglesias era un crimen".

Al día siguiente de su llegada, el general solicitó la colaboración de los vecinos de la hacienda próxima (Yurma), expertos conocedores de la región, para rescatar las cargas de municiones desbarrancadas. Entretanto permanecían allí 130 mulos que habían logrado tramontar increíblemente la cordillera, cargando 30,000 cartuchos. De tales bestias sólo sobrevivieron apenas 40 hasta Huamachuco, llevando su preciosa carga. Las forzadas marchas que hicieron las consumieron de fatiga e inanición, a consecuencia de lo cual sucumbieron, así como no pocos de sus



conductores, tal cual narra Abelardo Gamarra. De la húmeda Yurma se pasó a la hacienda Seccha, propiedad de la familia Roca que se esforzó por atender las necesidades del ejército de la mejor manera posible. El 25 el ejército alcanza Pomabamba, acampa en su plaza de armas y pasa un buen rancho caliente, gracias a la diligencia desplegada por el general Silva y por el subprefecto Delgado. Fue allí donde el general Cáceres se entera de los movimientos de Gorrostiaga que, después de avanzar hasta el puente de Yuramarca, retrocedía vía Pallasca, Mollepata y Huamachuco, sabedor de la presencia de los nuestros en el callejón de Conchucos. En Angasmarca se le une el destacamento de caballería del mayor Sofanor Parra. Dice Gamarra:

"Gorostiaga que había avanzado hasta Corongo tras Recavarren adelantó una pequeña vanguardia a Siguas, en su marcha a Huaraz, para que reuniera víveres y preparara rancho. En este lugar un oficial chileno interceptó una carta a un mensajero en la que se mencionaba la llegada de las fuerzas unidas de Cáceres y Recavarren a Pomabamba; la vanguardia se replegó inmediatamente a Corongo con el dato; Gorostiaga retrocedió apresuradamente al norte y no se detuvo hasta Huamachuco pidiendo desesperadamente refuerzos a las guarniciones de la costa".

Así se empezaba a perder brillantes ocasiones para batir a Gorostiaga por separado. El día 26 fue dedicado al descanso en el pueblo de Pomabamba, como preparación a la dura jornada que se emprendió al día siguiente sobre la agreste serranía de Chullin. En efecto, la fuerte jornada de 7 leguas, emprendida el 27, terminó en Palo Seco, antes de la meta fijada, dado que la noche les cayó encima a los breñeros en plena marcha. La obscuridad hizo que se produjeran algunos accidentes, al punto de obligar al propio general Cáceres, antorcha en mano, guiar a las unidades hacia el acantonamiento. Rodríguez agrega:

"Las voces de los jefes se oían en diversas direcciones sin saber el punto donde se encontraban. Después de esta penosa operación, que desgarraba el alma, el general, sus secretarios y ayudantes, pasaron a una ladera enteramente inclinada para reposar un poco; tan peligroso fue el sitio que uno de los caballos de tiro del general se rodó un gran trecho, rebotando sobre él, sin causarle milagrosamente



daño alguno; lo mismo sucedió con el doctor de los Heros y su bestia".

Al clarear el día continuaron a Chullin de donde, después de pasar rancho, partieron hacia la hacienda Andamayo, propiedad de la familia Cisneros, en la cual se les cobró en efectivo hasta por el último grano que se consumió. Tal vez por el espíritu usurario que demostraba aquella familia es que Cáceres se animó a confiarles la guarda del archivo del ejército, de su impedimenta personal y de varias cargas de municiones. Continuaron hacia la hacienda Mitobamba, propiedad de la familia Sifuentes, las tropas fueron regaladas con un buen rancho y los jefes y oficiales con un suculento almuerzo; el primero y el último para el general y los suyos, desde Yungay hasta Huamachuco. El 29 prosiguió la marcha hacia la hacienda Urcón, propiedad de la familia Terry, donde se les negó hasta la venta de las telas para reemplazar los harapos que llevaban. El día 30 se emprende la marcha hacia Conchucos para ponerse a la altura de Pallasca, desde donde Gorostiaga se dirige a Huamachuco, no sin incendiar el pueblo y aterrorizar su comarca. La larga jornada fue una de las más duras de la campaña. La noche les sorprendió en plena cordillera de Pelagatos, donde bajo un inclemente frío apenas pudieron sostenerse con una magra colación de coca. Agrega P. M. Rodríguez:

> "Seguimos la marcha por el pie de una cordillera, con un frío que cada hora se hacía más sensible por la falta de alimento. Corría un viento helado, que penetraba hasta los huesos, algunos soldados quedaron muertos en el camino; para entrar en calor era necesario bajar de la bestia y andar a pie unas dos leguas con una fatiga verdaderamente mortal".

Al amanecer del 1º de julio se aproximaron a Callaringa, pequeño y desolado villorrio donde ni siquiera encontraron el consuelo de una sola hoja de coca. El día 2 de julio

> "el general, cuya constitución estaba a prueba de todo sufrimiento y privaciones, se levantó como de costumbre, bien temprano (5.00 a.m.) y después de dar órdenes para la marcha del ejército, se dirigió a Conchucos".

Los agarrotados hombres de la breña, dejando atrás varios muertos de hambre y de frío, marcharon también en pos de Conchucos; aquí los pobladores les abrumaron de atenciones



prodigándoles un abundante y reparador rancho caliente. Todo el día 3 permanecieron allí, empleándose el tiempo en los reconocimientos de rigor sobre Mollepata y Pallasca. El día 4 de julio el ejército se escalonó entre Pampas, Mollepata y Tulpo, entre los límites departamentales de Ancash y La Libertad.

Abelardo Gamarra anota: "Se dejó en Urcón una parte de las municiones con 70 mulas completamente aniquiladas, que ya no pudieron continuar la marcha". Agrega luego:

> "El número de enfermos era excesivo, y la mayor parte de los oficiales caminaban pie a tierra por habérseles muerto sus cabalgaduras de cansancio e inanición. De las 130 mulas del parque resultaron en Urcón solamente 40, medianamente útiles, y en estado de conducir menos de la mitad de su carga; en ellas se transportaron 30,000 tiros solamente".

Cuando partieron de Tulpo, desprovisto de toda clase de recursos, las mulas del parque y la artillería se encontraba en el más lamentable estado de aniquilamiento; se tiraban al suelo agobiados de fatiga y de hambre, o cayéndose muertos algunos durante las pesadas marchas de 8 leguas hasta llegar a las cumbres de Tres Cruces que se hizo tan solo con un alto para que descansara la tropa.

Apenas el comando chileno reparó en el ardid de Yungay, sin prevenir al burlado Arriagada que seguía en persecución de un ejército fantasma, se apresuró a movilizar las guarniciones de Trujillo y de Lambayeque para reforzar a Gorostiaga, el escudo de Iglesias y demás secuaces de la traición. El comandante Herminio Gonzales se puso al frente de dichas fuerzas que totalizaban 581 hombres de las tres armas. Al incorporarse las fuerzas del mayor Sofanor Parra informó a Gorostiaga, desde Santiago de Chuco, que pronto se le plegaría con un efectivo de 781 combatientes. Urgía al general Cáceres, por encontrarse maltrecho su ejército, que Gorostiaga no se robusteciera con tal refuerzo. Fue entonces cuando se generó la idea de batir por separado a las tropas de Gonzales, que marchaban por el extenso desfiladero de 8 leguas de longitud, que media entre Parcón y la angostura de Tres Cruces, paso obligado hacia Huamachuco. Al efecto el general mueve al ejército el 5 de julio hacia Angasmarca, donde pernocta. Calculando que el enemigo estaría a medio día del 6 de junio entre



la angostura indicada y Tres Ríos, resuelve caer allí sobre Gonzales. Aquel día, muy temprano, se adelanta a la columna con su escolta para comprobar que en el término previsto (2.00 p.m.) los chilenos desfilaban tranquilamente por el paso, sin lograr arrollarlos con todas las ventajas que el terreno ofrecía. Es fácil comprender que la paciencia del general llegara al paroxismo al ver cómo se le escapaba una brillante oportunidad de aplastar al enemigo. A las 3.30 p.m. apareció la vanguardia de Recavarren, de suyo bastante maltratada y disminuida para comprometerla en la acción. Pero todavía Cáceres alentó la esperanza de que Secada apareciera con el grueso. Hasta le envió mensajeros para que forzara la marcha; vana esperanza Secada se hizo presente a las 6 p.m., cuando los chilenos acampaban en Tres Ríos, a suelo y cielo descubierto. En uno y otro jefe cabe responsabilidad por la frustrada sorpresa. Ambos iniciaron tardíamente la partida, Recavarren por aplicar medidas disciplinarias que pudieron postergarse, perdió una hora. Secada, por otra parte, no orientó la marcha sobre el sendero correcto, extraviándose lastimosamente. Pero con aquel ejército cansado y hambriento, y con la noche encima, el general reclama de sus soldados la consumación de un supremo esfuerzo persiguiendo al enemigo. Pero éste al advertir su proximidad, levanta a prisa su campamento de Tres Ríos y apresura el paso, sin detenerse, hasta llegar a Huamachuco en la mañana del 7 de julio. Aquella agotadora, exhausta y penosísima marcha nocturna del ejército del general Cáceres terminó a las 04.00 a.m. del 07 de julio en Tres Ríos, totalizando 23, 21 y 20 horas de ininterrumpido desplazamiento sin tomar alimento. ¡Admírese a los hombres de la breña del general Cáceres! Además, aquella noche que momentáneamente nos convirtió de perseguidos en perseguidores, significó 600 bajas entre desertores, imposibilitados y enfermos. La influencia de la quinta columna iglesista se dejaba sentir con más fuerza conforme se avanzaba al norte. Su acción saboteadora no solo se limitó a promover la deserción en nuestras filas, también fue factor determinante para que ningún voluntario las engrosara compartiendo sus patrióticas vicisitudes; "Fue por aquellos días cuando más lamenté la ausencia de mis guerrilleros", dice el general Cáceres. Y por si todo ello fuera poco, las diferencias entre Recavarren y Secada mellaban gravemente la unidad monolítica del comando; el general estaba



informado de que los agentes de Iglesias y algunos jefes de la propia columna perseguían subrepticiamente a Recavarren para insinuarle que lo abandonara y entrara en negociaciones con el enemigo. Pero Recavarren haciendo honor a su probado patriotismo y fidelidad al general, los había rechazado siempre; por lo que el general tenía particular admiración y respeto por él, actitud que provocaba "algunas veces, las francas protestas de Secada", produciendo alejamiento entre ambos. Pero a pesar de todo, en la mañana del 7 de julio decidió presentar batalla al enemigo, al frente de sus 1,700 breñeros, batir a Gorostiaga en Huamachuco y aniquilar en Cajamarca a las fuerzas de Iglesias. El Perú debía erguirse sobre la adversidad anulando el oprobioso tratado que el invasor quería imponerle. Pero entonces, cerca a Huamachuco, como dice Basadre, "los harapos de los hombres de la breña lucían como una bandera al sol", como que, ciertamente, ellos llevaban "la patria en los brazos".

10. EL CONSEJO DE GUERRA DE TRES RIOS

Respecto al Consejo de Guerra de Tres Ríos, el coronel Recavarren, a través de la información que publica en *El Comercio* en julio de 1884, nos dice que el general Cáceres, a las 7 a.m. del 7 de julio, "convocó a una junta de guerra, desde el comandante general hasta los primeros jefes de cuerpo". El general Cáceres deseaba saber "cual era a juicio de ésta el partido que debía adoptarse". El coronel Secada manifestó que, en cuanto a los efectivos, peruanos y chilenos estaban a la par. Pero a favor de los últimos había que considerar que estaban mejor artillados, mejor armados, mejor municionados e incluso descansados. Por lo tanto estimaba que debía emprenderse la retirada. Recavarren, invocando las mismas razones de Secada, "juzgaba de todo punto imprudente todo movimiento de retrogradación", por lo cual opinaba que debía aventurarse la batalla, cualquiera que fueran los resultados, "porque al fin un desastre, después de una batalla, por lo menos salvaría al ejército del ridículo". El coronel Luna, por el batallón *Jauja*, apoyó la opinión de Recavarren, siendo secundado por todos los demás. Según el general Cáceres, "la mayoría se declaró por el combate". En consecuencia, se acordó la partida sobre Huamachuco a las primeras horas del día siguiente. El resto



de aquella jornada se aplicó en dictar las órdenes de detalle, en la reorganización de las unidades, en el acopio de las informaciones sobre el enemigo y en el estudio de la topografía de Huamachuco.

"Orden de batalla" del Ejército de la Resistencia en la marcha a Huamachuco

Al salir de Yungay el Ejército de la Resistencia, como se llamó desde entonces, tenía más o menos el siguiente orden de batalla:

EJERCITO DE LA RESISTENCIA

Comando

Comandante en jefe: coronel Francisco de Paula Secada
Jefe de estado mayor: coronel Manuel Tafur

Primera División

Jefe: coronel Manuel Cáceres
Batallón *Tarapacá Nº 1:* coronel Mariano Espinoza
Batallón *Zepita Nº 2*: coronel Justiniano Borgoño

Segunda División

Jefe: coronel Juan Gastó
Batallón *Marcavalle Nº 6:* coronel Felipe Crespo
Batallón *Concepción Nº 7*: coronel Pedro José Carreón

Tercera División

Jefe: coronel Máximo Tafur
Batallón *Junín Nº 3*: coronel Juan C. Vizcarra
Batallón *Jauja Nº 9*: coronel Juan E. Luna

Cuarta División

Jefe: capitán de navío Germán Astete
Batallón *Apata Nº 8*: coronel Diego Goyzueta
Batallón *San Jerónimo Nº 10*: coronel Melchor González

Caballería

Escuadrón *Cazadores del Perú*: mayor Santiago Zavala.
Escuadrón *Tarma* (escolta): mayor Agustín Zapatel.



Artillería

Jefe: coronel Federico Ríos
Material: 8 piezas.

DESTACAMENTO DEL NORTE

Comandante en jefe: Isaac Recavarren

Primera División

Jefe: coronel Mariano Aragonés
Jefe de estado Mayor: coronel Leoncio Prado
Batallón *Pucará Nº 4*: teniente coronel Ponce de León
Batallón *Pisagua Nº 5*: teniente coronel Toledo Ocampo

Segunda División

Jefe: coronel Ciriaco Salazar
Jefe de estado mayor: coronel Manuel A. Prado
Batallón *Tarma Nº 11*: teniente coronel Julio Aguirre
Batallón *Huallaga Nº 12*

Caballería

Jefe: coronel José Cabrera
Escuadrón *Húsares*.

Artillería

4 piezas

A causa de las bajas sufridas en el largo trayecto recorrido, y más que todo debido a la gran deserción habida en la noche anterior en el destacamento del Ejército del Norte, quedó materialmente en cuadros; el efectivo total en la batalla de Huamachuco, no sumaba más de 1,700 hombres.

Al amanecer del 8 de julio se pasó un abundante rancho y se distribuyó una ración de aguardiente, obsequio de los hermanos Fernando y José Porturas, propietarios de la hacienda de Angasmarca. Acto seguido, ante todo el ejército formado en línea de columnas y en posición de atención, el general Cáceres, empleando el idioma quechua como el castellano, pronunció a viva voz la siguiente arenga:

"Soldados: pelearemos hasta vencer al invasor o morir por la gloria y honor de nuestra patria. Antes de ver desgarrado



y humillado nuestro suelo, deje de latir nuestro corazón en el campo de batalla. Soldados: Viva el Perú".

A continuación, procedió a tomar el juramento de lealtad a la patria frente a los estandartes de todos y de cada uno de los batallones. Finalmente iniciaron la marcha en medio de aplausos y vivas al Perú, bajo las notas marciales de las bandas de guerra, y el agitar de banderas y gritos de: ¡a vencer o morir!. Se iniciaba así la última etapa de la epopeya de la Campaña de la Breña; el Brujo de los Andes y sus gloriosos seguidores marchaban a cumplir su destino camino del holocausto de Huamachuco. La ruta obligada abarcaba 3 leguas, desde ese punto (Tres Ríos) hasta Huamachuco; pero se prefirió el camino de las alturas, de Balconcillo o de la Escalerilla que, siguiendo la cordillera de Huaylillas, conduce a los cerros Cuyulga y Negro, al sur de Huamachuco. Allí llegó el ejército a la 1 p.m., y recibió jubiloso en ese lugar a la columna guerrillera de refresco, procedente del pueblo patriota de Santiago de Chuco, donde no había tenido cabida la traidora propaganda iglesista, organizada por el doctor Jesús Elías. Posteriormente, detrás del Cuyulga, acamparon las fuerzas de la resistencia. El doctor J.M. Rodríguez manifiesta:

> "Con el objeto de inspeccionar las posiciones del enemigo en Huamachuco, fueron en el día en comisión el doctor Rodríguez, el ingeniero D.T. Eléspuro y el comandante E. La Combe quienes después de haber atravesado la cordillera de Huaylillas y andado más de una legua a pie por la cima del cerro denominado Cuyulga, se colocaron cerca de una cruz frente a la ciudad, y observaron que los chilenos no se habían movido de la población; regresaron al campamento, a donde llegaron a las 8 p.m. sin haber tomado más alimento, desde el día anterior, que un poco de cancha y un pan, que en el camino les dio un indio arreador de ganado lanar".

Por los reconocimientos efectuados los chilenos parecían dar por sentado que la estampida del comandante Gonzales, desde Tres Ríos, había determinado la dispersión de las tropas del general Cáceres. Acuartelados en la población, no daban muestras de estar en pie de guerra, ya que su caballería pacía tranquilamente en los potreros próximos y sus efectivos lavaban sus ropas en el río o preparaban el rancho en la plaza. Era que sus



patrullas, vigilando la obligada ruta, no daban la voz de alarma. Podrían esperar indefinidamente la aparición por allí del Brujo de los Andes a quien, insospechadamente, ya lo tenían encima.

11. LOS COMBATES DE AGUAMIRO Y HUANUCO VIEJO

Los días sangrientos y encarnizados del 9 y 10 de julio de 1882, se repitieron el 9 y 10 de julio de 1883, no sólo en Huamachuco, sino también en Aguamiro (La Unión) y Huánuco Viejo. El 9 de julio los guerrilleros patriotas de la provincia de 2 de Mayo, encabezados por el coronel Francisco Loarte, ajustician al subprefecto iglesista (Mendoza), que extremó esfuerzo para recepcionar a las tropas de Arriagada que venía de Huallanca, y ocupan los contornos de la población disputando el paso al enemigo. Según el parte de Arriagada,

> "grandes masas de indios situados en las alturas laterales de la honda quebrada que conduce a ese pueblo [Aguamiro], ... según informes obtenidos eran instigados por un tal Loarte, ayudante de Cáceres, que con este medio impedía el paso de los espías hacia el campo de las operaciones del ejército enemigo".

Arriagada estaba convencido de la proximidad del Brujo de los Andes. Cubiertos por los disparos de la artillería, al atardecer del 9 de julio los buines ganaron las alturas y aprovechándose de que los nuestros carecían de armas de fuego, cargaron sobre ellos con ventaja. El grueso de la expedición pudo así tener paso franco hacia la población, pero no por eso dejó de ser hostilizado durante toda la noche, "arrojando galgas y haciendo una bulla infernal". A la mañana siguiente la reacción chilena fue implacable. Dice Arriagada:

> "A las 5 a.m. del 10 el capitán ayudante de esta comandancia, don Isidro Herrera, con una compañía del *Buin*, sorprendió a los indios en su alojamiento (Huánuco Viejo) haciéndoles 60 bajas y algunos prisioneros que fueron fusilados, con lo que se logra disipar a nuestros agresores en todas las direcciones".

Según Varallanos, los traidores guías iglesistas que orientaron a la carnicera tropa de Herrera, fueron Manuel Aguilar y Julián



Lavado. Así y todo, para escapar de la furia guerrillera en tan abrupto territorio, donde no se sentía seguro, el grueso de la expedición Arriagada realiza una desastrosa retirada hacia Huánuco. Forzando la marcha, hasta alcanzar dicha ciudad, terriblemente agotados. Verificado allí el recuento de las bajas, se contaron 130 muertos, 574 enfermos y 28 desaparecidos, Debido al patriotismo de Loarte y de la familia domaína, los días cruentos de Huamachuco no lo fueron menos para la canalla invasora.

12. SEGUNDO COMBATE DE CONCEPCION

a. Antecedentes

Habiéndose iniciado una nueva ofensiva chilena al interior en mayo de 1883 con importantes fuerzas, al mando de los coroneles León García y del Canto, el general Cáceres ordenó que el teniente coronel Ambrosio Salazar, segundo jefe del batallón *Concepción*, se trasladara al valle del Mantaro llevando como ayudantes y personal auxiliar al teniente La Jara, subteniente Juan Toledo y 20 individuos de tropa de su batallón a capturar desertores y reclutar voluntarios a fin de engrosar sus filas para enfrentar a la nueva ofensiva. La rapidez del avance de las fuerzas chilenas hasta Tarmatambo cortó la retirada al sur del Ejército del Centro y lo obligó a partir al norte; por lo que ordenó a Salazar, que ocupaba Concepción, por intermedio de su ayudante, capitán Joaquín Durand, se retirara a Izcuchaca o Huancavelica hasta la llegada a ese lugar de la División del coronel Justo Pastor Dávila a la que debía unirse. Salazar dice: "Me quede en el Centro sin tener cómo unirme al ejército que se retiraba hasta Huamachuco". Se dirigió pues a Huancavelica con los efectivos que había traído de Tarma y los que reunió en Concepción, poniéndose a órdenes del coronel Pastor Dávila que había llegado de Huaytará, fusionando sus elementos a la División. Salazar fue nombrado como ayudante de la Comandancia General. Los coroneles Pastor Dávila, Guillermo Ferreyros, prefectos respectivamente de los departamentos de Huancavelica y Junín, y Tomás Patiño jefe de las guerrillas de Castrovirreyna, reunidos en Huancavelica, formaron en el mando del conjunto de las fuerzas "una especie de triunvirato", dice Salazar.



Cuando se encontraban en ese lugar, se anunció la presencia de las fuerzas de Urriola con un efectivo de mil hombres de las tres armas; poco después éstas alcanzaban Jauja y luego Huancayo. Entonces, el comando peruano decide avanzar al encuentro del enemigo tomando como base de partida Pucará. Para el efecto conciben un plan de operaciones que jugaría a partir de este último lugar; según este plan, un pequeño destacamento debía situarse a retaguardia del enemigo, en Concepción, en las alturas del cerro León y las del Alapacoto, frente a la pampa de San Jerónimo, a caballo del camino real de los incas, para atacar por la espalda al enemigo en retirada y cortarle el paso, mientras el grueso de la División atacaría frontalmente avanzando a Huancayo. Un magnífico plan de "maniobra sobre la espalda", empleado por los grandes capitanes de la historia. En caso de que el enemigo se organizara defensivamente en Huancayo, el agrupamiento Salazar debía avanzar para atacarlo por la retaguardia. para el efecto éste debía trasladarse a Concepción por las alturas oeste del Mantaro en absoluto secreto.

Para ejecutar la parte medular de este plan -maniobra sobre la espalda-, el comando designó al teniente coronel Ambrosio Salazar, y le asignó los siguientes elementos: un piquete de caballería de 40 hombres al mando del capitán Benjamín Ugarte, los 20 infantes traídos de Tarma y un pequeño agrupamiento de voluntarios recogidos en Concepción de los pueblos cercanos (Huanchar, Santa Rosa y Alayo). Además debía contar con los voluntarios recogidos a su paso de los pueblos de la margen derecha del Mantaro.

Poniendo en práctica el plan, el comandante Salazar, secundado por los tenientes coroneles Gaspar Carrera, Milciades Ríos, subprefecto de Jauja, y mayor Ardiles, partió de Pucará el 1º de julio de 1883. A su paso, y desde Chongos, comenzó a organizar guerrillas, instruyéndolas para que contribuyan al ataque general, y recogió voluntarios en algunos pueblos en su recorrido hasta Mito; así en Sicaya se adhirieron a la columna, comandados por Rafael Samaniego, hijo del héroe, 25 voluntarios a caballo.

A su llegada a Concepción incrementó sus efectivos con voluntarios del lugar, con los de los pueblos vecinos de Huanchar, Alayo, Santa Rosa de Ocopa, Quichuay e Ingenio, alcanzando un efectivo total de 200 hombres aunque mal armados. El día tres,



Salazar ocupó con sus fuerzas el terreno previsto organizando la posición defensiva. En el parte de combate, que eleva en Apata el día 6 al coronel Pastor Dávila, dice:

"Ordené ocupar la posición en el aludido morro (se refiere al cerro León), una porción y una colina próxima al puente de fierro de Concepción (puente Balsas), la otra. Entre el morro y la colina media una distancia de un kilómetro, extendiéndose a sus pies la pampa de San Jerónimo".

Ocuparon pues el cerro León y la gran saliente occidental del mismo llamado Alapacoto, hasta el puente Balsas, que domina integramente el valle.

Lamentablemente las fuerzas de Martiniano Urriola se retiraron de Huancayo muy temprano, justo cuando iban a ser atacadas por el grueso peruano el 4, como estaba previsto, malográndose la operación que pudo haber terminado, para el enemigo, en una segunda y definitiva tumba en Concepción.

Entre tanto, el grueso peruano encargado del ataque principal, avanza a Huancayo y, al no encontrar a Urriola, se queda inactivo en vez de perseguirlo, dejando así a Salazar entregado a su propia suerte, sin ningún apoyo.

b. *El combate*

Coincidiendo con la fecha prevista para la acción conjunta, Urriola se retira de Huancayo porque recibe órdenes de Arriagada para replegarse en la mañana del 4, a marchas forzadas, en dirección a Cerro de Pasco, donde reunido con las fuerzas de Castillo y Méndez que también concurría de Tarma, debían oponerse al paso de las fuerzas del general Cáceres que suponían pasaría por ese lugar entre el 10 u 11 de julio. El ejército del general Cáceres, se inmolaba por esa fecha en los campos de Huamachuco.

En las primeras horas de la tarde del 4 de julio, aparece el enemigo en la dirección de San Jerónimo, las fuerzas de defensa ocupan sus posiciones de combate. Salazar dice en el parte citado:

"A las 3 pm. estuvieron los invasores a tiro de fusil de las posiciones que ocupábamos. Abrimos fuegos contra estos con tan certera puntería que les causamos numerosas



griento desempeño de sus fuerzas, aún describiendo la lucha en sí. Por ejemplo, Inostrosa, olvidando decir que la caballería chilena se retiraba sin combatir, abandonando a Gorostiaga en el Sasón, enfatiza que:

"El asalto de los cazadores fue salvaje ... los centauros de Sofanor Parra, vencedores de 20 cargas legendarias, cogieron a la línea enemiga por su extremo derecho y avanzaron arrasándola como una inmensa segadora corta espigas ... Tras el atronador paso de sus caballos iba quedando un confuso montón de enemigos heridos de muerte y aplastados por aquella carga endemoniada".

Y por lo que se refiere a la infantería chilena enfrentando a los peruanos manifiesta que "los atacó bárbaramente a la bayoneta ... la huella que iba dejando tras ellos quedaba sembrada de seres destripados".

Haciendo un balance de los resultados de la batalla, llegamos a la conclusión de que allí perdieron la vida la mayor parte de jefes, oficiales y soldados del Ejército de la Resistencia. El general Silva, el primer herido en Huamachuco, realizando un sobrehumano esfuerzo, se reincorporó a la lucha, siendo ultimado durante el repase. El jefe de E.M. coronel Manuel Tafur, también se inmoló heroicamente en el campo del honor. Los jefes de las 4 divisiones, coronel Germán Astete, Manuel Cáceres, Juan Gastó y Máximo Tafur, ofrendaron la vida peleando cuerpo a cuerpo con el enemigo. Los comandantes de batallón: coronel José Carreón (del *Concepción Nº 7*), Diego Goyzueta (del *Apata*) y Juan Vizcarra (del *Junín Nº 3*), perecieron, resistiendo con sus hombres el acoso múltiple de la caballería e infantería enemigas. Los demás jefes y oficiales murieron casi en su totalidad, con las armas en la mano y dando cara al enemigo. Mención especial merecen los jóvenes oficiales de la ayudantina del general Cáceres, como los capitanes Quimper, Costa Laurent, del Vigo, Romero, Velarde y el coronel Portugal, quienes lucharon con particular valentía al lado de su general.

La Combe saluda el heroísmo de los peruanos y dice:

"No creo que sea posible mostrar más valor, más valentía que el heroísmo que han desplegado en sus terribles jornadas, jefes, oficiales y soldados".



Retirada del coronel Leoncio Prado, después de la batalla de Huamachuco.





formadas, jefes, oficiales y soldados.

General Pedro Silva. Fue el primer herido en la batalla de Huamachuco y victimado por la soldadesca chilena en el repase, luego de la batalla.

Rodríguez y de los Heros dicen:

"El general Cáceres con la serenidad y la alegría que acostumbraba en los combates, como si hubiera estado ese día en una fiesta de revista, recorría toda la línea dando aliento a sus soldados, en medio de una lluvia de balas que esparcían la muerte por todas partes y que, sin embargo, respetaban su persona. Cuando todo concluyó, pudo repetir con legítimo orgullo las célebres palabras del rey caballero después de la batalla de París, todo se ha perdido menos el honor. Efectivamente con la derrota de Huamachuco se perdió toda esperanza para el Perú en la desigual lucha, que por cinco años sostuvimos con Chile, pero se salvó, como en Angamos y en Arica, el honor de la bandera".

El doctor Basadre sugiere que el general Cáceres se habría convertido en una figura extraordinaria si hubiera muerto en Huamachuco; sin embargo, creemos que su destino lo reservó para seguir defendiendo gloriosamente su suelo hasta el fin. Quizá en 1890, al terminar su brillante primer gobierno, habría sido consagratoria su muerte.

En el parte de batalla, el general Cáceres, exalta la bravura del comandate Florentino Portugal, jefe de la ayudantina; de los doctores Pedro Manuel Rodríguez, Daniel de los Heros y del comandante Lizandro de la Puente, secretario en campaña; de los comandantes Teobaldo Eléspuru y Ernesto de la Combe, ingenieros militares; el mayor Ricardo Bentín, capitán Darío Enríquez y del capitán Enrique Oppenheimer; de este último dice Gamarra:

"Tenía apenas 23 años; a los 19 abandonando su cómodo empleo se alistó en las filas de nuestros defensores, y de soldado distinguido llegó hasta la clase de capitán; combatió en Miraflores al lado de la juventud de esta capital y, a la cabeza de la segunda compañía del glorioso batallón *Marcavalle*, sucumbió en Huamachuco".

La señora Moreno de Cáceres afirma:

"mal herido se salvó con el general; una vez alejado de la zona peligrosa lo dejó en una choza por su gravedad. Poco después lo hallaron los chilenos, aún vivo, e incendiaron la choza quemándolo".



Del capitán Oppenheimer no se encontró ni las cenizas; por eso cuando en julio de 1890 recogieron los restos de quienes habían caído en Huamachuco, el gran ausente era él.

Rendiremos nuestro merecido homenaje al capitán Enrique Oppenheimer, con el recuerdo de una anécdota de su gloriosa vida. Oficial valiente y patriota, digno miembro de la "Ayudantina", único asiduo cumplidor de las órdenes por difíciles que fuesen, era el preferido del general Cáceres para encomendarle las misiones de más responsabilidad; pero un día, encontrándose en Tarma, el general nota que el ayudante de toda su confianza, se encuentra algo esquivo y sin el entusiasmo acostumbrado para cumplir sus órdenes. Llama entonces al jefe de la ayudantina y le expresa su extrañeza por la rara conducta de ese ayudante. El, que ya estaba al tanto de lo que le sucedía, llevó al general cerca del cuarto donde precisamente entonaba los versos que había compuesto para una linda tarmeñita llamada Berta:

La niña de mis amores
Me está enseñando a temer;
Yo entraba antes al combate
Como a bailar y beber.

Y ahora estoy pidiendo
A la virgen del Pilar
Que me conserve la vida
Para llevarte al altar.

Fueron obligados a rendirse, entre otros jefes y oficiales, el coronel Manuel Emilio Luna y el mayor Belizario Osma, así como el resto de la ayudantina; todos los cuales fueron fusilados de inmediato al pie del Sasón. En cuanto a los clases y soldados capturados, por estar rendidos de fatiga, el escritor chileno Inostrosa, sin el menor recato, dice que : "ni siquiera se le dio esa muerte más digna, simplemente se les acuchilló en el mismo sitio en que eran hallados, corriendo igual suerte los heridos". Según el general Dellepiane: "consta que degollaron a los prisioneros y heridos". La saña araucana no se detuvo ante nada ni ante nadie. La humillante paz que nos imponía, no sería posible en tanto latiese el corazón de uno solo de los hombres de la breña que se



Coronel Leoncio Prado.

habían dado cita en el Purrubamba, para resolver allí la guerra que arrastrábamos desde 1879. Muertos todos los breñeros, cualquier cosa podía hacer el invasor con nuestro patrimonio territorial. Eso explica el porqué de la guerra a muerte declarada a los sobrevivientes de Huamachuco; el porqué del fusilamiento del coronel Luna a quien le concedieron una lacónica despedida escrita a su "Amada Anita" y que Molinari reproduce; el porqué del fusilamiento del coronel Leoncio Prado, a quien le concedieron dirigir su propia ejecución, protagonizando un episodio singular que mereció ser inmortalizado por los autores chilenos, capitán Rafael Benavente (testigo presencial), Jorge Inostrosa, Nicanor Molinari (que registró el relato del mayor Aníbal Fuensalida) y Raymundo Valenzuela que publicó en Santiago el año de 1885 su *Campaña de Huamachuco*; y el porqué del fusilamiento de tantos otros. Las bajas peruanas, según Molinari, ascendían a 1,200 muertos, según Inostrosa. "el oficial encargado de contar los muertos, dio la elevada suma de 1,400 muertos; en otros términos, casi todo el ejército breñero". Con todo, Huamachuco no fue la tumba de la resistencia sino sólo una hecatombe de dolor y una apoteosis de gloria.

Por cierto que el batallón *Concepción Nº 7* y el *Marcavalle Nº 6* de la división de Gastó, así como las demás unidades breñeras, quedaron virtualmente aniquilados. Murieron combatiendo el forjador de aquel batallón concepcionino, doctor Demetrio Arauco, que había reemplazado a Salazar como segundo jefe para la campaña del norte con toda su plana mayor; capitanes: Sebastián Montes, Guillermo Eyzaguirre, José M. Moreno, Agustín Orbegoso, Narciso Córdova y Reynaldo Soria; tenientes: José Rivera, Manuel Corrales, Crisanto Meza, Ricardo Cadenas, José Román; subtenientes: Andrés Rojas, Emeterio Recuenco. De los clases y soldados, ya hemos mencionado el caso de Lorenzo Yupanqui Berríos, uno de los 14 Yupanquis de Concepción, hermanos y primos que dejaron la vida desde San Juan hasta Huamachuco. Ellos han sido exaltados en la obra de la señora Antonia Moreno de Cáceres cuando los califica:

> "gloria y orgullo incomparable del soldado peruano, pléyade de inmortales guerreros, jefes, oficiales y soldados de la Breña que durante 3 años tuvo en jaque al invasor... que



> soportaron con la más grande abnegación y coraje, todo el admirable peso de la epopeya de la Breña que, a fuerza de heroísmo y sacrificio, dejó muy limpio y alto el pendón del Perú".

Queremos finalizar la narración de la batalla, recordando el oportuno pensamiento del historiador Dellepiane:

> "... rememoremos las calamitosas condiciones en que las fuerzas fueron lanzadas a la lucha ... pues, lo contrario sería abultar las victorias del enemigo y acusar injustamente al heroico soldado peruano, provisto de unas ojotas recortadas y cosidas por él, cargando un fusil anticuado, con escasos cartuchos y luchando al final sin bayoneta".

La Campaña de la Breña fue, pues, desfile de episodios épicos en esos nidos de resistencia indómita de los cóndores andinos, donde los combatientes dejaron las tranquilas actividades cotidianas para entregar sus vidas sin esperanza de triunfos; y hubo así gloria en sus victorias y la hubo en sus derrotas, como en Huamachuco, si es que se puede llamar derrotas a las que fueron apoteosis para los que sobrevivieron y para los que ofrecieron su holocausto a la patria.

Representó asimismo esa resistencia, un estímulo de orden político y cívico que no debe olvidarse. La Campaña de la Breña impuso condiciones menos gravosas en las negociaciones de paz, porque demostró que la guerra no había concluido con la toma de la Capital. La creación de ese nuevo frente bélico, verdadera mole granítica, fue ejemplo de impulso para la creación de la unidad nacional en el orden interno, de una superación de rencillas y ambiciones caudillescas.

La señora Moreno ora así:

> "Huamachuco, tú eres página célebre de nuestra historia!. Tu heroísmo fue gloria y orgullo incomparables del soldado peruano. Allí entre campos regados de generosa sangre, cayó una pléyade de inmortales guerreros: jefes, oficiales y soldados del Ejército de la Breña, que durante tres años tuvieron en jaque al invasor...".



7. ORGIA DE SANGRE DESATADA POR LOS CHILENOS

Aquí transcribimos la espeluznante narración que hace Gamarra de lo que vio en Huamachuco después de la batalla:

"El domingo 15, a las 9 de la mañana, el ejército chileno se dirigió a Cajabamba, haciendo llevar a sus heridos en camillas".

"Era Huamachuco un sepulcro; los pocos habitantes, testigos de las crueldades y los crímenes de los chilenos, llevaban impresos en sus semblantes el estupor y la aflicción profunda: pálidos, como aquellos convalecientes de penosas enfermedades, que apenas pueden recorrer los salones de un hospital; ni el cólera hubiera dejado tan dolorosamente desierta la población, que parecía campo arrasado por langostas, árbol quemado por el cielo; casas inhabitables y llenas de escombros, desmanteladas e inmundas, vestiduras ensangrentadas y en girones esparcidos por todas partes; manchas de sangre, de charcos en los pavimentos sobre los que volaban enjambres de moscas zumbadoras; fragmentos confundidos con las astillas de los baúles y de los muebles destrozados, todo cuanto no pudo ser robado o incendiado. En aquel Aseldama, los animales domésticos recorrían las calles, sin dueño, y hambrientos olfateaban por todas partes como bestias salvajes entre ruinas. En las afueras de la ciudad los chilenos habían hecho sepultar cuidadosamente los cadáveres de sus compatriotas; pero los cadáveres de los peruanos, apenas habían sido cubiertos malamente, unos en una zanja, que por casualidad hubo en la pampa, cerca de la ciudad; otros en el cementerio y otros a causa de su putrefacción, en el mismo lugar en que fueron hallados, todos de cualquier modo, así es que de día revoloteaban por el aire partidas de cuervos, vigilando desde las copas de los árboles aquellas sepulturas; y los buitres y los cóndores daban vueltas a gran altura atraídos por el fétido olor de centenares de cadáveres. En las noches el cuadro era horroroso, pues mientras veintenas de perros escarbaban el suelo y devoraban restos humanos, gruñendo, arreba-



tándoselos y aullando; partidas de búhos entonaban su canto lúgubre; y las lechuzas y demás animales habitadores de los sepulcros, cruzaban por el aire aumentando el pavor de aquella soledad. Durante el día cesaba el canto de estas aves y se ocultaban para dar lugar a otro espectáculo: los chanchos descubriendo con sus hocicos los sepulcros, como descubren las raíces de las plantas silvestres, continuaban el festín a que habían dado principio los perros; en vano algunas personas piadosas iban durante el día a cubrir con tierra las reliquias de nuestros compatriotas, pues, durante la noche y en la madrugada volvían a escarbarlas los perros y a hociquearlos los puercos hambrientos. Aquellas sepulturas ofrecían, por otra parte, un aspecto conmovedor, pues brazos y piernas de unos, como rajas de leña, se hallaban confundidos con cabezas y miembros de cuerpos distintos; y los cadáveres expuestos durante días al sol, hinchados y fétidos, parecían restos de monstruos: ¡quién hubiera llevado a los campos de Huamachuco, a las madres de los que así sufrían, aún después de muertos!".

"¡¡¡Triste y horroroso espectáculo, y sin embargo aún respiraban y miraban la luz del sol, tranquilamente, los traidores!!!".

Abelardo Gamarra da razón de los muertos en Huamachuco hasta donde ha podido constatar, y registra a los siguientes: teniente coronel D. Emiliano Vila, Coronel D. Mariano Aragonés, ayudante subteniente Enrique Minfles, sargento mayor D. Melchor Ramírez, mayor Francisco Sagástegui, ayudante mayor teniente Francisco Amorín, capitán Francisco Carreño, teniente Juan Soto, subteniente Asencio Marcos, subteniente Enrique Donaire, teniente coronel Ciriaco Salazar, mayor Miguel Revelo capitanes Adolfo Prugue y Aquiles Zavaleta, tenientes Manuel Gamero, Eduardo Baldeón y Germán Alva. Se cierra esta lista con el general Pedro Silva, aposentador del ejército. Gamarra agrega que todos ellos pertenecían al ejército del norte.

Pertenecían al Ejército del Centro: capitán de navío Germán Astete, comandante general de la cuarta división; coro-



EL REPASE
Oleo del pintor peruano R. Muñiz
...so de los Combatientes del Morro de Arica.

El repaso en Huamachuco.




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

Monumento erigido en memoria de los patriotas que inmolaron la vida en el combate de Huamachuco.





neles: Juan Gastó, Máximo Tafur, Leoncio Prado, Miguel Emilio Luna; mayores: Santiago Zavala, Adolfo Tarzaboada, Nicanor Rueda, Manuel del Río, Rafael Rueda, José María López; capitanes: José María Santillana, Benjamín Cáceres, Juan Antonio Portugal, Manuel Rivas, Julio Basurto, Soria, Cosme Cobos, Benjamín Alvarado, Lorenzo Ampuero, Raymundo Santillana y José M. Palacios; tenientes: Emilio Orcasitas, Mariano Quintanilla, Jacinto Frías y Arturo Sanoni; subtenientes: Mestaza y Palacios, José María Pilares, Santiago Cabezudo, Andrés E. Montoya, Francisco Montero, Juan de Dios Revilla, Germán I. Alva, Marcos Cornelio, Héctor Villarán, Manuel Basurto, Manuel Acuña, José Antonio Sarria, José María López, Sebastián Montes (hijo) y el tercer jefe del batallón *San Jerónimo*, Juan L. del Mar. A esta relación agrega Gamarra:

> "Por lo que hace a graduaciones militares y al orden, y aún a los nombres de los que sucumbieron, hemos procedido siguiendo los apuntes de los diarios de esta capital, pues nada hay oficialmente consignado al respecto hasta la fecha".

Debemos aclarar, igualmente, en relación a los jefes y oficiales de carrera muertos que enumera Gamarra, aparecen varios oficiales naturales de Concepción que militaban en otras unidades; ellos son: mayor Melchor Ramírez, capitán José María Santillana, Reynaldo Santillana, Lorenzo Ampuero, subteniente Francisco Montero y Sebastián Montes.

Aquí no podía faltar nuestro homenaje a los gloriosos marinos que habiendo cumplido su faena de sangre en el mar hasta sucumbir en Angamos, surgieron como el ave fénix en las breñas andinas para sumarse al glorioso ejército de la resistencia. En él brillaron durante la Campaña de la Breña: el capitán de navío Luis Germán Astete, gloriosamente inmolado en Huamachuco al frente de la cuarta división. El capitán de fragata José Gálvez Moreno, teniente segundo Máximo Tafur, asimilado a coronel, y jefe de la tercera división, caído gloriosamente en Huamachuco; teniente segundo Manuel Francisco Gamero, rindió la vida en el Purrubamba; alférez de fragata Leoncio Prado, asimilado a coronel, herido gravemente en las pendientes del Sasón y fusilado el 14 de julio de 1883 cerca al campo de batalla; el alférez José



Ernesto Mora, sobreviviente de Huamachuco que posteriormente alcanzó la alta clase de contralmirante. Otro glorioso marino, el capitán Camilo Carrillo que había sido Ministro de Guerra y Marina en el gobierno de Francisco García Calderón, escala los Andes hasta Andahuaylas, atraído por la gloria y fama del general Cáceres, para pedirle que incremente su ejército con las bien armadas, descansadas y numerosas fuerzas de Arequipa que permanecían al margen de la guerra; le rogó e insistió que los tomara por la fuerza si fuera necesario; le ofreció su incondicional ayuda; pero el general Cáceres, según afirma en sus memorias, no quiso aceptar manifestando que "jamás fomentaría la lucha intestina en el país". Razón tuvo el decepcionado patriota marino al pronosticarle que pronto se arrepentiría de sus escrúpulos, ya que el ejército de Arequipa se perdería.

Igualmente nuestro recuerdo agradecido para el periodista Manuel F. Horta, corresponsal de guerra de la marina, que, habiendo desaparecido de la guerra ésta, se puso a órdenes del general Cáceres en Ayacucho junto con los marinos. Los ecuatorianos lo deportaron de su país, los peruanos lo recibieron y lo hicieron su hijo adoptivo; él correspondió ese cariño con creces y peleó por el Perú durante la guerra del Pacífico.

Por las hazañas de esos gloriosos marinos, el general Cáceres tuvo especial cariño y admiración, pues en la breña lo siguieron en las duras y larguísimas marchas por los helados páramos, en el fragor de los combates, en el triunfo y en el infortunio; en el fraterno descanso del vivac, se forjó una estrecha relación entre el vencedor de Tarapacá y los hombres de mar. Así, pues, resultaba muy natural que, vuelta la paz a nuestra patria, cuando el general Cáceres ocupaba la jefatura del Estado, la marina de guerra del Perú decidiese honrar a quienes con tanto arrojo habían sabido defender la heredad nacional.

El 24 de diciembre de 1887, una comisión designada por el comando naval e integrada por los capitanes de navío Manuel Villavicencio y Toribio Raygada, el capitán de fragata Ramón Freyre, fueron solemnemente recibidos en palacio de gobierno donde debían entregar al Presidente de la República una significativa presea. Se trataba de una estrella octogonal de oro, fabricado por uno de los más acreditados joyeros de Lima -Barilot- que llevaba sobre ella un ancla también de oro, en la que estaba



sobrepuesto, formada de brillantes. La inscripción era sobria y significativa: "Al coronel del Zepita en Tarapacá, noviembre 27, de 1879".

Manuel A. Villavicencio -el hazañoso comandante de *La Unión* que había logrado romper dos veces el bloqueo de Arica-, dijo al entregarle la condecoración:

> "A nombre de la Marina de Guerra, ofrecemos a S.E., esta medalla que conmemora una gloria nacional, en la cual S.E. fue uno de los héroes. La marina, como todo el país, recuerda el 27 de noviembre con orgullo y gratitud, porque nunca ha sido indiferente a los hombres que, como S.E., ha sido una página brillante para la historia patria y se complace en esta oportunidad por felicitarle muy sinceramente".

La respuesta del general Cáceres fue elocuente:

> "Agradezco de corazón a los marinos de mi patria, y el recuerdo que hace de aquella fecha en que el ejército cumplió su deber con valor y abnegación, todos estamos satisfechos. También recuerdo con entusiasmo los diferentes episodios de nuestra débil escuadra y la abnegación y sacrificio de sus tripulantes para contrarrestar las fuerzas superiores del enemigo. No en vano lucharon a satisfacción de nuestros compatriotas, pues si los elementos del mar no eran suficientes para obtener victorias decisivas, sin embargo, [fueron] competentes y valerosos como la nación lo quería y lo esperaba de sus nobles hijos".

Las palabras del merecidamente galardonado héroe harían justicia, una vez más, a los 61 marinos, entre jefes y oficiales, que desde el primer al último día de la guerra contra Chile, lucharon con bravura sin par enrumbando hacia la gloria.

El primero de abril de 1884 el prefecto y comandante general del departamento de La Libertad, que residía en Cajabamba, pasó una nota al alcalde municipal de Huamachuco, manifestándole que

> "teniendo conocimiento por personas fidedignas que los cadáveres de nuestros defensores existían cuasi insepultos en los mismos sitios donde rindieron su existencia, excitaba el celo del concejo para el recojo de esos cadáveres y que



depositados en ataudes con forro interior de zinc, comprobada la identidad de cada uno de ellos, fuesen trasladados a un lugar sagrado, donde permanecieran hasta que la patria o sus deudos ordenasen su traslación a la capital de la república".

El alcalde municipal, Vicente Tenorio, inició su labor nombrando una comisión formada por los señores Basilio Larraondo y Faustino Ugaz. Pero lamentablemente ellos no cumplieron a cabalidad la patriótica misión encomendada; se conformaron con hallar solo un cadáver que creyeron que fue del general Silva, aunque otros señalaban que era el del coronel Aragonés; manifestaron que esos restos eran los únicos que existían.

Como luego veremos, el poeta Carlos Amézaga, miembro de la comisión nombrada por el Gobierno del general Cáceres, para recuperar los restos de los mártires de Huamachuco, elevó un informe amplio sobre la forma como hallaron e identificaron los restos de numerosos héroes.

Entre tanto, la tradición refiere que, en todo el departamento de Junín, al conocerse el trágico fin del Ejército de la Resistencia, las madres, esposas, hijas, hermanas y novias de los hombres de la breña que ofrecieron sus vidas en el holocausto de Huamachuco, trocaron las cintas multicolores de sus sombreros por la cinta negra y ancha que llevan hasta hoy en señal de luto perenne y de protesta por la firma del ominoso tratado de Ancón. Ese luto centenario que llevan "las viudas de Cáceres", posiblemente no se quitarán mientras no se integre el territorio y no se reivindique su honor.

8. EL TRIUFALISMO IGLESISTA

La inmerecida victoria chilena y el trágico fin del glorioso Ejército de la Resistencia, representó una victoria iglesista que los agentes de la traición celebraron jubilosos. Y no queremos ser nosotros quienes, respirando por una herida no cerrada y aún sangrante, lo afirmemos, dejemos que un breñero norteño, el ilustre soldado cajamarquino, coronel Julio C. Guerrero, historiando los hechos de Huamachuco, a través de su libro *La Guerra de las Ocasiones Perdidas*, nos diga:



"Los partidarios de Montán dieron el incalificable espectáculo de celebrar en Cajamarca el triunfo chileno". Guerrero, como quien quiere demostrar hasta qué punto estaba postrado el Perú en esas horas luctuosas, dice:

> "Iglesias disponía de agentes montados en diversos sitios de Huamachuco y Cajamarca. Uno de ellos galopó a montacaballo hasta esta ciudad (Cajamarca) trayendo la noticia de la derrota de Cáceres. Y por si fuera poco tamaña ignominia, Iglesias envió una comisión especial a Huamachuco para felicitar en su nombre a Gorostiaga".

No son frecuentes en la historia de la humanidad los casos en que se haya arrojado tanto lodo sobre la patria yacente. Posteriormente Iglesias, en la proclama que pronunció antes de partir a Trujillo, pretendió justificar lo injustificable. En ella habló del "empecinamiento de caudillos desgraciados" (Cáceres y Montero), a los cuales hipócritamente dice que no quiso

> "intentar imponerles mi creencia y mi política... He esperado en Cajamarca el desarrollo de los acontecimientos, fortalecido nada más que por la honradez de mis propósitos".

Bien sabemos que su fuerza se llamaba Gorostiaga y que la traición nunca será honrada, máxime cuando se aplica "para ajustar con el enemigo victorioso los preliminares de su liberación". No es al Perú al que libera en Ancón, es a Chile al que liberará de la pesada carga de la guerra. Desde su punto de vista, asaz equivocado, la resistencia era un asunto de "caudillos delirantes"; y "después de los últimos descalabros, su criminal insistencia indisculpable". Resulta increíble que tal fuera el pensamiento de un peruano, cuyo deber era respaldar el movimiento de reivindicación nacional que el general Cáceres patrocinaba. Pero qué podía esperar el Perú de un hombre a quien el chileno Carlos Vicuña desenmascara en su libro. *La Libertad de Opinar y el Problema de Tacna y Arica* (1921); según este autor, Iglesias desde mucho antes del grito de Montán, "estaba en connivencia con el cuartel general chileno". Pero fue después de Montán cuando se cosecharon los frutos de dicha connivencia. Qué podía conseguir el país del hombre que en su manifiesto de Montán deshonra increíblemente su nombre y su uniforme de soldado de la patria, cuando dice:



"Se habla de una especie de honor que impide los arreglos pacíficos cediendo un pedazo de terreno, y por no ceder ese pedazo de terreno que representa un puñado de oro fuente de nuestra pasada corrupción, permitimos que el pabellón enemigo se levante en nuestras torres...".

Agregando luego: "Por mantener ese falso honor, el látigo chileno alcance a nuestros hermanos inermes...".

"El cuartel general chileno favorecía abiertamente a Iglesias, entregándole el departamento de La Libertad, sus aduanas y ferrocarriles, a fin de que pudiera hacerse de fondos. Le entregó aún rifles y municiones y 30,000 pesos en dinero para sus gastos más urgentes".

En efecto, el 13 de enero de 1883, Lynch confirmaba al corresponsal del *New York Herald* lo siguiente: "Damos toda clase de ayuda a Iglesias. Le damos dinero, le damos armas y destruimos a sus enemigos". El comandante Guerrero publicó en el semanario cajamarquino *Epoca*, del 27 de junio de 1965, la prueba irrefutable (carta de Ciro Novoa Malca) de cómo Mariano Castro Saldívar, cuñado de Iglesias y su principal secuaz, recibió 1'000,000 (un millón) de pesos del diplomático chileno Jovino Novoa. Iglesias en el Manifiesto de Montán acusa severamente a Montero de no haber cumplido con aceptar la paz con Chile con cesión territorial, como habían acordado en Cajamarca, según él, y de haber acallado injustamente al periódico *La Reacción* que se publicaba en Huaraz; sin embargo, Montero en la carta que le envía el 4 de abril de 1882, le explica las razones que tuvo para clausurar ese diario. Le aclara también su posición en relación a la guerra con Chile[5].

Iglesias se ganó la antipatía de todos los peruanos; aquí una demostración que hace de ella, a través de sus versos, Manuel Arriagada, publicado en *La Centenaria de Ancash* en su edición del 2 de julio de 1883:

"Cual otro judas, miserablemente,
y con alma de una vil harpía,
Necio, pretendes, a la patria mía,
Llenar de lodo, tan cobardemente.

5. Ver anexo Nº 26.



Con la fama de gran constituyente
Llamada Convención, por ironía
Quieres sembrar la bárbara anarquía:
De una manera infame y deliberante.

¡Maldita la hora en que viniste al mundo
¿Por qué mejor no hubieras habitado
Las cóncavas entrañas del profundo
A donde va a morar todo malvado?.

Mas queda como fama de tu gloria
Dictador... ¡traidor!, ¡triste memoria!.

Empero también en la sierra central hubo muchos hijos como Milón Duarte, Panizo y Manuel Encarnación Vento, siendo el primero el más caracterizado; éste, huamanguino de nacimiento y abogado de profesión, se hizo hacendado, gracias a su matrimonio con Beatriz Valladares (hermana del famoso coronel Juan Enrique Valladares Ramos), a quien tocaron en herencia los fundos El Molino (llamado después molino Duarte), Huaychulo, Lulín y otros. La dictadura pierolista lo confirmó como subprefecto de Jauja. Cuando los chilenos ocuparon la sierra central y comenzaron a extorsionarlo con fuertes cupos, a diferencia de sus cuñados, no pudo resistir el sacrificio, y se puso a disposición del invasor para salvar sus propiedades del saqueo y la destrucción. A mérito de tal antecedente, Iglesias lo nombra, el 17 de enero de 1883, jefe superior político y militar del centro. Como su mandante, Milón Duarte se inclinó por la paz "convencido de que no se alcanzaría el éxito" por el agreste camino de la guerra[6] convencido también de que, como los otros hacendados, perdería toda su fortuna por manos de la plaga siniestra de la invasión chilena. Es verdad, y debe tenerse en cuenta, que Duarte, como hacendado y hombre de negocios, sufrió también, como todos los hombres de su condición económica, la depredación más inicua de sus haciendas y las exacciones más exageradas de dinero para el pago de muy elevados cupos. Para abandonar éstos, que reiterada y despiadadamente le exigían las fuerzas chilenas de ocupación,

6. Proclama de Chacas del 6 de mayo de 1883.



Duarte antes de someterse a los chilenos, habiéndosele agotado el dinero, se vio obligado a contraer crecidos préstamos del villano prestamista usurero, el alemán Kirchner; Duarte debió empeñar sus bienes "habidos y por haber tanto de patrimonio como los adquiridos por matrimonio". Los préstamos de 28,000 soles primero, de 42,000 luego, a un interés del 2% mensual, estaba destinado a pagar cupos; de no hacerlo serían depredados todas sus haciendas y propiedades. Esta situación desesperada terminó por enrolarlo en las filas de Iglesias y ponerse al servicio de los chilenos. Muy apegado a sus bienes materiales, prefirió éstos al sacrificio de perderlos por su honor y por la patria. Es de destacarse, sin embargo, que ocurrió, en cuanto a depredaciones y exacciones, igual cosa con su cuñado, el glorioso coronel Juan Enrique Valladares y su hermano Fernando, sin que ello hiciera cambiar nunca su conducta con los chilenos; el coronel Valladares, siempre tenaz defensor de su honor y el de su patria, nunca claudicó. Terminada la guerra, lo poco que pudo salvar Duarte por su alianza con los chilenos, lo perdió ante la invasión general de las haciendas por los guerrilleros.

En las postrimerías de la guerra, en 1883, se inició en la región central un movimiento de rechazo y agresión de las masas indígenas contra los terratenientes y comerciantes blancos; invadieron las haciendas en señal de protesta contra los que habían colaborado con los chilenos, tales como los huancaínos Jacinto Cevallos y Mariano Giráldez; les dieron muerte y saquearon sus haciendas, terminando por apoderarse de ellas. Se había despertado el odio contra los pudientes "por esclavizadores y mal agradecidos". Este cargo tenía mucho de cierto; los hacendados disponían siempre de buen número de armas para amedrentar a sus peones y explotarlos. El general Cáceres al iniciar la Campaña de la Breña, a falta de armas para el ejército, expidió un decreto ordenando que todos los hacendados entregaran sus armas y municiones. Algunos como el alemán Ribbec, dueño de la hacienda Coyllorbamba, regaló voluntariamente al jefe de la plaza de Comas, comandante Salazar; pero otros entregaron sólo por la fuerza.

Los comuneros de Comas, Pomamanta, Cochas, Santa Rosa y otros pueblos de las alturas hasta Acostambo, se dedicaron a asaltar las zonas pobladas para apoderarse de los valores y de las



mercaderías de las tiendas comerciales. Una de las primeras víctimas, por sus nefastos antecedentes, fue Luis Milón Duarte, sobre cuyas propiedades cayeron sin miramientos, y destruyeron todo su famoso molino con toda su maquinaria, lo mejor de la región central, y de paso asaltaron las bien puestas tiendas comerciales de la localidad. Como la amenaza subsistía y los ataques se repetían cada vez que el general Cáceres se alejaba de la región, los comerciantes de Concepción, en su mayor parte extranjeros, influenciados por Milón Duarte, y a raíz de otro ataque llevado a cabo el dos de agosto de 1883, denunciaron la repetida agresión. Es conveniente aclarar que ella fue dirigida en particular a quienes como el alemán Kirchner, había hecho fructíferos negocios con el invasor, pero los afectados sostenían que era una guerra de razas que tenía como fin el exterminio de los blancos. En realidad las represalias fueron originadas por los actos desleales y mal agradecidos de los numerosos extranjeros residentes en Concepción que contribuyeron a la desgracia de los pueblos invadidos.

Los comerciantes y hacendados, en su gran mayoría extranjeros, se asociaron para tratar de defenderse, y formularon el siguiente documento que ellos llamaron: "Acta de Concepción en favor de la paz".

> "En la ciudad de Concepción, a los dos días del mes de agosto de 1883, reunidos en comicios populares para estudiar y deliberar sobre la grave situación actual, y
>
> Considerando:
>
> Que dejando aparte el triste estado de la república, esta ciudad acaba de sufrir un segundo saqueo de la montonera que ha perpetrado los crímenes más inauditos;
>
> Que ahora un año, con motivo del combate con la guarnición chilena, fue incendiada esta ciudad y después saqueada por los montoneros;
>
> Que todos estos males se habrían evitado si el caudillo Cáceres no toma prisionero al coronel Duarte en mayo de 1882, pues entonces se habría retirado la guarnición chilena sin más que el acto a favor de la paz;
>
> Que las hordas de montoneros de Ocopa, Acostambo y Comas, obedeciendo a la consigna que han dado algunos



malos peruanos, han autorizado sus actos con el exterminio de los blancos y el respeto de los intereses del que no sea indio;

Que al destruir la montonera el molino del doctor Duarte con todas sus maquinarias de fideería y tornos, han hecho un daño positivo a los departamentos de Junín y Huancavelica, desde que ese establecimiento único en su género, daba riqueza a los trigueros de Huancavelica; así como en el incendio y destrucción de su casa se ha arruinado la mejor casa de la sierra; y por último arrasando su botica, se ha privado del único establecimiento que surtía todo el centro del valle.

Se declara:

1. Decidir por la paz ofreciendo nuestra cooperación en servicio activo para reprimir la guerra de razas.
2. Testificar nuestra gratitud a su señoría, el Jefe Supremo del Centro, señor coronel Duarte, por su acción en favor de la paz, manifestándole que ningún vecindario como el de Concepción, que le debe tantos beneficios, contribuirá con júbilo a la medalla de oro cuyo obsequio ha iniciado la municipalidad de Huancayo.
3. Ofrecer nuestras vidas e intereses al ilustre general Iglesias que ha rescatado la patria librándola de la ocupación enemiga.

Y firmamos: José Antonio Párraga, Domingo Samudio, José Miguel Lizárraga, Francisco Y. Pando, Gregorio Valladares, Gregorio Peña, Juan B. Samudio".

Como se ve, entre los firmantes, no están los hermanos Juan Enrique Valladares, alcalde de Concepción y cuñado de Duarte, ni Fernando Valladares, cuyas haciendas fueron respetadas hasta el último; sólo terminada la guerra, los comasinos se apoderaron de la hacienda Runatullo de Juan Enrique, alegando que la habían defendido de los chilenos sin que se les correspondiera, ellos depredaron la hacienda durante los años que la ocuparon indebidamente, poniendo en tela de juicio su patriotismo.

Milón Duarte aprovechó del alzamiento de las masas indígenas, para hacer proselitismo partidario. Envió una nota al coronel



Justo Pastor Dávila que ocupaba Huancavelica, el 12 de agosto de 1883 desde Colca:

"... Recuerde Ud. que todas las promesas de los caudillos del citado ejército libertador, hasta hoy aparecen como pura superchería. Mientras tanto se miente, se subleva a los indios, se hace práctica de guerra de castas, de la comuna, de la barbarie, para burlarse de los incautos y herir de otro al país en su elemento más noble, cual es la vida de los ciudadanos blancos...".

En vista de que Pastor Dávila, manifestando su desprecio a tan calumniosa nota, no contestó una sola palabra a tan audaz como insidiosa comunicación, Duarte quiso probar suerte dirigiéndose al coronel Tomás Patiño; pero la respuesta del indoblegable y fiel breñero, honra a los hombres de la resistencia:

"En contestación a su apreciable fechada el 12 del corriente (12/08/83), debo decirle que leal por naturaleza y convicción, jamás podré separarme de la causa que sirvo".

"Reconozco al gobierno constitucional como la autoridad del general Cáceres, Jefe Superior y Político del Centro, y tengo para mí que los principios sostenidos por este orden de cosas, son los únicos conformes con la salvación nacional y, en consecuencia, toda entrevista con Ud., tratando de atraerme a la sombra de su bandera política, sería inconducente. No me arredra la posibilidad de una caída, porque cuando ella es grande es honrosa y así será la que realice con nosotros porque me he propuesto dedicar mi último aliento, mi última gota de sangre a la defensa de mi patria. ENVUELTO EN EL INFORTUNADO PERO NO DESHONRADO PABELLON PATRIO, MORIRE CONTENTO SIN VER JAMAS ENTRELAZADO CON EL PABELLON ENEMIGO".

Canto lírico a la patria, poema nacido en las breñas silenciosas al influjo de las enhiestas rocas erizadas de los Andes, la respuesta del coronel Tomás Patiño constituye el heraldo orgulloso del honor nacional que los guerrilleros exhibieron, y que todo peruano debe admirar y gravar en el corazón.

Por su parte, cuando el general Cáceres tuvo conocimiento de las invasiones, encontrándose en Huancayo, y tras recibir un oficio de los alarmados vecinos notables de Ayacucho, y otras



notas en las que trataban de culparlo de dirigir esos alzamientos, envió al cabildo de ese pueblo, la siguiente respuesta:

"Cuando en el país es todo desmoralización y desconcierto, cuando la ruina de nuestras instituciones no reconocen otra causa que la falta del sentido moral; cuando los grandes móviles raciales han desaparecido ante empujes de los innobles propósitos y de los mezquinos y personales intereses, es ciertamente consolador y de fecunda enseñanza el gracioso contraste que ofrecen el pueblo de Acostambo y los demás del centro de la república, levantándose con toda la altivez de la dignidad nacional herida pero no humillada, con toda la desesperación del patriotismo que no se detiene ni ante el sacrificio, resueltos a morir combatiendo contra los enemigos de fuera y de dentro del Perú".

"La resistencia, que hasta el último momento hacen los pueblos para salvar la dignidad y el honor nacional, merecerá un lugar en las páginas de la historia del Perú, así como ha merecido ya el aplauso y la admiración sincera del mundo, cuyo alto criterio no juzga las causas humanas por los éxitos que tienen sino por la justicia que defienden".

"Con el trágico poema de nuestra guerra de cuatro años, los que mantenemos en nuestra mente y nuestro corazón, tenemos forzosamente que desprender esta verdad que implica el remedio de nuestra regeneración en el porvenir".

"Dos clases de elementos negativos ha contado en el Perú en la lucha sangrienta a que Chile lo provocara. El elemento de los capitalistas y el de los audaces; compuesto el primero de comerciantes enriquecidos con la fortuna pública, y el segundo de empleados civiles y militares sin talento y sin carácter, encumbrados por su propia miseria a la sombra de revoluciones injustificables que han desmoralizado la república".

"Con bases tan efímeras, con medios de acción tan malos, el resultado de la contienda tenía que ser fatalmente el que ha sido: una serie de derrotas ignominiosas y de sacrificios individuales que sirven como puntos luminosos en la obscura noche de nuestros infortunios sin ejemplo".

"Más cuando el vigor del patriotismo parecía haberse



extinguido por completo, cuando el hundimiento del Perú amenazaba revertir los oprobiosos caracteres de la cobardía, entonces las grandes virtudes cívicas que no existían en las clases directoras de la sociedad, reaparecen con más prestigio y esplendor que nunca en el corazón generoso de los pueblos, de los mismos pueblos a quienes se tildaba de masas inconsecuentes y a las que menos preciaban siempre, haciendo gravitar sobre ellos en la época de la paz los horrores del pauperismo y la ignominia, en la de la guerra los sacrificios y la sangre".

"Por mi parte jamás olvidaré esta lección que puede calificarse de providencial, y desde cualquier punto en que me arroje el destino, tendré una palabra de aplauso y un sentimiento de admiración para los pueblos del Centro y especialmente para el distrito de Acostambo que tantas pruebas de grandeza y valor ha dado en estos últimos años".

Las invasiones indiscriminadas, que se sucedían también en Huancavelica, dio lugar a que los vecinos notables de Tayacaja presentaran una queja al general Cáceres; la respuesta que en parte transcribimos por su importante contenido, decía:

"Sensible ciertamente la actitud hostil en los indios contra la raza blanca... No entra en el propósito de este despacho analizar las causas eficientes de la tremenda conmoción de los indígenas; pero sin pretender justificarla, no es posible desconocerse que ha dado margen a ella en mucha parte, el carácter acomodaticio de las clases superiores por su fortuna y posición, carácter que les ha permitido transigir constantemente con los enemigos del país y con los traidores hasta percatarse a firmar actas contra la causa de la defensa nacional".

"Aunque esta conducta tiene hermosas excepciones, que en todo tiempo merece un aplauso, hay que convenir que la raza indígena no es tan culpable como se le pinta, careciendo como carece de ilustrado criterio para establecer distinciones; habiendo sido antes de la guerra, como es notorio, por parte de los mestizos y los blancos, objeto de especulaciones clamorosas y despotismos sin nombre".



"La historia de todas las naciones nos presenta a cada paso ejemplos de sucesos que revisten un carácter análogo a los que denuncian los vecinos de Tayacaja".

"Cuando la desmoralización política parte de las clases elevadas, y los sentimientos de honor y patriotismo han llegado a ser meras palabras que sólo sirven para transformar el sentimiento moral y explotar la buena fe de las multitudes, éstas concluyen siempre por estallar con gran estrago, arrastrando todo con su complejo ciego y fatal, lo malo y lo bueno, lo que merece destruirse y lo que debe conservarse, efecto inevitable y desgraciado de la cólera de un pueblo que sacrificado en masa, hiere en masa también".

"Con todo, resuelto a poner dique a este desborde peligroso, he dictado las más eficaces medidas para evitar en lo sucesivo la repetición de hechos tan lamentables y que vienen, por decirlo así, a recargar de sombras el ya bastante siniestro cuadro de nuestras miserias y desastres".

La campaña heroica sostenida en gran parte sólo por la masa indígena de la región central, definió con toda claridad la sagrada misión que cumplió cada cual. Aquella lo dio todo sin pedir nada, mientras la otra clase social, con raras y muy honrosas excepciones, hizo defección, llegando hasta la traición en la mayoría de los casos. Por eso criticó severamente el general Cáceres a la clase social acomodada culpándola de los infortunios.

La mayor parte de la masa indígena, en la región central, demostró siempre su abnegación incondicional en aras de la defensa nacional; fieles y valientes como ninguno, lo dieron todo, hasta la vida, por el amor a su suelo milenario. Por eso el general Cáceres la admiró y respetó; varias veces esa "raza noble e infeliz", le arrancó desde lo más profundo de sus sentimientos, lágrimas de gratitud y admiración, y les rindió merecido homenaje por los miles de héroes que dio a la patria.

A partir del sometimiento de Duarte al invasor, y con el cargo recibido de Iglesias, sus decretos se orientaron a desarmar al Ejército del Centro, material y moralmente. El que dictó en Cerro de Pasco, el 1º de junio de 1883, al amparo de las bayonetas de del Canto, considera que



"los jefes y oficiales sujetos por el cabecilla Cáceres, desconocen que se les hace servir de instrumentos para saquear a los pueblos, sin que importe la guerra".

Es en tal proclama donde ofrece gratificación pecuniaria por rifle entregado. Cuando se firmó el infame tratado de Ancón lanzó una proclama en la cual reitera que "la república iba a perecer bajo la ocupación enemiga y las facciones de merodeadores". Si desde su errado punto de vista el Perú se salvó al ajustarse la paz, a él personalmente no lo salvó la paz con Chile de la vindicta popular. En Concepción hubo de vivir a escondidas y a salto de mata. Bien sabía que mostrarse en público significaba provocar la santa ira de los vecinos. Pero en una de sus furtivas salidas, de su quinta 'Molino Duarte', fue sorprendido por una muchedumbre que después de apalearlo terminó por lapidarlo, según refiere el coronel Jerónimo Santiváñez Túpac Yupanqui. De tal manera pagó su crimen de lesa patria un individuo que, de no mediar la justicia de un pueblo martirizado, como el que más, habría sido encumbrado a las más altas diginidades del Estado. El 28 de mayo de 1882, mientras permanecía oculto en una de sus haciendas del valle del Mantaro, fue sorprendido por un comando enviado por el general Cáceres; conducido preso a Huancavelica para ser ajusticiado por su felonía, escapó y viajó a Lima a pedir protección a los chilenos.

Lástima y muy grande fue que los verdaderos patriotas de Cajamarca no hayan aplicado el mismo correctivo social a sus paisanos traidores, como lo hizo Concepción. Ambrosio Salazar atribuye su muerte al castigo por su nefasto crimen, o al desquite por antiguos agravios. Pero el doctor Juan Valladares Martínez, nieto del coronel Valladares, hace de ambas motivaciones una sola y misma cosa, señalando que los Salazar, gestores de la asonada, "al grito de muera el traidor, lo asesinaron públicamente, el 20 de setiembre de 1884, y conste que no se pusieron máscara, ni negaron su delito". Con todo, con la compasión de todos y con la generosidad del coronel Valladares, sus seis hijos, que por su minoría de edad nada tuvieron que ver con los extravíos de su padre, pudieron ser educados y sostenidos dignamente, para hacer de ellos lo que fueron, verdaderos ejemplos de peruanos honrados, capaces y patriotas.



Reseñas históricas y biográficas

ABELARDO GAMARRA RONDO

El escritor Abelardo Gamarra Rondo, oriundo de Huamachuco, nació comenzando la segunda mitad del siglo pasado. Huérfano a los trece años de edad, se traslada a Lima, siendo digno de encomio los esfuerzos inauditos con que se sostuvo hasta que pudo ayudarse con el profesorado para sus estudios de letras y jurisprudencia. Hizo sus estudios en el Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Lima y los superiores (derecho) en la Universidad Mayor de San Marcos. Hijo de Manuel Guillermo Gamarra y doña Josefa Rondo, natural de Chiclayo. Su padre fue espíritu culto y progresista, fundador de una biblioteca de Huamachuco. Abelardo, ya graduado, fue incorporado al periodismo limeño como redactor de *El Nacional.* Sus artículos satíricos y costumbristas, dieron una notable notoriedad al seudónimo 'El Tunante', con el cual rubricaba. Cuando la guerra tocó las puertas de la capital, se alistó como voluntario en la defensa del Callao como perteneciente al batallón Nº 9, cuando se hallaba bloqueado por la escuadra enemiga. Peleó en las batallas de San Juan y Miraflores. En Vásquez, donde ocupaba un reducto, el cañón más alto fue bautizado con su seudónimo. En las postrimerías del combate formó en las filas de la Cruz Roja y se le vio cargando heridos. Después de aquellos desastres se trasladó a su tierra natal donde fue parte importante, organizando la resistencia del norte del Perú. Representó a su pueblo en el Congreso de 1883, reunido en Arequipa. En la ciudad blanca editó el periódico *La Integridad* a través del cual divulgó el ideal de la paz sin cesión territorial, propugnado por García Calderón. Pero en vista de la actitud postrante del Gobierno de Arequipa, siguiendo los pasos de Recavarren, se encaminó a Tarma para ofrecer allí sus servicios al Ejército del Centro.

Acompañando al general Cáceres, le toca realizar la portentosa marcha al norte hasta culminar en su lar nativo; de aquella heroica empresa queda de su pluma para la posteridad ese vívido testimonio titulado *La Batalla de Huamachuco y sus Desastres* (Lima, 1886). Posesionado Iglesias del Gobierno, Gamarra vuelve a Lima para activar las



prensas de *El Nacional* contra los defensores del funesto tratado de Ancón. Por tal motivo es perseguido y deportado al Ecuador; pero se dio maña para desembarcar en Salaverry y plegarse al movimiento cacerista. Lo cual le valió ser elegido nuevamente diputado por Huamachuco en el año 1886. La oposición que hizo en su cámara a la firma del contrato Grace, harto sonado, inspiró sus enjundiosos escritos. *El Tunante en camisa de once varas* y el *Novenario del Tunante.* Alejado de su curul parlamentaria, traslada el logotipo de *La Integridad* a Lima, en 1889, convirtiendo el periódico en la caja de resonancia de las prédicas de Manuel González Prada. Fue vicepresidente del único congreso de obreros que existió en Lima. Convencido de que por vía de la moral y de la educación se alcanzaba la felicidad colectiva, al alborear el presente siglo ven la luz sus obras: *Rasgos de pluma; Algo del Perú y mucho de pelagatos* y *Cien años de vida perdularia.* Sus producciones teatrales, agudas y penetrantes, no están exentas de la conciencia peruanísima que en toda su producción palpita. Dígalo si no su comedia *Ña Codeo;* su drama *El Yaraví;* o su sainete *Ya vienen los chilenos* y sus escenas (carnavalescas y campestres). Amén de su novela, ágil y amena. *Detrás de la Cruz del Diablo.* Se hace famoso El Tunante como compositor con la marinera "La Antofagasta", escrita en marzo de 1879 con música de Núñez del Prado. Este ilustre y patriota escritor huamachuquino conoció y admiró al patriota coronel Enrique Valladares Ramos, héroe de la guerra y de la paz. Gamarra murió en Lima el año 1924. Sus restos han sido trasladados últimamente del Cementerio General Presbítero Maestro al Cementerio de El Angel, donde actualmente reposan.

Edmundo Cornejo U. dice de él:

"La educación nacional, el indio y el obrero, fueron su más terca preocupación. Y cuando la miseria y la ancianidad eran ya dueños de su casa y de su cuerpo, un senado de la república le negó una modesta pensión. No escribió para académicos ni en académico. Mas su prosa corrió por todos los periódicos peruanos, como acequia de los campos que ríe y riega. Triunfó con su dejo alegre, pero satírico: con su nota traviesa, pero punzante. Descuidó la forma pero fue un apasionado de la idea. Mostró nuestra riqueza criolla, costumbrista y folklórica; pero al mismo tiempo fustigó a los aventureros, a los ineptos y a los venales de la escena política. En esto más que en el desatino de su estilo, está la razón de ser otro de los personajes sometidos al silenciamiento. Y es que Gamarra escribió en presente; y el presente todavía no ha llegado a convertirse en pasado aquí".

"Dio a la literatura peruana su espíritu provinciano y criollo. Fue serrano pero su sensibilidad captó las vibraciones de la



costa. Tuvo la gracia sensual y truhanesca de las tierras costeñas y la mordiente acidez y el grave ritmo de la voz serrana. Popular y espontáneo, socarrón y puyero, observador y crítico, agudo y sincero, radical e idealista. Abelardo Gamarra escribió en plena calle. A vuelo de pluma. Sin pulimento y sin disfraz. Quizá por ser un hombre de acelerada inteligencia, cuya sensibilidad fue como una herida sin venda".



XII

PEREGRINAJE DEL GENERAL CACERES

1. EL RETORNO DEL GENERAL CACERES Y CRITICAS A SU ACTUACION

El general Cáceres, que sabía recibir el éxito como un caballero y el desastre como un hombre, sobre su brioso caballo, acompañado por una reducida comitiva, traía consigo el dolor de la derrota. Como no era el general victorioso que volvía, se sabía blanco de las más duras críticas; como es natural, del árbol caído todos quieren hacer leña. El coronel Francisco de Paula Secada, en efecto, fue uno de los que dio los más contundentes golpes. En eso, Isaac Recavarren y Abelardo Gamarra no quedaron a la zaga. Los tres coincidieron en criticarlo en los siguientes aspectos:

a. Las penosas marchas sin prolongado descanso, etapa por etapa.
b. El quimérico plan de batir a Gonzales en Tres Ríos.
c. El estatismo del parque.
d. La condescendencia con el alboroto y el entusiasmo irracional al asaltar el Sasón; y
e. El desplazamiento de la artillería.

En cuanto a las marchas forzadas, aclaramos que éstas fueron impuestas por el enemigo desde la salida de Tarma. Por otra parte, el plan de batir a las fuerzas de Gonzales no tuvo nada de quimérico, pues lo imponían poderosas razones militares y era



perfectamente realizable por ser un lugar apropiado para obtener una victoria, aparte de las condiciones muy favorables para el atacante; allí pudo decidirse una victoria definitiva. El retraso del parque se debió a la carencia de medios de transporte por razones obvias de explicar. En cuanto al municionamiento durante el combate, la responsabilidad recae en los escalones subordinados pertinentes y no en el comandante en jefe. Tal vez, no siendo de carrera la mayor parte de nuestros jefes y oficiales, no conocían el juego del escalonamiento de las municiones; o, en lo improvisado de la operación, descuidaron o no le dieron la debida y primordial importancia. En cuanto a la supuesta condescendencia del comando con el alboroto y entusiasmo con una tropa victoriosa, el argumento cae por su base, si se tiene en cuenta principios incontrastables de la psicología de las masas, que hacen difícil y hasta imposible todo control cuando las tropas avanzan como un rodillo sobre el enemigo en franca retirada; las fuerzas aun siendo disciplinadas, sobre todo cuando ven correr al enemigo, una vez empeñadas con o sin órdenes es difícil contenerlas, y si no recordemos el caso de San Francisco. En Huamachuco, a pesar de estar comandada directamente por el general Cáceres, el entusiasmo y el ardor frenético que los arrebató en esos esperanzados momentos, arrastró hasta su propia reserva sobre el enemigo que huía. Sin embargo, sobre el empleo de la reserva, el doctor Rodríguez manifiesta en su Diario que ella ingresó al combate por orden de Secada; indudablemente que Secada cometió un gravísimo error si impartió tal orden.

Otro punto muy censurado ha sido el relativo a la orden del desplazamiento de la artillería, dada por el general Cáceres cuando el combate era más decisivo, señalándose que fue un gran error. Pero conviene señalar las circunstancias que lo obligaron; el general ordenó el desplazamiento cuando el primer escalón de ataque de la infantería alcanzaba el Sasón. Del resultado de los bombardeos realizados el 8 y el 9, se sabía que nuestra artillería, disparando a su máximo alcance, no lograba batir más allá de los fines de la pendiente de los cerros que ocupaba el enemigo; en tales condiciones era ya ineficaz el apoyo de la artillería, y hasta peligroso, pues de seguir disparando, sin previo desplazamiento, corría el peligro de batir a sus propias tropas que comenzaban a escalar el Sasón; podía haberse repetido lo de San Francisco,



donde los batallones bolivianos Olañeta e Illimani abalearon por la espalda a las tropas victoriosas de Espinar, cuando alcanzaban las posiciones chilenas. Se imponía pues un cambio de posiciones para apoyar el ataque. En cuanto a la operación misma de desplazamiento, éste fue muy mal ejecutado. Era y es muy conocido desde antes que la artillería, y sobre todo la que está apoyando estrechamente un ataque, debe desplazarse siempre por escalones para asegurar la continuidad de sus fuegos de apoyo. El entusiasmo, acaso el deseo de batir masivamente y de inmediato al enemigo en crisis, apostado en el Sasón, hizo olvidar a los artilleros las reglas consagradas por la experiencia, olvido que luego pagaron muy caro con sus propias vidas. Lo ocurrido sería tal vez explicable tratándose de personal improvisado que era el que dirigía la operación, si no fuera por la acusatoria afirmación, que hace el general Cáceres en sus Memorias, cuando dice: "infortunadamente dicho cambio se hacía con el total de las piezas y no parcialmente como se tenía previsto". Lo que indica que el general inclusive había dado instrucciones para que el desplazamiento de la artillería se hiciera por escalones; pero esto no se cumplió. Asimismo, otro factor que influyó en el general, para ordenar el desplazamiento en ese momento, fue el hecho verídico, confirmado por los propios historiadores chilenos, de que la artillería de éstos hacía rato que se había silenciado y se aprestaba a tomar la vía de Cajabamba. En realidad, el origen del desastre puede hallarse en la crisis que se produjo por la falta de municiones y bayonetas de la infantería, cosa que coincidió fatalmente con el brusco silenciamiento de la artillería peruana en el momento culminante del asalto, cuando los peruanos estaban escalando el Sasón y los chilenos se encontraban replegándose a su reducto, desde donde podían contraatacar con ventaja y descendiendo, tal y como lo hicieron convencidos de tener al frente un enemigo inerme.

El coronel Secada, su crítico empedernido, honra sin embargo al general Cáceres, tal vez sin quererlo, cuando afirma en una nota que publica en *El Comercio* de Lima:

> "Ya todo estaba perdido y nuestra derrota consumada. Al general se le creía muerto, él quería morir, porque después de darme la orden de contramarchar, se lanzó adelante en medio de los fuegos enemigos y no se le volvió a ver; y como



> en ese momento la caballería enemiga interceptó el camino descendiendo por un flanco, el general quedó cortado sin poder unirse a nosotros".

No existe mejor testimonio en la historia respecto de quien, siempre el primero en la lucha y en la acción victoriosa, fue también el primero en ponerse de escudo entre el enemigo y sus hombres que quería salvar, aunque después éstos maldijesen de él.

El general Cáceres, saliendo de Huamachuco por el curso del vado, guiado por Porturas, alcanza ese día terrible la hacienda Angasmarca. Según la señora Antonia Moreno,

> "el general Cáceres, todavía en el campo de batalla, encontró al coronel Leoncio Prado mal herido, así como a un hijo del señor Porturas; éste aunque también mal herido, trataba de guiar y alejar a Prado. El general lo hizo montar en el caballo de su ordenanza; sostenido por éste y guiado por Porturas se alejaron; pero Prado tenía la pierna destrozada". "El pobre sufría horriblemente, manifestando su padecimiento en el rostro, pero no se quejaba".

Habiéndose alejado algo, y teniendo en cuenta lo abrupto del terreno, el general Cáceres le dijo: "Es imposible Leoncio que en ese estado pueda continuar conmigo". Y dirigiéndose a un sacerdote (el cura de Huamachuco) que los había alcanzado, "le rogó llevarlo hasta un refugio donde pudiera ser atendido"; entonces el general continuó su retirada. Poco después el sacerdote lo alcanzó y comunicó que Prado había muerto. Se supone que sufrió un síncope y lo creyó muerto, o que lo abandonó a su propia suerte aún vivo; pues sabemos que el 14 de julio fue hallado con vida por un soldado chileno. El coronel Cáceres afirma en sus memorias: "Prado fue hecho prisionero por infame delación".

Abelardo Gamarra sostiene: "sobrevivió al lance y fue ocultado por oficiales seguidores, en la estancia de Cerpaquino cerca de Cashuro". Los chilenos lo hallaron allí el 14 de julio, asesinándolo sin miramientos, de un balazo en la mejilla a boca de jarro. Lynch al conocer el caso, avergonzado con lo ocurrido con el hijo del presidente peruano, informó a su gobierno que Prado se suicidó[1].

1. Telegrama de Lynch al gobierno de Chile del 22 de julio de 1883, recogido por Ahumada Moreno.



El general Cáceres, al poco rato de haber trotado, casi en el ocaso, se detuvo sobre una cumbre dominante; quiso dar algún descanso a su agotado caballo, pero él mismo estaba también agotado material y moralmente; se sentó a meditar sobre un risco; tenía aún a la vista, sin poder quitárselo, los ansiados fulgores de la victoria que le sonrieron al pie del Sasón; oía el grito desesperante de "¡faltan municiones...!"; recordaba el gesto inimitable de fidelidad del soldado Yupanqui y, en fin, la imborrable imagen de la implacable matanza de sus fieles seguidores. Así, en esa noche triste, rodeado solamente por la soledad y la desesperación, asido fuertemente de la brida de su caballo salvador, 'El Elegante', parecía efectivamente un brujo.

Quizá pudo decir allí, como en Tacna, después de la batalla del Alto de la Alianza:

> "Confieso que incurrí en la debilidad de llorar ante tan tremendo desastre. Más me hubiera valido probar mi patriotismo y culto al deber con el sacrificio de mi vida".

Su espantosa soledad fue rota por el arribo del coronel Justiniano Borgoño y algunos de sus ayudantes y ordenanzas que habían sobrevivido a la hecatombe. Entre los primeros destacaban Florentino Portugal y Félix Costa L., y entre los segundos el fiel y valiente Saavedra, portando el equipaje de su general. Abelardo Gamarra relata el emotivo encuentro con Borgoño:

> "El general abrió los brazos, ambos amigos se estrecharon y una lágrima silenciosa rodó por sus mejillas: era la expresión de un mismo duelo. Después de un rato de silencio dijo Borgoño: no sé si habremos cumplido, mi general, con nuestro deber; a lo que replicó el general Cáceres: Todos han cumplido con su deber, sólo que aún no se cansa nuestra fatalidad".

La señora Moreno confirma este encuentro y agrega que el general Cáceres le dijo además:

> "Y ahora coronel, usted se va al norte a organizar tropas, mientras yo seguiré al interior para formar un nuevo ejército y combatir hasta arrojar al enemigo de la patria".

Años después, en la inauguración del monumento que la patria agradecida le erigió en la plaza Cáceres de Jesús María, en



Lima, el general Noriega, Ministro de Guerra, dijo de él:

> "... Su vida fue una arenga y el infortunio el acicate de su grandeza. La adversidad templó su alma y endureció su cuerpo como fortalece al roble la lucha con las tormentas...".

Era el hombre que nunca desfalleció ni se sentía derrotado. Y surgió de cada revés con mayores bríos para la lucha. Acto seguido todos, a su turno, relataron la parte que les tocó vivir de aquella pesadilla. Y sepultando allí su tristeza y sus lágrimas, el grupo continuó su marcha nocturna hasta alcanzar Molletapa, donde descansó hasta el 12 de julio. Aquel día el general suscribe una proclama al país ofreciéndole

> "su firme resolución de no doblegarse ante la adversidad y continuar la lucha contra el invasor, hasta donde me permitan mis fuerzas y voluntad inquebrantable".

A la media noche, entre el 12 y el 13, cruzó el Tablachaca, como César cruzó el Rubicón. La lucha proseguía. Otra vez había que crear el ejército partiendo de cero. Tomando el camino de Conchucos, pasa por Corongo y pernocta en La Pampa; el 14, pasando por Huallanca, Sucre y Caraz, pernocta en Yungay. El 15, pasando por Carhuaz, llega a Huaraz. El 16, sigue por Recuay y tomando el desvío de Conococha (sobre la naciente), se dirige a Chiquián. Antes de ingresar al pueblo fue calurosamente recibido por una cabalgata representativa de la juventud lugareña, dirigida por Luis Pardo (hijo), que al conocer su aproximación había salido llevando una bandera en alto para recibirlo y saludar al hombre que la mística popular había consagrado con el apelativo de "El Brujo de los Andes", admirado por sus hazañas. Al hacer el alto y después de los obligados y emotivos saludos, los jóvenes le ofrecieron coñac, aguardiente y pisco; en seguida, mientras se servían las copas, sacaron sus guitarras e hicieron cerco en torno al general Cáceres para improvisarle, llenos de sentimiento patriótico, los siguientes versos:

"Cuando el peruano pelea y pierde,
no desespera de la victoria,
porque el coraje crece y se enciende
y en nueva empresa verá la victoria.



¡Oh patria mía!, no me maldigas
porque al chileno no lo vencí,
que bien quisiera haber perdido
la vida entera que te ofrecí.

Mas queda un bravo, noble soldado
que aquí en La Breña luchando está;
tú eres, ¡Oh Cáceres!, nuestra esperanza,
tu fe y constancia te harán triunfar".

Esta espontánea manifestación de afecto colectivo, que honra al pueblo de Chiquián, significó el modo de sentir y de pensar de todos los hombres de la breña de buena voluntad. En el consenso de todos estaba que habíamos perdido una batalla, mas no la guerra. El esperado triunfo del general Cáceres, bien se sabía, era el triunfo del Perú. Y, antes de partir de Chiquián, anotaremos que entre ese grupo de jóvenes patriotas de aquel pueblo, se encontraba como jefe Luis Pardo, émulo del patriota y malogrado Pedro Pablo Atusparia, que años después hizo leyenda al convertirse en el "Bandolero Romántico". Desde Chiquián, el general Cáceres y Borgoño siguieron rutas distintas, éste debía partir al norte a cumplir una nueva misión; en tanto, la tunantada de Luis Pardo les obsequiaba con una cálida despedida. Desde Chiquián, por la ruta desusada de Pacllón, incrementado el grupo con Aurelio Alcázar y Lizandro de la Puente, se aproximaron a Cajatambo aquel 17 de julio, siendo fríamente recibidos. Cruzada la cordillera, al día siguiente, se encontraron con una partida de chilenos desertores. Uno de ellos, el más caracterizado, según lo cuenta el mismo general Cáceres, se dirigió a él en estos términos:

"Señor, usted es el general Cáceres que tanto trabajo nos viene dando; en verdad hemos desertado porque ya estamos cansados de tantas marchas y contramarchas; todos los soldados lo admiran por su bravura; recomiéndenos, señor general, por favor, a las autoridades del pueblo al cual vamos a llegar para que no nos maltraten".

Y para demostrar la grandeza del alma, que ninguno de sus más empinados adversarios lució jamás, durante aquella trágica contienda, el general Cáceres agrega:

"compadecido de estos individuos, aunque eran enemigos, extraje de mi cartera una tarjeta y escribí unas cuantas



líneas al gobernador de Cajatambo, recomendando que los amparasen de la muchedumbre embriagada. Alejáronse complacidos y me enteré luego que el gobernador los había atendido y ellos siguieron su camino sin novedad".

Continuando el viaje, por la noche, alcanzaron las vecindades de Ondores, donde estaba acuartelada una unidad chilena que retornaba a la costa. Sin pensarlo dos veces, el grupo atravesó el pueblo, de 2 en 2, sin llamar mayormente la atención del enemigo. Refugiados en una cabaña de pastores, entre un frío de congelación, confortados con coca, chacta y chancaca que les ofreció su humilde dueño. En la conciencia de todos estaba que el modesto anfitrión se jugaba la vida dándoles hospedaje y cuanto poseía.

Para entonces Milón Duarte estaba en Junín con su escuadrón de caballería chilena cuya consigna era apoderarse del general Cáceres, vivo o muerto. Al día siguiente, el 19 de julio, bordeando el oeste del lago de Junín, como antaño lo hiciera Bolívar, sin tocar el pueblo de ese nombre, ganan en San Pedro de Cajas el camino que los conduciría a Tarma, por Palcamayo y Acobamba, llegando a la ciudad a las 8 pm. La familia Guido prodigó al general Cáceres solícitas atenciones, pero cuando el general se disponía a acostarse, los señores Santa María y Carranza le urgieron continuar el viaje considerando la cercanía de la caballería enemiga que, sin saberlo él, había emprendido desde Junín su persecución. Cambiando de caballo, se despidió de 'El Elegante', noble bestia sobre la cual hizo hasta allí toda la campaña. Estaba bastante despeado y apenas si podía caminar. "'Adiós Elegante', le grité desde el zaguán y el caballo, alzando la orgullosa cerviz, dio un fuerte relincho como respondiéndome".[2] El subprefecto Lecca puso a su disposición 12 hombres al mando del teniente Vílchez para que lo escoltaran, pasada las 9 de la noche del 16 de julio salió de Tarma. Llegados a Tarmatambo, el general sufrió una fuerte indigestión que lo obligó a reposar al abrigo de las ruinas incaicas del lugar, quedándose profundamente dormido. Alrededor de las 11 pm. fue despertado por los disparos que comenzaron a cambiar los de su escolta con el enemigo, el mismo que era guiado por un venal traidor jaujino, Gregorio Castillo, quien, según Ambrosio Salazar que lo conoció bien de

2. Ver reseña "El Elegante..." Pág. 206.



cerca, se había comprometido para asesinar al general a cambio del oro chileno. Fracasada la intentona, Castillo se refugió en las montuosidades de Comas, no volviéndose a saber de él. Pero como dice Salazar, "los nombres de tales malvados y traidores hay que exhibirlos para su debida execración por las generaciones presentes y venideras".

El general, durante esta inesperada sorpresa, luego de ser despertado y protegido por los ayudantes Félix Castro, comandante Portugal y teniente Vílchez, había dispersado su grupo para alejarlo de sus perseguidores; él, salvado por su caballo se alejó, a campo traviesa, orientado al principio por los fogonazos de los disparos; pero a poco de avanzar se encontró desorientado, completamente solo sin saber qué dirección tomar en medio de una noche tétrica. Fue en estas circunstancias que se le presentó un guía inesperado; continuó la marcha sólo guiado por un providencial perrito blanco que se le apareció y lo condujo hasta Jauja, según su propia versión, donde al amanecer entra precedido siempre por su guía que lo llevó hasta la casa del cura Dianderas donde se alojó. Al perrito blanco nadie lo vio ni lo pudo encontrar. Entretanto, el enemigo dejó para el amanecer la persecución. Una vez llegado a la casa del cura Dianderas, pidió una taza de té con coñac y una cama para descansar. Era el 20 de julio de 1883. El general durmió su agotamiento de semanas todo ese día y la noche entera que siguió. Despertado en la mañana para tomar alimentos, volvió a dormirse todo el 21 de julio hasta el siguiente día. Al referirse al penoso viaje de retorno del general al valle del Mantaro desde Huamachuco, Basadre dice: "¡cuántas veces tuvo seguramente que apoyarse en su caballo macilento, parado en los estribos de bronce, para no caer de cansancio y de pena!". Allí, en las soledades de las heladas cumbres andinas y las tétricas breñas, sin más compañía que su caballo y su dolor, el general personificaba, durante su solitario peregrinaje, el nombre que la leyenda le señaló: el auténtico "Brujo de los Andes".

En la mañana del 22 de julio ya estaba completamente recuperado. Fue entonces cuando vuelve a invocar la ayuda de los hacendados, de los comerciantes y del pueblo en general para organizar el nuevo ejército del centro. Pero al saber que el comando chileno había montado todo un operativo a cargo del



coronel Urriola (1,050 hombres de las 3 armas), con el solo propósito de darle caza, Cáceres se dirige a Huancayo al 30 de julio. En su retirada, al llegar a Izcuchaca, recoge el destacamento de 10 hombres que había dejado para asegurar su retaguardia al mando del coronel Justo Pastor Dávila; así comenzaba a formar el tercer ejército de la breña.

Hacia el 12 de agosto llega a Ayacucho, fecha en que suscribe el parte de batalla de Huamachuco, elevándolo al presidente Montero, en el cual consigna que

> "El ejército de mi mando sucumbió valerosamente... El desastre, lejos de abatir mi espíritu, ha avivado más, si cabe, el fuego de mi entusiasmo".[3]

El doctor Basadre dice: "Palabras que la historia del Perú debe recoger entre las más bellas que sus páginas pueden registrar". Urgía, pues, la remisión de armamento y las municiones que se guardaban en Arequipa.

En esa misma fecha, 12 de agosto, remite una nota a Montero, señalando el peligro que representaba aun para Arequipa el avance enemigo hacia la sierra sur; insistió en ella sobre la necesidad de proporcionarle medios de combate para reforzar sus fuerzas. A su vez, en la fecha lanzó una vibrante proclama a los pueblos y fuerzas de su mando insistiendo persistir en la guerra de resistencia antes de aceptar un tratado humillante; el premio al sacrificio sería la satisfacción del deber cumplido:

> "Conciudadanos:
>
> Todavía circula por mis venas la sangre que juré derramar en aras de la defensa nacional; todavía se estremecen vigorosas las fibras del corazón al grito del deber; todavía se mantienen en pie los valerosos pueblos de Junín y Huancavelica, decididos a rescatar a costa de su preciosa existencia los sagrados derechos de la república. Y mientras haya sacrificios que arrostrar en la escala de supremos esfuerzos, apuremos hasta sus heces la amarga copa del deber.
>
> Es verdad que la paz es bien que todos ambicionamos con vehemente anhelo; pero también es cierto que no es

3. Ver anexo 22.



posible procurarla sin mengua ni humillación fuera del derrotero que nos merece la brújula de la Guerra. Buscarla por otro camino sería nada menos que implorar de rodillas la clemencia del vencedor y someternos como siervos abyectos a la afrentosa coyuntura de su despótica voluntad.

Con humillaciones y deshonra jamás transigen los pueblos libres. No olvidéis que la dignidad en medio del infortunio es la única ancora que habrá de salvar al Perú del naufragio total.

Soldados:

En la obra de la defensa nacional a vosotros os toca la tarea más ardua. Mientras más duras son las pruebas a que es sujeta vuestra patriótica consigna, mientras más rebelde sea nuestra fortuna para recompensar nuestras fatigas, debe ser más inquebrantable nuestra firmeza templada al calor de la adversidad.

Si el campo de batalla sigue negándonos los laureles de la victoria, la satisfacción del deber cumplido hasta el heroísmo será, en todo caso, el premio a nuestros esfuerzos.

Guerrilleros:

... Me siento orgulloso al asociar a vuestras legendarias picas y rejones, la espada que la patria me encomendó para su defensa...".

De momento, contaba con los 200 soldados de línea comandados por el coronel Justo Pastor Dávila. Con tal contingente Cáceres sale de Ayacucho en pos de Andahuaylas, presionado por la cercanía de las tropas de Urriola. Al cruzar el Pampas, destruye el puente, aunque innecesariamente, ya que la expedición chilena no quiso aventurarse más allá de Ayacucho.

2. LA EXPEDICION CHILENA DE ARRIAGADA

Lynch, atendiendo las desesperadas peticiones de Arriagada, cuyas inútiles marchas y contramarchas persiguiendo a Cáceres



maltrataron tanto sus tropas, decide reforzarlo con la división del coronel Martiniano Urriola –que no tarda en ubicarse en la altiplanicie de Junín, con el batallón *Maule* a cargo del comandante Castillo, para que desde Huacho, por Sayán, subiera por las alturas de La Viuda y se proyectara hacia Cerro de Pasco– y con las compañías a cargo del mayor Virgilio Méndez, que guarnecían la quebrada de Huarochirí. Poco después, el 5 de agosto, comienzan a llegar a Lima los primeros contingentes de la frustrada y diezmada expedición Arriagada, con centenares de enfermos (574) y de heridos. Los desertores chilenos, con los que se topó Cáceres y los suyos, pertenecían a la escolta de tan doliente convoy en penosa retirada.

Antes de partir de Huánuco hacia Ambo, Arriagada dejó como prefecto del departamento a Manuel Brañes, secundado por otras autoridades "pacifistas o iglesistas", que los patriotas huanuqueños de Caina, Chalán, Chavinillo, Chupán, Margos, Pachas, Panao, Rondos y otros pueblos desconocieron y resistieron en forma ostensible y manifiesta. Brañes huyó a Ambo donde clamó por el apoyo armado de los chilenos, so pena de perderse el departamento para Iglesias. Arriagada el 23 de julio, dispuso que el *Buin* se movilizara sobre la capital del mismo. Pero dicho batallón se replegó dos días después a su base de operaciones (Ambo) "por la poca garantía de estabilidad que ofrecía dicha población para el mantenimiento del orden". Arriagada decidió entonces acuartelar allí, en forma permanente, al *Buin* y a otras pequeñas fracciones de otras unidades, bajo el comando de León García. Para los primeros días de agosto, este último ordena que un destacamento, comandado por el teniente Salvo, realice una acción punitiva en los alrededores de Huánuco, para luego posesionarse de la ciudad. Los guerrilleros domainos, ante esa demostración de fuerza, bajo el mando de sus jefes Baldeón, Loarte, Llanos y Rojas se concentraron en las llanuras de Julka y avanzaron sobre Huánuco en son de guerra. Así, en la mañana del 8 de agosto de 1883 irrumpieron por el oeste de la ciudad, por la bajada del cerro Jactay, donde les salió al encuentro el destacamento chileno, con el que se trabaron en un encarnizado combate, con alternativas heroicas para ambas partes, desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. El alma de la acción peruana fue el abanderado Aparicio Pomares que la enardeció al máximo portando el estan-



darte nacional en brazos[4]. En la segunda Memoria de Patricio Lynch afirma que Salvo logró envolver a los guerrilleros, hacerles fuertes bajas y forzarlos a una desordenada dispersión. Lo cierto es que, tal como sostiene Enrique López Albújar, los chilenos, pese a la superioridad en su armamento, enfrentados sólo con escopetas, garrotes, hondas, lanzas, piedras y rejones, no salieron mejor librados, a tal punto que al día siguiente tuvieron que abandonar la ciudad a manos de los guerrilleros. Restituidos éstos a sus lugares de origen, Huánuco es recuperada por el enemigo por acción de una fuerte insurgencia iglesista.

Por disposición de Mariano Castro Saldívar, el 17 de agosto asume la prefectura, en reemplazo de Brañes, Manuel Miranda; esto motivó nuevamente la movilización de las guerrillas, las que, el 25 de agosto, arrojaron de la ciudad a Miranda, fusilaron en la plaza mayor, para público escarmiento, al subprefecto Adeodato Carvajal y entregaron al saqueo general las propiedades de los "chilenistas", especialmente los negocios asiáticos. Luego del retiro de Ambo de las últimas unidades pertenecientes a la expedición Arriagada, los guerrilleros se posesionaron de dicha población en los últimos días del mes de agosto. En todo caso, el departamento quedaba pacificado por la causa de la patria. Reemplazado Arriagada por Urriola en el comando de las fuerzas chilenas que operaban en la sierra central, y tomándose en cuenta que el principal objetivo de las mismas era capturar al Brujo de los Andes, el comando chileno decidió volcar toda su atención sobre el valle del Mantaro. En consecuencia desguarneció Cerro de Pasco que, en los últimos días de setiembre, fue capturado por los hombres de la breña huanuqueña. El prefecto Manuel Dianderas Gonzales y el subprefecto Rafael Serrano aún creían que la guerra podía ganarse si el gobierno de Arequipa se decidía a proveer de material de guerra a los hombres de la breña, empecinados en la resistencia.

Urriola, con ánimo de cobrar cuentas a los concepcioninos por la derrota sufrida el 4 de julio en el segundo combate de Concepción, se desplaza nuevamente desde La Oroya, siguiendo el curso del río Mantaro. Al tocar Santa Rosa de Ocopa, el 7 de agosto, según el relato de Ambrosio Salazar, y por instigación de

4. Ver reseña biográfica de Aparicio Pomares Hilario. Pág. 207.



Milón Duarte, Urriola rodea el convento franciscano y, bajo amenaza de derruirlo a cañonazos, exige la comparecencia del obispo Teodoro del Valle Seoane, considerado como "agitador de las turbas guerrilleras de esa comarca". Al darse por preso, el obispo fue conducido a pie hasta Chicla, vejando de tal manera su investidura pastoral. De él dice Luis Alayza Paz Soldán

> "que era varón de gran presencia, inteligente y culto. Alto y corpulento, de tez pálida y ojos claros, nariz recta y mentón fuerte y profundo, propio de los hombres de gran carácter; aunaba a su majestad episcopal cierta marcialidad militar que delataba su espíritu luchador. En una visita que hizo el general Cáceres a Ocopa, recibió del obispo del Valle unos cuantos fajos de billetes y un par de talegas repletas de soles de plata".

Su ilustrísima era un hombre rico; él y su hermano Julián eran dueños, por herencia, de las haciendas de San Juan de Miraflores, en la costa; de las haciendas ganaderas Incahuasi, Suitocancha, en Jauja y Huancayo; Huari y Acasia en Pampas. Tenía el mérito de haber sido designado Arzobispo de Lima por el Vaticano[5]. Todo el resto del mes y principios de setiembre, Urriola permaneció en Huancayo.

En el norte, los sobrevivientes de Huamachuco, cuya muerte buscó el enemigo con una saña nunca vista, por los caminos de Cajabamba, Pataz y Santiago de Chuco, comenzaron a mostrar su presencia en las distintas circunscripciones del tránsito hacia sus iniciales puntos de partida. Así, Recavarren, por ejemplo, herido, fue llevado felizmente a la hacienda Andaymayo, cerca de Yungay, donde pudo curarse, lejos del enemigo, librándose de una muerte segura. Ellos fueron los afortunados, pues muchos de los que se libraron del criminal repase, cargando sus heridas a cuestas, buscaron refugio en las escabrosidades y riscos andinos. Allí, de todas formas, los encontró la muerte a causa del hambre o de la avanzada infección de sus lesiones. ¡En cuántos de aquellos páramos reposarán los restos insepultos de tantos defensores de la patria!. Con todo, hubo otros, cerca de un centenar, que se aventuraron por intransitados e inhóspitos senderos, hambrien-

5. Ver reseña biográfica de Monseñor Teodoro del Valle. Pág. 212.



tos, descalzos y cubiertos de harapos. Algunos caminaban en grupos, otros solitariamente, pero siempre con el temor de ser alcanzados por el odio del invasor. Tales fugitivos apenas si alcanzaban alguna ayuda, alivio o consuelo en los pequeños poblados, pues la propaganda iglesista se había encargado de estigmatizarlos públicamente como bandoleros.

El relato inédito del subteniente Juan Nicanor Castillo ilustrará algún día los percances de ese conmovedor periplo, realizado por él desde Huamachuco, orientándose por las estrellas, solo y a pie. Para muchos otros se agregaba a esta situación el desesperante dolor de haber perdido a sus hermanos, parientes o compañeros queridos. Por eso, seguramente, según lo afirma Zoila Aurora Cáceres, el pueblo de San Jerónimo de Tunán, conmovido por el espectáculo que ofrecían los sobrevivientes del batallón *San Jerónimo Nº 10*, se propuso inmortalizar aquella visión creando la coreografía que dio en llamar 'los avelinos', que expresa la esperanza de combatir y vencer de unos guerreros vestidos de harapos que los mueven y agitan[6].

Una versión recogida por el teniente coronel de sanidad, Vicente Santiváñez Túpac Yupanqui, dice que después de la hecatombe de Huamachuco, el general Cáceres, durante su peregrinaje hasta Ayacucho, a su paso por San Jerónimo, fue recepcionado por el pueblo con una magnífica pachamanca. Durante el ágape, que transcurría con gran animación, se presentó una orquesta típica del lugar, con cantantes de ambos sexos, para amenizar la reunión con sus canciones. El sentimiento puesto en la entonación y el contenido de los versos, hicieron derramar algunas lágrimas al general. Ellos, al final de cada estrofa, repetían los siguientes estribillos:

> "Dónde están, dónde están nuestros padres que te siguieron; dónde están, dónde están, nuestros hermanos que fueron contigo; dónde están, dónde están, nuestros hijos que todavía no vuelven".

Y repetían reclamando, esposos, novios, etc., que nunca volvieron a su tierra amada.

A mediados de septiembre, Urriola abre campaña contra el general Cáceres, que por entonces se encontraba en Ayacucho.

6. Ver reseña en la pág. 223.



Su desplazamiento fue lento y muy cauteloso, pues las guerrillas lo hostilizaban repentina y frecuentemente. "Señaladamente audaces", dice el general Cáceres, fueron los guerrilleros de Acostambo; y también los de Izcuchaca que disputaron gallardamente el paso del enemigo por el puente y por la quebrada inmediata. Sólo cuando Urriola arriba a Huancavelica pudo superar los trances sufridos en un ambiente de relativa tranquilidad. Posteriormente continúa la marcha sobre Ayacucho por el camino de Huanta.

El 22 de agosto con una fuerte nevada avanzaron hacia Acobamba, donde el grueso de la división chilena fue sorprendida por una tormenta seguida de una colosal nevada que causó la muerte de varios chilenos. Si Miguel Gonzales hubiera caído allí habría acabado con los chilenos.

Antes de llegar a esa localidad, los iquichanos encabezados por don Manuel Lazón, señera figura de la resistencia huantina, "cayeron intempestivamente sobre la columna enemiga" –afirma el general Cáceres– "punzándola de punta a cabo". Numerosas fueron las bajas sufridas por el enemigo entre muertos y heridos. Esto ocurrió el 25 de septiembre; para el 27, Lazón y sus guerrilleros disputan encarnizadamente con los chilenos la tenencia de la población con pérdidas considerables para ambas partes. La localidad quedó semidestruida, tanto por haber sido el campo de enfrentamiento armado, cuanto por ser pasto de la iracundia enemiga. Por fin, el último día de septiembre, Urriola hace su ingreso en la silente y desolada ciudad de Ayacucho.

3. EL NUEVO EJERCITO DEL CENTRO SE MOVILIZA

En Andahuaylas, el general Cáceres se dio por entero a la formación de un nuevo ejército. Al efecto, fue muy valiosa la participación del prefecto del departamento Rosendo Samanez, en lo tocante al armamento, sustento y vestuario de las tropas. Según el mismo general Cáceres, "al cabo de 8 días la columna que vino conmigo aumentó en unos 500 hombres regularmente armados". Por otra parte, los andahuaylinos organizaron una columna de voluntarios a la que dieron por nombre *Cáceres*, poniéndola bajo el mando del teniente coronel Morales Toledo. Además los veteranos de Huamachuco acudieron allí para po-



nerse nuevamente a órdenes del Brujo de los Andes. Y siguiendo las huellas del heroico capitán de navío Germán Astete, el capitán de navío Camilo Carrillo, Ministro de Guerra y Marina del gobierno de Francisco García Calderón, se aproxima a Andahuaylas, atraído por el legendario símbolo de la resistencia nacional. Carrillo aspiraba a que el general se pusiera al frente de las fuerzas de Arequipa, a como diera lugar. El general Cáceres lamentablemente rechazó la idea manifestando que ello significaría la guerra civil, y él "jamás fomentaría la lucha intestina en el país". Razón tuvo el decepcionado y patriota marino al pronosticarle que pronto se arrepentiría de sus escrúpulos, ya que el ejército de Arequipa se perdería sin haber hecho nada por la patria. Creemos que el general Cáceres debió acoger y llevar a la práctica la sugerencia de Camilo Carrillo. Pues el general, con la fama y gloria que ya había conquistado, pudo caer como un rayo, sin miramientos, sobre Arequipa para apoderarse de los abundantes pertrechos almacenados o que se encontraban en manos de un personal de dudosa valentía y patriotismo. Es de suponer que los jefes y oficiales de carrera de la guarnición, seguramente, lo habrían seguido gustosos como lo hicieron los coroneles Francisco Luna y Armando Zamudio y sus oficiales. El personal lugareño no hacía falta, pues en la sierra central sobraban miles de voluntarios y, sobre todo, patriotas y valientes que solo necesitaban armas para sustituir lanzas, rejones y hondas.

El general Cáceres, en una carta que envía al director de *El Comercio* de Lima, con fecha 18 de octubre de 1883, refiere que al llegar a Ayacucho

> "me encontré con cartas de Montero y comunicaciones oficiales en que se me hacía los mayores ofrecimientos y se me pedía en nombre de la patria que reorganizase mi ejército, poniendo desde luego a mi disposición las fuerzas comandadas por el coronel Luna, que me aseguraba contaba con 500 hombres de infantería y un escuadrón de caballería, y también el batallón *Unión* que formaba en el Cuzco el coronel Falconí; además se me comunicaba que estaba en marcha un contingente de armas y no bajaría de 2,000 con sus respectivas municiones, y a este respecto el ministro previno a los prefectos del tránsito que tuvieran lista la movilidad necesaria.



Yo, que a parte de mis deseos tengo con el país el compromiso de no excusar ningún sacrificio en su servicio, y comprendiendo la necesidad de sostener la defensa en el Centro para mantener dividida la atención y las fuerzas del enemigo, acepté el encargo y sin perder un momento me puse al trabajo.

Parece increíble, pero desde luego principié a convencerme de la poca circunspección del gobierno. No fijamos la atención en que la decantada División del coronel Luna no se componía sino de 300 infantes y 60 de caballería, pero sí en que casi al mismo tiempo que a mí se me escribía poniendo a mi disposición los elementos citados, se ordenaba que la fuerza del coronel Luna regresase sobre Arequipa a marchas forzadas para no caer en mis manos, y aquello de las armas no era sino una farsa".[7]

Poco después un destacamento procedente de Arequipa (250 hombres), se hace presente al mando de los coroneles Francisco Luna y Armando Zamudio. El general Cáceres experimentó gran alegría al creer que sus reiteradas instancias a Montero y los ofrecimientos de éste empezaban a concretarse. Pero grande fue su desilusión al comprobar que aquella fuerza exploraba la región para enterarse de los movimientos de Urriola y no para ponerse a órdenes de Cáceres. Un mensaje reciente recibido por el coronel Luna y mostrado al general decía:

"Tan luego como reciba esta orden, póngase en marcha de vuelta con su tropa, a marchas forzadas, antes de que caiga en manos de Cáceres".

¿Envidia?, ¿recelo?, ¿rivalidad? ¿Qué es lo que hizo dictar a Montero esa orden que lo desmerece ante la historia y la posteridad? Ante la insólita nueva que llegaba con el mensaje, el general, profundamente decepcionado y ofendido por la increíble actitud de Montero, respondió a los coroneles que le presentaron el mensaje: "está bien, usted puede cumplir la orden del presidente, pero la tropa se queda conmigo". Entonces el coronel Francisco Luna que en realidad había decidido no cumplirla, y que no tenía ninguna responsabilidad sobre el contenido del mensaje, y que

7. Ver anexo 37. Carta del general Cáceres a *El Comercio*.



caballerosamente se lo había mostrado sin ánimo de cumplirlo, le contestó:

> "Yo también me quedo, pues usted es el único jefe que cumple con su deber combatiendo al enemigo; y por consiguiente yo no cumplo ninguna orden antipatriota, y continuaré a su lado para ayudarlo en la ardua tarea de organizar tropas contra el invasor".

El coronel Zamudio no se quedó atrás, después de protestar contra esa orden de Montero, ofreció también su sometimiento incondicional. El general Cáceres comenzaba a arrepentirse de no haber valorado los insistentes consejos y pedidos del patriota capitán de navío Camilo Carrillo[8].

En poco tiempo, el nuevo ejército llegó a la significativa cifra de 1,500 combatientes de línea organizados en 2 divisiones: la primera comandada por el coronel Pablo Solís Rosas (el del golpe de Chicla); estaba integrada por los batallones *Ayacucho Nº 1*, *Junín Nº 2* y *Callao Nº 3;* la segunda, comandada por el coronel Remigio Morales Bermúdez, estaba integrada por los batallones *Cusco Nº 4*, *9 de diciembre Nº 5* y la columna *Apurímac* con 200 hombres. Aparte de tales fuerzas, el escuadrón de caballería formado por el propio vecindario de Andahuaylas fue puesto bajo el mando del coronel Armando Zamudio, el mismo que, posteriormente, adscribe a nuestra caballería los legendarios escuadrones *Morochucos*. Además se contaba con una activa y no desdeñable fuerza guerrillera; distinguiéndose la que estaba a cargo del doctor Alvarado, en Cangallo, y la de don Miguel Lazón en Huanta.

Esas y otras más recibían las instrucciones de hostigar al enemigo, apenas se iniciara, desde Andahuaylas, el desplazamiento de nuestras fuerzas regulares. De otro lado, la resistencia pasiva que oponía la colectividad ayacuchana a la ocupación chilena estaba en plena vigencia. Urriola, privado de medios de vida, decidió replegarse a Huancayo el 12 de noviembre.

Poco antes de iniciar la nueva ofensiva, se presentó en el campamento, rejón en mano, un indio, personero de la comunidad de Ayacucho; al encontrar al general, lleno de sorpresa y alegría, después de besarle la mano, le expresó:

8. Ver anexo 37.



"Tayta, te creíamos muerto. ¿Nos has abandonado...?. Pero ya nos tranquilizamos, porque de nuevo apareces como el sol después de la noche oscura".

El general al referir este acto dice:

"Esta manifestación la hizo tan patética que me conmovió hondamente hasta el punto de nublar mis ojos de lágrimas".

Casi paralelamente, el 10 de noviembre, el general Cáceres rompe la marcha desde Andahuaylas, camino de Cangallo. Allí lo esperaban los mil entusiastas Morochucos de Alvarado. El recibimiento fue triunfal. Los guerrilleros, desparramados en las cumbres y las faldas de los cerros, "ofrecían un soberbio y sugestivo cuadro exornado con el agudo y vibrante resonar de los pututos y bandas de guerra". Ahora disponíamos de una numerosa caballería capaz de significar, aunque mal armada, una arrolladora fuerza de choque. Decididamente la guerra no estaba del todo perdida. En la siguiente jornada, tal vez en las históricas pampas de la Quinua, se iba a cumplir el anhelo de batir a la expedición chilena invasora, neutralizando así las ominosas negociaciones de paz. Pero Urriola no le dio al general Cáceres esa oportunidad, apurando el paso por la ruta de Huanta. Con todo, esa forzada retirada chilena, los iquichanos huantinos del coronel Miguel Lazón, jefe del "Libres de Huanta", se encargaron de convertir el 13 y el 15 de noviembre en una calamitosa fuga. Batiéndose a la desesperada, todo el tiempo y en cualquier lugar, dejaron a sus muertos insepultos y abandonados a sus heridos y enfermos, así como los bagajes que les impedían acelerar la marcha. Sin embargo, no desaprovecharon cuanta oportunidad tuvieron al alcance de la mano para asesinar, saquear e incendiar, a título de represalia, por las tribulaciones sufridas. Así, Urriola, siguiendo paralelamente el curso del Mantaro, se interna en Tayacaja, tocando Locroja, San Pedro de Coris, Pachamarca, Colcabamba y Pampas. Ya se sentía lejos de la hostilidad guerrillera de la víspera cuando, simultáneamente y por sorpresa, cae sobre su retaguardia la feroz guerrilla lugareña. A duras penas pudo Urriola parar el golpe y rechazarlo. Y mientras el general daba descanso a sus tropas y refrenaba los desafueros antiiglesistas, como el caso del linchamiento de Rocha y el saqueo y destrucción de sus propiedades, Urriola, por Pazos, Pucará y Sapallanga alcanzó Huancayo. Por fin, el Brujo de los Andes



decide mover su pequeño ejército, realizando un triunfal paseo militar por la ruta de Huancavelica. Cuando llega a Huancayo, ya Urriola, pasando por Concepción, Jauja y La Oroya, estaba en camino a Chicla. Toda la operación militar queda así frustrada. Los chilenos abandonaron el departamento de Junín para nunca más volver. El general Cáceres continuó la marcha con el único objeto de avivar el entusiasmo de los hombres de la Breña por la causa de la patria, pese a los pasados contrastes.

Por entonces el general Cáceres tuvo conocimiento de que en el norte también se seguía ofreciendo tenaz resistencia al invasor y se luchaba contra los iglesistas.

En efecto Cajamarca se había convertido en un bastión antiiglesista. Tan luego salió de Cajamarca Iglesias, los breñeros norteños recuperaron el control del departamento. El 1º de noviembre, el coronel José Mercedes Puga derrotó a los iglesistas en Llollón. Instaló luego la sede de su gobierno en Cajamarca. Pocos días después se enteró de lo sucedido en Arequipa, y, casi al mismo tiempo, llegó la falsa noticia de que el general Cáceres había depuesto las armas. Por ello decidió volver al interior, sin renunciar a la resistencia. Supuso que el enemigo, informado de que Cajamarca quedaba como único reducto de la resistencia caería sobre ella con todas sus fuerzas. Ante este supuesto, se fortificó en Ichocán para esperar allí el desarrollo de los sucesos, y, sobre todo, para confirmar la supuesta defección del general Cáceres, que no creía. Poco después, y con gran gozo, confirmó que el general Cáceres seguía luchando, esta vez al frente de un nuevo ejército organizado en Andahuaylas. Entonces lleno de alegría, lanzó un manifiesto a los pueblos del norte asumiendo la jefatura suprema, política y militar, de esa región para colaborar con las fuerzas del jefe de la resistencia. Del importante manifiesto, firmado en Ichocán el 8 de diciembre de 1883, citamos los pasajes siguientes:

> "... Manifesté que se depondría las armas si de la faz de la nación desaparecía por completo, toda entidad política que con el último jirón de la bandera nacional en la mano continuara batallando contra los que se han propuesto robarnos honra y territorio".
>
> "Esa entidad política bien lo sabéis, y bien lo presumimos todos, es el esforzado, el infatigable, el eminente ge-



neral Cáceres; y bajo tan alto ejemplo de incontrastabilidad y patriotismo, no he trepidado en secundar en el norte su gloriosa actitud y la nobilísima y heroica labor de sostener la honra e integridad de la patria desfallecida, pero no muerta, máxime cuando mis elementos se han multiplicado a favor de dos señaladas y singularísimas victorias...".

"Los pueblos que sienten discurrir por sus venas el sagrado fuego de la dignidad y del amor a la patria, como se observa en la mayor parte del Perú, no pueden rendir la cerviz ni ante la maldad exterior, ni ante las menguadas personalidades que tomando por pretexto un falso patriotismo y una humanidad que jamás han sentido, pretenden imponernos una paz tan cruel como oprobiosa, no siendo otro su verdadero móvil que la satisfacción a todo trance de sus innobles posiciones".

"Las entrañas han sido desgarradas por esa mano de traición y alevosía. ¡Ah, no!. Los pueblos no pueden formar alianza con sus verdugos ni someterse sin abdicar la dignidad de los hombres a los que hieren y pisotean en su honra, conculcan sus más sagrados derechos, le roban sus riquezas y se reparten su porvenir".

"Probemos que somos incansables para la lucha cuando se trata de arrancarnos el honor y de truncar nuestra personalidad, y habremos asegurado la tranquilidad del mañana y el respeto y admiración de todas las naciones".

"El realizar tan noble, tan sagrado propósito, de fundar el respeto y la felicidad de un porvenir inmenso por medio de los esfuerzos y sacrificios del presente pasajero y veloz, es conservar la dignidad. Os convoca quien sólo tiene en mira, libre de toda ambición personal, la salvación de la patria y el triunfo de la justicia que le asiste".

El general Cáceres, conmovido por la alegría que le produjo la actitud del coronel José Mercedes Puga, le escribió desde Ayacucho, el 1° de enero de 1884:

"En medio de nuestros desastres y mis amarguras, he visto con la más grande complacencia que Ud., sin dejarse abatir por los reveses, sigue firme y resuelto al pie de la bandera de la resistencia contra el implacable enemigo exterior y el círculo inicuo de peruanos que se han presen-



tado ante él y le sirven como aliado. Los verdaderos patriotas como Ud., no desmayan ni pierden jamás la fe, y mientras mayores son los peligros y calamidades que pesan sobre el país, mayor su decisión y ardimiento para preservarlo a costa de todos los sacrificios".

"La espada que hemos blandido con honor durante tan larga lucha en defensa de los sagrados derechos de la nación, no debemos, no digo rendirla, como lo han hecho tantos ante el enemigo, pero ni abandonarla ante los reveses. Hoy que se sella la esclavitud de la patria por la continuación del dominio reconocido del enemigo después de cederle gran parte de nuestro territorio y todas nuestras riquezas, hoy que se pretende consumar la eterna postración y ruina del país después del sacrificio de su honra y su decoro, es cuando los buenos peruanos, y buenos patriotas estamos obligados a hacer el último sacrificio. Que en medio de tanta iniquidad se sobrepongan al fin los sanos elementos que aspiran a la salvación de la patria o que consumado nuestro sacrificio, recoja la historia nuestros nombres para exhibirlos sin mancha a la posteridad..."

"...Aquí, aunque contrariado por los vergonzosos sucesos de Arequipa, me tiene Ud. siempre firme y decidido a seguir hasta el fin el camino de la defensa de la patria. Tengo a la fecha un nuevo ejército de 3,500 hombres bien armados y de una resolución y lealtad a toda prueba. Los pueblos de todos estos departamentos abundan en los mismos sentimientos que los míos y se encuentran cada día más frenéticos por la guerra; tengo además 1,200 entusiastas guerrilleros que secundan heroicamente la acción del ejército".

"Ya ve Ud. que si llega a dominar el norte y yo el centro, Iglesias caerá inmediatamente".

Este documento, como todos los que suscribió el glorioso Mariscal de la Breña, trasunta la titánica lucha que sostuvo en los agrestes pliegues de los Andes para salvar la integridad territorial, manteniendo enhiesto en la atalaya de los Andes el inmaculado honor del Perú. El general Cáceres intuyó que la historia recogería



con gratitud y orgullo "los nombres de los patriotas para exhibirlos sin mancha a la posteridad".

Como epílogo de la gloriosa Campaña de la Breña, aún inédita, consignamos la afirmación del historiador doctor Juan José Vega: "Algún día todo el Perú sabrá que la breña guarda el secreto de más de 150 combates, refriegas, escaramusas, emboscadas, combates y batallas".

4. RECHAZO DEL TRATADO DE ANCON

El general Cáceres pasando por Concepción y Jauja llega a Tarma. Allí se entera que el 20 de octubre de 1883 se ha firmado el infame tratado de Ancón[9]. Basadre refiere: "Cáceres se negó en diciembre del 83 a aceptar los hechos consumados". Y repite lo que por entonces afirmó el Brujo de los Andes:

> "Cuando se ha pasado por Tarapacá y por Huamachuco, no se puede retroceder sin mengua, y no quiero profanar con mis plantas, en ese extraño retroceso, las cenizas de tantas víctimas augustas, ni empañar con una monstruosa deserción, la gloria que he podido conquistar para mi patria en sus desgracias".

Por entonces en el norte el coronel José Mercedes Puga, se declara Jefe Superior Político y Militar de esa zona y desconoce a Iglesias.

El Grito de Montán sorprende a Puga cuando organizaba el batallón Atahualpa del que fue su jefe; desde este momento el empedernido defensor del honor nacional se entrega a una lucha tenaz y sin tregua contra el invasor y sus colaboradores iglesistas, hasta su gloriosa inmolación en aras de su ideal patriótico.

Preparando bases para las futuras operaciones militares en sus haciendas 'La Huaca' y 'Huagal', en contacto frecuente con el general Cáceres, Puga incrementa sus fuerzas organizando montoneras y, al frente de ellas, intenta tomar la ciudad de Cajamarca, siendo rechazado por las fuerzas del coronel Lorenzo Iglesias en noviembre de 1883. Puga se dirige entonces a Huamachuco y Cajabamba que caen en su poder. Poco después consigue derrotar

9. Ver anexos 23 y 24.



al coronel Antay en Llollón en el mismo mes de noviembre de 1883; tres días más tarde logra ocupar la ciudad de Cajamarca. Las correrías de Puga siguen con tenacidad y sin tregua desde fines de 1883 hasta el día de su holocausto. El 1º de marzo de 1884 bate a Lorenzo Iglesias en Achitamalca. Un mes más tarde, el 8 de febrero, sus hombres ingresan a Trujillo y Puga arenga al pueblo; expide un decreto por el cual declara "nulos y sin ningún valor, todos los decretos y resoluciones expedidas por el titulado gobierno regenerador, sin excepción alguna". Mientras tanto, los iglesistas habían recapturado la ciudad de Cajamarca, obligando a Puga a replegarse sobre Cajabamba y Huamachuco, en junio de 1884; luego incursiona sobre Ancash y se posiciona sobre Huaraz. A fines de julio ya está nuevamente en Trujillo desde donde se dirige a Chiclayo, al que captura el 27 de agosto. Para desesperación del régimen de Iglesias, a mediados de 1884, Puga tenía bajo su poder, en nombre del general Cáceres, tres departamentos: Ancash, Lambayeque y La Libertad. También el de Cajamarca a excepción de su capital, contando igualmente con el respaldo de Amazonas, Loreto y Piura; por entonces disponía de una fuerza de tres mil hombres aproximadamente y controlaba una tercera parte del territorio nacional. El incansable montonero no perdía tiempo y, engrosado con nuevos contingentes, continuó sus correrías poniendo asedio al Huamachuco iglesista, hasta ocuparlo; ésta fue su postrer aventura que culminó el 28 de marzo de 1885 en que fue asesinado. El gran patriota y glorioso coronel José Mercedes Puga, rindió pues la vida en esa fecha, cuando a caballo entraba triunfante a la recién capturada población. Meses después, el 21 de agosto de 1885, uno de sus asesinos fue capturado en Huamachuco, él era vecino de la ciudad y por apodo le decían 'Huate'. Durante muchos años había pertenecido a la banda de músicos de esa ciudad y últimamente apoyaba al gobierno de Lima. Un consejo de guerra lo juzgó sumariamente y lo condenó a muerte. El presbítero Polo lo confesó; tomó unos tragos de aguardiente y luego fue fusilado.

El general Cáceres, a fines de 1883, resuelve declarar como sede de su cuartel general a la ciudad de Huancayo, y urge al presidente Montero el envío de las fuerzas de Arequipa,. Al retornar a Huancayo, recibe una carta oficial de Montero, fechado



el 28 de octubre de 1883 a bordo del *Yavarí*, sobre el lago Titicaca, donde le decía que el ejército bajo su mando había defeccionado al imponerse el tratado de Ancón por lo cual había resuelto asilarse en Bolivia. Todas las esperanzas del general rodaron entonces por los suelos. Ahora sí sabía que todo estaba perdido. Pero no por eso deja de pronunciar palabras de rechazo y de condena. Llegado a Huancayo, lanza una proclama memorable a los pueblos de su jurisdicción. En ella manifiesta que

> "sería un crimen sostener el estado de guerra con todos sus horrores y sin ninguna de sus ventajas, sólo por conseguir la satisfacción del amor propio o el predominio de bastardos intereses sobre las ruinas nacionales. Sin embargo, cuando lo que se persigue como principal objetivo es la paz, entonces es una necesidad y un deber patriótico demandarlo con las armas en la mano, y no de rodillas (una paz implorada), con toda la altivez de quien no ha perdido la conciencia de un derecho, ni el amor a su libertad e independencia".

En consecuencia, denuncia a Iglesias por haber olvidado

> "en su obra lamentable el nombre del Perú. Suscribiendo una paz implorada a Chile de rodillas, paz humillante y vergonzosa, que subleva todo sentimiento de indignación, y ante la cual el patriotismo SE ENCUENTRA ESCARNECIDO Y DEGRADADO".

A partir de ese momento arequipeños, cusqueños, apurimeños, ayacuchanos, huancavelicanos, juninenses, retornan a sus comarcas de origen, conscientes de que sin Arequipa no será ya posible reducir a nada la infamante paz de Ancón. La guerra había terminado y los hombres de la breña, con el resto del Perú, se sintieron ya sin el Ejército del Centro, por primera vez vencidos. Esto, hasta que otro émulo del Mariscal de la Breña, desde nuestras altas cumbres andinas, los vuelva a convocar a la batalla por la reivindicación de su honor y dignidad de peruanos. Solo en Canta, el *Canta Nº 1* (18 oficiales y 236 clases y soldados), y el *Canta Nº 2* (20 oficiales y 155 clases y soldados) eran batallones adscritos al "ejército regenerador" de Iglesias, comandados por los 5 hermanos Vento. Mientras tanto, las provincias del departamento de Junín continuaron siendo la atalaya desde donde el general Cáceres oteaba el porvenir.



Por eso, inseguro de su triunfo, Lynch y Novoa representando a Chile e Iglesias y Osma, que era su primer ministro, enviaron a Huancayo, donde estaba el cuartel general del general Cáceres, a Diego Amstrong, secretario de Lynch, para pedir aclaración sobre su futura actitud. Amstrong que viajó protegido por un regimiento al mando del coronel José Antonio Gutiérrez, llegó a Huancayo el 19 de junio de 1884. Al entrevistarse con el general Cáceres, le pidió que reconozca al gobierno de Iglesias. El jefe de la resistencia le respondió:

> "Ante todo, desconozco el derecho con que el señor Lynch toma parte en nuestros asuntos internos. Que no puedo aceptar el gobierno de Iglesias, impuesto por las bayonetas chilenas; y representando yo la opinión general del país, continuaré luchando hasta conseguir que el Perú tenga un gobierno elegido por libre voluntad de los pueblos. El gobierno chileno ha conseguido todo lo que ha querido; ahora debe retirar sus tropas para dejar libre el Perú, a no ser que pretenda dominarlo por la fuerza, lo cual no conseguirá, salvo el caso de convertir al país en un cementerio, PUES MIENTRAS ME QUEDE UN HOMBRE CON UN REJON, FLAMEARA EN ALGUNA PUNA EL PABELLON NACIONAL Y CONTINUARE LUCHANDO".

El historiador Alberto Tauro del Pino, dice:

> "En ese momento debió aparecer enhiesto y fogoso. Y se intuye que su pensamiento efectuó una rápida evaluación de la coyuntura: pues su disciplina de soldado le incitaba a considerar el Tratado como una tregua, cuya duración estaba fijada por los diez años de cautiverio que sufrirían las provincias de Tacna y Arica; y a planear sus trabajos futuros para preparar el país, hasta ponerlo en condiciones de exigir el respeto de ese plazo o sortear las contingencias que impusiese su incumplimiento. El incansable organizador de la resistencia sería desde entonces el gobernante que enderezaría al país hacia la integración de su territorio desgarrado. Y, en consecuencia, el héroe no bajó la guardia. Aplicó su voluntad ordenadora en el esfuerzo por superar los efectos del desconcierto y rehabilitar la administración pública. Cumplió las más ásperas tareas. Y su mente



previsora oteaba ya las luces del día en el cual se venciese aquel plazo y nuevamente se le requiriese para defender el suelo de la patria, cuando una extraña conjuración exigió su apartamiento de la escena pública. Tal vez fue aquel su momento más amargo. Pero ningún héroe se yergue contra su propio pueblo. Y prefirió el retiro y la distancia para confiar al tiempo los perfiles consagratorios de la gesta que había protagonizado."

Según una nota aparecida en *El Comercio* de Lima el 8 de julio de 1884, el general Cáceres y el coronel Ignacio de Osma, ministro de gobierno de Iglesias, intercambiaron notas en la fecha, en la que el general Cáceres exigia al gobierno, obligar a los chilenos a que se retiren del país, pues hasta entonces no lo había hecho. A Iglesias le interesaba que no se fueran para escudarse en ellos ante el repudio popular, sin escrúpulos de la ignominiosa ocupación.

El Dr. Vicente Ugarte del Pino dice del general Cáceres, en esta etapa de su gloria:

"... depurado por el peligro y el desempeño, buscó en sus propias reservas morales acervos de abnegada austeridad. Y cuando se ha aprendido a sufrir, se sabe servir. Y en el ánimo del servicio estuvo el secreto de su victoria. Arrojado a la intemperie, azotado por los vientos de los Andes y el Pacífico, ya teñido de color laurel por la tragedia de Angamos, Cáceres supo convertir a la Breña en un refugio claro de la nacionalidad en cuyas rocas se unieron el servicio con el honor. La patria le tiene a él y a sus compañeros una deuda..."

Entre quienes personificaban su adhesión, una vez terminada la contienda, figura el capitán concepcionino José Miguel Pérez quien, al año siguiente, el 27 de agosto de 1884, rendiría la vida en la calle La Riva, de Lima, por la causa de su general. El general Cáceres se refirió a él, póstumamente, como "mi antiguo ayudante y leal amigo". Sus restos reposan en el Cuartel San Lucas, D-31 del cementerio general Presbítero Maestro. Otro distinguido concepcionino, el capitán Benjamín Ugarte, ex abanderado del glorioso batallón *Concepción Nº 27*[10], el 1º de mayo de 1885, tomó

10. Ver anexo 25.



nuevamente a ser nombrado oficial de órdenes del general Cáceres, cuando éste ocupaba la presidencia de la república. Valga agregar de Ugarte que, ya con el grado de coronel, fue el jefe de línea durante la inauguración del monumento a Bolognesi, el 5 de noviembre de 1905. En aquella oportunidad le tocó transferir simbólicamente a su alto cargo de comandante general del ejército, al general argentino Roque Sáenz Peña, héroe del Morro de Arica. En sus MEMORIAS el general Cáceres rinde un cálido homenaje de gratitud a los hombres de la breña

> "que sostuvieron hasta el fin de la resistencia, culminando tantas abnegaciones y virtudes que honran al Perú. Dejando a las generaciones venideras ejemplos que imitar".

Finalmente expresa, desde el fondo de su alma

> "un sentido reconocimiento a todos y a cada uno de los pueblos de la región del centro y a los del sur, que se sumaron a ellos, y que no escatimaron ni su oportuna ayuda, ni su propio sacrificio, a los defensores de la patria".

Y reitera admonitivamente:

> "CUANTO HUBIERAN PODIDO ALCANZAR NUESTROS SOLDADOS Y LOS GUERRILLEROS SI LA DESUNION DE LOS PERUANOS Y LA NINGUNA VOLUNTAD DE SUS DIRIGENTES DE PROSEGUIR LA RESISTENCIA ARMADA NO HUBIERA HECHO DESASTROSA CRISIS EN AQUELLOS TRANCES TERRIBLES Y DECISIVOS".

El 30 de junio de 1951, al inaugurarse el monumento erigido en el parque del distrito de Jesús María en homenaje a la gloria del mariscal Andrés Avelino Cáceres, el general Zenón Noriega, ministro de guerra, pronunció un histórico discurso, del cual transcribimos algunos pasajes elocuentes, dijo:

> "Humeantes estaban el escombro de las ruinas de los campos de San Juan y Miraflores, cuando Cáceres llegaba a las puertas de Lima. Reconocido por sus oficiales, se le acercaron e interrogaron sobre lo que han de hacer en tan álgidas circunstancias... y es a partir de aquel instante crucial de su vida, que Cáceres se transfigura y desaparece del escenario de la costa para internarse en el laberinto de la sierra. Llega a Jauja y ante el asombro que sus palabras causan, cuando declara que: "La guerra no ha terminado, ni se ha perdido", un puñado de valientes le aclama y



designa jefe de la resistencia; organiza en seguida, con este brillante núcleo de patriotas, el Ejército del Centro..."

"En último análisis, la personalidad del gran soldado frente a la encrucijada del destino, se trasunta hasta convertirse en expresión étnica y geográfica. Crece a lo largo de los Andes y a lo ancho de la costa y de la selva. Tiene por nervio la cordillera; por sangre los torrentes; por cerebro el acervo secular de nuestra historia; por divisa, el orgullo de una estirpe; diríase que el Perú entero se yergue y sintetiza en una naturaleza bravía, que vuelca sus consecuencias vitales en el crisol de sus entrañas volcánicas y, con la sabia candente, modela la figura ciclópea de Cáceres, hecha de luz, de fuego, de patriotismo, de amor y esperanza. ¿Por qué había de asombrarnos, el que Cáceres obrara como un iluminado si su personalidad en el curso de los hechos históricos, añadía una fuerza extraña a su propio desenvolvimiento...?

"Cuando parece perseguido y derrotado, ofrece resistencia y resulta vencedor en Pucará y Marcavalle, y reaparece nuevamente vencedor en Acuchimay. Vuelto a la contraofensiva es vencedor absoluto en Marcavalle, Segundo de Pucará, Concepción, y arroja al invasor del corazón de la república hasta la costa".

"Encerrado en el Callejón de Huaylas, surge inalcanzable en el paso de Llanganuco. Su rapidez y astucia impiden fijarlo. Un día está en Tarma, otro en Chicla; de Jauja pasa a Cerro de Pasco; de Concepción a Huarochirí, de Canta a Chosica. Conocedor profundo del arte de la guerra, sabe que la victoria pertenece a los ejércitos que maniobran. Poniendo en juego todos sus recursos: audacia, energía, arrojo, imaginación y ardid, realiza el flanqueo sorpresivo en Huaripampa. Ejecuta las maniobras más inverosímiles con un ejército fantasma, conservando la disciplina; venciendo después de ser vencido; utilizando los elementos propios y sacando el mejor partido del gran soldado peruano y de sus oficiales valientes y abnegados".

"Con plena conciencia debemos declarar que nos asombra la organización de sus guerrilleros, sus marchas y retiradas; los que no se conciben sino con una audacia y



fortaleza superior. Los innumerables encuentros, escaramuzas, combates y batallas en que siempre toma la iniciativa, deslumbra a profesionales y profanos con ese modelo de ejecución que ofrece la campaña legendaria de la Breña, por su movilidad y disciplina, atravesando ríos, desiertos, páramos, cumbres nevadas, descalzos y sin abrigo, sufriendo estoicamente padecimientos incruentos, para dejar estampada sobre el plinto de la inmortalidad, las batallas de Tarapacá, Pucará, Marcavalle, Concepción, Huamachuco y tantos otros en un rosario interminable de epopeyas".

"El recuento de estas hazañas llenaría las páginas de un libro que aún no se ha escrito. El interés nacional exige divulgar frecuentemente el conocimiento de este legendario personaje, cuya vida gloriosa cubre setenta años de nuestra historia y de cuya actuación militar y cívica se derivan las más sabias enseñanzas, que no deben quedar inéditas".

"El 10 de noviembre de 1923, el ilustre soldado de la Breña, mirando meditativamente en Ancón las tranquilas aguas del océano, tan vasto como su gloria, dormía el sueño eterno para despertar lustros más tarde, sobre esta mole de granito que sintetiza el macizo de los Andes. En adelante sus labios de carne convertidos en labios de bronce, desde el pináculo de su gloria, saludará a las generaciones venideras y su palabra admonitiva les dirá:

"¡Compatriotas!", nada de divergencias, ni de apostasías cuando se trata de la patria. Deponed con noble entereza la emulación que pudiera perturbar la unión y espíritu de cuerpo, si no queréis ser débiles y vulnerables".

"¡Soldados!: hijos de mis constantes anhelos, que sin ambiciones me seguisteis por estrechas quebradas o por escarpadas cimas, en nombre de la patria os digo, desde el umbral de lo eterno, que vuestros sufrimientos velen por vuestras esperanzas".

"LA GUERRA LE FUE PROPICIA PARA EXALTAR SU GENIO MILITAR Y SU AMOR AL PERU. TUVO POR ESCUELA EL CUARTEL; Y POR HOGAR EL VIVAC. SU VIDA FUE UNA ARENGA Y EL INFORTUNIO EL ACICATE DE SU GRANDEZA. LA



ADVERSIDAD TEMPLO SU ALMA Y ENDURECIO SU CUERPO, COMO FORTALECE AL ROBLE LA LUCHA CON LAS TEMPESTADES. GUERRERO DESDE LA CUNA, NO VACILO FRENTE AL PELIGRO Y, AL IGUAL QUE UN ESPARTANO, NO PREGUNTO NUNCA CUANTOS ERAN, SINO DONDE ESTABAN".

5. HERIDAS QUE DEJO LA GUERRA

El Congreso, reunido en Arequipa, en 1883, expidió una Ley en cuyo primer artículo autorizaba al gobierno a abrir negociaciones de paz con Chile, pero sin comprometer en ningún caso la integridad territorial. En los comentarios previos a los considerandos de la ley, decía la comisión:

> "La presente guerra ha creado rencores tan profundos en los beligerantes, que no serán parte a extinguir los sagaces esfuerzos de la diplomacia. Chile ha sido tan cruel en la guerra con el Perú, ha violado con tal escarnio las leyes del derecho de gentes, ha manifestado tal saña, tal encarnizamiento contra nosotros, ha ejercido con tal crueldad las hostilidades marítimas y terrestres contra poblaciones indefensas y ciudades inermes, que no será posible en muchos años llegar a una conciliación sincera. Un abismo de sangre y de odio tiene que separarnos de esa nación cruel que no ha respetado ni los principios de humanidad, ni los preceptos de la moral universal, ni los principios de los derechos de gentes, ni las máximas con que la civilización cristiana ha querido suavizar las calamidades de la guerra. La tranquilidad futura del país y las conveniencias políticas de los aliados aconsejan que vivamos lejos de Chile; de otro modo la paz con cesión territorial sería en un porvenir no muy lejano el germen de frecuentes discordias, de nuevos y tal vez más graves conflictos".[11]

En 1925 con motivo del injusto Laudo Arbitral de Estados Unidos de N.A., sancionado por esa nación, en ambas cámaras de Congreso tuvo lugar debates acusatorios y de resentimiento, así como de dolor incontenible por el injusto proceder de ese país, del que se esperaba un fallo que hiciera honor a la justicia. Durante

11. Este documento fue publicado en *El Tiempo*, en agosto de 1886.



los debates en ambas cámaras se protagonizaron intervenciones muy emotivas, salpicadas de lágrimas. Transcribimos la del diputado por Pisco, doctor Pérez de Figuerola,[12] que dice:

"A nosotros nos ha tocado liquidar los infortunios nacionales que creó una guerra a la que fuimos arrastrados por el odio y la ambición chilena; nuestras madres que en las noches pavorosas y cuando sonaba lúgubre y espantable sobre el pavés de la engreída capital de los virreyes, los cascos arrogantes de la soldadesca invasora, no temblaban por el peligro de sus hogares; por la pureza inmaculada de sus senos benditos; sino temblaban por la desesperación de no haber concebido más hijos para el sacrificio y para el holocausto. Pertenezco a una generación para la cual la vida ha sido muy ingrata. Nuestra cuna fue salpicada de sangre; al mecernos en sus brazos nuestras madres, en lugar de sonrisas nos prodigaban suaves pero dolidas contracciones de sus labios, y nuestros sueños infantiles, no oyeron otro cantar que el concierto de sus suspiros. Nosotros, después de una niñez sin precedentes, tampoco hemos tenido infancia porque las horas de juegos tuvieron que consagrarse al trabajo prematuro que la orfandad de los hogares imponía; más tarde, los horrores y las responsabilidades sobre las que no queremos piadosamente abrir proceso en esta hora, nos cerraron la amplia senda de un presente venturoso. Pero por eso mismo el sentido del honor nacional es un mandato tan arraigado, que tan hondamente nos exalta, que podemos gritar y proclamar que puede descontarse cualquier emergencia al porvenir, pero mantener incólume ese supremo bien del honor del país que si ayer se engendró con sacrificio, con otro sacrificio subsistirá mañana. El sacrificio, de nuestros antepasados es el mandato imperativo de defender e integrar lo nuestro".

El general Cáceres después de haber cumplido gloriosamente su faena por el Perú, durante su magnífico primer gobierno expresó:

12. Publicado en *La Crónica* del 14 de marzo de 1925.



> "Intencionalmente me abstengo de ocuparme, pormenorizadamente de mi labor al frente de la primera magistratura de la república. Espero que la historia de mi país lo juzgue, *sine era et studio*. Pero sí tengo para mí, y lo espero muy en alto, la satisfacción íntegra de no haber tenido en mi vida política y militar, otro norte y otro derrotero que el bien y la grandeza de mi patria" (Basadre).

Y, finalmente, en cuanto a la previsión de la defensa nacional, no olvidemos lo que dice el historiador Carlos Dellepiane:

> "Toda nación que no cree en el sagrado deber de su propia defensa no merece formar en las filas de las demás naciones libres y, más pronto de lo que espera, encontrará la humillante derrota en sus propios campos, que verá llenos de soldados enemigos".

6. OCUPACION CHILENA DE AREQUIPA

El comando chileno antes de la firma del tratado de Ancón, dispuso que las fuerzas acantonadas en Tacna, a órdenes de Velásquez, avanzaran sobre Moquegua para unirse allí a las tropas de del Canto, embarcadas en el Callao con destino a Ilo. La unión de dichas fuerzas se produjo en los primeros días de octubre. Ya juntas abrieron campaña contra el poderoso ejército del sur. Del Canto estaba acostumbrado a batirse contra ejércitos improvisados y mal armados, pero hábilmente dirigidos. Ahora le toca medir sus fuerzas con un ejército de línea cuyo armamento y efectivos, si no superaba, al menos igualaba a los de de sus veteranas tropas. En efecto, más de 4,000 soldados perfectamente entrenados, bien armados, mejor municionados y magníficamente equipados; organizados en 8 batallones de infantería, 2 escuadrones de caballería y 2 baterías de artillería, con 4 flamantes cañones Krupp cada uno; y con una reserva de 7 batallones de guardias nacionales y 2 escuadrones más de caballería, que durante todo el curso de la guerra se pasaron cómodamente acuartelados en la hermosa ciudad blanca, eran en verdad una carta decisiva en la definición de la lucha contra los invasores; pero faltaba allí un general Cáceres. Se imponía, pues, la necesidad de derrotar o de rendir aquel ejército para que Chile pudiera saborear confiadamente el fruto de sus victorias. El comando



chileno encomendó tan delicada misión al mejor de sus jefes, el coronel Estanislao del Canto; el comando peruano encomendó al coronel César Canevaro la jefatura del ejército; pronto se evidenció lo desacertado que fue dicha elección por parte de Montero. Los chilenos (8 batallones de infantería, 6 escuadrones de caballería y 11 cañones Krupp de Montaña), se desplazaron cautelosamente hasta Torata y, después, menos cautelosamente hasta Omate. Deberían estar sorprendidos de la ninguna oposición en tan larga, difícil y peligrosa ruta. No sabían que cuando pasaron Coalaque, camino de Puquina, las fuerzas peruanas no bastaban para distribuirse en los atrincheramientos naturales de Huasacachi y de Jamata donde esperaban cortarles el paso. Tampoco sabían, ni falta que les hacía, que entre Belizario Suárez, jefe de E.M., y César Canevaro, el comandante en jefe, habían surgido serias discrepancias, cuya dirimencia, por parte de Montero, representó la pérdida de un valioso tiempo. El aguarnicionamiento de las defensas debió quedar terminado el 16 de octubre. Pero llegó el 22 y todavía faltaba por cubrir satisfactoriamente buena parte del dispositivo defensivo. Justamente por allí, el ojo experto de del Canto, pudo advertir el talón de Aquiles de las defensas de Huasacachi, realizando la noche de aquel 22 de octubre la magistral maniobra que las neutralizó, obligando la retirada de nuestras tropas al paso de Chacahuallo, cerca de Puquina, desde donde por orden de Montero contramarcharon a Arequipa. Grande fue entonces el desconcierto en la blanca ciudad. Los arequipeños no se pusieron entonces a la altura de su viril y centenaria fama. Su ayuntamiento exigió a Montero que no se combatiera en las calles de la ciudad. No pudiendo combatir en Huasacachi y después en Chacahuallo, la ciudadanía no quería entender por qué el ejército tenía que convertir la bella urbe en campo de batalla. Y no le faltaba razón, por eso es que el general Cáceres, refiriéndose a Montero, diga que: "sus vacilantes disposiciones de última hora resultaron inútiles y contraproducentes", hecho que fue la verdadera causa del desastre y que hizo grave daño a Arequipa. Lo grave del caso es que la guardia nacional se adhirió en pleno a la exigencia municipal; se amotinó y sublevó el pueblo contra el gobierno, terminando por desertar masivamente. De nada valieron las exhortaciones de Pedro Alejandro del Solar, dirigida a sus paisanos:



"Vosotros que habéis sabido hacer prodigios en nuestras guerras intestinas, no podéis hacer menos cuando un enemigo extranjero os insulta e intenta arrebataros con vuestra fortuna, el honor y la existencia."

Algo más, la mayoría de los patriotas arequipeños alzaron su voz para pedir al pueblo que luchara hasta el fin. He aquí esos gritos valientes; publicados el 29 de mayo de 1882:

"Queremos quemar el último cartucho arequipeños:

"La hora de la prueba ha llegado para nosotros.

"Los bárbaros enemigos de la patria que han jurado nuestra ruina, golpean atrevidos las puertas de la heroica Arequipa, de la ciudad de los guerreros y de los mártires.

"¿Qué haríamos nosotros en tan supremo momento?

"Contestémosles preparándonos a la pelea, para no desmentir nuestro hermoso pasado. Nuestros padres nos dejaron una preciosa herencia: ¡valor!. Ellos nos dejaron ejemplos de morir por la patria.

Sí, valientes arequipeños. No permitamos que el vil chileno pise un palmo de nuestra tierra santa. Levantémonos como leones, como otras veces y arrojémoslos a balazos.

"Si el número y los elementos nos vence, hagámosles pagar con cien chilenos la vida de un arequipeño.

"Que tomen Arequipa; pero cuando no haya brazos que la defiendan, y cuando en cada calle se encumbre un lago de sangre y un promontorio de cadáveres enemigos.

"Nuestra madre Arequipa no puede ser violada, no puede ser atemorizada.

"El pueblo muere, pero no besa las cadenas.

"Nacionales invencibles de Arequipa: la gloria o el martirio.

"Orgullosos y bravos arequipeños: ¡a tomar las armas!; ¡a formar en la Guardia Nacional!. Entusiasmo y subordinación, y el porvenir será grande.

"¡A las armas!

Arequipa, mayo 29 de 1882".

PAM. t. VI1, pp 110".

Otra exaltación patriótica para la defensa de Arequipa, en la Editorial de *La Bolsa* del 10 de junio de 1882.

"Siendo el último baluarte de nuestra desgraciada patria Arequipa, precisamente Chile pretenderá vencerlo para



consumar la conquista. Ved pues arequipeños que en nuestras manos está el salvar o hundir a la nación peruana; luego pues, si nuestra patria exige de nosotros el gran sacrificio de derramar nuestra sangre por lograr la magna obra de que seamos libres, no nos arredremos para pelear la gran batalla y vencer para nuestra regeneración.

Al vencer rompamos las cadenas que nos están poniendo los infames chilenos; como vencedores, seremos fuertes y poderosos, para hacerle sentir a Chile las amarguras que él pretende hacernos experimentar.

¡Guerra sin tregua! y el nombre de Arequipa resonará en todo el mundo".

PAM.t.VII; pp.157.

Qué buenas intenciones las de los patriotas del lugar, y lo hacían sólo un día antes del pronunciamiento igualmente patriótico de las arequipeñas.

Cabe preguntarse, ¿qué pasó con la Guardia Nacional formada toda por hijos de la ciudad viril? El general Cáceres dice refiriéndose a Montero, Jefe Supremo de esas fuerzas: "sus vacilantes disposiciones de última hora resultaron inútiles y contraproducentes". Allí se necesitaba un jefe de carácter como el general Cáceres o el comandante Ambrosio Salazar.

Tampoco Canevaro y el mismo Montero tuvieron éxito al aplicar lo que este último llamó "medidas de persuasión y de prudencia". Hasta recibieron descargas cerradas por la espalda, causando no pocas víctimas. Entretanto, el ejército, que a marchas forzadas se dirigían a la ciudad, comprobando sus primeras unidades el desbande de las reservas y la furiosa algarada popular, terminó por "relajar su disciplina y perder su moral, desbandándose en medio de la mayor confusión". Todavía el 25 de octubre Montero intenta "trasladar el ejército y material de guerra al interior del país, para aprovecharlo con éxito", pero era ya demasiado tarde. La rebelión popular, donde no poca parte tuvieron los agentes iglesistas, había llegado demasiado lejos.

Los notables de Arequipa se declararon partidarios del gobierno de Iglesias y arengaron al pueblo para que claudicara apoyando la paz y patrocinaron la firma de una acta aceptando el gobierno de Iglesias



"para contribuir a que se ponga término a las calamidades que pesan sobre la república por consecuencia de la guerra; y que no habiendo omitido Arequipa ningún sacrificio en la cuestión internacional, debe por patriotismo propender hoy a la paz. Reconociendo por tanto, el gobierno del general Iglesias y aceptando sus actos con lealtad".

Los patrocinadores de la firma del acta eran, entre otros, Manuel A. Belaunde, Manuel E. Piérola ... Quizá influyó en ellos la cobarde proclama que envió Iglesias a Arequipa el 23 de octubre, publicada por *El Comercio* de Lima el 28 del mismo mes, y que decía:

> "Arequipeños, No quiere el Perú, yo no quiero, que se derrame una gota de sangre en aras de una defensa imposible, de una obsesión criminal. La resistencia de Arequipa por mucho que sea notoria la bravura heroica de sus hijos, nada salvaría esta vez, ni siquiera el honor de Bolognesi, porque contra un puñado de valientes van a luchar irresistibles el número, los recursos y el infortunio".

En esta acta, los notables de Arequipa suscribieron la siguiente declaración:

> "El señor alcalde se ha visto en la precisión de tomar el gobierno de la ciudad de Arequipa y junto con sus colegas de la municipalidad y notables, pone la ciudad de Arequipa a disposición del señor comandante en jefe del ejército chileno ... Adhiriéndose a la causa de la paz por creer imposible toda resistencia".

Un arequipeño, el corresponsal de *El Comercio* de Lima, el 17 de noviembre, da cuenta cómo aquel día los revoltosos rodeaban el batallón *Raygada* en la estación del ferrocarril, obligándolo a que "vitoreara al pueblo", y que en seguida se apoderaron de los trenes "que contenían armamento"; que "por todas partes se veían paisanos armados" (Montero entregó a dicho paisanaje las armas que negó a Cáceres); que "los batallones de línea entraban uno tras otro en el mayor desorden"; y que "el pueblo hizo fuego sobre las tropas que se desbandó en el camino" (las armas en manos del pueblo servían ahora para disparar sobre los soldados peruanos, mientras al invasor se le abría las puertas de Arequipa); y que Montero fue perseguido hasta las afueras de la población; y que su "escolta lo abandonó"; que pudo huir sólo con "Canevaro,



Soyer y algunos más"; y que "hasta ahora se ignora el número exacto de muertos, pero que se puede estimar en 40 ó 50"; y que "el pueblo quedó dueño absoluto de Arequipa hasta el 29 a las 11 p.m. en que entraron los chilenos". Evidentemente la lucha entre peruanos estaba encaminada a facilitar el triunfo del enemigo que acampaba a escasos 30 kms. de la blanca ciudad. Sangre de peruanos, por acción de otros peruanos, teñía de rojo el adoquinado y el sillar arequipeño. Como en Cajamarca, en Arequipa triunfaba, a la vista del enemigo, el pierolismo y el iglesismo. El 26 de octubre Montero abandona furtivamente la ciudad. Disfrazado cabalgó hasta Chiguata, donde abordó el tren a Puno. Al saberlo el concejo provincial nomina una delegación para que negocie con los chilenos la entrada a la ciudad. Las conversaciones, a sugerencia chilena, se llevaron a cabo en Paucarpata el 29 a primera hora. Al finalizar la mañana de ese día, los escuadrones de caballería chilena al mando del comandante Vargas ingresan pacíficamente a la ciudad. Otra es, sin embargo, la versión del corresponsal de *El Comercio* de Lima del 29 de octubre de 1883 (edición extraordinaria) sobre la rendición de Arequipa. Según él, las tropas chilenas hicieron un alto en Pocsi antes de proseguir la marcha sobre la ciudad. Allí los alcanzaron los comisionados del cuerpo consular y los miembros de la delegación municipal, para manifestar que Arequipa no opondría resistencia alguna a las fuerzas chilenas; que estas podrían ocuparla pacíficamente y que la guardia nacional de la localidad se había pronunciado por Iglesias. En verdad, la tierra de tantos patriotas, como el gran presidente Francisco García Calderón y el coronel Isaac Recavarren, que hicieron y son parte de la gloriosa historia de la bella Arequipa que siempre admiramos, no merecía tal baldón.

Sin embargo, no todo fue negativo para Arequipa entonces; las damas del lugar en gesto que les honra ante la posteridad, tomaron la posta significante de la ancestral virilidad arequipeña, al pedir al contralmirante Montero, autorización para luchar contra el invasor:

> "Las suscritas hijas del pueblo heroico de Arequipa. Ante V.S., nos presentamos a decir, que hasta hoy se ha creído erróneamente que la misión de la mujer debe limitarse a las pocas tareas que le permiten su debilidad, y que no se ha tenido en cuenta que el corazón, que abrasa en el amor de



la patria, no importa que esté encerrado en un cuerpo de una mujer, cuando él sólo basta para operar los mejores prodigios en el heroísmo. Las que hemos tenido la dicha envidiable de nacer en las faldas del Misti, jamás hemos tenido en nuestra alma el abatimiento y la pequeñez. Los arequipeños han sido en todas las épocas grandes: su nombre ha brillado glorioso en los fastos de la historia".

"Deseamos que nos autorice para marchar al combate a auxiliar a nuestros defensores, a comunicarles entusiasmo mientras peleen, y a tomar sus armas para utilizarlas cuando caigan denodadamente pronunciando la sublime frase de : ¡gloria Arequipa!"

"No temáis, señor, que no cumplamos esta sagrada promesa; dejad que mezclemos nuestra sangre con las de los seres más amados de nuestro corazón; dejadnos morir, en fin, por esa patria tan querida como desgraciada. Permitidnos morir mártires junto al altar de la patria. Y para conseguirlo a vos recurrimos..."

En verdad, es un privilegio recoger en estas páginas, a los cien años de ese grito viril, la voz altiva y valiente de esas heroínas. Ellas hicieron lo que no sintieron ni comprendieron algunos arequipeños de entonces, y salvaron el honor de la gloriosa y bella Arequipa. Consignamos con especial admiración y gratitud, los nombres gloriosos de algunas de las numerosas firmantes: María I. de Salazar, Margarita Arca, Sebastiana Allo, Beatriz Arca, María Huerta, Julia Cáceres, Luisa Uría, Agueda Pino, María Isabel Herrera, Inés Retamoso, María Figueroa, Micaela Zegarra, Candelaria Morante, Clara Díaz, Josefa Retamoso, María R. de la Torre, Toribia Luna, Delfina Alcázar...[13]

El Comando Supremo acepta petición de arequipeñas.

"Jefatura Superior Política y Militar.
Arequipa, 1 de junio de 1882.

Siendo altamente patriótico el fin que se proponen las recurrentes y de suma utilidad y conveniencia en un caso dado, los importantes y abnegados servicios que ofrecen

13. De la colección Ahumada Moreno.



prestar en la defensa de la patria, acéptese desde luego la presente solicitud, y pase al Sr. Prefecto del departamento para que disponga que la Subprefectura del cercado anote los nombres de las recurrentes y, además, el de las que se presenten en lo posterior con idéntico propósito, a fin de que esta prefectura determine lo conveniente en su oportunidad.

Regístrese.- Carrillo.
V.R.Benavides.- Secretario.
PAH. VII, pp.111."

Creemos que a pesar de la pesadilla sufrida entonces por la falta de carácter y don de mando de Montero, Arequipa, por sus buenos hijos, siguió siendo gloriosa. Lo sucedido con los guardias nacionales y algunas autoridades se debió en gran parte a "las vacilantes disposiciones de última hora de Montero que resultaron inútiles y contraproducentes", como afirma en sus memorias el general Cáceres. Recordemos que sucedía todo esto en Arequipa en las postrimerías de la guerra, pero que durante toda la contienda, los arequipeños pelearon en todos los lejanos campos de batalla del territorio. Así los *Guardias de Arequipa* y los *Cazadores del Misti*, pelearon y se distinguieron en la Campaña del Sur. El *Paucarpata* arequipeño con el *Libertad* chiclayano-lambayecano y el *Concepción* juninense, pelearon gloriosamente en el reducto 2 de Miraflores, al mando del coronel Cáceres, en la más brillante acción de la batalla que arrebató varios cañones a la División Barceló.

El arequipeño coronel Isaac Recavarren Flores pone su espada a disposición de Montero, pidiendo ir a combatir en la breña al lado del general Cáceres; habiéndole negado todo apoyo y ayuda, parte por su propia cuenta y riesgo después de haber organizado una columna con voluntarios arequipeños que, según el historiador general Carlos Dellepiane, alcanzó a 900 hombres, el mismo que fue incrementado con jefes y oficiales del lugar y los que encontró en el trayecto. Su armamento consistía en 200 carabinas y un cañón fundido en la maestranza del ferrocarril de la ciudad por el patriota doctor Morales Alpaca. La columna llegó a Tarma en marzo de 1883, continuando su marcha a Canta,



donde se encontraba el general Cáceres a cuyas órdenes se puso. Allí se proyecta la formación de un destacamento bajo su mando para marchar a Huaraz a fin de controlar la acción de Iglesias y servir de base a futuras operaciones sobre Cajamarca. Parte pues de Canta por la vertiente occidental de los Andes al lugar señalado, mientras el general Cáceres saliendo de Tarma lo alcanzará en Huaraz, A la llegada del Ejército del Norte a este lugar se le une el Destacamento y avanzan a Huamachuco a través del Llanganuco en esa dolorosa campaña del sacrificio.

Así pues los gloriosos voluntarios arequipeños, pelearon también en Huamachuco al mando del coronel Recavarren, ofreciendo su holocausto a la patria en las pendientes del Sasón, representando dignamente la ancestral virilidad y valentía del glorioso pueblo arequipeño.

Y así llegamos a la famosa carta de Montero, enviada al general Cáceres y suscrita en el Titicaca cuando navegaba rumbo a Bolivia, en la cual pretende cohonestar su "abandono del puesto en los momentos de peligro". La historia ciertamente no podrá disculparlo por no haber apuntalado la Campaña de la Breña y, por tanto, de su tremenda responsabilidad por la miserable disolución de una fuerza combativa que, en manos del general Cáceres, habría cambiado el curso de la guerra. Con todo, vale su tardío reconocimiento de lo que el general Cáceres, y no él, representó en nuestros gloriosos fastos históricos:

> "V.E. que ha sabido colocarse a gran altura, defendiendo sin descanso la independencia de la patria, es el llamado a organizarla, oponiéndose a las miras del conquistador. Hago fervientes votos porque V.E. salve a nuestra patria y glorifique su nombre".

Pasada la guerra, llega a Arequipa el general Cáceres, el 1º de octubre de 1884; el pueblo le ofrece un apoteósico recibimiento. En sus memorias, refiere así el homenaje que le ofrecieron:

> "Dirigíme a la ciudad del Misti, cuyos habitantes me esperaban ansiosamente. Una comisión de recepción habíase adelantado hasta la Pampa de Arrieros, en compañía de la cual tomé el tren; y hacia las dos de la tarde del 1º de octubre, ingresamos a la ciudad, en medio de gran entusiasmo popular. Los principales vecinos, encabezados por



el alcalde, señor Manuel de La Fuente, diéronme la bienvenida en la estación del ferrocarril. El señor Francisco Oviedo me saludó con un emocionante discurso, en nombre del Club Patriótico. Al dejar la estación fui conducido en hombros buen trecho. En la calle La Merced, habíase levantado un arco, al pie del cual una niñita, apellidada La Torre, me alcanzó un ramillete de flores y una tarjeta de oro, en nombre del Club 'Cáceres'. Las pocas tropas organizadas, formaban a lo largo de dicha calle, al mando del coronel La Torre, y las familias desde los balcones y ventanas de sus casas me aplaudían y arrojaban flores. Al ingresar a la catedral pusiéronme bajo palio. Entre los muchos obsequios que recibí en aquel fausto día, recuerdo muy gratamente el de la viuda del mariscal San Román, consistente en la banda y la faja de su finado esposo, y que puso en mis manos el señor Francisco Ballón en una corona de laureles, trabajado en plata con las hojas de oro, y una medalla del mismo metal con el escudo de armas de la república. Concluida la recepción me alojé en la casa del señor Luis Meza, donde fui gentilmente atendido".

La recepción que refiere el general Cáceres no fue la única; hubo otras con las que el pueblo arequipeño le reiteró su admiración y gratitud por la gloriosa resistencia que ofreció al invasor durante tres años. Según una extensa y detallada crónica publicada por *El Comercio* de Lima, el 22 de octubre de 1884, las damas de Arequipa hicieron historia una vez más, ofreciendo un apoteósico homenaje al paladín de la resistencia nacional; durante la masiva actuación llena de discursos y expresiones emotivas, una dama le ofreció un extenso poema del que transcribimos el siguiente verso:

"El mirto es el símbolo de la gloria:
La merecéis vos, que no habéis doblegado
La frente ante el enemigo".



7. LOS CHILENOS SE RETIRAN DEL PERU

Tres días después del tratado de Ancón los chilenos se retiraron de Lima, siendo reemplazados por las tropas de Iglesias. Pero aquello fue solo un desplazamiento a corta distancia, pues se acuartelaron en los balnearios del sur de la capital desde donde se mantuvieron vigilantes. La sola presencia del general Cáceres en el departamento de Junín, donde la guerra había dejado huellas profundas y lacerantes, así lo exigía. En cambio en el sur, la presencia de Montero y de todos los bolivianos en la otra margen del Titicaca nada significaron para Chile.Un destacamento realizó por tren una excursión a Puno, el 4 de noviembre, posesionándose de la ciudad sin disparar un solo tiro. Días después retorna a la Ciudad Blanca sin ninguna novedad. Por fin el 21 de julio de 1884, los chilenos evacuan Arequipa, igualmente sin novedad. Finalmente la desocupación gradual del territorio, con excepción de Tacna, se consumó en los primeros días de agosto de 1884. Aglomerándose entonces en los espigones de Chorrillos, o de Ilo, se embarcaron hacia su país, los últimos de quienes no respetaron

> "ni los principios de humanidad, ni los preceptos de la moral universal, ni las prescripciones del derecho de gentes, ni las máximas con que la civilización cristiana ha querido suavizar las calamidades de la guerra".

8. ACCION FINAL DEL TRASLADO A LA CRIPTA DE LOS HEROES

El 3 de junio de 1890, el Presidente de la República, general Andrés A. Cáceres, expidió un decreto disponiendo la formación de dos comisiones especiales, que deberían viajar al sur y al norte, para conducir a Lima los restos de los combatientes peruanos caídos durante la guerra con Chile en las acciones de Angamos, Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Tacna, Arica y Huamachuco. Entre tanto se construía en el cementerio de Lima para recibir las invalorables reliquias, la hermosa Cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico.



La cañonera *Lima* navegó al sur llevando a la siguiente comitiva: coronel Manuel C. de la Torre, capitán de navío Melitón Carbajal, sargento mayor Enrique Lepeyre, capitanes de fragata Pedro Gárezon y capitán Nicanor Menacho, a los que se unió Pedro Billinghurst cónsul general del Perú en Chile. El transporte *Santa Rosa* partió al norte con la comisión integrada por el coronel Justiniano Borgoño, Carlos Germán Amézaga y el teniente coronel Pedro Silva, hijo del héroe del mismo nombre.

La iniciativa patriótica del gobierno recibió unánime e inmediato respaldo de toda la ciudadanía; la iglesia, los municipios, la universidad de San Marcos, el periodismo, las instituciones académicas y las sociedades de artesanos; hombres, mujeres y niños sin ningún distingo vibraron de patriotismo y comenzaron a realizar los más variados preparativos para honrar a los héroes que debían llegar a su última morada.

El ministro plenipotenciario de Santiago, Carlos Elías, cablegrafió a la cancillería informando que el gobierno chileno ofrecía toda clase de facilidades para que los restos de los combatientes peruanos, depositados en territorio ocupado por Chile, pudieran ser auxiliados sin problemas. El Presidente de la República y el Congreso chilenos dispusieron honores especiales para el almirante Grau cuyos despojos habían sido depositados provisionalmente en el mausoleo del general Viel en el cementerio de Santiago.

El 14 de julio de 1890 zarpó del Callao la cañonera *Lima*; a bordo, como enviado especial de *El Comercio*, iba Gustavo Luna, uno de sus mejores redactores, cuyos amplios y numerosos despachos permitieron a los lectores un detallado informe de la honrosa y triste misión. La cañonera en su viaje al sur tocó en Arica y en Iquique para luego proseguir hasta Valparaíso. La delegación peruana viajó a Santiago, allí, como ya se dijo, el Gobierno, el Congreso, las instituciones oficiales, el cuerpo diplomático y el pueblo en general, brindaron una respetuosa acogida a quienes tenían el encargo de recoger los restos de nuestros héroes. En la imponente ceremonia de entrega, el ministro de relaciones exteriores Juan E. Mackenna dijo:

> "El almirante Grau ha pasado ya a la historia y su nombre vive en una esfera a la cual solo llegan la gratitud de su propio país y la admiración de los restantes".



Al retorno de Valparaíso se renovaron los homenajes a Grau, cuyos restos fueron embarcados en el *Lima* en la noche del 28 de junio. La bahía estaba iluminada con luces de bengala encendidas por los botes que formaban el cortejo, y por reflectores de luz eléctrica de la cañonera peruana y del crucero chileno *Esmeralda*, encargado de darle escolta de honor hasta el callao.

En el puerto de Iquique, el 4 de julio, el crucero embarca a otros insignes peruanos, entre ellos el cuerpo del teniente coronel Ladislao Espinar, héroe de la batalla de San Francisco (19 de noviembre de 1879) que alcanzó la inmortalidad cuando tomaba los cañones enemigos gritando: ¡A los cañones!. "Cusqueño él, de talla elevada, esbelto, arrogante, caracterizado por su impetuoso valor".

Continuando su histórico peregrinaje rumbo al norte, el buque llega a Arica donde recoge urnas funerarias conteniendo las osamentas de otros héroes peruanos muertos en la batalla de Tacna (26 de mayo de 1880) y en la batalla de Arica (7 de junio de 1880). En este puerto se embarcaron los restos del coronel Alfonso Ugarte Vernal que ofreció y dio su fortuna y vida al Perú, peleando en el batallón *Iquique* que él organizó y armó; tenía sólo 33 años.

El crucero *Lima* zarpó de Arica el 8 de julio para unirse con el *Santa Rosa* frente al Callao.

Entre tanto el transporte designado para viajar al norte salió del Callao el 5 de junio y llegó a Salaverry el 7. La comisión especial siguió por tierra y llegó a Huamachuco el 14. Del informe presentado por la comisión, formulado por el poeta Carlos Amézaga, transcribimos:

> "¡Qué recuerdos tan tristes para los sobrevivientes, actores de ese drama, quienes formaron después la fúnebre comisión nombrada por el gobierno!".
>
> "La comisión del gobierno, recorría aquellos lugares con aparato siniestro a los ojos, sin bien noble y consolador al patriotismo. Cuadrilla de trabajadores aquí y allá, hundiendo sus herramientas en tierra, tratando de descubrir los restos de algunos jefes, a quienes manos piadosas abrió una tumba días después de la batalla, para que no fuesen pasto de los buitres. ¡Qué faena campestre más ingrata, removiendo entre el lodo vestiduras carcomidas por la humedad, y huesos negros que saltaban al golpe de la



La cripta de los Héroes de la Guerra del Pacífico.



paleta, hechos astillas!. ¡Qué cosecha de osamentas humanas en el campo del heroísmo!. ¡Qué miserables despojos de quienes fueron en vida, todo lo sublime que se puede ser en la intrepidez y amor a la patria!".

"El primero de los peruanos que descubrimos fue Luis Germán Astete, el bizarro comandante del *Huáscar* en la lucha entre el Shah y la Amethist; el pundonoroso marino que abrió a nuestro monitor el camino de la inmortalidad en Pacocha; el que por decirlo así, trazó la honrosa estela que llevara esa nave hasta Angamos, para sucumbir con Grau entre los resplandores de la más alta gloria".

"Astete que fue uno de los representantes de la marina del Perú en su último belicoso esfuerzo, combatiendo a la cabeza de la 4ª División del ejército del Centro. Yacía en un lugar pantanoso, donde Joaquín Ortega, honrado platero de Huamachuco, lo había enterrado con apresuramiento, por temor a los chilenos que saqueaban a la población en esos momentos".

"Siguió a la de Luis Germán Astete, la tumba de Emilio Luna fusilado en el mismo campo de batalla por Gorostiaga".

"Máximo Tafur reposaba a seis cuadras de distancia, al pie de un árbol señalado por José Isabel García quien lo encontró, movido de un sentimiento afectuoso. Recordaba García haberle proporcionado, horas antes del combate, algunos víveres que le pidiera este jefe, con las siguientes palabras: 'Pues si se trata de matar, matemos primero el hambre.'"

"Muy cerca del campo de los peruanos, casi en la línea de defensa de los chilenos, dormía el general Silva con dos oficiales y un soldado, sobre la altura del Chochoconda. Conmovedor en extremo fue el encuentro de estos despojos mortales, por la circunstancia de encontrarse entre los miembros de la comisión el hijo segundo del general Silva, de nombre Pedro como él, y que asistió a la propia batalla sirviendo de ayudante al general Cáceres".

"A las faldas del Sasón, hacia la derecha hay unas ruinas de adobe ennegrecido por el incendio. Rodean esas destruidas habitaciones campestres, cercos de azul-verdoso ma-



guey, esa planta del Perú tan extendida desde el sur hasta el norte. En ese sitio murieron quemados algunos heridos como el capitán Enrique Oppenheimer, el infortunado ayudante del general Cáceres a quien recuerdan todavía sus compañeros, como el tipo limeño hablador, inteligente y frívolo, pero de nobles prendas patrióticas!".

"Nada preciso pudo tampoco encontrarse del coronel don Juan Gastó. Por las señales del vestido se creyó reconocerlo en un cadáver hallado cerca del Chochoconda, y que la comisión extrajo con los datos confusos de varios individuos de la campiña".

"A Leoncio Prado, el glorioso jefe de E.M. de la primera División del Ejército del Norte, al mando de Recavarren, se le exhumó del cementerio de la ciudad".

"Manuel Tafur y Tafur Máximo, el primero padre del segundo, coroneles que rivalizaron con denuedo con los jóvenes, dormían también en dicho cementerio con el mayor Santiago Zavala y los capitanes de artillería Portugal y Cáceres".

"Los cajones de todos los héroes se acondicionaron como los de los otros, en pequeñas cajas que hoy descansan en Lima aguardando el momento que debe erigirse un monumento a todas las víctimas de la guerra".

"Nunca han desfilado por entre los nevados de los Andes, más patriotas reducidos a polvo que los que condujimos a la capital de la república en cumplimiento de nuestra misión. La fúnebre caravana al descender a la costa, en un cordón interminable de mulas, hacíanos pensar en los grandes crímenes de la historia; crímenes entre los cuales ocupa lugar prominente la guerra que declarara Chile al Perú por el solo delito de poseer riquezas".

Después de realizar la dolida exhumación y la imponente ceremonia religiosa de despedida ofrecida por los huamachuquinos, las cajas mortuorias fueron transportadas hasta Salaverry a lomo de mulas en triste caravana doliente. El 30 de junio de 1890 el transporte *Santa Rosa* retornaba al callao llevando los restos del general Pedro Silva, de los coroneles Leoncio Prado, Emilio Luna, Máximo Tafur, Manuel Tafur, Eugenio Aragonés, del capitán de navío Luis Germán Astete que como comandante del



Huáscar brilló en combate de Pacocha el 29 de mayo 1877 contra los ingleses; desaparecida la escuadra, este insigne marino, se enroló a las filas breñeras inmortalizándose al dar su vida por la patria al lado de los rejoneros; del mayor Santiago Zavala y de los capitanes Portugal, Cáceres y simbólicamente de muchos otros anónimos breñeros que hundiendo el rejón en el pecho del invasor, dieron también la vida por la patria.

A la llegada del transporte, las autoridades dispusieron que esperara el *Lima* frente al Callao,en la isla de San Lorenzo, para luego hacer su ingreso a la bahía y proceder al desembarco con los apoteósicos honores que se había preparado.

El mismo 11 de julio llegó al Callao la cañonera *Lima* uniéndose al transporte *Santa Rosa*. Se acordó entonces que la ceremonia del desembarco se hiciera el domingo 13 a las 12.00 horas.

Entre tanto el 15 de julio de 1890 por iniciativa de los directores de *El Comercio*, y en los talleres del mismo, se publicó *La Prensa* de Lima y el Callao, donde se insertaba un artículo en homenaje a los héroes de cada una de las publicaciones que por entonces aparecían en ambas ciudades.

> "Desde este día –dijo el decano de la prensa nacional– contará la majestuosa necrópolis limeña con un título más de responsabilidad, guardando con legítimo orgullo como preciosísimo depósito, las reliquias mutiladas de seres que enaltecieron con su conducta valerosa en los combates el nombre querido de la tierra en que nacieron".

El gobierno del general Cáceres decretó duelo nacional los dias 15 y 16 de julio de 1890. Al desembarcar los ataúdes se pudo constatar que todos eran de madera excepto el del almirante Miguel Grau –el primero en llegar a tierra– que era de acero. Las reliquias que traían ambos buques se depositaron en primera instancia en la iglesia matriz del Callao. Comenzaron entonces los homenajes que tuvieron su punto culminante el martes 15 cuando en tren especial llegaron los restos a Lima y fueron colocados en un imponente catafalco instalado en el Parque de la Exposición. De allí el 16 marcharon hasta la Basílica de La Merced para los honores fúnebres, en carros especiales sobriamente decorados y acompañados por una inmensa masa de ciudadanos;



"con toda seguridad jamás se repetirá en Lima la emoción colectiva de esas horas. Todas las casas, todas las tiendas, los faroles de luz eléctrica y de gas, tenían crespones enlutados. El silencio era impresionante y le rompía tan sólo el doble lúgubre de las campanas de los templos. Había un sentimiento de congoja pocas veces sentido y visto. La herida dejada por la guerra estaba todavía fresca y llena de dolor".

El corazón del pueblo estaba de luto.

El arzobispo de Lima, monseñor Manuel Antonio Biondini, expresa el significado de la ceremonia cívico religiosa: "¡Triste recuerdo!, pero necesario para retemplar el espíritu patrio..."

Luego de la imponente y dolida ceremonia, de pie todo Lima, acompañó los restos de nuestros héroes que iban al cementerio en relucientes cureñas halados por briosos caballos blancos.

Se cumplió así el importante encargo dado por gobierno del Presidente Andrés Cáceres a peruanos ilustres, entre los cuales se encontraban el capitán de navío Melitón Carbajal y el capitán de fragata Pedro Gárezon, oficial de monitor *Huáscar* quienes viajaron en el crucero para reencontrarse con sus gloriosos compañeros de dotación.

El capitán de fragata Pedro Gárezon autor del Parte oficial del combate de Angamos, fue también quien momentos después de finalizado el glorioso combate, al ingresar al interior de la torre de mando, buscando entre los escombros aún humeantes, halló "...un trozo de la pierna derecha del almirante Grau", Es sin duda significante que este oficial que rescató los restos de su comandante el 8 de octubre de 1879, fuera también el mismo que recibió de Chile el resto del cuerpo, once años después, y los condujo en el crucero *Lima* al Perú.

9. A CIEN AÑOS DE LOS SUCESOS

Y aquí tenemos que quejarnos hoy, porque nos duele, que para el hombre cuya obra todos reconocen, los llamados a exaltar sus proezas y rendirle la apoteosis que merece, hayan tratado de minimizar sus hazañas en pleno año del centenario de su consagración, nos referimos al gobierno del pierolista Sr. Fernan-



do Belaunde. No se le ha querido erigir el digno monumento que su gloria reclama; no se ha aceptado designar este año con el nombre de la campaña que dio fama y gloria al Perú: Año de la Resistencia Nacional o Año de la Campaña de la Breña. El soldado más grande de la guerra, que salvó el honor del Perú, es el gran ausente en la capital del pueblo por el cual peleó bravamente en las breñas de los Andes, más de tres años, seguido sólo de unos cuantos valientes hambrientos, sin armas ni municiones y cubiertos de harapos. Sin embargo, para los hombres de la breña de hoy, mientras no se haga justicia al Mariscal de la Breña, el monumento a su gloria seguirá siendo la cimera mole de los Andes, testimonio natural de sus inmarcesibles hazañas. Nos queda la esperanza de que las generaciones que nos sucedan sean más reconocidas con él. Igualmente nos sorprende que en en el año que debería dedicarse a honrar la memoria del general Cáceres y de sus gloriosos seguidores, se exalte la figura de quien fue todo negación para la patria durante la guerra. En homenaje a tal personaje, y no a quien lo merece, los billetes de 50 mil soles, que se emitieron ese año llevan la efigie de quien fue directo responsable de las derrotas en las batallas de San Juan y de Miraflores. Se dio así una bofetada más al general Cáceres, a los actos celebratorios de la Campaña de la Breña y a nuestro glorioso ejército.



Epílogo

El presidente de la Cámara de Diputados, el día de la exaltación a la presidencia de la república del general Cáceres, expresó:

"La epopeya de la Breña trazada por la espada de Cáceres, es la hazaña más heroica y más gloriosa ante la cual las leyendas de los siglos se doblegan. La resistencia del Centro, o sea el sacrificio de Cáceres en el calvario de la Breña, cubrió de gloria la república".

El doctor Jorge Basadre dice del general Cáceres[1]:

"Cáceres comenzó teniendo en la guerra con Chile una actuación notable en la campaña del sur, en San Juan y Miraflores. Su figura vino a ser un símbolo de una continuidad esencial en el valor y en la destreza de lo mejor del ejército peruano a través de esa serie inconexa y constante de infortunios. Sin amilanarse ante las horribles entrañas de la derrota, cuando tántos creían con lógica forense que todo estaba perdido, empezó la nueva pelea sin más compañia que su desasosegado corazón y unos pocos leales, con una sublime sencillez para el abandono de la comodidad y el regalo y una loca firmeza en el mantenimiento de la indómita voluntad de seguir combatiendo. Se volvió así a enrolar como un recluta en las filas de la patria que ya no existía e hizo trepidar la cordillera cubriéndola de luz y de galopes y alguna vez los cascos de su caballo echaron polvo sobre Lima. El peligro es como una investidura y hay como una majestad en lo que se han visto en el

1. Jorge Basadre. *Historia de la República del Perú.* Quinta edición aumentada y corregida. Editorial PERUAMERICA, S.A. 1964. T. VI. Pp. 2639, 2640.



riesgo de morir muchas veces. Cáceres las tuvo permanentemente. Para los azares de la brega por él inventada a que se lanzó, era preciso saber juntar tropas, adiestrarlas, conducirlas y volverlas a reunir; obtener hombres, dinero, fusiles, bayonetas, municiones, uniformes, acémilas, cuchillas, hondas, rejones y piedras; velar por la salud y el fervor de cada soldado; informarse sobre las tropas enemigas, los espías, los tránsfugas, los intrigantes, los envidiosos, los indiferentes y los buenos; traer a la lucha lo inesperado y lo increíble; medir de un ojeo el campo; tomar en cuenta en unos segundos el cerro, el barranco, la quebrada, el peñasco, el breñal, el tronco del árbol, el suelo; olfatear el aire; conocer muchas noches sin sueño y en delirio con las botas puestas y el arma vigilante; saber lo que se tardó en la marcha polvorienta para subir o bajar una cuesta y lo que se puede esconder en cualquier recodo; conocer el camino para el rodeo o para ganar los segundos; ver por el frente, por los flancos y por la espalda; tener la viveza para atender en el encuentro comprometido los súbitos obstáculos; acorralar, embestir, cargar por la retaguardia, retroceder, volver a atacar, nochear en la silla, tragarse como en un vuelo de cóndores cerros, desfiladeros y abismos; aparecer como un resucitado después de la desgracia; tener siempre nuevos los ojos y no dejar escapar a la esperanza mientras se pone cada día el sol en el cielo impasible y cuando llega otra vez la luz fresca de la mañana. El sólo hizo la tarea de muchos hombres. Fue como la proa de una nave que caminara aunque fuese mutilada. Los harapos de sus soldados brillaban como una bandera al sol. Parecía este puñado de hombres llevar la patria en brazos. Y hubo momentos en que pudo decirse que en el Perú no relucía oro de más quilates que la espada de Cáceres. ¡Cuántas veces tuvo seguramente que apoyarse en su caballo macilento, parado en los estribos de bronce, para no caerse de cansancio y de pena! Y sin embargo ante amigos y adversarios pareció siempre listo en aquella contienda desmigajada e intermitente. Los chilenos no estaban preparados para ella y para sus operaciones de montaña y de guerrillas, de desgaste y de continuo movi-



miento. El honor del país y del ejército quedó salvado, aunque no pudiera hacer más por la falta de apoyo y la desunión de los peruanos y la desorganización del país, hipnotizado primero por la falacia del apoyo norteamericano y escindido después cuando surgieron en el norte los partidarios de la paz a todo trance, cuando el ejército de Arequipa con sus 4,000 hombres se quedó sin prestar servicio alguno y cuando en la propia Capital hubo quienes, como dice Cáceres en sus memorias, no querían la resistencia armada para salvar sus personas y sus bienes ... No fue él a la política sino ella lo buscó en su tienda de campaña. Pudo haber dicho: 'Te defendí ¡oh, patria! en la hora de la necesidad y ahora vuelvo a mi hogar para aparecer otra vez en la brega sólo si te invaden de nuevo o cuando el pueblo tenga hambre y sed de justicia... Cáceres fue el mandatario sereno y sencillo que caminaba a pie por las calles de Lima... Pero las vociferaciones y los cuchicheos y los esputos y los disparos y las serpentinas y las guirnaldas y las embriagueces y las llagas de la política no borraron el recuerdo de la Breña; de la misma manera el lodo resbala sobre el granito".

La gratitud de la patria

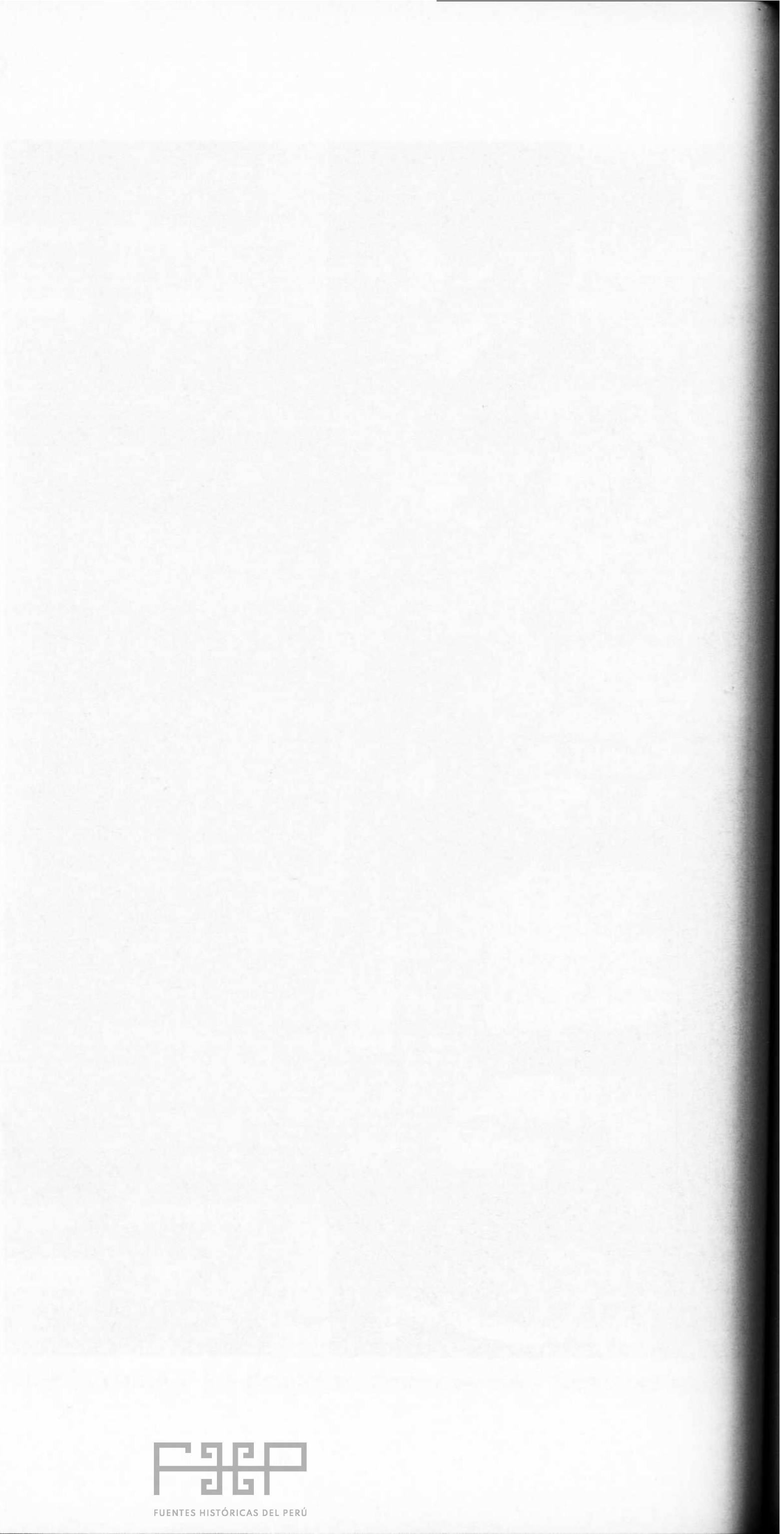
El 6 de junio de 1920, en la plaza Bolognesi, con motivo de la tradicional jura de la fidelidad a la bandera, el señor Augusto B. Leguía, Presidente de la República, al entregar el bastón de Mariscal por mandato de la ley que aprobó por unanimidad el Congreso de la República, le manifestó en nombre de la Nación, entre otros conceptos:

"Señor mariscal:

No hay necesidad de repetir, en esta acción solemne, ni de revivir en la conciencia general, que el tiempo ha formado, lo que vos, señor mariscal, representáis en el recuerdo y la gratitud de nuestros conciudadanos. Basta decir que cuando el infortunio ahogó todos los esfuerzos y abatió todas las energías; cuando no veíamos en torno más que la ruina y los despojos; desconsuelo y desesperanza;



Entrega al mariscal Cáceres del bastón de mando.



cuando todo parecía hundido en la nada, y vos, ilustre patriota, os alzasteis de aquella general postración, hicisteis comprender al enemigo que todavía estaba ante un pueblo resuelto; y nos infundisteis a nosotros, los vencidos, el fuego de vuestra fe y la decisión de lidiar hasta el fin, salvando nuestra honra y nuestra dignidad. La bandera que enarbolasteis sobre nevados y crestas, fue el lábaro redentor del nombre del Perú, que, en reto varonil, con la implacable suerte, os envió el lábaro de la gloria en el vencimiento y heroísmo en la adversidad.

Vuestra actitud histórica es una enseñanza y vuestra vida militar un ejemplo de abnegación en que los coterráneos y los pósteres han de inspirarse en la horas de peligro, para comportarse como hombres.

Por vos puede el Perú levantar la frente sin mácula, y decirle a la faz del universo que pudo la fortuna imponerle los dolores del desastre, pero no la nota del deshonor.

Señor mariscal:

En nombre de la patria, que agradece vuestros servicios y bendice vuestro nombre, os entrego este símbolo de nuestra suprema jerarquía militar. Recibidle y ostentadle, con ese noble y sereno orgullo que da la conciencia del propio desprendimiento y satisfacción del deber cumplido hasta la temeridad.

Nosotros –yo especialmente al ponerle en vuestras manos– os prometemos inspirarnos siempre en vuestras virtudes y proezas, hasta alcanzar algún día lo que vos no pudisteis conseguir, la redención de nuestros hermanos cautivos, la reintegración de nuestros territorios detentados, la reposición del Perú a lo que fue, su exaltación a lo que debe ser".

Después de terminar su discurso, el presidente Leguía abrazó al mariscal y le besó en la mejilla derecha.

El mariscal a su vez, muy emocionado, agradeció al presidente Leguía que al fin, después de muchos años, reconocía merecidamente en nombre del Perú, la gloria inmarcesible del



héroe más grande de la guerra.

Entre otros conceptos le expresó:

"Señor Presidente:

El gobierno de la República -que Ud. con el mayor patriotismo dirige- ha querido exaltar dignamente al ejército, restableciendo la histórica categoría de mariscal que la Asamblea Nacional me ha hecho el alto honor de conferir a iniciativa del Poder Ejecutivo".

Quiero ver en esta noble actitud de los poderes públicos el homenaje, rendido en mi persona, al heroísmo y constancia de los valientes que soportando las más grandes privaciones y desafiando la nuestra, supimos pelear como bravos en Tarapacá, San Juan y Miraflores, Marcavalle, Pucará, Concepción y Huamachuco; manteniendo siempre en alto, la bandera de la patria y el honor de las armas de la república".



Reseñas históricas y biográficas

CACERES[1]
El héroe

A lo lejos se pierde, entre las muchedumbres apiñadas y pensativas, el eco de las músicas marciales y el bélico ritmo del desfile. Sollozantes los clarines; los pabellones enlutados; fúlgidas las bayonetas al resplandor del sol –el sábado 13 de octubre ingresa en la Cripta de los Héroes del Pacífico, entre el solemne estampido de las salvas de artillería, el Mariscal del Perú, don Andrés A. Cáceres. Rebosan las almas de intensa emoción patriótica, y, concitada por el ambiente, surge la visión del Héroe de la Breña.

Es una sensación guerrera y serrana. Cumbres coronadas de nieve. En lo hondo de las quebradas, ríos torrentosos, que, en alardes de fuerza, bruñen los peñascos. Bordeando los contrafuertes montañosos, con la triple y agobiadora presión de las cimas cortadas a pico, los abismos vertiginosos y las lluvias diluviales, que jabonizan el suelo –los angostísimos caminos de herradura, instables y traidores como tremendales. Si por tales caminos vienen dos caravanas en sentido contrario, una de ellas debe optar entre el despeñadero y la próxima pascana. Estamos en los Andes. Para escenario de su heroísmo, los ha escogido un acezante y cadavérico ejército. Fríos polares entumecen a los viajeros, y la atmósfera enrarecida añade al horror del hambre la mortal angustia del soroche. El surrumpi –reverberación de los ventisqueros– les inyecta de sangre los ojos, ya afiebrados por las espantosas vigilias en los páramos glaciales y fragosos. En las tardes melancólicas, transcurrida la tempestad, el sol de sus mayores reanima sus cuerpos; y, por una ironía de la Naturaleza, mientras en el vecino pueblo espera a nuestros soldados la metralla de los destacamentos del... invasor, el arco iris traza sus suaves tonos en el azul purísimo... [Es la bandera inca que arenga.] No pocas veces el crepúsculo engarza con los resplandores de las chozas que el enemigo incendia en lontananza... Carecen los

1. Jorge Guillermo Leguía. Hombres e ideas en el Perú. Lima, Editorial Aloer, 1989, pp. 25-28.



expedicionarios de motivos optimistas. Sobre sus hogares pueden caer, de un momento a otro, a retaguardia, una fracción devastadora del enemigo. Adelante, sólo les aguardan el sacrificio y la muerte. En tanto que los ejércitos regulares de la ocupación se encuentran nutridos con el doble rancho de todo género de víveres y del eficaz reconfortante de la victoria, las tropas colecticias de nuestra reconquista han de vigorizar únicamente sus cuerpos ateridos con chacchas de coca, la conciencia del deber y el excitante de la venganza y la sanción... Si el adversario dispone de parque en abundancia, nuestros defensores mezclan las mazas, hondas, rejones con la multiplicidad de los calibres, frecuentemente sin el elemental aprovisionamiento de municiones... No hay para nuestros compatriotas ni el acicate de que todo los peruanos se hayan unido en el peligro y el infortunio. Saben que la anarquía a sucedido a la derrota. De cuando en cuando la perspectiva de una paz equitativa, impuesta por cancillerías extranjeras, se presenta a sus espíritus como fascinador espejismo. Mas luego tienen conocimiento de que los ecos de la costa han sido un nuevo sarcasmo. Y es menester continuar adelante, siempre adelante, adelante, con el terrible panorama del precipicio, de la escaramuza, de la batalla descuartizadora y el repase sin piedad... Cuando vivaquean en las noches, son sugerentes los cuadros bélicos y vernaculares. A la luz de las fogatas se ven confundidos, por la democratizadora virtud del patriotismo, jóvenes distinguidos de las ciudades e indios humildes de los poblachos agrestes. Ahí ponen las pinceladas de sus multicolores ponchos, los fornidos y gigantescos morochucos de atávico heroísmo y grandes ojos de halcón, venidos de Cangallo; ahí los iquichanos, de Huanta; ahí los huamanguinos, descendientes de los pocras; ahí los huancas del valle del Mantaro o Angoyacu; ahí los herederos de los fieros chancas, procedentes, en su mayoría, de la densa Andahuaylas... Rodean a un capitán, a quien llaman taita, de tostado rostro y marciales patillas; a un capitán en quien la arrogancia y la bizarría son persistentes notas físicas. Le hablan con filial respeto y fe de creyentes. El legendario guerrero les responde en la lengua nativa, y dirige palabras de afecto y de estímulo a sus camaradas de heroísmo. Es asombrosa su memoria. Recuerda de dónde son oriundos, y los antecedentes y las circunstancias militares de todos sus soldados. Con él al frente, no hay esfuerzo que no realicen, ni inmolación que no consumen, ni penalidades que no sufran, ni ímpetu egoísta que no dominen. Siguiéndole, reviven los milagros de la Independencia. ¡No en vano transitan entre Junín y Ayacucho!... Acompañándole, glorifican nuevos lugares. Y surgen los nombres de Pucará, Concepción, Marcavalle, Huamachuco...

Brujo de los Andes llaman los invasores al paladín peruano. Nacido en la cordillera, parece que poseyera, en las anfractuosidades, como las



aves en los aires, el instinto de la orientación. Donde todos ven solamente rocas inaccesibles, él contempla esguazos de escalamiento. Dijérase que ha descubierto el hilo de Ariadna entre los laberintos de la sierra. Y burla los abismos, vence a los ceñudos picachos, y aparece de súbito en las alturas, cuando se le suponía destrozado o fugitivo, y cae sobre las guarniciones chilenas con la furia con que caerían los soldados de Pelayo sobre las avanzadas musulmanas...

Es un montañés y un soldado. En el momento del ataque, tiene iniciativas fúlgidas como relámpagos, acometividades del huracán... El ganó la batalla de Tarapacá. Nuestro ejército sosegaba, confiado. De repente aparece un arriero. Comunica que el enemigo se ha dividido en tres sectores y va a sorprendernos simultáneamente por los dos extremos y un flanco de la honda quebrada. Hay que escapar por una de estas direcciones. Cáceres, el andino, se lanza vertiginosamente a coronar las crestas laterales, donde ya aparece el centro chileno. La lucha es titánica. Vencen nuestras armas. Y, al abandonar Tarapacá y retirarse a Tacna, nuestro ejército ha salvado de un seguro aniquilamiento. Con el futuro Mariscal, va Bolognesi. ¡Sin la audacia y el épico empuje de Cáceres, no ostentaría nuestra historia la sublime página de Arica!.

Así, en las batallas. En las campañas era un organizador prodigioso. Gran conocedor de la región andina, cara a cara al desastre, reproducía en la memoria, como en un mapa en relieve y con el colorido peculiar de los lugares mismos, los distintos centros de toda suerte de recursos. Y cual si dictara consignas tácticas en el instante del choque, dispone la irradiación de sus ayudantes a levantar nuevas tropas en torno de nuestros pabellones, agujereados por los proyectiles. A la vez se proveía de acémilas, cañones, fusiles, forrajes, vestuario, víveres. Y, mientras admiraba las maravillas de su tenacidad, había meditado y escogido la ruta de su próximo raid; esparcido sus espías; simulado indiscreciones para desorientar al enemigo y contrarrestar la presunta infamia de los delatores, y reflexionado en los sitios en que era menester cortar puentes, atacar sorpresivamente a retaguardia de las guarniciones chilenas, y encargar a sus indómitos indios del exterminio, con la complicidad de la naturaleza, de las avanzadas contrarias en los desfiladeros difíciles... No le abaten ni la carencia de elementos, más enrarecidos que el aire irrespirable de las punas, ni las deserciones, ni el desaliento físico de una prolongada marcha por sendas abruptas, en medio de los rayos, truenos, relámpagos, lluvias y granizadas... Siempre le encontraban sus soldados de pie, como una dínamo vibrante de energía volitiva, como la encarnación escultórica de la confianza en sí mismo y de la convicción plena de la justicia de nuestra causa...

Y es que era un caudillo. O se le seguía o se le odiaba. Tenía un alma rotunda. Montañés, su reciedumbre síquica guardaba relación con su



simplismo espiritual. Yo le veo un parecido notable con Salaverry. Como el gallardo general limeño, despertaba adhesiones ciegas. En 1895, asediado por los revolucionarios pierolistas, sus quepis rojos se baten sin jefes en las calles de la capital. Lo mismo que el adversario de Santa Cruz, llevaba su valor hasta la temeridad. Cuando debela en el Cuartel de San Francisco la sublevación del *Zepita*, reproduce la arrebatadora actitud del León de Socavaya, dominando en el cuartel de la Inquisición la rebelión encabezada por Huaviquel.

"EL ELEGANTE", EL NOBLE CABALLO DE CACERES

"El Elegante", según refiere Luis Alayza y Paz Soldán, era color ají seco rojizo, "como dátil maduro", infatigable y valiente. Reemplazó al "Zepita", noble bruto que sirvió al general Cáceres en toda la campaña del sur. Fue hallado "como caído del cielo" entre los animales requisados en la comarca jaujina, al tiempo que resucitaba el ejército regular en la sierra central. El general Cáceres lo eligió desde el primer momento y le llamó "El Elegante", dada su gran alzada e imponente prestancia. Al dejarlo en Tarma, retornando del holocausto de Huamachuco, donde gracias a la agilidad y fuerza de este animal pudo salvarse, dejando muy atrás a sus perseguidores, la familia Santa María, encargada de su cuidado, lo trasladó después de la guerra al fundo Barbadillo, cerca de Vitarte, donde fue considerado como una reliquia. Dos años después, en 1885, el coronel alemán Carlos Pauli, protegido de Cáceres primero y mercenario de Piérola después, confesaba que, por la hermosa estampa del animal "merecía el nombre que se le había puesto"; sin embargo, según refiere el coronel Guerrero, por su orden y en su presencia se sacrificó al animal, para congraciarse con su nuevo patrón. De allí que el propio general Cáceres manifieste que "no sólo me traicionó, sino que me robó mi caballo y lo mató". Fue el cónsul del Perú en Berlín, Alex Schwabach, quien denunció en 1909 ante las autoridades alemanas la desdorosa infamia de Pauli, indigna de un militar alemán. Sometido a un severo juicio bajo el cargo de felonía y deshonra del uniforme se le encontró culpable y se le dio de baja infamantemente, borrándosele del escalafón militar.



APARICIO POMARES HILARIO

El héroe del prolongado combate de Jactay, Aparicio Pomares Hilario, nació probablemente en Chupán, distrito de la provincia de 2 de Mayo. José Varallanos no cree que sea oriundo de ese lugar, ya que tal nombre y apellido no corresponde a persona o familia alguna de dicho pueblo, al menos desde 1859 para adelante.

En una crónica publicada en *El Comercio* de Lima el ocho de agosto de 1975 con el título "Los campesinos de Huánuco", se afirma que nació en Chupán, en la calle San Sebastián, el 16 de julio de 1854, teniendo por padres a don Antenor Pomares y a doña Andrea Hilario.

Se alistó en la Columna *Cazadores del Huallaga*, la misma que, después de la pasqueña, fue una de nuestras primeras unidades en hacerse presente en el teatro de operaciones del sur, reforzando al segundo ejército. Aparicio Pomares tomó parte en las batallas de Pisagua, San Francisco, Tarapacá, Tacna. Igualmente en las batallas de San Juan y Miraflores, como integrante del batallón *Huánuco Nº. 17*, al mando del teniente coronel Ignasio Tudela, unidad integrada por 600 plazas; forma parte del Segundo Cuerpo de Ejército al mando del coronel Belizario Suárez en la batalla de San Juan. En la de Miraflores pelea con el *Huánuco* en el Reducto Nº.3. Sobreviviente del desastre, se retira a su tierra natal.

Avecindado en Chupán, recibe la buena nueva de la resistencia patrocinada por el general Cáceres, adhiriéndose a ella desde el primer momento con el mayor entusiasmo. Militando en el batallón *Huallaga*, del Agrupamiento Recavarren, asiste a la batalla de Huamachuco, siendo uno de los últimos en abandonar el campo. Siguiendo el camino imperial de los incas, que une Quito con el Cusco, Pomares regresa a su provincia domaina, donde todavía están activas las tropas de Arriagada que avasallan Huánuco. No puede permanecer indiferente, inicia el levantamiento general en los villorrios de la región para colaborar con el valiente comandante Loarte. López Albújar, que recoge la tradición de las proezas de Aparicio Pomares, dice:

> "Una noche de agosto de 1883 –8 de agosto a casi un mes de la batalla de Huamachuco– cuando todas las comunidades de Obas, Pachas, Chavinillos y Chupán habían lanzado ya sobre el



valle millares de indios, llamados al son de los cuernos y de los bronces, todos los cabecillas –una media centena– de aquella abigarrada multitud reunida a la luz de las fogatas, chacchaban silenciosamente, mientras uno de ellos, alto, bizarro y de mirada vivás e inteligente, de pie dentro del círculo, les dirigía la palabra."

"Quizá ninguno de ustedes se acuerde de mí. Soy Aparicio Pomares de Chupán, indio como ustedes, pero con el corazón muy peruano. Los he hecho bajar para decirles que un gran peligro amenaza a todos los pueblos, pues hace 15 días que han llegado a Huánuco doscientos soldados chilenos. ¿Y sabían ustedes quiénes son esos hombres? Les diré: esos son los que hace tres años han entrado al Perú a sangre y fuego. Son supaypachgan; es preciso exterminarlos. Esos hombres incendian los pueblos por donde pasan, matan a los heridos, fusilan a los prisioneros, violan a las mujeres, ensartan con sus bayonetas a los niños, se meten a caballo a las iglesias, roban las custodias y después viven en la casa de Dios sin respeto alguno, convirtiendo las capillas en pesebres y los altares en fogones. En varias partes me he batido con ellos; en Pisagua, en San Francisco, en Tarapacá, en Tacna, en San Juan y Miraflores... He visto que como soldados valen menos que nosotros. Pisagua fue el primer lugar que peleé con ellos, los vi muy cobardes. Nosotros éramos apenas un puñado. Tomaron al fin el puerto y lo quemaron. Pero ustedes no saben donde queda Pisagua. Les diré: Pisagua está muy lejos de aquí, a más de 300 leguas, al otro lado de estas montañas, al sur, y se llama puerto porque tiene al pie al mar."

"Pero las tierras del sur son de los mistis (blancos), son tierras de los que nada tenemos que ver nosotros –replicó un jefe guerrillero– ¿Qué tiene que hacer las tierras de Pisagua con los de Obas, Chupán, Chavinillo, Pachas y los demás?".

"Mucho. Ustedes olvidan que en esas tierras está el Cusco, la ciudad sagrada de nuestros abuelos. Y decir que el misti peruano nada tiene que ver con nosotros es como decir que si mañana, por ejemplo, unos bandoleros atacaran Obas y quemaran unas cuantas casas, dijéramos que no tenían por qué meterse con los bandoleros."

"El viejo Cusasquiche que era el jefe de los chavinillos, viejo de cabeza venerable, dejando de acariciar la escopeta que tenía sobre los muslos, dijo con fogosidad impropia de sus años: Tú sabes bien Aparicio que entre nosotros no hay cobardes, sino prudentes. El indio es muy prudente y muy sufrido, y cuando (se) le acaba la paciencia embiste, muerde y despedaza. Tu pregunta



Obelisco erigido en memoria de Aparicio Pomares en Jactay, lugar donde se inmoló el héroe.



no tiene razón. En cambio yo te pregunto: ¿Por qué vamos hacer causa común con mistis peruanos? Mistis peruanos nos tratan siempre mal; no hay año que esos hombres vengan acá y nos saquen contribuciones, y nos roben nuestros animales y también nuestros hijos, unas veces para hacerlos soldados y otras para hacerlos pongos. ¿Te has olvidado de esto Pomares?."

"No, Cusasquiche. Cómo voy a olvidar si conmigo ha pasado eso. Hace 4 años me tomaron en Huánuco y me metieron en el ejército, me mandaron a pelear al sur contra los chilenos. Y fui a pelear llevando a mi mujer y a mis hijos colgados del corazón. ¿Qué iba a ser de ellos sin mí? Todos los días pensaba lo mismo y todos los días intentaba desertarme; pero nos vigilaban mucho. Ya en el sur, una vez que supe por el sargento de mi batallón por qué peleábamos, y vi que otros compañeros, que eran indios como yo, pero seguramente de la misma condición, cantaban, bailaban y reían en el cuartel, y en combate se batían como leones, gritando: ¡Viva el Perú!, y retando al enemigo; tuve vergüenza de mi pena y me resolví a pelear como ellos. ¡Acaso ellos no tenían también mujer y guaguas como yo? Y como vi que todos se llamaban peruanos, yo también me llamé peruano. Unos eran peruanos de Lima; otros, peruanos de Trujillo; otros, peruanos de Arequipa; otros, peruanos de Tacna. Yo peruano de Chupán, de Huánuco. Entonces perdoné a los mistis peruanos que me metieron al ejército, en donde aprendí muchas cosas. Aprendí que el Perú era una nación y Chile otra nación; que el Perú es la patria de los mistis y de los indios; que los indios vivimos ignorando muchas cosas porque vivimos pegados a nuestra tierra y despreciando el valor de los mistis, siendo así que los mistis saben más que nosotros. Y aprendí que cuando la patria está en peligro, es decir, cuando los hombres de otra nación la atacan, todos sus hijos deben defenderla. Ni más ni menos lo que hacemos por acá cuando alguna comunidad nos ataca. ¿Qué los mistis peruanos nos tratan mal?; verdad, pero peor nos tratarían los mistis chilenos. Los peruanos son, al fin, hermanos nuestros; pero los otros son nuestros enemigos. Y entre unos y otros, elijan ustedes."

"Pomares exaltado por su discurso y comprendiendo que había logrado reducir y conmover a su auditorio, se apresuró a desenvolver con mano febril, el atado que tenía en su espalda, y sacó de él religiosamente, una gran bandera que, después de amarrarla en una asta y enarbolarla, la batió por encima de las cabezas de todos, diciendo: Compañeros valientes: esta bandera es el Perú; esta bandera ha estado en Pisagua, en San Francisco,



en Tarapacá, en Tacna, en Arica, en San Juan y Miraflores. Vean bien, es blanca y roja, y en donde vean una bandera igual, allí estará el Perú. Es la bandera de los mistis que viven allá en las ciudades y también de los que vivimos en estas tierras. No importa que allá los hombres sean mistis y acá sean indios; que ellos sean a veces pumas y nosotros ovejas. Ya llegará el día en que seamos iguales. No hay que mirar esta bandera con odio sino con amor y respeto, como vemos la Virgen Santísima. Así ven los chilenos a la suya."

"Habla la voz de un hombre para hacer vibrar el alma adormecida del indio y para que surgiera enhiesto y vibrante, el sentimiento de patria, no sentido hasta entonces."

"Y partieron en busca del enemigo; después de dos días de marcha, recta y arrolladora, por quebradas y cumbres –marcha de utacas (hormigas)–, aquel torrente humano, que más que hombres en son de guerra, parecía el éxodo de una horda guiada por la bandera de Aparicio Pomares, coronó en la mañana del 8 de agosto las alturas de Jactay, es decir, vino a ocupar las mismas puertas de Huánuco, y, una vez allí, comenzó a retar al orgulloso vencedor."

"Aquel reto envolvía una insólita audacia de la carne contra el hierro, de la honda contra el plomo, del cuchillo contra la bayoneta, de la confusión contra la disciplina. Pero era un rasgo que vindicaba a la raza y que venía a percutir hondamente en el corazón de un pueblo dolorido y desconcertado por la derrota, la aparición de aquellos sitiadores extraños fue una sorpresa, no sólo para los huanuqueños sino para la misma fuerza enemiga".

"Sería las diez de la mañana del 8 de agosto de 1883, cuando ésta se inició. La mitad de la fuerza chilena, con su jefe montado a la cabeza, comenzó a escalar el Jactay con resolución. Los indios que a las primeras horas de la mañana no habían hecho otra cosa que levantar ligeros parapetos de piedras y agitarse de un lado a otro, banderines blanco y rojos, restallando sus hondas y lanzando atronadores gritos al avanzar al enemigo, precipitáronse a su encuentro en escaladas compactas, guiados, como en los días de marcha, por la gran bandera de Aparicio Pomares. Este, con agilidad y resistencia increíbles, recorría las filas, daba un vistazo aquí, ordenaba otro allá, salvaba de un salto formidable un obstáculo, retrocedía rápidamente y volvía a saltar, saludaba con el sombrero a las descargas de fusilería, se detenía un instante, disparaba su rifle minué, y, en seguida, mientras un compañero se lo volvía a cargar, empuñaba la honda y la disparaba también. Y todo esto sin querer soltar su querida



bandera, paseando triunfal por entre la lluvia de plomo del enemigo, asombrando a éste y exaltando a la ciudad que veía en ese hombre y en esa bandera, la resurrección de sus esperanzas."

"Y el asalto duró más de dos horas, con alternativas de avances y retrocesos por ambas partes, hasta que habiendo sido dominado el jefe chileno de un tiro de escopeta, disparado desde un matorral, sus soldados, desconcertados, vacilantes acabarían por retirarse definitivamente."

"Esta pequeña victoria, humilde por sus proporciones, y casi ignorada, pero grande por sus efectos morales, bastó para que horas después, al amparo de la noche, los hombres de la paz y los hombres del saqueo, evacuaran furtivamente la ciudad. Huánuco cuna de héroes y de hidalgos acababa de ser libertada por los humildes 'shucuis' del Dos de Mayo".

"Al día siguiente, cuando los indios, triunfantes, desfilaron por las calles precedidos de trofeos sangrientos y banderines blancos y rojos, una pregunta llena de ansiedad y orgullo patriótico, corría de boca en boca: ¿Dónde está el hombre de la bandera? Todos querían conocerle, admirarle".

"Uno de los cabecillas, respondió: Pomares no ha podido bajar; se ha quedado herido en Rondos. Poco después fue llevado a Chupán donde días después falleció."

Según los testimonios de quienes lo vieron pelear en Jactay, y que la tradición ha recogido, Pomares era incansable disparando su rifle minué, siempre humeante, utilizando su certera honda, enarbolando su orgullosa bandera, como dice López Albújar. Fue en verdad el alma del combate al cual llevó, aparte de su valor, las mejores condecoraciones que puede lucir un guerrero; sus muchas cicatrices de pasadas heridas de bala y bayoneta. La última de ellas, un balazo en el muslo derecho, lo recibió en las postrimerías del combate cuando porfiadamente atacaba al enemigo. Retirado primero a Rondos, donde se logró detener la hemorragia, fue conducido después a Chupán, su tierra amada, donde llega con la infección declarada que lo lleva a la muerte, rodeado de los suyos. Hay fama de que no pudieron "quitarle la bandera ni cuando la gangrena y el delirio lo acosaban". La viuda y sus hijos, al inhumarlo, cumplieron su postrer voluntad: "Ya sabes Martha, que me envuelvan en mi bandera y que me entierren así". Envuelto en su bandera y sus botas puestas, cual fue su deseo; ciertamente era como ponerlo en brazos de la patria. Antes de entregarlo a la madre tierra le cumplieron, y así fue enterrado el indio de Chupán, Aparicio Pomares, el "hombre de la bandera" que supo, en una hora de inspiración feliz, "sacudir el alma adormecida de la raza" -dice López Albújar.



Su viuda pensó que Aparicio Pomares había luchado sin rendirse, y ese orgullo hizo entrechocar sus dientes. A posteriori la leyenda se encargó de entretejer diversas hazañas que fueron emotivamente contadas por los juglares vernáculos de ayer y de siempre. Los restos de este singular héroe olvidado fueron hallados años después al abrirse una calle en Chupán; aunque la osamenta estaba completa, la mortaja se había hecho polvo, pero las botas cubrían aún la tibia y el peroné casi íntegros; así lo encontraron, polvo y espíritu entre la roja y blanca. Movido por un sentimiento de admiración hacia este héroe de la gesta popular, un grupo de patriotas huanuqueños, el año 1888, decidió honrar su memoria dirigiéndose a Chupán, con el objeto de levantar allí una información capaz de resaltar lo real de lo imaginario. De paso amparó la salud de la viuda y el sostenimiento de los tres menores hijos. La gratitud nacional, por otra parte, honró el patriotismo de Pomares erigiéndole un hermoso obelisco. Dicha obra, llevada a efecto a iniciativa de don Luis Rivera Yabar, alcalde de Huánuco, se inauguró en 1921. Finalmente en 1946, fueron desenterrados sus restos para trasladarlos al local de la sociedad patriótica Pomares.

Enrique López Albújar, asegura que "era alto, bizarro y de una mirada vivás e inteligente; igualmente afirma que peleó en Pisagua, San Francisco, en Tarapacá, Tacna. En la Campaña de Lima, formando parte del batallón Huánuco peleó en San Juan, Chorrillos y Miraflores".

MONSEÑOR TEODORO DEL VALLE SEOANE

Monseñor Teodoro del Valle Seoane nació en Jauja el 9 de noviembre de 1813, sus padres fueron don Manuel del Valle y doña Francisca Seoane, ambos españoles. Adolescente viajó a España. Estudió en la universidad de Oviedo, graduándose de bachiller en 1829. De vocación religiosa profunda, ingresó en Galicia a la orden de San Francisco –rama capuchina–, interrumpiendo sus estudios a raíz de la lucha entre carlistas y cristianos. Retorna al Perú y termina sus estudios en el Seminario de Santo Toribio de Lima, ordenándose en 1836. Previo concurso obtuvo la parroquia de Parquin en Huaylas, luego pasó a ser párroco de Sicaya en 1848, y en diciembre de 1850 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Ana de Lima; siguiendo su brillante carrera ascendente, fue nombrado secretario de Cámara y Gobierno, cargo que ejerció desde 1856. Fue examinador sinodal del Arzobispo y rector del Seminario de Santo Toribio en 1861.



Fue fecundo escritor y polemista, con una serie de valientes artículos que, con el seudónimo de "Un serrano", publicó en 1848 contra los errores Jansenistas del sacerdote Francisco de Paula Gonzales Vigil, quien atacaba duramente la independencia de la iglesia, la autoridad del Sumo Pontífice, etc.

Pío IX lo preconizó Obispo de la Diócesis de Huánuco, expidiéndole las bulas correspondientes el 17 de marzo de 1865. Fue consagrado en la iglesia parroquial de Santa Ana por Monseñor Goyeneche en 1865, y el 1º de julio de 1869, hizo su solemne entrada personal en Huánuco. El 8 de diciembre de 1869, participó en el Concilio Ecuménico del Vaticano hasta su forzada suspensión a causa de la ocupación de Roma por las tropas piamontesas el 2 de setiembre de 1870.

Al morir el arzobispo Goyeneche, el gobierno del coronel Balta presentó a monseñor del Valle ante la silla apostólica para el arzobispado de Lima en abril de 1872. Sin embargo, no asumió el arzobispado; don Manuel Pardo creyó su deber no reconocer al arzobispo electo por cuanto su elección no provenía del congreso sino del Consejo de Ministros; para obviar conflictos, el obispo del Valle dimitió, concediéndole en cambio el Pontífice el cargo de arzobispo titular de Berito (17 de noviembre de 1879), y el 19 del mismo mes fue nombrado Administrador Apostólico de Huánuco con amplias facultades y el privilegio de usar el palio arzobispal; desempeñó este último cargo hasta su fallecimiento el 16 de octubre de 1888.

Fue benefactor, jurista y orador, perteneció al Colegio de Abogados. Patriota inflamado; al conocer que se había roto las hostilidades con Chile, cedió la mitad de su haber para los gastos de guerra, dio asimismo mil soles de su peculio para contribuir a la adquisición de un blindado, y la tercera parte de las posesiones de las parroquias de la diócesis para otros gastos de la defensa nacional. Como obispo de la diócesis de Huánuco fundó, allí, el seminario que lleva su glorioso nombre. Al consumarse la ocupación chilena de las fuerzas de Letelier se encontraba en Jauja. En abril de 1881, a la llegada del general Cáceres, lo visitó para ofrecerle su apoyo incondicional para la lucha contra los invasores; lo alentó para realizar la resistencia poniendo a su disposición "La mitad de las rentas del obispado y además su fortuna personal que sirvió para la adquisición de las armas y equipamiento de un batallón"; esta actitud la exaltó el mayor Melchor Ramírez en un artículo publicado en *El Perú* Nº26 en Tarma en 1882. Instó a los párrocos de su grey para que difundieran entre sus feligreses, la idea de la lucha contra los invasores para arrojarlo del territorio. Monseñor del Valle publicó una carta pastoral que en parte transcribimos:

"En presencia de las circunstancias que nos ha declarado la guerra una nación que era nuestra hermana, con la que conser-



vábamos la más cordial amistad, cuyos intereses se identificaban con los nuestros por varios vínculos de origen, industria y comercio, a la que habíamos ofrecido nuestra mediación pacífica y conciliadora, cuando no aspirábamos otro fin que conservar la paz tan deseada, y no habíamos propuesto miras interesadas ni el engrandecimiento de nuestro territorio, ¿qué debemos hacer?, salgamos a pelear para conservar la dignidad de nuestra patria".

Ya en 1882, durante la segunda invasión chilena al interior, Monseñor del Valle pidió a del Canto "que rebajase la cuota que había asignado a los alcaldes de Tarma, Jauja, Concepción y Huancayo a sólo la mitad del valor", respondiéndole que influiría en el señor general en jefe del ejército chileno para que aceptara el pedido; el señor obispo no creyó en el ofrecimiento y quedó convencido que sólo con la lucha y la resistencia se liberarían los pueblos de la ominosa ocupación.

Posteriormente los chilenos le impusieron un cupo de 20 mil soles, girando una libranza sobre Lima.

Se atribuye al obispo del Valle ser el autor de la iniciativa de ataque de la columna Gastó a las fuerzas chilenas de Concepción; así lo confirma concluyentemente, Ambrosio Salazar y el mayor Melchor Ramírez protagonistas de la acción.

Urriola con ánimo de cobrar cuentas a los concepcioninos por la derrota sufrida el 4 de julio de 1883, en el Segundo Combate de Concepción, se desplaza nuevamente desde La Oroya siguiendo el curso del río Mantaro; penetra a Santa Rosa de Ocopa el 7 de agosto de 1883, y por instigación de Milón Duarte, según Ambrosio Salazar, Urriola rodea el convento con sus fuerzas y bajo la amenaza de derruirlo a cañonazos, exige la comparecencia del Obispo Teodoro del Valle, considerado "como agitador de las turbas guerrilleras de esa comarca". Al darse por preso, el Obispo fue conducido a pie hasta Chicla, vejando de tal manera su investidura pastoral.

Del Obispo del Valle, una gloria en la Campaña de la Breña, casi nadie se ha acordado. Luis Alayza y Paz Soldán dice de él:

> "Era varón de gran presencia, inteligente y culto. Alto y corpulento, de tez pálida y ojos claros, nariz recta y mentón fuerte y profundo, propio de los hombres de gran carácter; aunaba a su majestad episcopal, cierta marcialidad militar que delataba su espíritu militar. En una visita que hizo Cáceres a Ocopa, recibió del Obispo del Valle, unos cuantos fajos de billetes y un par de talegas de plata".

Su ilustrísima era un hombre rico; él y su hermano Julián eran dueños, por herencia, de las haciendas de San Juan de Miraflores, en la costa; de las haciendas ganaderas Incahuasi, Suitocancha, en Jauja y Huancayo; Huari y Acasia en Pampas. Murió el 17 de octubre de 1888.



JOSE MERCEDES PUGA

El doctor Puga era miembro de una familia acaudalada. Nació en Cajamarca en 1836; sus estudios secundarios los realizó en Lima, los de jurisprudencia en Trujillo. Joven aún incursionó en la política, en su departamento. Diputado por Cajamarca en 1870, fue fervoroso partidario de Manuel Pardo. Al producirse la guerra con Chile retorna apresuradamente a Cajamarca y con su peculio organiza un batallón con voluntarios del lugar, poniéndole por nombre *Gálvez*, y lo dota de armas, equipo y vestuario. Al producirse la dictadura de Piérola y la ocupación de la Secretaría de Guerra por Miguel Iglesias, su enconado adversario, Puga opta por retirarse a Celendín donde se dedica a la minería. Al conocer las infortunadas acciones de armas de San Juan y Miraflores, volvió a Cajamarca donde colabora con los esfuerzos del contralmirante Montero para organizar el ejército del norte. Nombrado prefecto de Amazonas, lleva a Cajamarca 5 cañones de Iquitos, los que fueron conducidos "a hombros de patriotas" desde Moyobamba.

José Mercedes Puga

> "luchó contra la causa de Montán, se adhirió al general Cáceres. Continuó en armas después de Huamachuco y batió a tropas de Iglesias posesionándose de Cajamarca en noviembre de 1883. Volvió a derrotar a sus adversarios peruanos y llegó a dominar en casi toda la región del norte a mediados de 1884. Siguió en la guerra civil el resto de aquel año y los primeros del siguiente. El 28 de mayo de 1885 se había apoderado de Huamachuco, después de un recio combate y cuando ya triunfante avanzaba por una calle, un tiro disparado de una casa lo mató".

Uno de sus asesinos, apodado Huate, vecino de Huamachuco, fue capturado meses después y ajusticiado sumariamente.

Posteriormente, la viuda del doctor Puga denunció al coronel Manuel Callirgos Quiroga ante el poder judicial por el delito de incendio, asesinato y robo ocurrido durante la guerra, consiguiendo que fuera apresado y recluido en la cárcel por tales delitos cometidos en agravio de la familia Puga. Callirgos era iglesista, enemigo de Puga[1].

1. Ver *El Comercio* del 17 de mayo de 1888.



Al cumplirse el centenario de su prematura y sentida muerte, el doctor Héctor López Martínez, publicó en *El Comercio* de Lima[2] una nota, en la que entre otras importantes apreciaciones, dijo de él:

> "Puga fue un hombre múltiple: agricultor, minero, político, abogado, magistrado y montonero. Sentíase igualmente cómodo tanto en el escaño parlamentario cuanto en el improvisado campamento de "La Pauca", adiestrando a sus hombres, o cabalgando por las punas a la cabeza de ellos. Fue, más allá de estériles pasiones políticas provincianas, un auténtico patriota, un ciudadano honesto y generoso, una vida útil que se perdió prematuramente en el torbellino infecundo y sangriento de la guerra civil".

Al conmemorarse la batalla de Huamachuco con solemnes funerales, con asistencia de todas la autoridades militares y civiles de la región, sobre la tumba de los mártires frente al Purrubamba, el jefe político y militar de los departamentos del norte, doctor José Mercedes Puga, pronunció la siguiente oración fúnebre que en parte transcribimos:

> "Señores, estos restos, hoy depositamos en la mansión del descanso, pertenecieron en el mundo a ciudadanos peruanos que por defender la patria abandonaron, unos sus comodidades, otros sus elevados puestos sociales, y todos su familia, para venir de lejanas tierras a sucumbir defendiendo el pabellón peruano".
>
> "Estos restos y estas memorias no solo merecen de nosotros nuestra admiración y respeto, sino que engendrarán algo más grande en favor de la patria: el estímulo y el ejemplo que debemos seguir en la gloriosa obra que sobre nosotros pesa: la redención de la república".
>
> "En esta virtud, os invito a jurar conmigo ofreciendo a Dios y a la patria ante estos manes, palpitantes aún de patriotismo y de valor, que sabremos imitar su ejemplo, sucumbiendo también como ellos, siempre que se trate de defender la honra y la autonomía nacional".

Agrega Gamarra:

> "el ejército y el pueblo enternecidos, escucharon estas palabras del abnegado ciudadano que en la misma ciudad poco después, las ratificó con su muerte".

2. Ver *El Comercio* del 28 de marzo de 1885.



LA HUARIPAMPEADA

La repulsa a que dio lugar, en toda la república, la consumación del inicuo Tratado de Ancón repercutió hondamente en las filas de los sacrificados patriotas, que sostuvieron gallardamente la resistencia sin tregua durante años. El general Cáceres, que no aceptó nunca la infame actitud de Iglesias, rechazó su gobierno declarándole la guerra.

El general Cáceres escribe a Iglesias desde Matucana, el 15 de mayo de 1884, una nota en la que le dice:

> "Le faltó a Ud. carácter para combatir a los enemigos de su patria cuando todavía era posible la resistencia, y hoy le sobra energía para provocar una sangrienta lucha fratricida. Apele Ud. a su conciencia y espántese de la monstruosidad de su ambición"[1].

El 27 de agosto de 1884, el general intentó apoderarse de la Capital, pero no lo consiguió, por lo que se retiró a Arequipa. En esta ciudad -según afirma el general Cáceres en sus memorias- los habitantes lo esperaban ansiosamente. Una comisión de recepción se había adelantado hasta la Pampa de Arrieros, en compañía de los cuales tomó el tren ingresando a la ciudad, a las dos de la tarde del 1º de octubre, donde le esperaba el pueblo para ofrecerle una gran recepción. Los principales vecinos, encabezados por el señor Manuel de la Fuente, le dieron la bienvenida. El señor Francisco Oviedo lo saludó con un emocionado discurso en nombre del Club Patriótico. Al dejar la estación fue conducido en hombros. En la calle de La Merced se había levantado un arco al pie del cual una niña de apellido La Torre le entregó un ramo de flores y una tarjeta de oro en nombre del "Club Cáceres". Las tropas ya organizadas se formaron al mando del coronel La Torre, y las familias le arrojaban flores y aplaudían desde las ventanas y balcones. Al ingresar a la Catedral lo pusieron bajo palio. Entre los muchos obsequios, que recibió aquel día, se encontraba el de la viuda del mariscal San Román que le entregó la banda y faja de su esposo, el presidente fallecido. Los artesanos de la ciudad le honraron también obsequiándole una corona de laureles, trabajado en plata con hojas de oro, y una medalla del mismo metal con el escudo de armas de la república. El doctor Morales Alpaca le ayudó a organizar su ejército e hizo fundir cañones en la maestranza

1. Publicado en *El Comercio* de Lima el 25 de mayo de 1884.



del ferrocarril; a estos cañones bautizó el general Cáceres con el nombre de este gran patriota.

Escaso en armas para su nuevo ejército, escribe al general Campero, su amigo personal, a la sazón presidente de Bolivia, solicitándole la devolución de los dos mil fusiles que el Perú había prestado a esa nación al comienzo de la guerra. No demoró la respuesta y el general Campero le envió los dos mil fusiles con su respectiva dotación de municiones. Organizado y armado su pequeño ejército de dos mil hombres, se traslada a la sierra central. Iglesias envía a ese lugar, para combatirlo, fuerzas considerables, debidamente armadas y equipadas. Allí tiene lugar algunos encuentros entre ambas fuerzas. Como consecuencia de las acciones de Huancayo e Izcuchaca, el coronel Mas, que reemplaza al general Lorenzo Iglesias muerto en Huancayo y que ocupa este lugar, se retira a Jauja, y el general Cáceres ocupa Huancayo. Allí se une a sus fuerzas el coronel Morales Bermúdez, el guerrillero Lazón con su guerrilla, los guerrilleros de Togos, Pazos, Acostambo y Ñahuinpuquio.

Igualmente llega de Arequipa el general Bustamante, a quien nombra comandante general del ejército. Así reforzado avanza con sus fuerzas a Jauja y derrota las avanzadas iglesistas en Ataura. El coronel Mas, temiendo un ataque general sorpresivo, comunica al general Cáceres que está próximo a llegar una comisión enviada de Lima para conferenciar con él en pos de la paz, proponiéndole al mismo tiempo una suspensión de las hostilidades. La tregua fue aceptada el 17 de junio de 1885. Iglesias había nombrado para representarlo a su ministro, doctor Manuel Tovar, con amplias facultades; integraban su grupo el doctor Aramburu y el capitán de navío Camilo Carrillo. Por su parte el general Cáceres designó para representarlo en la conferencia a los doctores Flores Chinarro, Dianderas, García e Hildebrando Fuentes. La conferencia en busca de la paz fracasó porque los representantes de Iglesias exigían el reconocimiento incondicional de éste como presidente, aduciendo "que su autoridad provenía del pueblo agradecido y que el gobierno de Lima era un hecho concluido". Ofrecía en compensación del reconocimiento "halagadoras ventajas personales". Por su parte el general Cáceres sostenía que no necesitaba nada para él y exigía que Iglesias renunciara a la presidencia "porque fue impuesto por la astucia y las bayonetas chilenas". Fracasadas así las negociaciones, el general comunicó al coronel Mas que se reanudarían las hostilidades; por lo que el jefe iglesista temeroso se retiró con sus fuerzas a La Oroya, a la vez que solicitaba refuerzos a Lima; pasando luego a Chicla en espera de ayuda.

Ante esta situación, Iglesias organiza en Lima un ejército de seis mil hombres, bien armados y equipados, para batir al general Cáceres que contaba sólo con dos mil hombres, mal armados. El plan iglesista



consistía en atacar frontalmente con una división de cuatro mil hombres, al mando del coronel Relaize, avanzando por la quebrada del Rímac a La Oroya, Jauja, hasta Huancayo; mientras otro agrupamiento de dos mil hombres, al mando del coronel Martín Echenique, se internaría a la región central por Ica, a fin de cortar la retirada de "las derrotadas fuerzas caceristas". Ambas divisiones partieron de Lima el 28 de setiembre de 1885; la de Relaize avanza hasta La Oroya, donde se detiene por haber encontrado el puente cortado por las fuerzas del general Cáceres para demorarlo. Entre tanto, éste, conocedor del plan iglesista, prepara el suyo; de éste dice en sus memorias:

"Siendo Lima mi objetivo principal, concebí la idea de burlar al jefe iglesista, tramontando las altas punas y marchando en seguida sobre la Capital que se encontraba casi desguarnecida".

Para realizarlo prepara su plan según el cual, una vez que Relaize se aproximara a Jauja, tenía previsto que el grueso de sus fuerzas se trasladaran en dos escalones a Huaripampa que está en la margen derecha del Mantaro, debiendo hacerlo él con el segundo escalón que comprendía el grueso de la infantería, debiendo cortar luego el puente de nombre Huaripampa. Para cubrir sus operaciones, y engañar a Relaize, organiza una retaguardia con soldados de distintas unidades, y dispone que el coronel Borgoño, al mando de este agrupamiento, vaya a situarse en las alturas inmediatas a Jauja, sobre las ruinas Sausa, por donde calculó pasaría el enemigo; allí opondría a éste una resistencia a firme, simulada y dilatoria, replegándose luego por escalones hasta Jauja-Tambo, para seguir por la margen izquierda hasta Concepción, pasando por el puente Balzas a Mito para incorporarse al grueso. Dispuso también que el coronel Pacheco de Céspedes (el cubano), jefe de la pequeña columna de voluntarios montados, protegiera desde las ruinas de Jauja-Tambo el repliegue de las fuerzas de Borgoño, después de lo cual se replegaría también por Concepción a Mito, cortando el puente después de pasarlo.

El 14 de noviembre se aproximan las fuerzas de Relaize, y calculando que al medio día del 15 alcanzarían Jauja, en la tarde del 14 ordena que el primer escalón del grueso de las fuerzas, a órdenes del coronel Ruiz de Somocurcio, emprenda la retirada; el general, con el segundo escalón del grueso, se repliega a Huaripampa en la madrugada del 15.

A las 12 m. de este día, las fuerzas de Relaize alcanzan las posiciones caceristas y se inicia el combate. El destacamento Borgoño opone seria resistencia valiéndose de las magníficas posiciones que ofrecen las ruinas; después de algunas horas de combate, empiezan a replegarse ordenadamente, por escalones, hacia Jauja-Tambo donde, unido con la caballería de Pacheco de Céspedes, renueva la lucha hasta las cinco de la tarde en que se repliega, como estaba previsto, a Concepción por la



margen izquierda, pasando a Mito por el puente Balzas que luego destruye. Entre tanto, las fuerzas de Relaize que se creen victoriosas por haber desalojado al enemigo de sus posiciones y haber hecho algunos prisioneros entre los rezagados y heridos, comienza a celebrar la victoria en Jauja en vez de perseguir al opositor. Las fuerzas intactas del general Cáceres permanecen tranquilas, protegidas por el Mantaro entre Mito y Huaripampa. Al alba del 16 se concentra en Mito. En este lugar hace reunir 30 burros en los que hace cabalgar y despacha a Izcuchaca a los heridos y enfermos. Relaize y sus tropas, que avanzan a Huancayo ese día por la margen izquierda, los ven y creen que son los de la columna derrotada del general Cáceres; entonces el jefe iglesista muy alegre, y convencido de su victoria, hace un telegrama a Iglesias comunicándole "la derrota completa y fuga de Cáceres seguido de unos cuantos maltrechos soldados".

El mismo 16, el general Cáceres recibe, enviada de Huancayo, la renuncia de los miembros de su equipo ministerial; en ella le manifiestan "estar cansados de la larga campaña cuyo término veían muy alejado todavía"; él les contesta: "a mí no me hacen falta los ministros; me bastan los buenos jefes y soldados"; el único que decidió permanecer con él fue el doctor Alejandrino del Solar quien le manifiesta: "Yo he salido de Lima para acompañarlo y no me separaré de su lado hasta que termine nuestra misión."

Cubierto y liberado de la presencia enemiga, el general Cáceres permanece en Mito tres días, preparando sus fuerzas, para realizar la audaz sorpresa estratégica que había ideado, para caer como un rayo sobre el corazón de Lima, burlando ingeniosamente el plan iglesista. Pasó a Chupaca el 19 para iniciar desde allí su marcha triunfal a la Capital, a través de abismos y senderos aterradores, cubiertos de nieve, de la cordillera occidental, que en esa época del año son azotadas por torrenciales tempestades.

Ordenó que el coronel Bartolo Guerra se quedase en Mito con 50 hombres montados con la misión de proteger la retaguardia, vigilando los puentes destruidos, debiendo integrarse a la columna cuatro días después de su partida. Mientras tanto, Gregorio Relaize escribía a Iglesias:

> "El triunfo no puede ser más completo, actualmente trato de recoger la artillería y otros trofeos de guerra que han quedado abandonados en la orilla opuesta; el jefe revolucionario huye despavorido, acompañado únicamente por unos cuantos de sus partidarios".

El mismo día 19 parte de Chupaca, simulando retirarse a Izcuchaca derrotado y esparciendo la noticia de su retirada al sur. Luego, conducido por dos guías parte en dirección a Lima por las lomas de Consac,



ascendiendo seis leguas por las escabrosas cumbres nevadas de Tragadero y Taptapa; el mismo 19, al fin de la etapa, el ejército acampó en plena puna, donde fue sorprendido por una violenta tempestad; los terribles sufrimientos por el frío, el hambre y falta de refugio, son indescriptibles durante el recorrido entre el 19 y el 26, según escribe en sus memorias; el 20, después de una marcha de 40 km., llegaron a la hacienda Hatun Huasi, de propiedad del coronel Luis I. Ibarra, que marchaba como edecán y que generosamente brindó los recursos que tenía su hacienda. El 22 alcanzaron la hacienda Cochas, del señor Francisco Vivas; para comprender ese increíble sacrificio, bastará decir que pasaban las noches a la intemperie y cubiertos de nieve en esas altas punas. El 23 adelantó a La Oroya a los coroneles Salcedo y Morales Toledo para que avanzando rápidamente destruyeran el puente, completando así el aislamiento de las fuerzas de Relaize. El 24, se levantó el campamento a las tres de la mañana y se emprendió una horrible marcha sobre la nieve, sin otro descanso que un gran alto. A las ocho de la noche, después de recorrer 65 km., llegaron al paraje 'El estanque de Llacsacocha' lugar situado en plena cordillera a 15,000 pies de altitud, sin recursos de ninguna clase; el general que se había adelantado en busca de víveres y noticias, alcanza Carahuancra, hacienda del señor Francisco Mendizábal, donde encuentra recursos; en este lugar le informan del paso de una pequeña columna de prisioneros a Casapalca; inmediatamente ordena al comandante Gálvez que con diez hombres aligerados los alcance y les de un golpe de mano sorpresivo, tipo comandos de nuestra época. Gálvez llega a Casapalca después de caminar día y noche, luego pasa a Chicla donde sorprende a la pequeña guarnición de 80 hombres, en acción extraordinaria de audacia y sorpresa. Habiendo llegado antes del amanecer, repartió su personal en dos fracciones, una, que atacó directamente el cuartel, pidiendo la rendición, y otra, que sobre la estación hacía tocar ataque y daba órdenes a batallones imaginarios que deberían avanzar por tales o cuales direcciones. Este ardid dio el fruto deseado; la guarnición se rindió creyendo estar rodeada por fuerzas numerosas; sin embargo, los atacantes sólo eran diez hombres. Allí rescata a los prisioneros que estaban siendo embarcados en el tren que acababa de llegar, cargado de armamentos, municiones, equipo, víveres y vestuario para el ejército iglesista; todo fue capturado. Entre los prisioneros caceristas rescatados, se encontraba el teniente López. Este oficial apasionadamente enamorado de una linda jaujinita desertó por ella durante la marcha por la cordillera, llevándose dos mulos. Vuelto a Jauja se presentó al coronel Relaize, y para congraciarse con él, para permanecer en Jauja, delató todo lo que estaba sucediendo con las fuerzas intactas del general Cáceres; le contó que estaban avanzando a Lima por plena cordillera, etc. Relaize creyendo que se



trataba de un ardid preparado por su jefe para engañarlo, le respondió: "Yo lo conozco mucho al general Cáceres, a mí no me viene usted con esos cuentos; después de encontrarse completamente derrotado, desea engañarme, quiere que envíe mi ejército a la cordillera a perseguir fantasmas hasta morir helado, para luego ocupar él el valle, ¿no es cierto ...? –gritó al delator–. Llamó a un oficial, y por más que insistió López, ordenó: lleve preso a este oficial, que lo conduzcan junto con los otros prisioneros, en la columna que sale hoy a Lima. Y se cumplió la orden. Reconocido en Chicla por los caceristas fue sometido a consejo de guerra y fusilado por desertor.

Mientras tanto el general adelantó también al coronel Borgoño y al señor del Solar a fin de que comuniquen a Iglesias, desde Chicla, la llegada a ese lugar del ejército cacerista. El presidente Iglesias al recibir la comunicación quedó estupefacto. El 29 se embarca el general Cáceres y su ejército en dirección a Vitarte. Iglesias, desesperado y sin protección, llama a Echenique que se internaba al interior por Ica; pero éste y sus fuerzas fueron distraídos por el coronel Morales Bermúdez, enviado con ese fin a su encuentro. Echenique ante la llamada urgente vuelve solo a Lima; luego, para llevar su tropa, Iglesias fleta el vapor *Colombia*, pero éste encalla a la ida en un banco de arena por haber equivocado Tambo de Mora con Pisco, lo que impide la pronta concurrencia de los dos mil hombres a Lima.

Desde Vitarte el general Cáceres envía una circular al cuerpo diplomático residente en Lima, anunciándole que tomaría la Capital a viva fuerza si Iglesias no renunciaba o se avenía a entregar el mando a una junta de notables; en este último caso, él también renunciaría a favor de la junta. Sin embargo, como respuesta, Iglesias prepara la defensa de Lima y en particular del palacio de gobierno. Despacha los escasos recursos de que dispone a las entradas de Lima, en dirección de Chosica; pero ellos son arrollados con facilidad. Ante esta situación Iglesias se ve obligado a renunciar entregando el mando a un Consejo de Ministros presidido por el doctor Antonio Arenas e integrado por el doctor Eusebio Sánchez, monseñor Manuel Tovar, coronel Velarde y doctor Pedro Correa y Santiago; esto se produce el 3 de diciembre de 1885. El general Cáceres renuncia también el mismo día. Las escasas fuerzas de Iglesias se retiran a Chorrillos a órdenes del coronel Mas, y las del general Cáceres a Vitarte y Chosica. El Consejo convoca a elecciones generales; resulta elegido el general Cáceres en elecciones libres, asumiendo la presidencia el 5 de junio de 1886. Este episodio recogido por la historia, se conoce con el nombre de "La huaripampeada", recordando el lugar histórico donde se originó.



LOS AVELINOS O HUISHUYTOS

Es indudable que la historia del origen de los avelinos se encuentra en el desarrollo de las acciones de la gloriosa Campaña de la Breña y en la gran admiración que produjo, en los habitantes del Ande, ese hombre extraordinario que fue el mariscal Andrés Avelino Cáceres Dorregaray.

El alzamiento general de los pueblos, provocado por la invasión chilena del territorio, hizo posible que se vertebrara la resistencia armada contra el invasor. Para ello, en cada pueblo, los patriotas no escatimaron esfuerzo ni sacrificio. Todos contribuyeron en la medida de sus posibilidades: con hombres y rabonas, con animales de carne y carga, con víveres o con dinero. En todos los pueblos se crearon las guerrillas locales y en los pueblos más grandes y ricos se organizaron batallones para ser dados de alta en el ejército.

Así, dentro del contexto del desarrollo de esta campaña, llegamos a la culminación del segundo período, en que el minúsculo Ejército de la Resistencia del general Cáceres, de 1,200 hombres y sus guerrilleros de la región, derrota concluyentemente a los chilenos en tres combates realizados el mismo día –el glorioso 9 de julio de 1882– para luego lanzarlos y perseguirlos hasta el lugar del que partieron.

Los chilenos convencidos de que en la región central seguiría organizándose un nuevo y poderoso ejército, capaz de lanzarlos de la Capital, preparan una nueva y poderosa ofensiva. Ante esta amenaza, el general Cáceres pide a los pueblos que contribuyan una vez más con contingentes de patriotas organizados en unidades de combate. La gran mayoría de ellos organiza fuerzas para acudir a los campos de batalla.

Así, entre otros, se organiza en el valle del Mantaro el batallón *San Jerónimo Nº 10*, con un efectivo de 440 hombres, posiblemente con otras tantas rabonas. El flamante nuevo batallón, bajo el mando del coronel Melchor Gonzales, organiza su plana mayor como sigue: segundo jefe: teniente coronel Eduardo Salazar, hermano de Ambrosio Salazar; tercer jefe: mayor Miguel Berríos; cuarto jefe: mayor Luis del Mar; ayudante Mayor: capitán Vicente Ames Moya: habilitado; capitán Feliciano Tiglio; habilitado: teniente Pablo Argumeda; abanderado: teniente Antonio Túpac Yupanqui y subteniente Mariano Rodríguez; brigada: sargento



primero Juan Dávila; corneta: sargento primero Gerardo Bendezú; tambor: Antonio Camargo. Los capitanes de las seis compañías del batallón eran los siguientes: de la primera: capitán Pedro Dávila; segunda compañía: Feliciano Felio; tercera: capitán Santos Túpac Yupanqui; cuarta capitán Alejandro Córdova; quinta: capitán Pedro C. Herrera, y sexta: capitán Federico Herrera.

Equipado y armado regularmente, el batallón marcha a Tarma en Agosto de 1882 a ponerse a órdenes del general Cáceres, para integrar el nuevo Ejército del Norte dentro de la Cuarta División a órdenes del capitán de navío Germán Astete. En adelante harán el tercer período de la campaña, el más sufrido y glorioso, hasta ofrecer su holocausto en Huamachuco.

Después del desastre, los pocos sobrevivientes de las unidades del departamento de Junín inician una de las más tristes y penosas odiseas durante su retorno: descalzos, con la ropa completamente raída, sin prendas de abrigo para cubrirse durante las noches heladas, en su obligada marcha sólo por las cumbres inaccesibles, casi fugitivos, porque fueron perseguidos a través de los pueblos hasta Cerro de Pasco y Tarma por la caballería chilena, sin poder entrar a los pueblos a pedir socorro porque estaban ocupados por los destacamentos de persecución. La retirada a sus pueblos la hicieron pues por lugares inhóspitos, por donde no fuera posible que los encontrase la caballería enemiga, en particular en la noche.[1]

Así pues ellos llegaron a sus pueblos harapientos, hambrientos, con los pies estropeados, envueltos en trapos, después de escapar de dos grandes peligros: la masacre y repaso en ese lugar de Huamachuco; la persecución y la dolida odisea sufrida desde el campo de batalla hasta llegar a sus pueblos; muchos quedaron regados en la dura ruta, sobre todo los heridos y los enfermos, entregados a su propia suerte hasta perecer de inanición.

Una versión recogida de gente mayor en el pueblo de San Jerónimo de Tunán en 1982, durante el recorrido que hicimos con la Comisión Permanente de Historia del Ejército, siguiendo el itinerario hecho por el general Cáceres durante la gloriosa contraofensiva de julio de 1882, refiere que el 16 de agosto de 1883, cuando el pueblo celebra bullicioso y alegre la fiesta de San Roque, al mes y seis días del desastre, ignorando lo que había pasado en Huamachuco, los bailarines de una pandilla de chonguinos, que ingresaban por el norte a la ciudad para asistir a la misa solemne de ese día, vieron sorprendidos que, de la dirección de Concepción, venían varios jóvenes extenuados, con apariencia de pordioseros;

1. Versión del subteniente Juan Nicanor Castillo, del batallón *Concepción Nº 7*, sobreviviente de la catástrofe.



unos cojeando, otros caminando apoyados en sus compañeros menos afectados; algunos sosteniéndose en sus rejones, y otros pocos, más animosos, conservando aún sus armas, llevadas con portarrifles de soga vieja; todos ofrecían un aspecto cadavérico. Al acercárseles, aún más, descubrieron sorprendidos y conmovidos que esos jóvenes, eran sus añorados hermanos del pueblo, los mismos que el año anterior habían partido orgullosos, vivando a su pueblo y llenos de patriotismo y valentía, como soldados de línea del batallón que llevó el nombre de su valiente pueblo, el batallón *San Jerónimo Nº 10.* De los 440 patriotas, solo retornaban unos cuantos, condecorados con varias heridas y cicatrices obtenidas en el holocausto de Huamachuco.

Así pues, identificados los héroes, corrieron unos y otros, como lanzados por un resorte, a abrazarlos con ansias locas de hacerles mil preguntas; luego, como la hora apremiaba, cada cual tomó de los brazos a sus heroicos guerreros y los llevaron a la ciudad por la avenida principal; no importó que ellos, los bailarines, estuvieran vestidos de finos terciopelos bordados con hilos de plata y oro, plumas y pañuelos multicolores de seda, y los guerreros cubiertos solo de harapos sucios y recosidos, con partes del cuerpo casi desnudas, y barbudos. Bailando así con algún esfuerzo, recorrieron el jirón principal ante la mirada cada vez más atónita de los vecinos que se agolpaban masivamente tras la pandilla, tratando de reconocer entre los extraños bailarines, a sus hermanos, parientes o amigos que habían llevado en sus pechos el honor y el orgullo de su valiente pueblo, tras el invasor. Cuando llegaron a la plaza principal, una ansiosa y enorme multitud, rodeó a la pandilla y los recién llegados; todos deseaban entrevistar a los escasos sobrevivientes, para ver entre ellos a un posible hermano, padre o hijo, o conocer algo de ellos; la noticia de la llegada de los sobrevivientes, había corrido por el pueblo como un reguero de pólvora, y los familiares de los 440 patriotas, volaron ansiosos a verlos o conocer algo de los suyos. El encuentro del pueblo con ellos fue conmovedor; los más afortunados reconocieron entre ese minúsculo grupo a los suyos, en medio de una gran algarabía; mientras la gran mayoría del pueblo,que preguntaba ansiosa por sus padres, hijos y amigos, al ser informada de que se habían inmolado en Huamachuco, lloró inconsolablemente.

Esta escena profundamente conmovedora, sobre todo el espectáculo ofrecido por los gloriosos traposos sobrevivientes, dificultosamente sostenidos por elegantes chonguinos, impresionó hasta el paroxismo a todos los hijos del pueblo, y éste grabó hondamente la escena con profundo dolor y lágrimas amargas para no olvidarlo nunca.

Pasan los años, y el pueblo que tenía muy presente la escena quiso perennizar el acto en homenaje a sus héroes por la tragedia de su peregrinaje y del retorno a sus pueblos.





Señor Eusebio Rodríguez. Relata el origen heroico de la danza guerrera de Los Avelinos de San Jerónimo.

En los años siguientes unos cuantos jóvenes tomaron la iniciativa de seguir rememorando el emotivo acontecimiento e imitando a los 'Chutos' de las pandillas de chonguinos, o quizá parodiando a los gloriosos mensajeros o espías del general Cáceres, seguían celebrando el acontecimiento. Es posible que estos mensajeros, exprofesamente vestidos de harapos para disfrazar su misión, hayan visitado varias veces San Jerónimo llevando mensajes del general Cáceres. Los jóvenes se disfrazaban pues con ropa vieja y calzado (shucuis) hechos de cueros de vacuno. "En enero de 1889, durante el primer gobierno del general Cáceres, reunidos en el barrio de Huando, los jóvenes sobrevivientes Esteban Inga, los hermanos Pascual y Manuel Meza Maula, Martín Inga Pomalaza, Faustino Meza Calderón y Nicolás Cangahuala Sánchez",[2] todos alegres, activos y jocosos, acuerdan organizar una pandilla con características propias para presentarse en las fiestas en forma independiente. Para el efecto se asocian y nombran entre ellos a uno para que presida la asociación; recayó en Pascual Meza Maula el primer mendato, el que en adelante se llamaría: 'Tito avelino'; luego acuerdan adoptar como música propia provisional, para las presentaciones, la usada por los pastores de rebaños de ovejas y vacas en las herranzas anuales; el conjunto usaría como instrumentos el auténtico cuerno hecho de fracciones de éste, y la 'tinya', ambos instrumentos incaicos. La tonada usada al ritmo de la 'tinya' es la empleada en la herranza. Con el transcurso del tiempo componen una nueva música especial, que caracteriza hasta hoy a los avelinos; ésta es muy alegre y atrayente; usan siempre los mismos instrumentos, a los que agregaron un violín; hoy se ha incorporado arpa y saxofones. En cuanto a la vestimenta, resuelven seguir usando la misma ropa y demás elementos acordados anteriormente. En lo referente a la máscara acuerdan usar en adelante una barbuda, en recuerdo del general Cáceres y a los sobrevivientes.

En lo sucesivo, no obstante su triste y lastimera vestimenta, los avelinos deberán ser alegres, jocosos y activos, capaces de hacer reír siempre al pueblo.

Organizados así, hacen su primera presentación en agosto de 1889, durante las fiestas patronales de San Roque; el pueblo los aplaude con gran entusiasmo, consagrándose así el nacimiento de un nuevo conjunto de bailarines, hoy los más famosos y tradicionales. Años después, según el teniente coronel de Sanidad, Vicente Santiváñez Túpac Yupanqui, de 100 años de edad, hijo querido del lugar, que aún vive, asegura que un sastre de apellido Meza, que residía en el barrio de Huando, diseñó el traje definitivo que usan hasta hoy los avelinos, hecho a base de

2. Mendoza Beoutis, Zoila. "La fiesta de San Roque y los Avelinos", en *Kamaq Maki* Nº 2 - Huancayo, abril/1988.



pequeñas tiras de tela de distintos colores, cosidas a un mameluco o terno muy usado. Desde entonces queda establecido también el resto del ropaje y accesorios; así, usan sombrero de lana o chuco, pudiendo usar también chullo; una honda con la que amarran un poncho pequeño y una bufanda; una manta o pullocata para transportar los alimentos y otras menudencias que llevan como equipaje; un huallqui coquero en bandolera, una máscara jocosa, un fusil corto de madera que tiene como portarrifle una soga vieja, un shucui de cuero lanudo. Tal vestimenta causa hilaridad entre los espectadores a la vez que les recuerda el hecho histórico.

Así pues año a año, a partir de su fundación, los organizadores fueron turnándose en la dirección y presentación del conjunto de avelinos, formando una de las agrupaciones de bailarines más admirados y de obligada presentación en todas las fiestas, pero en particular en la de San Roque, el 16 de agosto de cada año.

En 1914 el mayordomo Genaro Avila Meza, redacta una especie de reglamento cómico con don Eusebio Rodríguez Meza, este último, uno de nuestros principales y más calificados infor- mantes que aún vive y que ha dedicado toda su vida al servicio de las organizaciones de los avelinos.

Los programas buscaban presentar bailes y acciones jocosas y atrayentes; el que le ha seguido los pasos a don Eusebio ha sido don Leocadio Meza Sánchez, otro entusiasta admirador de los avelinos que perennizaron las hazañas de los hijos de San Jerónimo en la Campaña de la Breña.

En 1918, los primeros fundadores se asocian con otros y crean la "Sociedad de Auxilios Mutuos San Roque" la que consagra definitivamente la Sociedad.

Desde entonces a la fecha, los avelinos han alcanzado fama en todo el país. De cómo marcha la Asociación hasta nuestros días, llevan un historial los miembros de las Juntas Directivas.

Antes de terminar, y en honor a los hijos de San Jerónimo que se sacrificaron en Huamachuco por la patria, referiremos lo que contó el Sgto. 1º Esteban Inga, respecto a cómo escaparon del repaso en el campo de batalla.

Afirma que él y varios de su unidad, al verse cercados por la caballería, se hicieron los muertos en los cercos entre las malezas llamadas zarzamoras que tenían enormes espinas como uñas de gato. Pasada la avalancha, poco a poco, individualmente, lograron abandonar la zona para tomar el camino de vuelta, del largo y penoso retorno hasta su tierra. El grupo que, después de abandonar Huamachuco, fue considerable, disminuyó poco a poco, y cada cual ,entregado a su propia suerte, siguió su camino. Así pues llegaron a San Jerónimo, solo los



pocos sobrevivientes que citamos. Es posible que de todos los batallones, organizados en el departamento de Junín, hayan llegado en igual forma a sus pueblos y que en ellos también se hayan realizado encuentros emotivos como los de San Jerónimo; quizá por eso la historia de ese conjunto de avelinos sea tan admirado en todos los pueblos del glorioso departamento de Junín que sostuvo la Campaña de la Breña.

Nuestra sugerencia; en cuanto a ciertas costumbres adoptadas últimamente durante las presentaciones de los avelinos, se refiere al desacuerdo con ciertos hechos; por ejemplo, en cuanto se hace gala de regalones, llevando en sus quipes abundantes y exquisitos comestibles para repartirlos al público durante sus horas de descanso, hasta en elegantes servicios de comedor. Con esta infortunada y reciente costumbre se niega justamente el hecho histórico doloroso de hambre y pobreza que se quiere rememorar en homenaje a los que lo sufrieron con estoicismo por la patria, durante la Campaña de la Breña; salvo que se quiera rememorar también a los gloriosos y sacrificados mensajeros espías que frecuentaban a todos los pueblos del Ande en pos de datos sobre el enemigo o llevando mensajes confidenciales urgentes; estos sí llevaban alguna provisión en sus quipes para alimentarse a la vez que caminaban a través de extensos senderos en su veloz viaje.



pequeñas tiras de tela de distintos colores, cosidas a un mameluco [illegible] tiempo muy usado. Desde entonces queda establecido también el resto [illegible] ropa y accesorios: así usan sombrero de lana o chuco, pudiendo [illegible] también chullo; una honda con la que amarran un poncho pequeño [illegible] una bufanda; una manta [illegible] para transportar los alimentos [illegible] otras menudencias que llevan como equipaje; [illegible] bandolera, una máscara jocosa, un fusil corto de madera [illegible] [illegible] causa hilaridad entre los espectadores a la vez que les recuerda el he[illegible] histórico.

Así pues año a año, a partir de su fundación, los organizado[illegible] fueron turnándose en la dirección y presentación del conjunto [illegible] avelinos, formando una de las agrupaciones de bailarines más admira[illegible] y de obligada presentación en todas las fiestas, pero en particular [illegible] de San Roque, el 16 de agosto de cada año.

En 1916 el mayordomo Genaro Ayllu Meza, redacta una [illegible] [illegible] con don Eusebio Rodríguez Meza, este último [illegible] de avelinos originales y más calificados infor- mantes que aún [illegible] que ha dedicado toda su vida al servicio en las organizaciones de [illegible] avelinos.

Los programas buscaban presentar bailes y acciones jocosa[illegible] atrayentes; el que le ha seguido los pasos a don Eusebio ha sido [illegible] Leocadio Meza Sánchez, otro entusiasta admirador de los avelinos [illegible] perennizaron las hazañas de los hijos de San Jerónimo en la Campañ[illegible] de la Breña.

En 1918, los primeros fundadores se asocian con otros y crean [illegible] "Sociedad de Auxilios Mutuos San Roque" la que consagra definitiva[illegible] mente la Sociedad.

Desde entonces a la fecha, los avelinos han alcanzado fama en [illegible] el país. De cómo marcha la Asociación hasta nuestros días, llevan [illegible] historial los miembros de las Juntas Directivas.

Antes de terminar, y en honor a los hijos de San Jerónimo que [illegible] sacrificaron en Huamachuco por la patria, referiremos lo que cont[illegible] Sgto. 1º Esteban Inga, respecto a cómo escaparon del repaso en el cam[illegible] de batalla.

Afirma que él y varios de su unidad, al verse cercados por [illegible] caballería, se hicieron los muertos en los cercos entre las mat[illegible] llamadas zarzamoras que tenían enormes espinas como uñas de ga[illegible] Pasada la avalancha, poco a poco, individualmente, lograron aband[illegible] la zona para tomar el camino de vuelta, del largo y penoso retorno [illegible] su tierra. El grupo que, después de abandonar Huamachuco, [illegible] considerable, disminuyó poco a poco, y cada cual, entregado a su pro[illegible] suerte, siguió su camino. Así pues llegaron a San Jerónimo, [illegible]







EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICO-MILITARES DEL PERU

Otorga el presente

DIPLOMA DE HONOR

Al Sr. **May. EP Eduardo Mendoza Meléndez**

por haber obtenido en el presente año el Premio de Investigación y Estudio de la Historia Peruana

‹Fundación Luis A. Eguiguren› *con su obra titulada:* **"HISTORIA DE LA CAMPAÑA DE LA BREÑA"**

En Lima, a los 17 *días del mes de* Diciembre *del ano de* 1981

El Secretario

Crl. Víctor Elguera Salomón



El Presidente

Gral. Div. Jorge Carlín Arce





El Centro de Estudios Histórico - Militares del Perú

En uso de la facultad que le confiere el Estatuto General y atendiendo a los méritos que distinguen

al señor **My EP Eduardo Mendoza M.**

por su eficiente dedicación al cultivo de la Historia, ha venido en nominarlo

Miembro DE NUMERO

y para que así conste y como tal sea reconocido, le otorga el presente diploma.

En Lima a los 20 días del mes de Noviembre del año de 1986

El Secretario

Crl. Ernesto Naters Saavedra

El Presidente

Gral. Div. Jorge Carlín Arce

Registro Nº 011

ANEXO 1

PARTE DEL COMBATE DE CONCEPCION ELEVADO POR EL COMANDANTE AMBROSIO SALAZAR, JEFE DE LAS GUERRILLAS DE COMAS, AL CORONEL JUAN GASTO[1]

ANEXO

Ingenio, julio 9 de 1882
1.00 p.m.

Señor coronel don Juan Gastó.
Comandante General de la División
Vanguardia del Ejército del Centro.

Ayer a las 10 a.m. dejamos el caserío de San Antonio a donde arribamos en una sola jornada; habiendo salido de Comas el 8 del que rige, con el objeto de atacar a la fuerza chilena que guarnecía la ciudad de Concepción.

A las 4 p.m. llegamos a otro caserío llamado Lastay, que está sobre la expresada ciudad, a distancia de 3 km.; aquí hicimos alto para distribuir a las fuerzas de mi mando, que constaban de 170 hombres con rifles desiguales, las municiones que, a costa de nuestras fatigas me arbitré en Comas, después del primer combate que libré en dicho pueblo contra una fracción del escuadrón chileno Yungay que fue destrozado también por las fuerzas que me obedecían, el 2 de marzo del mes en curso.

U.S. opinó que la hora era inoportuna para emprender el ataque y que además era necesario saber con fijeza sobre el paradero del general Cáceres y su ejército, o de algún movimiento que éste haga contra el grueso del ejército enemigo, que en la actualidad ocupa Huancayo; y que en consecuencia era más conveniente en concepto de U.S. ocupar las alturas de este pueblo para estar atentos a las evoluciones que lleve a cabo dicho general y de ponerse en seguida de concierto con ellas.

Yo no quise cejar ni un punto de la resolución que traía desde que salí de Comas, de atacar al enemigo sin pérdida de tiempo. Viendo el sargento mayor don Luis Lazo, segundo jefe de la columna Ayacucho, que mi propósito era inquebrantable, se asoció a mi dictamen y dijo con voz alta, como a U.S. le consta, que él me acompañaría en mi empresa aunque fuese solo.

[1] Tomado de la Colección Ahumada Moreno.





ANEXO

El Centro de Estudios Histórico - Militares del Perú

En uso de la facultad que le confiere el Estatuto General y atendiendo a los méritos que distinguen al señor My EP Eduardo Mendoza M.

por su eficaz dedicación al cultivo de la Historia, ha decidido en nominarlo

Miembro DE NUMERO

y para que así conste y como tal sea reconocido, le otorga el presente diploma.

En Lima a los 28 días del mes de Noviembre del año de 1985

El Secretario — El Presidente

Crl. Ernesto Natera Saavedra — Gral. Div. Jorge Carlin Arce

Registro No. 011

ANEXO 1

PARTE DEL COMBATE DE CONCEPCION ELEVADO POR EL COMANDANTE AMBROSIO SALAZAR, JEFE DE LAS GUERRILLAS DE COMAS, AL CORONEL JUAN GASTO[1]

Ingenio, julio 9 de 1882
1.00 p.m.

Señor coronel don Juan Gastó.
Comandante General de la División
Vanguardia del Ejército del Centro.

Ayer a las 10 a.m. dejamos el caserío de San Antonio a donde arribamos en una sola jornada, habiendo salido de Comas el 8 del que rige, con el objeto de atacar a la fuerza chilena que guarnecía la ciudad de Concepción.

A las 4 p.m. llegamos a otro caserío llamado Lastay, que está sobre la expresada ciudad, a distancia de 3 km.; aquí hicimos alto para distribuir a las fuerzas de mi mando, que constaban de 170 hombres con rifles desiguales, las municiones que, a costa de nuestras fatigas me arbitré en Comas, después del primer combate que libré en dicho pueblo contra una fracción del escuadrón chileno Yungay que fue destrozado también por las fuerzas que me obedecían, el 2 de marzo del mes en curso.

U.S. opinó que la hora era inoportuna para emprender el ataque y que además era necesario saber con fijeza sobre el paradero del general Cáceres y su ejército, o de algún movimiento que éste haga contra el grueso del ejército enemigo, que en la actualidad ocupa Huancayo; y que en consecuencia era más conveniente en concepto de U.S. ocupar las alturas de este pueblo para estar atentos a las evoluciones que lleve a cabo dicho general y de ponerse en seguida de concierto con ellas.

Yo no quise cejar ni un punto de la resolución que traía desde que salí de Comas, de atacar al enemigo sin pérdida de tiempo. Viendo el sargento mayor don Luis Lazo, segundo jefe de la columna Ayacucho, que mi propósito era inquebrantable, se asoció a mi dictamen y dijo con voz alta, como a U.S. le consta, que él me acompañaría en mi empresa aunque fuese solo.

[1] Tomado de la Colección Ahumada Moreno.



Entonces U.S. me dio el alto y honroso cometido de dirigir el ataque, alegando que no conocía la topografía de la ciudad que, media hora después fue el teatro de la lucha sangrienta; acepté desde luego tan honrosa comisión e inmediatamente adelanté a tomar el camino que conduce sobre el morro que sobresale de la colina que domina Concepción, por el este, distante mil metros de la plaza de la ciudad, con la columna de mi mando, y el segundo jefe de ella, Crisanto Meza, quien espontáneamente, me ofreció sus servicios el día anterior en San Antonio.

Una vez que hube llegado al expresado morro, abrí los fuegos contra los chilenos que, desplegados en guerrilla en la plaza y en el patio del convento que hacía de cuartel, nos esperaban; a consecuencia sin duda, de algún aviso que en ese instante tuvieron de nuestra aproximación por ese lado. Por espacio de una hora sostuvimos un nutrido fuego de fusilería en esa posición, hasta que U.S., según compromiso de antemano, se introdujese a la ciudad sin ser visto por el enemigo siguiendo el camino de Quichuay, para llevar un movimiento envolvente, es decir, para desembocar a retaguardia de los combatientes de la plaza, por la esquina de la casa de la señora Valladares; tomada la retaguardia por U.S., descendí de frente, para tomar el flanco derecho de los adversarios, apareciendo por los portales. El movimiento combinado se ejecutó sin tropiezos, los chilenos de la plaza, luego que se apercibieron de ello, se replegaron a su cuartel incontinente; hasta esa hora mis fuerzas no sufrieron más bajas que dos caballos, uno de ellos de mi ayudante, capitán Cipriano Camacachi; eran las 6 p.m.

Pocos minutos después, el ayudante de U.S., capitán Revilla, me comunicó que U.S. en su propósito de conservar intactas sus fuerzas, en obedecimiento de órdenes superiores, se retiraban a las alturas a pernoctar y procurar rancho a sus soldados. También me participó que el Tte. Crnl. Francisco Carbajal había sido herido.

A las 6.30 p.m. ordené a mis ayudantes Bellido y Camacachi que trajesen querosene de la tienda de don Manuel Peña, quien minutos antes me dio dos rifles con 50 cápsulas de dotación cada uno, ofreciéndome el aludido combustible, si necesario fuese. Los ayudantes no se hicieron esperar mucho, trajeron 12 a 15 latas de petróleo y procedieron a incendiar el convento arrojándolo sobre sus techos; opté por esta medida para obligarlos a rendirse, o salir de allí para batirse a campo libre, no conseguí mi objeto; los enemigos no cesaron de dirigirnos sus proyectiles por las numerosas ventanas del edificio; Camacachi, que fue uno de los que con más intrepidez cebaba el fuego, perdió la mano derecha de un tiro que el enemigo le asestó desde su encierro.

Algunos vecinos de Concepción se pusieron a mis inmediatas órdenes, con sus respectivos rifles y tomaron parte activa en el combate,



ellos fueron los siguientes: D. Manuel Peña, Ricardo Cárdenas, doctor Santiago Manrique Tello, Santos Moreno, Dámaso Peña, Esteban Alzamora, Marcos Chamorro, Adolfo Coca, subteniente Juan Nicanor Castillo, Ismael Carpio, Luciano Lizárraga y Mariano Villasante; de todos estos murieron en la acción Chamorro y Alzamora.

Los enemigos abandonaron el cuartel, reducido a cenizas, a las 12 de la noche y se refugiaron en el local contiguo situado al costado derecho de la iglesia matriz, dejando en aquel más de 15 cadáveres.

Entonces los nuestros con ese brío irresistible, que desde el principio del ataque desplegaron los estrecharon en un círculo más reducido; se apoderaron de las paredes de los flancos, de las torres de la iglesia y de los techos de ésta.

A esta hora se hizo la lucha por demás encarnizada; los oficiales chilenos dentro del salón principal del último local, destacaban fracciones de 6 ú 8 soldados, se batían con desesperación y de seguro después de 15 ó 20 minutos de sostener con los nuestros nutrida fusilería quedaron en total fuera de combate, gravemente heridos o muertos. Los que ocuparon la torre próxima a la última trinchera del enemigo, son los que más bajas han ocasionado a éste.

Cesaban los fuegos de una y otra parte, por intervalos más o menos cortos de tiempo; en esta situación nos mantuvimos toda la noche hasta las 7.00 a.m. de hoy; a esta hora, anhelando llegar al epílogo del sangriento drama, ideamos hacer forados en las paredes que circundan el cuartel y dar el último asalto.

Concluida la operación de los forados por varias partes y viendo el enemigo que el peligro era inminente, izaron un pañuelo blanco, símbolo de paz; creyendo los nuestros que ya se rendían avanzaron sin hacer fuego hasta media plaza donde fueron recibidos con una lluvia de balas, no sin causar numerosas bajas. Esta innoble acción produjo en las filas asaltantes la más viva indignación, que arrancó juramentos de un modo unísono para no dar cuartel al resto de los que aún se resistían dentro de los espesos muros de su trinchera. En el acto se abalanzaron 50 hombres al asalto de los enemigos, como una jauría de tigres, y ultimaron a todos después de una resistencia verdaderamente horrible. El capitán Carrera Pinto, subteniente Cruz y nueve soldados, sacados de la trinchera, fueron fusilados en la plaza; los subtenientes Pérez Canto y Montt, sucumbieron en el fragor de la lucha dentro de aquella.

A las 9.00 a.m. de hoy la acción de armas tocó a su término, cuando ya no hubo enemigos con quien combatir.

En resumen: toda la guarnición chilena de Concepción, de capitán a tambor que constaba de 79 hombres, ha sido totalmente exterminada después de 17 horas de combate casi incesante; además fueron muertas dos mujeres de los soldados, de tanto coraje, que en lo más recio del



combate animaban a los suyos en alta voz para que continuaran peleando. Ha sido encontrada muerta, entre los montones de cadáveres una criatura recién nacida, y otra fue salvada viva por don Dámaso Peña; una de las mujeres había dado a luz días antes del combate dos criaturas gemelas.

No necesito recomendar la conducta de los que asaltaron Concepción; ella se recomienda por sí misma; fue su divisa vencer y vencieron. Cuenta con más de 40 bajas, entre muertos y heridos, siendo mayor el número de éstos; serán llevados para su curación al convento de Ocopa donde los padres franciscanos, según carta que tengo a la vista, han improvisado un hospital de sangre.

Los caballos de los vencidos, fueron tomados por algunos de los individuos del pueblo, muy al principio del combate; quedando en poder de mis fuerzas todos los despojos de éste; rifles, vestuario y peroles.

Pocos momentos antes ingresó U.S. a la plaza con fuerzas de su mando y contuvo con energía los desbordes de los guerrilleros que, procedentes de los pueblos vecinos, acudieron a última hora en masas considerables. Como U.S. ha visto personalmente la mayor parte de los cadáveres están hacinados en el local que ocuparon a las 12.00 de la noche; en el que se refugiaron al principio del combate, esto es, en el convento hay más o menos 15; en la plaza quedan 13 inclusive los de los oficiales y de dos mujeres.

Elevo a U.S. este parte con los detalles que describo, a fin de que por su órgano llegue al conocimiento del general Cáceres, Jefe Superior, para que se entere sobre el espléndido triunfo alcanzado por la columna de mi mando contra una fracción del ejército de Chile, que guarnecía Concepción; que aunque no tengo noticia segura sobre su paradero, hasta este momento, pero a juzgar por los días que lleva de camino desde su salida de Ayacucho, debe estar ya cerca del cuartel del grueso del ejército enemigo (Huancayo) afrontándose para el ataque.

Dios guarde a Ud.

(Fdo.) Ambrosio Salazar y Márquez.

(*) El soldado chileno que en Concepción se presentó al general Cáceres tres días después del suceso, pertenecía a la 3ra. compañía del *Chacabuco* que cuatro días antes de la hecatombe, fue relevado por la 4a. compañía; se desertó y permaneció oculto en la casa de doña Martha Guevara, su comadre desde los trabajos de la línea, en el ferrocarril de La Oroya.



ANEXO N° 2

ORGANIZACION DEL BATALLON CONCEPCION N° 1[2]

(De las «Listas de Revista de Comisario» del mes de diciembre de 1879.- Archivo Histórico del CEHM del Perú).

PLANA MAYOR

Primer Jefe	Coronel	Juan E.Valladares
Segundo Jefe	Tte.Crnl.	Angel Rodríguez
Jefe Sanidad	Mayor	Santiago M. Tello
Ayudante Mayor	Capitán	Juan F. Cáceres
Ayudante	Capitán	Jerónimo Brancho
Ayudante	Teniente	José Márquez
Ayudante	Teniente	Francisco Javier Urrós
Ayudante	Sub-Tte.	Mariano Durán
Abanderado	Sub-Tte.	Mariano Lozano
Armero	Sgto. 1°	Ruminaldo Meza
Enfermero	Sgto. 1°	Guillermo Funamñaña
Músico Mayor	Sgto. 1°	Juan Díaz

DESTACAMENTO DE O.S.

Sgto. 1°	Luis Belesmoro
Sgto. 2°	Vicente Broncano
Sgto. 2°	Melchor Quintanilla
Sgto. 2°	Zenón Ríos
Sgto. 2°	Rudecindo Cano
Sgto. 2°	José M. Silva
Sgto. 2°	José Delfín

La banda de músicos y de guerra pertenecían también a la plana mayor de la unidad por lo que se le consideraba dentro de ella.

BANDA DE MUSICOS

José M. Chávez	José M. Orihuela
Diego Lozano	Melchor Oré
Manuel Munguía	Rafael Centeno



Evaristo Vasaldua	José Morales
Casimiro Mayta	Isidro Barreto
Gregorio Puma	Hilario Inga
Silvestre Mayta	Juan Suárez
Antonio Cuenca	Bernardo Martínez
Félix santos	Francisco Zárate
Pablo Chávez	Pedro Martínez
Ramón Soto	Tomás Sánchez
Agustín Ninanhuanca	Marcos Santos.

PRIMERA COMPAÑIA

Capitán	José Béjar	Teniente	Felipe Meza
Teniente	Pablo Párraga	Sub Tte.	Félix Tueros
Sub Tte.	Pedro Ortuzar	Sgto. 1°	Francisco Morales
Sgto.2°	Ylario Chuquillanqui	Sgto. 2°	BuenaventuraAlcántara
Sgto.2°	Marcos Pitancio	Sgto. 2°	Valeriano Castillo
Cabo 1°	Rufino Elesmoro	Cabo 1°	Florencio Vásquez
Cabo 1°	Lucas Arriola	Cabo 1°	Rudecindo Rojas
Cabo 1°	Pedro Gutiérrez	Cabo 1°	Fernando Temanñaña
Cabo 1°	Gregorio Montero	Cabo 2°	Rufino Meza
Cabo 2°	Melchor Párraga	Cabo 2°	Juan Verástegui
Cabo 2°	José Montero	Cabo 2°	Martín Barreto
Corneta	Leandro Torres	Pífano	Victor Zarzo

SOLDADOS

Valentín Váquez	Felipe Muñoz
Pedro Arlica	Melchor Romaní
Candelario Besa	Ildefonso Timañaña
Juan de Dios Portocarrero	Lucas Cerrón
Leonidas Discas	Santiago Sandoval
Bernardo Toza	Luis Castillo
Saturnino Torres	Eulogio Campusano
Anacleto Vílchez	José Ramírez
Manuel Cucli	Espiritu Meza
Lorenzo Santos	Manuel Monterrey
José Porras	Miguel meza
Estanislao Martínez	Jacinto Granda
Simón Casimiro	José Paucarpoma
Marcelino I. Rojas	Fernando Romo
Belisario Saquicuray	Santiago Sosa
José López	Manuel Granados



Pedro Bela
Manuel Párraga
Melchor Tacsa
Toribio Camusano
Sebastián Guevara
Eusebio Romero
Valentín Laso
Andrés Chuquillanqui
Juan Alcántara
Andrés Elescano
Marcos Valle
Daniel Oré
Escolástico Quispe
Florentino Tacsa
Pablo Moya
Fabián Oré
Juan de Dios Bela
Marcos Chacón
Francisco Huariseca
Celedonio Rojas
Pedro Anlas
Manuel Reyes
Julián Balvín
Manuel Contreras
Manuel Falcón
José Sánchez
Dámaso Manrique
Gregorio Huanay
Guillermo Torres
Santiago Sandoval
Sixto Porras
Pedro Rodríguez
Manuel Torres
Nicolás Arriola
Hermenegildo Cruz
Nicolás Villa
Francisco Granda
Timoteo Ríos
Isidro Laso
Martín Ibarra
Tomás Rojas

SEGUNDA COMPAÑIA

Capitán	Guillermo Kirchnner
Teniente	Domingo Samudio
Sub.Tte.	Federico Bornaz
Sgto. 2°	Jorge Arroyo
Sgto. 2°	Francisco Galarza
Cabo 1°	Andrés Vilchez
Cabo 1°	Francisco Portocarrero
Cabo 1°	Emeterio Inga
Cabo 1°	José Herrera
Cabo 2°	Francisco Verástegui
Cabo 2°	Valerio Contreras
Cabo 2°	Toribio García
Pífano	Clemente Tacsa
Teniente	Dámaso Peña
Sub.Tte.	Francisco Lozano
Sgto. 2°	José Barredo
Sgto. 2°	Ciriaco Basilio
Sgto. 2°	Vicente Mosquera
Cabo 1°	José Calderón
Cabo 1°	Julián Rojas
Cabo 1°	Matías Canchanya
Cabo 2°	Emilio Muñoz
Cabo 2°	Facundo Miranda
Cabo 2°	Fernando Yupanqui
Corneta	Pedro García
Tambor	Jacinto Torres

SOLDADOS

Francisco Mizares
Andrés Chuqillanqui
Celestino Rosales
José Zúñiga
Benedicto Meza
Manuel Verástegui



Guillermo Samudio	Romualdo López
Insiterio Ruiz	Esteban Cáceres
Luis Verástegui	Vicente Valverde
Tomás Montero	Juan Vera
Melchor Chuquillanqui	Ignacio Cuadrado
Gregorio Misares	Manuel I. Palacios
Francisco Macha	Jesús Centeno
Luciano Huinolloz	Dámaso Sosa
Francisco Verástegui	Dionicio Ordóñez
Gregorio Flores	Daniel Ninahuanca
Domingo Yupanqui	Juan Cuadrado
Juan Martínez	Asencio Lozano
Dionicio Yupanqui	Rafael Inostrosa
Apolonio López	Germán Yacolta
Baltazar Salazar	Felipe Avellaneda
Nicolás Chávez	Cecilio Inga
Pascual Lunahuaná	Tomás Yupanqui
Foas Torres	Manuel Ayala
Pedro Alanya	Antonio Yupanqui
Luis vega	Luis Pichus
Liberato Yuquicuras	Aniceto Asención
Ubaldo Yupanqui	Pedro Yauri
Domingo Mercado	Tomás Rojas
Lorenzo Yupanqui	Lorenzo Verástegui
Saturnino Castro	Simpón Evangelista
Miguel Mongría	Demetrio Chuquillanqui
Agustín Mesa	Manuel Román
Cecilio Guerra	Martín García
Ignacio Rojas	Juan de la Cruz
Edgnasdo Barreto	José Pando
Julián Tacsa	Pedro Alcocer
Luis Ancauri	Santiago Berríos

TERCERA COMPAÑIA

Capitán	Fernando Valladares	Teniente	José M. Lizárraga
Teniente	Casimiro Lizárraga	Sub.Tte.	Arturo Núñez
Sub Tte.	Pedro Ledesma	Sgto. 1°	Tomás Benites
Sgto. 2°	Juan Yupanqui	Sgto. 2°	Bonifacio Martín
Sgto. 2°	Antonio Minaya	Sgto. 2°	Fernando Cangalaya
Cabo 1°	Asencio Contreras	Cabo 1°	Lorenzo Cangalaya
Cabo 1°	Pedro Laureano	Cabo 1°	José Tapia
Cabo 1°	Pedro A. Martínez	Cabo 1°	Manuel Contreras



Cabo 1°	José Valle	Cabo 2°	José María Vásquez
Cabo 2°	Juan Yana	Cabo 2°	Victoriano Canahualpa
Cabo 2°	Manuel Taza	Cabo 2°	Laucadio Rojas
Cabo 2°	Segundo Peralta	Corneta	Esteban de la Cruz
Pífano	Pedro Taza	Tambor	Manuel Peña

SOLDADOS

Antonio Farge
Ildefonso Aguilar
Pablo Inga
Luis Gutiérrez
Guillermo Gerés
Santos Valverde
Pedro Tasa
Luciano Mucha
Nazario Damián
Mariano Flores
Manuel Quispe
Santos Galarza
Félix Contreras
Valentín Lernica
José Zárate
José María Rojas
Agustín Lenías
José Ríos
Juan Cuba
Lorenzo Lazo
José Rojas
Feliciano Moya
Francisco Tasa
Isidro Castro
Martín Contreras
José Pérez
Andrés Vera
Eusebio Cangaguala
Antonio Ledesma
Celestino Chupán
Feliciano Rojas
Manuel Chávez
Cecilio Chuquillanqui
Augusto Contreras
Emiliano Salazar
Mariano Casallo
Florencio Huamán
Camilo Tenisela
Toribio Ayala
Casimiro Lazo
Mateo Leuñones
Juan Martínez
José Laura
Eusebio Tasa
Mariano Cangalaya
Segundino Alfaro
Isidro Navarro
Lorenzo Vera
Pedro Barrantes
Agustín Valle
Martín Cuba
Pedro Castillo
Diego Cáceres
Santos Flores
Simón Herrera
Santos Ponce
Eusebio Gutiérrez
Hilario Valle
Jacinto Sosa
Eusebio Rojas
Dionicio Carrillo
Francisco Apolinario
Camilo Marmanillo



CUARTA COMPAÑIA

Capitán	Martín Arroyo	Teniente	Hipólito Guevara
Teniente	Juan Galarza	Sub.Tte.	Juan Rojas
Sub Tte.	Ambrosio Alvarez	Sgto. 1°	Augusto Cangaguala
Sgto. 2°	Juan Guevara	Sgto. 2°	Gregorio Casallo
Sgto. 2°	Julián Gutiérrez	Sgto. 2°	Manuel Arriola
Cabo 1°	Aniceto Cangaguala	Cabo 1°	Sebastián Paz
Cabo 1°	Pedro Rojas	Cabo 1°	Leonardo Rojas
Cabo 1°	León Lazo	Cabo 1°	José Laureano
Cabo 1°	José Gutiérrez	Cabo 2°	Julián Contreras
Cabo 2°	Marcos Lazo	Cabo 2°	Luciano Elescano
Cabo 2°	Clemente Contreras	Cabo 2°	Teodoro Mesía
Cabo 2°	Carlos Manrique	Corneta	Claudio Araos
Pífano	Urbano Hidalgo	Tambor	Anselmo Cuba

SOLDADOS

José Arias	Mariano Quillano
Leandro Ayala	Julián Aquino
Matías Arriola	Francisco Castillo
Leoncio Arriola	Juan Ortega
Cecilio Contreras	Apolonio Alcántara
Agustín Casallo	Seferino Chusijara
Tiburcio Dávila	Simón Aquino
Blas Elescano	Andrés Anlas
Nicacio Contreras	Vicente Ingarupa
Aniceto Paucarpura	Elías Romero
José Romo	Narciso García
Julián Yachachino	Francisco Valle
Hilario López	Santiago Lázaro
Vicente Arteaga	Jorge Castillo
Pancracio Zenteno	Celestino Párraga
Mariano Arteaga	Jacinto Vásquez
José A. Alzamora	Guillermo Zarzo
Gregorio Contreras	Bacilio de la Cruz
Ignacio Rodríguez	Eusebio Alcócer
Aguedo Apolinario	Andrés Baldeón
Lucas Chicuán	Jacinto Patachi
Eusebio Blas	Manuel de la Cruz
José Granda	Miguel Quispe
Saturnino Rodríguez	Juan Cruz
Santiago Espinel	Bernardo Tasa



Hermenegildo Valle	Segundo Avila.
José Zárate	Claudio Inostrosa
Miguel Velis	Manuel Escalante
Tiburcio Quiliano	Miguel Paz
Lucaz Tasa	Blas Yacolta
Feliciano Morales	Espíritu Torpuco
Juan Almonacid	Nazario Meza
Domingo Solís	Manuel Mayta
Pedro Palomino	Luis Marmanillo

QUINTA COMPAÑIA

Capitán	Timoteo Sedano	Teniente	Juan D. Gutiérrez
Teniente	Manuel Caballero	Sub Tte.	Eusebio Suárez
Sub Tte.	Jacinto Gutiérrez	Sgto. 1°	José B. Chico
Sgto. 2°	Pedro Ponce	Sgto. 2°	Sebastián Rojas
Sgto. 2°	Santiago Elescano	Sgto. 2°	Juan Sicho
Cabo 1°	Manuel Baya	Cabo 1°	Pedro Tenisela
Cabo 1°	Tomás Pérez	Cabo 1°	Ambrosio Achienala
Cabo 2°	Julián Yupanqui	Cabo 2°	Manuel Paz
Cabo 2°	Manuel Borno	Cabo 2°	José Duraso
Cabo 2°	Francisco Tapia	Cabo 2°	Liborio Grande
Corneta	José Castro	Pífano	Gregorio Velasco
Tambor	Pedro Guillano		

SOLDADOS

Francisco Aliaga	Hermenejildo Almonacid
Florencio Pérez	José Aliaga
Manuel Galarza	Eustaquio Cuadrado
José Tapia	Manuel Manrique
Julián Laura	Buenaventura Chacas
Félix Galarza	León Rojas
José Vásquez	Hipólito Pérez
Fernando Mauricio	Antonio Lazo
Santos Cóndor	Bartolomé Oré
Santiago Verástegui	Luis Laura
Simón Laura	Patrocinio Núñez
Toribio Chuquillanqui	Manuel Mauricio
Mauricio Inga	Antonio Macha
Manuel Lima	Pedro Tapia
M.de la Cruz García	Pedro Alanya
Rumualdo Vera	Andrés de la Cruz
Benigno Suárez	Lázaro N. Macedo



Avelino Huamán	Manuel Arriola
Pascual Pérez	Prudencio Inga
Avelino Sánchez	Joaquin Tacsa
Rafael Yacolca	Gregorio Tolentino
Sebastián Flores	Mariano Pérez
Asisclo Hurtado	Mariano Granados
Saturnino Flores	Asencio Mercado
Gregorio Pérez	Santiago Rojas
Mariano Quispe	Bernardo Gutiérrez
Félix Ninanya	Rumualdo Canahualpa
Mariano Cuenca	Leandro Moya
Eustaquio Janampa	Feliciano Corca
Sebastián M. Dianderas	Félix Castillo.

SEXTA COMPAÑIA

Capitán	Vicente Solís	Teniente	Leonidas Arroyo
Teniente	Manuel Hernández	Sub.Tte.	Inocente Rojas
Sub Tte.	Eulogio Valle	Sgto. 1°	Nemesio Rojas
Sgto. 2°	Dolores Michoc	Sgto. 2°	Manuel Patiño
Sgto. 2°	Antonio Laura	Sgto. 2°	Ilario Rojas
Cabo 1°	Remigio Laura	Cabo 1°	Bonifacio Rodríguez
Cabo 1°	Julián Duerola	Cabo 1°	Pedro Córdova
Cabo 1°	Domingo Córdova	Cabo 1°	Miguel Tacsa
Cabo 1°	Braulio Castro	Cabo 2°	Antonio Valle
Cabo 2°	José Martínez	Cabo 2°	Juan Barreto
Cabo 2°	Cecilio Galarza	Cabo 2°	Pedro Paz
Cabo 2°	Mariano Anlas	Corneta	Mauricio Rojas
Tambor	Bacilio de la Cruz	Pífano	Apolonio Tacsa

SOLDADOS

Mariano Rojas	Silvestre Díaz Flores
Pedro Paulino	Sebastián Arcos
Lorenzo Ordóñez	José Paulino
Nicolás Arteaga	Valentín Corazón
Juan D. Tacsa	Eusebio Velásquez
Juan Yupanqui	Salvador Yupanqui
Cipriano Velasco	Manuel Tasa
Mariano Canchanya	Baltazar Caso
Carmen Verástegui	Manuel Orcón
Manuel Verástegui	Ramón Verástegui
Bonifacio Marma	José Súñiga



Lorenzo Cangalaya	José Rojas
Lorenzo Soto	Tomás Cuba
Marcelino Moya	Pascual Camarón
Lorenzo Soto	Matías Inga
Marcos Ordóñez	Baltazar Tacsa
Nicacio Ramírez	Pedro Laura
Alejandro Chuquillanqui	Simón Tacsa
Antonio Lescano	Eustaquio Camanle
Segundino Meza	Vicente Velasco
Evagenlista Cuyutupa	Nicasio Tacsa
Juan Baqueriso	José Rojas
Martín Valle	José Clericos
León Contreras	Apolinario Inga
Pedro Manrique	Leandro Castillo
Melchor Rodríguez	Casimiro Galarza
Lorenzo Contreras	José Quinto
Manuel Lozano	Manuel Rojas
Baltazar Yarate	Manuel Galarza
Clemente Belanzo	Gabriel Medrano
José Yauri	Félix Chuquillanqui
Bernardo Anglas	Félix Ordóñez
Jacinto Lozano	José M. Almonacid
Jacinto Arana	Feliciano Correa

SEPTIMA COMPAÑIA

Capitán	Daniel Y. de la Peña	Teniente	Pedro León
Teniente	Mariano Sosa	Sub Tte.	Mariano Castillo
Sub.Tte.	Francisco Cárdenas	Sgto. 2°	Juan Galarza
Sgto. 2°	Santos Prosopio	Sgto. 2°	Fernando Castro
Sgto. 2°	Benancio Galarza	Cabo 1°	Guillermo Arroyo
Cabo 1°	José Castro	Cabo 1°	Asencio Camarena
Cabo 1°	Rafael Paz Rivero	Cabo 2°	Buenaventura Ramírez
Cabo 2°	Eusebio Castillo	Cabo 2°	Julián Gutiérrez
Cabo 2°	Miguel Maraví	Corneta	Matías Inga
Pífano	Asencio Arroyo	Tambor	Cipriano Contreras

SOLDADOS

Pedro Sosa	Manuel Barragán
Andrés Moya	Benedicto Paz
Luis Paulino	Jacinto Barreto
José López	Ermenegildo Almonacid



Gregorio Vilches	Tomás Yupanqui
Romualdo Zárate	Manuel Pérez
José M. Oré	Ilario Meza
José Paulino	Pedro Huarcaya
Casimiro Tacsa	Martín Galarza
Ambrosio Galarza	Julián Paredes
Cayetano Yacolca	Lucas Paz
Vicente Oré	Juan Paz
Francisco Lazo	Simón Sosa
Julián Quispe	Pedro Guerra
Toribio Clemente	Manuel Tantavilca
Facundo Manrique	Felipe Yaucán
Feliciano Romo	Segundo Rojas
Bacilio Pérez	Venancio Vega
Romualdo Yupanqui	Mariano Vega
Pimoter Moya	Marcelino Sosa
Matías Vargas	Fidel Huaynapicchu
Félix Pantavilca	Liberato Huaylinos
Nazario Chanra	Andrés Castillo
Felipe Anlas	Raymundo Munguía
Pedro Porras	Eusebio Ibarra
Gregorio Rojas	Pablo Mayta
Leandro Lazo	Antonio Ordóñez
Manuel Vadillo	Andrés Parra
Melchor Cangalaya	Santos Martínez
Jacinto Dávila	Pablo Chicahuala
Francisco Malpartida	Santos Huascay
Cecilio Yupanqui	Tomás Mantari
León Laura	Alejo Ninanya
Lorenzo Mejía	José Gutiérrez
Marcos Guevara	Tomás Villa
Estanislao Aguilar	Manuel Mercado
Domingo Llerena	Juan N. Castillo

OCTAVA COMPAÑIA

Capitán	Telésforo A. Salaverry	Teniente	José M. Ramos.
Teniente	Juan Ledesma	Sub Tte.	Juan Eguren
Sgto. 1°	Tomás Rojas	Sgto. 2°	Carlos Parra
Sgto. 2°	Felipe Vilcahuaman	Sgto. 2°	Manuel Rodríguez
Sgto. 2°	Manuel Chaparro	Cabo 1°	Julián Párraga
Cabo 1°	Martín Castillo	Cabo 1°	Patricio Arriola
Cabo 1°	Antonio Mayta	Cabo 1°	Santiago Bejarano



Cabo 1°	Francisco Cárdenas	Cabo 2°	Martín Camahuala
Cabo 2°	Vicente Anglas	Cabo 2°	Norberto Caro
Cabo 2°	Angelino Bosta	Cabo 2°	Toribio Ponce
Corneta	Jacinto Ninahuanca	Cabo 2°	Luciano Arroyo
Pífano	Cosme Canchanya	Tambor	Calistro Centeno

SOLDADOS

José Galarza	Norberto Laso
Cecilio Yauri	José Rojas
Ambrosio Vargas	Manuel Pérez
Domingo López	José Arroyo
José Paz	Manuel Mesías
Eulalio Ojabi	Valerio Borja
Vicente Rojas	Antonio Joaquín
Santos Quispe	Miguel Paredes
Francisco Castro	Antonio Bravo
Juan Gavi	Luciano Achicahuala
José Prosopio	Bernardo Arriola
Justo Castro	Nicolás Mellado
Norberto Yauri	Antonio Huamán
Tomás Huaylinos	Vicente Choquichayco
Romualdo Vílchez	Tiburcio Yupanqui
Juan Martínez	Julián Inga
Patricio Porras	Tomás Pérez
De la Cruz Rojas	Benedicto Huamán
Cirilo Cíndico	Roque Casimiro
Pablo Yupanqui	Victoriano Cueva
Timoteo Yupanqui	Pedro Sandoval
Evaristo Guiliano	Anastasio Mosquera
José M. Flores	Manuel Paitán Mala
Clemente Losa	Delfín Rojas
Cosme Vílchez	Francisco Quispe Menor
Pedro Yauri	José Huamán
Julián Lescano	Ignacio Pizarro
Juan Garro	Timoteo Rojas
Simón Manrique	Dionicio Pablino
Raymundo Laureano	Asencio Ríos
Jerónimo Patacha	Cayetano Rojas
Julián Ninahuanca	Nazario Castro
Apolonio Calero	Bartolomé Castro
Custodio Moya	Gregorio Avellaneda
Antonio Gutiérrez	Tomás Lozana
Sacarías Sosa	



RESUMEN NUMERICO

Coroneles G.N.	1	Sub Tte. Ejto.	1	Cornetas	13
Tte. Crnl Ejto.	1	Sub Tte. G.N.	17	Tambores	8
Mayor G.N.	1	Total Oficiales	49	Pífanos	8
Capitán Ejército	1	Sargentos 1°	12	Músicos	24
Capitanes G.N.	9	Sargentos 2°	37	Soldados Arm.	554
Tenientes Ejto.	1	Cabos 1°	53	Total Tropa	750
Tenientes G.N.	17	Cabos 2°	46		

ANEXO 3

PRIMER COMBATE DE PUCARA (Parte Peruano)

Estado Mayor del Ejército del Centro

Izcuchaca, febrero 5 de 1882

Señor:

En cumplimiento de mi deber, tengo el honor de elevar a vuestra señoría, parte circunstanciado de los sucesos militares ocurridos ayer en el pueblo y alturas de Pucará.

A las 5.30 a.m. nuestras avanzadas, situadas en posiciones convenientes, dieron aviso de que las fuerzas enemigas adelantaban hacia nosotros por la ruta de Huancayo. En consecuencia, se dictaron las órdenes oportunas para practicar los debidos reconocimientos y adquirir la evidencia de la aproximación de las fuerzas chilenas.

A las 6.30 a.m., es decir, una hora después cuando nuestro ejército se encontraba formado en columna en la plaza del pueblo, el enemigo situó su artillería a cuatro cuadras de distancia y dio principio a un nutrido fuego de cañón y fusilería que destruyó parte de la iglesia matriz y algunas casas situadas en la misma plaza.

Entonces ordenó su excelencia, el benemérito jefe superior, la retirada del ejército a posiciones ventajosas por estar allí mal situado, y dispuso que la 4ª compañía del batallón, al mando de su capitán Mariano Rodríguez y respectivos oficiales, bajase a la banda derecha del



río para contener al enemigo y proteger el movimiento de nuestras fuerzas.

Cuando el capitán Rodríguez bajaba a ocupar su puesto, el benemérito general jefe superior puso a mis órdenes la la referida compañía, a efecto de dirigir las operaciones mandadas, advirtiéndome que tan pronto como nuestro ejército hubiese ocupado las posiciones dominantes de Pucará, me retirase en orden, haciendo siempre frente al enemigo.

Para dar mejor cumplimiento a esta disposición y después de 15 minutos de tiroteo en las orillas del río, tomé la segunda mitad de la compañía y me parapeté en la plaza, a fin de proteger la retirada de la otra mitad, a la que di orden de contramarcha a la primera señal de mis fuegos. El capitán Rodríguez cumplió lo estrictamente mandado por mí, mientras yo tomaba posiciones más dominantes, él se constituyó en las que yo había dejado. Sin embargo, de que el fuego de nuestras guerrillas era bastante regular y sostenido, observamos que el enemigo nos flanqueaba por el ala izquierda, tomando el camino abrupto.

En ese momento, el señor General en persona bajaba a darme la orden de retirada, y entonces yo me apresuré a alcanzarlo para recibir sus instrucciones y advertirle que nos encontrábamos casi cortados. El General, convencido de este peligro, mandó que su escolta, que se hallaba en una altura inmediata, rompiese sus fuegos sobre las fuerzas enemigas que nos amenazaban con ese movimiento envolvente. Estas fueron totalmente rechazadas pudiendo así salvarse la guerrilla comprometida.

El benemérito General colocó por sí mismo guerrillas sucesivas en los diferentes puntos estratégicos de las alturas, ya del batallón Zepita, ya del Tarapacá, las cuales, después de cinco horas de combate, hicieron retroceder al enemigo de sus primeras posiciones.

Mientras tanto V.S. al frente del ejército y cerrando la izquierda de la 2ª División, al mando del señor coronel Valdivia, en unión del señor coronel Morales Toledo, llevó a cabo la más honrosa y tranquila retirada, hasta colocarse a tres cuartos de legua del pueblo de Pucará, en posiciones donde desplegó V.S. las fuerzas en columnas paralelas para aceptar formalmente la batalla. Más como quiera que las guerrillas hubiesen apagado una hora después los fuegos enemigos, es decir, a las 12 m., V.S. continuó su marcha hasta llegar al caserío Ñahuinpuquio, a las 12 m. donde tomó rancho el ejército prosiguiendo después la jornada hasta el pueblo de Izcuchaca.

En cuanto al comportamiento observado por los jefes y oficiales durante el combate y el difícil y peligroso movimiento del ejército, bajo los incesantes fuegos de artillería enemiga, a cada uno de sus tiros contestaban nuestros soldados con un "Viva el Perú", el benemérito señor General y V.S. mismo pueden apreciarlo debidamente como



actores y testigos de los sucesos.

Tengo la complacencia de anunciar a V.S. que mientras el enemigo ha dejado un inmenso número de cadáveres insepultos y despojos de guerra, como armas y equipo, nuestras pérdidas han sido insignificantes, pues sólo han consistido en 21 individuos de tropa muertos y 24 heridos.

Sensible es no saber si el teniente coronel don José A. Navarro se encuentra muerto, herido o prisionero. De los oficiales han sido heridos los tenientes don Manuel Montenegro, don Federico Morales y don Abraham Ballenas y los subtenientes Demetrio Macedo, de gravedad, don Manuel Bendezú, don Manuel Domínguez y don Ruperto Guerra.

Dios guarde a V.S. muchos años.

JOSE CACERES

Al benemérito señor coronel Comandante en Jefe del Ejército.

Izcuchaca, febrero 6 de 1882

Señor Ministro:

Por los partes que tengo el honor de adjuntar al presente oficio, vendrá V.S. en conocimiento de la función de armas de que fueron teatro el pueblo de Pucará y sus alturas, a pocas millas de Huancayo, entre el ejército de mi mando y una numerosa expedición enemiga, que vino amagándola desde Pachachaca, alentado por su deficiencia a causa de los estragos de la epidemia en la quebrada de Huarochirí, y por su aislamiento, con el propósito de cortarle la retirada y desorganizarlo merced a la acción de su poderosa artillería y a la incomparable superioridad numérica de los elementos de que consta.

El combate se abrió en la madrugada del día de ayer y se sostuvo durante cinco horas por nuestras guerrillas, que se desplegaron con cinco compañías, contra más de 2,000 hombres de las tres armas. El resto del ejército verificó su movimiento de retirada en un acto sorprendente, que acredita su disciplina y moralidad a la vez que su coraje y entusiasmo, siendo como V.S. no ignora, la evolución más ocasionada a desórdenes y contrariedades en una retirada al frente del enemigo.

Apagados por nuestras guerrillas los fuegos de la línea chilena, el Ejército del Centro ha continuado avanzando hasta este distrito, de donde contramarchará sobre el enemigo con los poderosos refuerzos que le esperan de Ayacucho y del Cuzco, salvo el caso de que circunstancias imprevistas obliguen a esta jefatura cambiar de determinación.



Sírvase V.S. señor Ministro, elevar el contenido del presente despacho y de los documentos inclusos al conocimiento de s.s. el Vicepresidente de la República, dignándose asimismo aceptar los respetos de su obsecuente servidor.

Dios guarde a usted señor.

Andrés A. Cáceres

ANEXO 4

PRIMER COMBATE DE PUCARA (Parte Chileno)

Huancayo, febrero 7 de 1882

Señor general en jefe:

Cábeme la satisfacción de dar cuenta a usted señor de las expediciones practicadas por la división que me fue entregada el 1° del corriente por el señor coronel jefe de Estado Mayor General don José Francisco Gana.

Encontrándose en Jauja el batallón Lautaro, cuatro piezas de artillería, 1,111 carabineros, y en marcha desde Tarma el batallón Tacna 2° de Línea, dispuse que el comandante Gonzales de artillería, marchase a la vanguardia al mando de 50 carabineros. Ese mismo llegó a Concepción a las 3 p.m. y después de tomar pacíficamente el pueblo, situó sus avanzadas con el objeto de no abandonar ese pueblo y resguardarse del enemigo. La avanzada colocada en dirección a San Jerónimo, ruta que llevaba el enemigo, tuvo un encuentro con las descubiertas de este, y dio por resultado la completa dispersión de las fuerzas enemigas, con pérdida de un cabo, y por nuestra parte el soldado de carabineros José Dolores Ríos.

Considerando la forzadísima marcha que había hecho la tropa que me acompañaba, y en virtud de las instrucciones que tenía, decidí acampar en una pequeña población denominada La Punta, con el objeto de dar aliento a los perseguidores, pues habían recorrido un trayecto de



siete leguas, y esperar al coronel Robles que llegase con el Lautaro y su artillería; igualmente mandé al capitán de bagajes, señor Enina, para traer en sacos la carne cocida del rancho que había mandado preparar para la tropa. Como a las 4.00 a.m. del día 5 llegó este alimento y después de repartirlo a toda la tropa, emprendí la marcha en persecución del enemigo, pero ya con las noticias recibidas de que el coronel Robles con sus fuerzas me seguían.

A las 7.15 a.m. divisé al enemigo; notando que en su campamento había movimiento, me aproximé a él, a una distancia de mil quinientos a dos mil metros; y ordené que las cuatro piezas mandadas por el sargento mayor don Rafael Gonzales se colocase en batería y rompiesen fuegos. Mientras tanto la vanguardia de infantería, precedida por cuatro carabineros y un cabo, seguían su marcha regular de observación del enemigo. Pronto regresaron los carabineros anunciándome que el enemigo se hacía fuerte en la entrada del pueblo denominado Pucará. En tales circunstancias, la descubierta de infantería recibió los fuegos del enemigo, fuegos que fueron contestados por los nuestros y que pronto recibieron el refuerzo de tres compañías del 2° de Línea, al mando del sargento mayor don Enrique del Canto.

El resto del 2°, mandado por el comandante accidental de dicho cuerpo, teniente coronel graduado don Eleuterio Dañín, ordené tomase el flanco derecho del enemigo, por estar su retaguardia protegida por un cerro que éste había descuidado tomar, tal vez con motivo de su plan de retirada.

En el término de media hora o tal vez un poco más, debido a los certeros disparos de artillería y al impulso de medio batallón del 2° el enemigo cedió y entonces di orden de que la caballería cargase, resultando que el enemigo abandonó la población y se refugió en las alturas.

Ya las fuerzas del coronel Robles estaban reuniéndose a las nuestras, y como el enemigo resistía en una segunda línea, dispuse avanzasen dos piezas de artillería; tomasen un lugar conveniente y disparasen sobre el enemigo, en razón de que la infantería y caballería eran importantes, por separarlas una fragosa quebrada.

En ese momento entraba en combate otro medio batallón del 2° mandado por el comandante Dañín y las primeras compañías del Lautaro. Iniciado este nuevo combate el enemigo resistió por unos breves momentos, pero luego se vio que sus tropas se dispersaban a derecha e izquierda, y entonces ordené al sargento mayor Roberto Bell que cargase con sus carabineros. Esta carga fue infructuosa, porque era importante verificarla a causa de que el terreno no presentaba sino desfiladeros, sin embargo, nuestros infantes, bajo los fuegos de artillería, tomaron una segunda posición.



Creímos que el enemigo se había dispersado por completo; pero resultó que 20 o 35 cuadras más atrás en un portezuelo de altura dominante, formaba su tercera línea. Era preciso atacar, y al efecto, volviéndose a colocar la artillería, reforzada con la que había traído el coronel Robles, en lugares convenientes y bajo los fuegos de ésta, avanzaron nuestras tropas, seguidos de una mitad de carabineros, al mando del alférez Alamos.

La resistencia del enemigo era tenaz y bien ordenada; pero al fin nuestros soldados despejaron su frente.

Tomada esta tercera posición, notóse dispersos entre los enemigos y por prisioneros tomados, supe que los batallones Lima y Zepita hacían fuego contra sus compañeros de los batallones Junín, América y Libres de Huancayo.

La dispersión del enemigo era completa; nos separaba una honda y escarpada quebrada; la fatiga de nuestra tropa era notable; la distancia que teníamos que salvar, para destrozar por completo al enemigo, era de gran magnitud, como también era largo el trayecto que teníamos que recorrer para encontrar recursos con qué reponer a nuestros soldados. Por otra parte, como ya las mismas tropas del general Cáceres se habían encargado del desempeño de nuestro rol, creí terminada mi misión.

El resultado de este triple ataque ha sido que los enemigos se hayan disuelto por completo, pues el número de muertos ha tenido lo conceptúo en ochenta o cien contándose entre estos varios oficiales y dos jefes, entre los cuales un teniente coronel, señor Navarro y no el coronel Tafur como antes se había dicho a V.S.

Se ha tomado al enemigo más de 100 rifles de diversos sistemas, sin contar muchos que se han dejado en el mismo campo, completamente inutilizados.

El número de prisioneros es de 38, incluso dos oficiales; y me permito manifestar a V.S. que la mayor parte de la tropa tomada son unos infelices reclutados por fuerza y que da lástima su situación.

Por lo que respecta a los heridos, el pueblo de Huancayo ha nombrado comisiones de la municipalidad, cuerpo sanitario y colonia extranjera para recogerlos.

Nuestras bajas han sido: la pérdida del nunca bien sentido capitán del 2° de Línea don Manuel Antonio Baeza que murió heroicamente en el segundo ataque dado al enemigo, 13 soldados en el 2° y el Lautaro, también muertos, y 17 heridos. Los ignorados de que antes había dado cuenta a V.S., se han presentado a sus respectivos cuerpos.

Por datos tomados de los prisioneros que concuerdan con las noticias que ya teníamos, las fuerzas del general Cáceres eran:

Artillería	50	individuos
Caballería	70	"



Escolta	30	individuos
Batallón Lima	450	"
Batallón Zepita	350	"
Batallón América	300	"
Libres de Huancayo	260	"
	1,810	individuos

La artillería enemiga que constaría de cinco piezas, no entró en combate, porque se había mandado adelante desde el día anterior.

Nuestras tropas se componían de la artillería, Carabineros y batallón Tacna 2° de Línea y Lautaro, con las fuerzas que V.S. sabe.

Me permito recomendar especialmente al alférez del regimiento Carabineros de Yungay, don Ildefonso Alamos, que ha desplegado, desde el principio de la persecución al enemigo un celo en el cumplimiento de sus deberes, constancia y valor a toda prueba, según lo justifican los partes de los jefes de cuerpo que tengo el honor de acompañar a V.S., y personalmente he tenido ocasión de observar la exactitud de estos asertos, por lo que considero un estricto deber manifestar a V.S. que este oficial se ha hecho acreedor a un empleo superior al de su grado, a fin de que V.S., por estímulo del ejército y en pago a sus sacrificios, se sirva solicitarlo del supremo gobierno.

No concluiré este parte, señor general, sin recomendar a V.S. al señor coronel graduado Eulogio Robles, al teniente coronel don Antonio Gonzales, el graduado de la misma clase don Eleuterio Dañín, a los sargentos mayores Enrique Canto, con especialidad por corresponderles triunfo especial en el ataque del pueblo, a don Rafael Gonzales, por su buena dirección en la artillería y a don Rafael Bell.

Igualmente, recomiendo a mis ayudantes, teniente Caupolicán Villota, subteniente don Eduardo Hurtado, teniente don Galo Irrazábal, capitán Mac Cocheon y al capitán de bagajes don Feliciano Encima, que han desplegado una actividad digna de todo elogio en el cumplimiento de su deber.

Los oficiales y tropas especialmente recomendados en los partes de los jefes se consignó aquí sus nombres, pero refuerzo las recomendaciones, porque ellos se han sabido portar como soldados de honor en el lleno de sus deberes.

Dios guarde a Uds.

E. DEL CANTO

Al señor general en Jefe del Ejército de Operaciones del Norte.



ANEXO 5

OFICIO CON EL QUE LOS COMASINOS LLAMAN A AMBROSIO SALAZAR

Un sello de la alcaldía de Comas.

Comas, febrero, 24 de 1882.

Señor don Ambrosio Salazar.

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud., que el pueblo de Comas, reunido en comisión popular, ha nombrado a Ud. por aclamación, comandante militar de esta plaza, con el objeto de combatir a su regreso del destacamento chileno, de 40 hombres de caballería que en la mañana de hoy ha pasado, con dirección hacia el oriente.

El acuerdo de este pueblo está en armonía con su modo de pensar, que Ud. expresó después de concluir la lectura del oficio del señor cura Reyes, Alcalde Municipal del Concejo provincial de Jauja; que envió este despacho pidiendo reses por la guarnición chilena de Jauja; y en caso de no hacerlo así; la misma guarnición se constituiría aquí, para sacar por sus propias manos las reses necesarias para el rancho de la aludida guarnición. Esta amenaza invitó al pueblo y decidió combatir a los araucanos que pasaran adelante cuando cumplan el derrotero de su comisión; pero de modo preciso bajo su acertada dirección.

Esperamos que Ud., a la brevedad posible se sirva hallarse entre nosotros para acordar todo lo que haya que menester para lograr el mayor éxito de nuestra empresa patriótica.

Dios guarde a Ud.

(Firmado) Luis Chávez.

NOTA.
El oficio del alcalde de Comas, fue enviado inmediatamente a la hacienda Marancocha, alojamiento de Ambrosio Salazar



ANEXO 6

CONTESTACION DE SALAZAR AL ALCALDE DE COMAS

Marancocha, febrero 24 de 1882

Señor don Luis Chávez, alcalde del Concejo Distrital de Comas.

He leído con orgullo patriótico el oficio que envía Ud., porque he visto que un pueblo viril como Comas no se dejará hollar por la planta de los piratas de América; que ocupa todo el departamento de Junín sin control militar alguno.

Estaré en ese pueblo dentro de una hora a acordar todo lo conducente, para declarar la guerra sin cuartel a los filibusteros del siglo diecinueve. Un aplauso por la ferviente y digna decisión de todos nuestros amigos.

Dios guarde a Ud.
(Firmado) Ambrosio Salazar

ANEXO 7

PROCLAMA DE SALAZAR DE LA ACCION DE SIERRALUMI

Comasinos:

Parece que el dios de los ejércitos quisiera proporcionarnos coyunturas para medir nuestras armas, con los chacales de la araucania: ¿Qué otra cosa significa, el que casi sin pensarlo, hayamos destrozado ayer una buena porción de los bandoleros de América?

Si es evidente que nos preparábamos para hacerles el daño mayor posible, o picotear siquiera al formidable ejército enemigo, tendido en el valle comprendido entre Pucará y Jauja; no pensamos ni un instante, que, como conducidos por una mano secreta, cayesen al centro mismo, donde encontraron su tumba cavada.



La falta de elementos bélicos, ha sido suplida con nuestra fe y civismo; pues combatimos con las armas que la naturaleza nos proporciona, con galgas, hondas, palos y pocos rifles. De los 40 chilenos del escuadrón Yungay y sus guías extranjeros, yacen ahora mismo casi en total, al pie del empinado Sierralumi, el cual con su encapotada cumbre parece que estuviera retando, por haber mancillado con su inmunda planta, estas regiones donde no hay guano ni salitre.

Amigos:

Sea, pues la gloriosa acción de armas de ayer, el prolegómeno de la serie de triunfos que la providencia nos depare en lo sucesivo. Estamos solos, el ejército del centro está a gran distancia, no importa, los pueblos del valle, y los del Perú entero, creo que imitarán el ejemplo que ayer les dimos. Y si no se ponen de pie, solos combatiremos hasta sucumbir. La suerte está echada, por que es preciso que no se nos oculte, que el desquite del enemigo tiene que ser tremendo, sangriento y sin cuartel.

Amigos todos:

Por ahora no pensemos sino en sostenernos dentro de nuestras trincheras, hasta ver la actitud de los pueblos y proveernos del material bélico; si el enemigo acomete, nos batiremos sin cederle un ápice de terreno y habremos probado al mundo que, en un rincón del Perú, un puñado de patriotas, prefirieron morir peleando, antes que sobrevivir a la humillación inferida por el araucano.

Vuestro leal amigo.

(Fdo.) Ambrosio Salazar y Márquez.

Comas, marzo 3 de 1882.

(Tomado de la Colección Ahumada Moreno).



ANEXO 8

PARTE OFICIAL DEL COMBATE DE SIERRALUMI ELEVADO AL GENERAL CACERES POR EL COMANDANTE SALAZAR

Comandancia Militar de la Plaza de Comas.

Marzo, 3 de 1882

Señor General don Andrés A. Cáceres, Jefe Superior Político Militar de los departamentos del Centro.

S.G.:

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. el resultado del combate librado en Sierralumi, a inmediaciones de este pueblo, con un destacamento chileno de caballería, el día dos del corriente, por las fuerzas de mi mando.

Adueñado el ejército chileno, del departamento de Junín, después del combate de Pucará, realizado el 5 de febrero último y la consiguiente retirada de Uds. hasta Ayacucho, con el ejército que le obedece; el expresado departamento, soportó con gran indignación el terror que impera en todo su ámbito, por la impotencia para enfrentarse y destruirlo si fuera posible, al enemigo extranjero.

En estas circunstancias, recibió el alcalde municipal, don Luis Chávez, un oficio del alcalde municipal del Concejo Provincial de Jauja, cura Reyes, para remitirle reses, para el sostenimiento de la guarnición chilena de esa plaza y en caso de no hacerlo, amenazaba el referido alcalde, mandar una comisión chilena, con el objeto de extraer reses a viva fuerza.

Puesto el oficio en mi conocimiento, lancé la idea de presentarle combate a la comisión chilena, idea, a la que adhirieron todos con entusiasmo, especialmente, el alcalde Chávez y su popular secretario don José Gil.

La resolución estaba tomada, pero aún nada se había hecho, para llevarla a la práctica, cuando de improviso se presentaron en el pueblo, el 24 de febrero, 40 soldados de caballería del escuadrón Yungay, mandados por el capitán don Fernando Germain y el teniente Ildefonso



Alamos, perfectamente armados, pidieron rancho abundante para 40 individuos de tropa, almorzaron enseguida y después de cometer algunas depredaciones por las afueras del pueblo, prosiguieron su marcha, sin decir a dónde iban ni cuándo regresarían.

Seguidamente el pueblo se reunió en comicio popular y nombróme por aclamación, comandante militar de esta plaza.

Desde ese momento me preocupé de adquirir rifles y municiones, mandé preparar galgas en el desfiladero de Sierralumi; envié chasquis detrás de los araucanos, para orientarme acerca del punto donde iban y la ruta que tomarían a su regreso; los chasquis desempeñaron su papel con precisión extraordinaria.

Por fin el 2 del corriente, a las 11 de la mañana, se presentaron en las cumbres del cerro Chacán, arreando más de 600 reses traídas de la hacienda Runatullo, de propiedad de la familia Valladares; cuando se hallaron todos dentro del camino del desfiladero, que es angosto, largo y cortado a pico, con abruptas quebradas hacia la parte baja y cuando la primera fracción de las reses, arreada por un pelotón chileno, se acercó a Sierralumi, donde mandé construir una trinchera de piedras y coloqué, allí, 10 eximios tiradores capitaneados por Manuel Arroyo; se dio la señal convenida de un toque de corneta, desde el lado opuesto de la gran quebrada, para desprender las galgas y disparar los rifles; tanto éstos como las galgas, produjeron efectos desastrosos en las filas enemigas, que en menos de 20 minutos, murieron más de la mitad del destacamento aludido; la otra mitad de la fuerza filibustera, combatió hasta las dos de la tarde de ese día, desplegándose en guerrillas en la orilla izquierda del río que pasa por el pie de Sierralumi, siendo al fin exterminadas, por los certeros tiros de mis fuerzas, apostados en los matorrales de la orilla opuesta.

En resumen, quedaron aniquilados 35 chilenos inclusive el jefe Germain, salvaron solo 5 de todo el destacamento, a una de caballo, extraviando caminos, casi todos heridos. Les hemos tomado las 600 reses tomadas en Runatullo; 35 carabinas Winchester de chapa blanca y 35 caballos apeados de brida a espuela. De nuestra parte tenemos cinco heridos de bala.

Esta acción, librada sin más apoyo que el de la providencia y su espléndido resultado, me induce a creer firmemente, que levantará el espíritu patriótico de los demás pueblos de esta comarca, para tomar las armas en masa con el fin de hacerles morder el polvo a los salteadores de América; esperando U.S. no demorará en acudir al teatro de la lucha armada, con el ejército de su mando, para ayudar al esfuerzo de los pueblos en su empeño de expulsarlos de este suelo, de brillantes tradiciones, a los vándalos de la edad contemporánea, que impunemente lo profanan; vuelvo a reiterar mis súplicas, a fin de que apresure su



regreso, ante la contemplación de que ahora estoy sólo en la brega, al frente de 4,000 invasores.

Dios Guíe a Uds.

(Fdo.) Ambrosio Salazar y M.

(Tomado de la colección Ahumada Moreno).

ANEXO 9

PARTE OFICIAL ELEVADO POR EL ALCALDE DE COMAS SOBRE LA ACCION DE SIERRALUMI

Comas, marzo 12 de 1882

Señor General:

Con insólita satisfacción elevamos a V.E. la presente nota con el objeto de narrarle someramente un acontecimiento ocurrido en este pueblo con una fracción araucana, del ejército vandálico de Chile, dignos imitadores de las hordas salvajes de Atila.

El 26 de febrero último, a las 9.00 a.m. se presentaron en este pueblo 32 chilenos de caballería, en compañía de dos extranjeros muy conocedores de esta parte de nuestro territorio los cuales les servían a nuestros enemigos de guías; practicaron hechos abominables como violación de mujeres sin distinción de edad, robos, etc., acciones que son y forman el carácter distintivo de los ladrones araucanos: demoraron más de tres horas en la población en cometer los delitos referidos y tomar almuerzo, pasaron luego a la hacienda de Runatullo a saltear lo que en ella encontraron.

El pueblo reunido en masa consultó la manera como debía recibirlos a su regreso y no hubo nadie que no dijera, a bala, galgas y palos aunque fuese sin probabilidades de victoria, pero que querían consumir siquiera con uno de los aciagos enemigos; a quienes aborrecemos hasta la muerte; se dispuso se ataque, haciendo lo posible para conseguir municiones, para los pocos rifles que aquí poseemos. Pero necesitábamos de un cerebro que diera el mejor modo de emprender el ataque para conseguir su buen éxito, y nos fijamos en don Ambrosio Salazar, por



conocer muy cerca su patriotismo, aceptó gustoso el nombramiento que le dimos como comandante de la fuerza del distrito de Comas.

Preparado todo bajo su dirección para destruir al enemigo, sólo esperábamos el momento de verlo descender de la montaña vecina, por donde pasa el camino, para triturarlos; el 2 de marzo, poco más o menos a las 11 a.m. se cumplieron nuestros deseos de verlos; traían un gran pillaje, 600 reses, 50 arrobas de mantequilla y otras menudencias, rompimos nuestros fuegos de fusilería desprendimos las galgas preparadas con antelación y finalmente empleamos garrote sin ceder un palmo de terreno al chileno; ellos hicieron fuego nutrido de fusilería por tres horas, pero no sufrimos mucho por las trincheras que preparamos; hay de nuestra parte muchos heridos y sólo cuatro nuestros murieron en la refriega; 15 chilenos, entre éstos el jefe de la expedición; los que escaparon mediante sus buenos caballos, han sido casi todos heridos; hemos tomado las reses y la mantequilla; pero no están colmados nuestros deseos, nos preparamos en nuestros hogares a salir para atacarlos por retaguardia, luego que V.E. se aproxime y estimaremos muchísimo nos comunique por oficio su aproximación. No olvidaremos de recomendar a V.E. la esforzada cooperación de los ciudadanos don José Benito y Gil y don Luis Chávez en pro de la patria. Permítanos V.E. hacer una ligera digresión: nos aseguran que dos espectadores imparciales del combate ha pasado nota a V.E. dando cuenta de resultado: el uno es el gobernador del mismo, el que ha abandonado la población así que supieron que los chilenos pensaban venir. Por consiguiente si han tenido noticia del combate o saben será sólo por tradición oral; es cierto que el dicho gobernador envió 20 hombres del lugar en que estuvo emigrado, ocupado más bien en escamotear que en combatir al enemigo, y está en conciencia de todos que a esto se debe el no haber obtenido un triunfo completo sobre el enemigo; aprecie V.S. esta nota como una farsa.

Ha sido un rocío saludable para nosotros la noticia de su aproximación y rogamos a V.E. no desmaye un minuto hasta encontrar el fin que se ha propuesto pues todos nosotros lo aclamamos como a padre de la patria y redentor de la América Latina.

(Firmado) Luis Chávez alcalde municipal, José Mercado, Pablo Bellido, José Benito Gil, Evaristo Solís, Francisco Valdez, Síndico, Baltazar Chávez, Gobernador, Claudio Páucar, Santiago Carrero, Nazario Valero, Gobernador.

(Tomado de la *Historia del Patriotismo, valor y heroísmo de la Nación peruana en la guerra con Chile*, por Carlos María Muñiz, publicado en 1908).



ANEXO 10

RESPUESTA DEL GENERAL CACERES A AMBROSIO SALAZAR

Ayacucho, mayo 30 de 1882

Señor Comandante Militar de la Plaza de Comas:

Con la más viva complacencia he recibido la comunicación de Ud. del 12 del presente mes en curso, que me da parte de la acción de armas, ocurrida en el pueblo de su jurisdicción el 2 del citado mes, entre las fuerzas del mando de Ud. y un destacamento enemigo, que fue vergonzosamente derrotado con pérdidas notables en gente, caballos y armamento.

Es para esta jefatura sumamente satisfactoria que el vecindario de Comas, colocándose a la altura del deber, y hasta de los sacrificios que la defensa nacional impone a todo ciudadano, haya escarmentado al enemigo con todo el rigor de su indignación, supliendo con su fe y civismo las desventajas con que se presentó en la lucha por falta de disciplina, dirección militar y armamento, pues no venció sino con las armas que la naturaleza pudo proporcionarles, como hondas, palos y galgas.

Si esta es una amarga lección para el enemigo, es también una fecunda enseñanza para los pueblos, que no dudo se apresurarán a imitarla en vista de sus gloriosos y fecundos resultados.

No dudo que el ejército de mi mando apoyado por una enérgica actitud popular, habría conseguido poner a raya la expedición chilena y librar de las vandálicas devastaciones a las ricas comarcas del departamento de Junín, que hoy sufre el oprobioso yugo enemigo. Mas, ya que el entusiasmo patriótico comienza a despertarse, acudiré presuroso al punto de peligro a sostener en cualquier terreno la causa nacional luego que haya puesto término a la reorganización del ejército a cuyo objeto consagro mi atención y mis desvelos.

En tanto, conviene que Ud. procure mantenerse a la defensiva aprovechando todas las ventajas que le ofrece su posición y los accidentes del terreno, sin descuidarse de alejar cuanto sea posible el ganado y demás víveres de manera que no pueda servir al enemigo.

Dé Ud. el parabién a nombre de la patria y el mío a los guerrilleros que lo acompañaron a Ud. en la jornada del 2, muy particularmente a



los ciudadanos que han suscrito el parte que recibí adjunto al de Ud. que se publicará en el registro Oficial.

Dios guarde a Ud.

(Fdo.) Andrés A. Cáceres.

(Publicado en la obra de Carlos María Muñiz y en la colección Ahumada Moreno).

ANEXO 11

EL GENERAL CACERES NOMBRA A AMBROSIO SALAZAR COMANDANTE MILITAR DE LA PLAZA DE COMAS, CON FECHA 30 DE MARZO DE 1882

Un sello de la República.

Andrés A. Cáceres.

General de Brigada y Jefe Superior Político y Militar de los departamentos del Centro.

POR CUANTO:

El ciudadano Ambrosio Salazar, ha contraído méritos en el servicio de la patria, asistiendo como comandante de las guerrillas del pueblo de Comas en la refriega que tuvo lugar el 2 de marzo actual con un destacamento de las fuerzas chilenas.

POR TANTO:

Le confiero el nombramiento de Comandante Militar de Comas y ordeno y mando que se le reconozca por tal y se le guarden todas las distinciones anexas a su cargo.



Dado en el Cuartel General de Ayacucho a los 30 días del mes de marzo del año de 1882).

(Fdo.) Andrés A. Cáceres

(Tomado del archivo del CEHM del Perú).

ANEXO 12

MARCAVALLE Y SEGUNDO COMBATE DE PUCARA (Parte peruano)

Huancavelica, julio 11 de 1882.

El benemérito general, Jefe Superior Político y Militar de los departamentos del Centro, me dice de Pucará, con fecha de ayer lo siguiente:

"Tengo la satisfacción de comunicar a V.S., para conocimiento del departamento de su mando, la derrota de las guarniciones de Marcavalle y este pueblo, y la siguiente ocupación de ellos por las fuerzas que me obedecen. Después de varios reconocimientos anteriores, me propuse y llevé a la práctica un plan de ataque que produjera un resultado positivo, con las menores pérdidas posibles de vidas y municiones. En efecto, ayer a las 6 p.m., después de tomar rancho, moví a la tropa de la siguiente manera: ordené que la segunda división de línea y los batallones Acoria, Colcabamba, Huando, Acostambo y Pillichaca de guerrilleros atacaran por las alturas de la izquierda, de donde se domina Marcavalle y Pucará, asimismo ordené que los guerrilleros de Huaribamba y Pampas atacaran por el centro con parte de la artillería; que el batallón Izcuchaca, con los guerrilleros de Pazos y Tongos y segunda columna Pampas emprendieran por la derecha un movimiento de protección, y yo, con el cuerpo de ayudantes, la escolta de honor y 4 piezas rayadas de artillería, me constituí frente a Marcavalle, hacia el costado derecho.

El golpe tenía que darse al rayar la aurora; y durante la noche todos los cuerpos ocuparon sus puestos con el mayor entusiasmo y silencio, sin ser percibidos del enemigo.



A las 5 y 30 a.m. rompieron los fuegos simultáneamente sobre Marcavalle, la primera y segunda compañía del batallón Tarapacá, por el centro y los guerrilleros de Acoria, Colcabamba, etc., por el flanco izquierdo, al mismo tiempo que atacaba por la derecha la Columna Izcuchaca y la artillería hacía algunos certeros disparos. Quince minutos fueron suficientes para que el enemigo se pusiera en vergonzosa fuga, la que desgraciadamente no la liberó de la muerte porque en su retirada se encontraron con los guerrilleros ocupando la retaguardia, los que dieron fin con casi todos los chilenos que formaban la guarnición de Marcavalle, pues hemos contado cerca de 40 muertos.

Mientras llegamos al sitio de la referida guarnición, ya marchaban precipitadamente, a paso de vencedores sobre Pucará, las dos guerrillas del Tarapacá, la Columna Izcuchaca, a las órdenes de su coronel Gálvez, y los guerrilleros, a órdenes de los jefes don Domingo Cabrera Segura y demás comandantes de guerrilla. Al cabo de una hora y con la velocidad del rayo, nuestros combatientes ocupaban Pucará y perseguían al enemigo hasta Sapallanga, desde donde nos hacían fuego en retirada. Por nuestra parte, como era de esperar, sólo hemos tenido un muerto y 3 heridos; en cambio se ha tomado de los campamentos armas, ropa y demás útiles necesarios al ejército.

Después de manifestar a V.S. que la izquierda fue mandada por los jefes de Estado Mayor General, la derecha por el que suscribe y el centro por el Comandante en Jefe, no puedo hacer recomendación especial, porque todos igualmente han sabido cumplir su deber y dejar satisfechas mis aspiraciones. Quiera la Providencia dispensarnos en lo sucesivo la misma ayuda y los pueblos continuar con la misma decisión; así no dudaremos del triunfo final y de la salvación de la República.

Dios guíe a V.S.

(Fdo.) Andrés A. Cáceres

Que tengo la muy grata satisfacción de transcribir a V.S. para su conocimiento y demás fines.

Dios guíe a V.S.

TOMAS PATIÑO

Al señor Prefecto y Comandante General del Departamento de Ayacucho.



ANEXO 13

MARCAVALLE Y SEGUNDO COMBATE DE PUCARA (Parte Chileno)

Batallón Santiago 5° de Línea.
Huancayo, julio 9 de 1882

Señor:

Tengo el honor de transcribir a V.S. el siguiente parte pasado por el capitán don Diógenes de la Torre, comandante del destacamento de Marcavalle.

Huancayo, julio de 1883.
Señor mayor comandante accidental del batallón:

Hoy a la madrugada, 5 a.m., fui atacado por el enemigo en número que no bajaría de dos mil hombres de las tres armas y al parecer provistos en su mayor parte de armas de fuego y algunos con lanzas y hondas. En vista del crecido número por el que me veía amenazado, mandé orden al subteniente Demetrio Vegas, comandante de la avanzada que todas las noches se colocaba en una garita distante como cuatro cuadras del punto en que estaba situado mi campamento, que se retirara, pero sin dejar de hacer fuego. Obedecida que fue mi orden, determiné, dando cumplimiento a lo dispuesto por V.S. en caso de ataque, marchar en retirada, en atención a que el enemigo me tenía casi rodeado y emprendí el avance por distintos puntos; pero esta determinación la tomé después de haber mandado aviso a Pucará, donde se encontraba el ayudante don Pedro Pablo Toledo al mando de dos compañías.

El refuerzo pudo llegarme cuando ya faltaba seis cuadras más o menos para llegar a este último punto, pero ya era de todo punto inútil por las circunstancias que dejo expuestas.

En el ataque tuve la desgracia de perder al teniente José de la Cruz Retamal y el subteniente Elías Garay más 14 individuos de tropa muertos y 10 de estos últimos heridos, pero consiguiendo hacerle muchas bajas al enemigo.

Los últimos acontecimientos omito referirlos por cuanto V.S. tuvo oportunidad de presenciarlos.

Es cuanto tengo que decir a V.S. para conocimiento y demás fines.



Por mi parte tengo que agregar a V.S. que a la diana de hoy sentí en Sapallanga tiros de fusilería por el lado de Pucará y comprendiendo que habían empeñado combate las fuerzas de avanzada, en el acto me dirigí a ese punto con el sargento mayor don Fernando Pérez, teniente don Luis Lecler, que me servía de ayudante, más de 30 hombres de caballería al mando del bizarro y teniente de caballería Ildefonso Alamos. Como en la medianía del camino recibí un parte verbal que me mandaba el capitán ayudante don Pedro Pablo Toledo, por conducto de un soldado de carabineros en que daba cuenta del serio ataque que había el enemigo obligado a emprender a la compañía destacada en Marcavalle. En esos instantes diviso los cerros coronados de enemigos y éstos se dirigían con ligereza en todas direcciones al pueblo de Pucará, inmediatamente ordené al sargento mayor don Fernando Pérez se fuese a ese punto con el piquete de caballería a tomar el mando de las fuerzas y proteger a la compañía que en retirada se defendía, y una vez unida a él, se retirase y tratara de retirarlos a un terreno plano que hay, pasado el río, al frente del punto mencionado, lugar donde debía esperarlo yo con la fuerza que tenía en Sapallanga en disposición de ataque.

Como la tropa marchaba en retirada en cumplimiento de las órdenes que tenía, el enemigo tomaba gradualmente más arrojo hasta avanzar al plano donde me encontraba. Viendo que tan de cerca nos perseguían y nos hacían bajas, ordené al ayudante Toledo rompiera los fuegos, siendo esto eficiente para que se retiraran a parapetarse al pueblo, en vista del gran número de bajas que les hizo; y en este instante fue cuando di segundo aviso verbal a V.S., que ya con cuatro compañías que tenía reunidas y puestas al frente de ellas en disposición de atacar, resolví colocarme más a retaguardia en lugar más a propósito, que fue donde me encontró V.S. y me dio orden para retirarme a esta plaza. En el avance hasta el plano del enemigo, tuve el sentimiento de que me hicieran 7 bajas más de tropa y dos caballos, siendo los tres primeros muertos y 2 heridos de la tercera compañía y 2 heridos de la fuerza de caballería. También, por la ligereza con que salió a proteger la compañía, quedaron en el cuartel las cajas de documentos, la mayor parte del vestuario nuevo de dos compañías, todo lo cual quedó en poder del enemigo, como también los rifles de los muertos, los que fue imposible recogerlos por lo quebrado del terreno y gran número de enemigos que nos acosaban de distintos puntos.

Incluyo a V.S. listas de muertos y heridos pertenecientes a este batallón, los que siempre tendré que lamentar.

Réstame decir a V.S. que el señor jefe, oficiales y tropa que han tomado parte en este acontecimiento, se han conducido como siempre a la altura de sus deberes.

Domingo Castillo.- Al Sr. coronel jefe de la división.



ANEXO 14

ASALTO Y EXTERMINIO DEL DESTACAMENTO CHILENO[3]

Las fuerzas asaltantes de la guarnición chilena de Concepción dejaron su cuartel general de Comas, el sábado 8 de julio de 1882: ese mismo día, en la tarde llegaron a San Antonio, pueblecito situado en las alturas del convento de Ocopa. Allí se presentó el joven Crisanto Meza, enviado por el doctor Manuel Teodoro del Valle, obispo de la diócesis de Huánuco, que se hallaba oculto desde meses antes en ese convento, por liberarse de la saña enemiga, que se traducía en enormes cupos impuestos a todos los hacendados y personas pudientes de esa.

El joven Meza cumplió el encargo para el jefe de las fuerzas de vanguardia del Ejército del Centro, de parte del obispo del Valle, manifestando al coronel Gastó, en presencia de todos los jefes que el prelado aludido decía tener noticias fidedignas de un momento a otro, evacuarían los chilenos el departamento de Junín, por haber recibido ya la orden del General en Jefe, para reconcentrarse en Lima en breve término; noticia venida de Lima al obispo por cartas particulares de personas bien informadas de la capital.

A las 10 de la mañana del 9 de julio dejaron el pueblo de San Antonio, para encaminarse a las goteras de Concepción por caminos extraviados, al lado más vulnerable de la plaza, a fin de emprender el asalto con probabilidades de éxito. Llegaron al caserío de Lastay, a las 3.00 de la tarde, dirigidos por el comandante don Ambrosio Salazar, jefe de la Columna Comas que fue el alma de la expedición, como que era el único jefe, que conocía palmo a palmo la topografía de la ciudad ocupada por el enemigo. Dicho caserío está situado sobre Concepción, a 3 kilómetros de distancia, hacia el oriente, donde tuvo lugar un consejo de guerra, provocado por el jefe de la Columna Comas quien no quiso avanzar, una línea más hacia el sur, asegurando, al coronel Gastó y demás jefes, que ese era el flanco por donde debería atacarse al enemigo extranjero.

El consejo de guerra se constituyó con los siguientes jefes: Coronel don Juan Gastó, que lo presidía; teniente coronel don Andrés Freyre, primer jefe de la Columna Pucará; teniente coronel don Francisco Carbajal, primer jefe de la Columna Ayacucho y teniente coronel don Ambrosio Salazar, primer jefe de la Columna Comas.

3. Nota publicada por el mayor Melchor Ramírez, natural de Concepción, en El Perú de Tarma Nº 26, sobre las acciones de la columna Gasto, en setiembre de 1882.



El coronel Gastó manifestó que tenía instrucciones de la jefatura superior para mantenerse a la defensiva, sin comprometer combate con el enemigo y que, además, el ataque a Concepción no podía emprenderse por dos razones: por la importunidad de la hora (4.00 p.m.) y porque hasta el momento nada se sabía sobre los planes estratégicos del general Cáceres que se aproximada desde el sur, para atacar el grueso del ejército chileno, que a la sazón ocupaba Huancayo.

Entonces el jefe de la Columna Comas, comandante Salazar, dijo: que, con sentimiento no acompañaría al señor Gastó, en su deseo de cumplir las instrucciones superiores que había recibido; que, disponía de las fuerzas suficientes, que él había organizado en Comas para atacar Concepción, según plan de antemano concebido y que en el acto procedería a realizar el ataque, antes que el desaliento cundiera en el ánimo de los suyos.

Ante tan rotunda declaración de Salazar, el coronel Gastó se quedó como vacilante; al instante el sargento mayor don Luis Lazo, que no formaba parte del consejo de guerra, pero que, a corta distancia, escuchaba con atención las deliberaciones de éste, levantó la voz y dijo: "Señor comandante Salazar, yo lo acompaño en su empeño de ataque, he venido a pelear, con los enemigos de mi patria, no a mantenerme a la defensiva.

Ambas declaraciones, tan espontáneas como concluyentes, fueron para el coronel Gastó una especie de impulsión eléctrica, que en el acto resolvió el ataque a la plaza sin dar tiempo a que los demás jefes expresaran su opinión; esta resolución, que constituía el objetivo común, fue recibida con marcado regocijo por todos los circunstantes.

Aunque se resolvió el asalto, el plan para verificarlo no quedó acordado; éste fue concertado en privado, entre el coronel Gastó y el comandante Salazar, mientras caminaba a la cabeza de las fuerzas, la distancia que media entre Lastay y Concepción.

En cuanto llegaron a la cumbre de la colina, que por el este domina la ciudad, la Columna Comas, con su jefe, ocupó las faldas del cerro León y abrió los fuegos contra el enemigo para llamar la atención de éste, hasta que el coronel Gastó llevase a cabo un movimiento envolvente desembocando a las espaldas de las fuerzas chilenas y quedar encerrada ésta en un círculo de fuego, por la aproximación de las fuerzas peruanas por todos los flancos. El movimiento de flanco se efectuó, después de un nutrido fuego de fusilería de más de media hora, entre la guarnición chilena y la fuerza que mandaba el comandante Salazar.

La hecatombe de Concepción es ya demasiado conocida; aquí sucumbió toda la guarnición chilena y sus jefes: capitán don Ignacio Carrera Pinto, teniente Arturo Pérez Canto, subteniente Julio Montt y Alberto Cruz (Luis M. Cruz).



Como consecuencia del encarnizado combate, los heridos de gravedad de las fuerzas agresoras, ascendían a número considerable, casi todos de la columna Comas, por el brío desplegado por ésta, para tomar la plaza y el cuartel ocupado por los enemigos. Todos los heridos fueron asistidos, en el hospital de sangre, preparado por los reverendos padres de Ocopa.

Para hacer constar, de una vez por todas, que el asalto a Concepción y su brillante éxito fue debido a la enérgica actitud asumida por el comandante Salazar en el consejo de guerra de Lastay; basta hacer constar también que dicho jefe no necesitó de inspiración extraña, ni de instrucciones superiores, ni de cooperación alguna de parte del ejército del centro, para presentar combate al escuadrón Yungay, que expedicionó a Comas, el 24 de febrero último, hasta derrotarlo y destruirlo; en ese entonces no se contaba en toda esa región con más aliados que la Providencia, al iniciar el combate contra parte del ejército araucano, destacado en Lima, con el propósito ostensible de destruir nuestro ejército de Chosica. Con ese notable hecho de armas, según consta del parte oficial de esa gloriosa jornada que se publicó en el registro oficial de Ayacucho, se tendrá el convencimiento, de que si el coronel Gastó, ciñéndose a instrucciones superiores, no hubiese ordenado el ataque a Concepción, Salazar con las fuerzas de su mando, que le costó su trabajo y su dinero equiparla, lo habría llevado a efecto por su cuenta, procurando asegurar el mayor éxito posible.

Como nadie ignora, cuando el comandante militar de Comas emprendió el ataque contra el destacamento de Germain, que fue un hecho temerario, sin paralelo en nuestra historia, disponía de muy escasos elementos bélicos y el general Cáceres se encontraba entonces en Ayacucho a 50 leguas de distancia de la resistencia armada; para la ejecución de la de Concepción, dos columnas del ejército del centro desprendidas de Izcuchaca, aunque sin municiones, concurrieron al citado combate formando división con la Columna Comas, cuyo jefe como se sabe fue el intrépido batallador de Sierralumi.

Tarma, Septiembre de 1882.

(Fdo.) Melchor Ramírez, Sargento Mayor de Ejército



ANEXO 15

PARTE PERUANO DEL COMBATE DE CONCEPCION ELEVADO POR EL GENERAL CACERES

Huancavelica, julio 13 de 1882.

Señor:

El benemérito señor general, Jefe Superior, Político y Militar del Centro, me dice de Huancayo, el 11 del actual, lo siguiente:

Por un oficio anterior, tiene V.S. conocimiento del resultado del ataque a Marcavalle y Pucará, puntos de donde el enemigo huyó cobardemente. Obligado el mismo día 9 a no continuar la marcha y permanecer en el último punto a consecuencia del furor de que estaban dominados, especialmente los guerrilleros, lo que hacía temer que en su frenético entusiasmo confundieran con el enemigo a los habitantes de esos pueblos y se lanzaran a una carnicería espantosa, ocupé el día en nuevos reconocimientos y en preparar todas las fuerzas para el ataque que debía emprender al día siguiente. Pero muy desgraciadamente para el ejército de mi mando, el chileno abandonaba la posición de la Punta, en las primeras horas del 10, y más tarde la ciudad de Huancayo, tan cobardemente como lo hicieron en Marcavalle y Pucará. Apenas tuve conocimiento de este hecho, continué la marcha suspendida por la razón ya indicada, y mis fuerzas ocuparon el pueblo de Sapallanga, al mismo tiempo que tres ayudantes con un piquete de caballería desfilaban a ocupar la ciudad de Huancayo, a la que penetraron a las 6.00 p.m.

Con el objeto de tomar las precauciones del caso, ocupó también la ciudad indicada el coronel don José M. Frías, al mando de otro piquete de caballería tomado de parte de la columna de honor de Pampas, organizada por el sargento mayor don Nazario Zúñiga.

En el día, el ejército de mi mando entra a Huancayo y continúa su marcha en persecución del enemigo que se halla hostilizado por todos los puntos por donde tiene que transitar. En Concepción ha perecido toda la guarnición chilena compuesta de 100 hombres, más o menos; y abrigo la seguridad de que todos los pueblos que tienen en la ruta que deben llevar, procurarán cumplir con su deber causando a nuestros contrarios tantas bajas como las sufridas en Marcavalle, Pucará, Quebrada Honda y Concepción.



No dejaré de comunicar a V.S. que la precipitada fuga de los chilenos nos ha puesto en posesión de muchos fardos de ropa militar y otros artículos, entre los que se encuentran 18 cajones de municiones.

Tan fausto acontecimiento alcanzado por el ejército del centro y la decisión y entusiasmo con que todos los ciudadanos se han aprestado a defender la patria, organizándose en columnas de guerrillas, hará indudablemente eco en la República toda y hasta me permitiría afirmar que ha comenzado para el Perú la época de la reparación y ha sonado la hora tremenda de la venganza.

A fin de que llegue a conocimiento de todas las autoridades del centro y sur de la República, espero V.S. transmitirá inmediatamente este oficio, que tan ligeramente le paso, para que llegue a conocimiento de todos los pueblos.

Acabo de recibir comunicación de la quebrada de Huarochirí, en la que me dan parte que todos esos pueblos se hallan en movimiento para atacar al enemigo y cortarle el puente de Purhuay.

Dios guíe a V.S.

Andrés A. Cáceres

Que tengo la muy grata complacencia de transcribir a V.S. a fin de que haga llegar al saber de todos los vecinos del departamento de su mando.

Dios guíe a V.S.

Tomás Patiño

ANEXO 16

PARTE CHILENO DEL COMBATE DE CONCEPCION

Batallón Chacabuco 6° de Línea
Jauja, Julio de 1882

Señor:

Como V.S. sabe, la guarnición de Concepción se componía de cuatro oficiales y 73 individuos de tropa de la cuarta compañía del cuerpo de mi mando, al mando del capitán don Ignacio Carrera Pinto.



Según datos que se han tomado de algunas personas que se han encontrado en la ciudad, éstas contestan en asegurar que el día 9 del presente, de 2 á 2 y 30 p.m., se presentaron en las alturas que rodean el pueblo tropas enemigas que, uniformadas de blanco y armadas de rifles, hacían fuegos sobre la plaza.

En este mismo momento aparecieron por las diversas entradas de la plaza, gran número de indios armados de lanzas. El enemigo encontró lista a la compañía para ponerse en defensa, por tener el capitán de antemano orden de mantenerla acuartelada.

Según los relatos que todos hemos oído, el ataque principió con gran ímpetu por parte del enemigo, el que era contenido en las entradas a la plaza por nuestros soldados con bizarría; pero como sufrieron muchas bajas, al anochecer se replegaron al cuartel situado en la misma plaza; y ahí combatieron toda la noche, rechazando muchas veces la masa de indios y gente armada que se abalanzaban a la nuestra del cuartel, a sus ventanas y a sus paredes que lo circundaban.

El ataque duró toda la noche del 9 y la mañana del 10; pero ya, como a las 9 y 30 a.m. de este día, el enemigo se persuadió claramente de que las municiones se habían concluido y los que habían peleado como buenos 19 horas, tuvieron que resistir sólo al arma blanca, rechazando nuevamente con las puntas de sus bayonetas a los asaltantes que, ya ensoberbecidos, cargaban con furia a tomarse el cuartel.

El enemigo fastidiado de la tenaz resistencia de los nuestros y convencido de que el temple de los hombres que encerraban el cuartel era de aquellos que no proporcionan un fácil triunfo, resolvió incendiar el edificio, lo que efectuó arrojando petróleo a los techos y haciendo forados en las paredes que rodean el cuartel; de esta manera consiguieron penetrar al recinto donde se encontraban los que hicieron la defensa de la plaza de Concepción.

Se dice que cuando el enemigo, en gran número, entró al cuartel, la porfía y encarnizamiento de la defensa fue horrible; dando por resultado la muerte de toda la guarnición, incluso sus oficiales, sin que quisieran rendirse por nada, a pesar de que se les gritaba que lo hicieran y que nada se les haría.

El comandante de carabineros que me ha asegurado que el alférez de su regimiento, señor Sierralta, recorrió con 20 hombres, el 11 por la mañana, la ribera del río frente a Concepción, y que encontró un gran número de heridos con bayoneta, siendo de presumir que el número de éstos y el de los muertos sean muy numerosos.

El número de fusileros enemigos, que atacaron Concepción, eran de 300 al mando del coronel Gasto, más 1,500 hombres armados de lanzas.

Excusado me parece señor coronel, recomendar a la consideración de V.S. la conducta brillante y más que distinguida observada en el



hecho de armas de Concepción el 9 y 10 del presente, por los señores oficiales y tropa que formaban parte de esa guarnición; hechos de armas de esa naturaleza, llevan consigo su recomendación.

La memoria del capitán Ignacio Carrera Pinto, subteniente Julio Montt, don Arturo Pérez Canto y don Luis M. Cruz, sacrificados con sus 73 soldados en el puesto del deber es algo que el que suscribe, como el personal del cuerpo de mi mando, recordaremos siempre con respeto y nos esforzaremos en imitar en algo siquiera, el camino que con su abnegación y sus vidas nos ha trazado ese puñado de valientes.

El armamento y vestuario fue llevado por el enemigo, dejando los cadáveres en completa desnudez con el objeto, quizá, de que pudiéramos ver las horrorosas mutilaciones con que la saña del salvaje se había cebado en los cuerpos ya sin vida de esos mártires de su abnegación y patriotismo.

Adjunto a V.S. una relación nominal de los señores oficiales e individuos de tropa muertos en el hecho de armas de que doy cuenta, ascendente a 4 oficiales y 73 individuos de tropa del batallón Chacabuco 6° de Línea.

También murió en el mismo hecho de armas el soldado de la primera compañía del batallón movilizado Lautaro, Pedro González que había quedado por enfermo en esa plaza.

Dios guarde a V.S.

Manuel Pinto Agüero.

Al señor coronel Comandante en jefe de la División



ANEXO 17

PARTE FORMULADO EN APATA POR EL GENERAL CACERES

Jefatura Superior, Política y Militar de los departamentos del Centro.

Apata, julio 13 de 1882.

Señor.

Se impondrán V.S. por el parte que debe habérsele transcrito, de la cobarde retirada del ejército chileno por consecuencia del ataque que emprendí en Marcavalle y Pucará, lugares donde fue completamente batido y donde dejó gran número de muertos, vestuarios, etc., y otros artículos de guerra.

Sucesivamente he ido ocupando hasta este punto y me propongo marchar hasta Jauja, de donde ha salido el enemigo en la madrugada de hoy en la más espantosa y precipitada fuga.

Creo inútil decir a V.S. que los chilenos en su tránsito han cometido los crímenes más horrendos. En Concepción, donde nuestras fuerzas no dejaron escapar ni uno solo de la guarnición; han saqueado toda la población, incendiándola más tarde y fusilando ancianos, mujeres, niños y cuantos en una palabra se presentaban a su vista por casualidad. Haré notar a V.S. que en ese desenfreno no se ha respetado nada, ni los escudos y pabellones extranjeros que se hallaban en las casas y tiendas neutrales. El respetable médico francés, doctor Luis Emilio Journés, ha sido gravemente maltratado a culatazos y saqueada su casa. Los señores Schoff y Kirchnner (alemanes), Guiolfo (italiano) y otros españoles han sido saqueados y quemados sus establecimientos. En fin no hay crímenes que no se hayan cometido; y esto es natural desde que el crimen es compañero inseparable de los cobardes.

No disponiendo de más tiempo espero comunicarle en breve nuevos acontecimientos que, como los anteriores, constituirán la base de nuestra reparación.

Dios guarde a V.S.

Andrés A. Cáceres

(Tomado de la colección Ahumada Moreno)



ANEXO 18

PARTE OFICIAL DEL GENERAL CACERES SOBRE LOS COMBATES DE MARCAVALLE, 2° DE PUCARA, CONCEPCION Y SAN JUAN CRUZ

Jefatura Superior del Centro
A los señores delegados del Supremo Gobierno en Lima.

Tarma, Julio 22 de 1882.

Reservándose el cumplimiento de la obligación de dar al Supremo Gobierno el parte detallado de los últimos sucesos acaecidos en este departamento, tan luego se reciban los documentos necesarios, de la Comandancia en jefe y del Estado Mayor del Ejército de mi mando, tengo la honra de hacer a UU.SS. una relación breve de todo lo ocurrido.

A costa de algún trabajo y venciendo toda clase de obstáculos, reorganicé el Ejército del Centro en la ciudad de Ayacucho, después de lo cual me puse en marcha a Huancavelica, donde tuve que demorar 3 días con el objeto de suministrar recursos pecuniarios y demás útiles indispensables para la movilidad de la tropa.

El 19 del mes próximo pasado, salí del último punto con dirección a Izcuchaca, plaza que ocupamos el 20 habiendo pernoctado el día anterior en la hacienda Acobambilla. En Izcuchaca encontré más de 2,000 guerrilleros y una columna en estado regular de organización al mando del coronel Gálvez, dispuesta a seguirme con valor y entusiasmo, deseando seguir la suerte que le tocare al ejército.

Después de un día de descanso y dejando al ejército en el último lugar, acompañado de mis ayudantes seguí la marcha sobre Acostambo, Ñahuinpuquio, Tongos y Pazos, lugares inmediatos al enemigo, con el objeto de hacer los reconocimientos necesarios de todas las posiciones que rodean Marcavalle y Pucará, pueblos donde estaban situadas las primeras guarniciones chilenas. Al mismo tiempo llevaba el objeto de organizar convenientemente otras numerosas masas de guerrilleros compuestas de columnas de diferentes puntos que se encontraban asediando al invasor por todas partes aunque con mucha desventaja.

Conseguidos estos dos móviles, regresé a Izcuchaca y ordené la inmediata movilidad de las diferentes divisiones de línea, a la vez que dispuse que el coronel Gastó, con dos columnas ligeras de infantería, marchara a Comas sobre la derecha del Mantaro a organizar las guerrillas de ese lado y situarse convenientemente entre Jauja y Concepción para resistir allí y recibir órdenes posteriores.



Con el objeto de desconcertar al enemigo, hacerle que distribuya sus fuerzas y fije su defensa en todos los lados, ordené igualmente: que los guerrilleros de la derecha del río Jauja compuesta de las columnas mandadas por los tenientes coroneles Toledo, Arauco y Meza, a órdenes del comandante general Tafur, asaltase la guarnición de La Oroya y cortase el puente; al mismo tiempo también expedí las órdenes necesarias al subprefecto de Huarochirí para que todos los guerrilleros de esa provincia, en masa, dieran golpes sobre la guarnición de Chicla.

Estos dos objetos no llegaron a conseguirse del todo a pesar de haberse realizado los ataques, porque ellos no se ciñeron a mis instrucciones y los combates se dieron sin guardar el refuerzo necesario para asegurar los resultados.

El 29 del mismo tuvo lugar dicho movimiento de tropas; a las 11.00 a.m. de ese día llegué a Acostambo donde tuve conocimiento que las montoneras de Pazos se batían seriamente con 400 chilenos, poco más o menos, que con tres piezas de artillería salieron probablemente a hacer un serio reconocimiento para saber si mi ejército se hallaba en esos lugares, o para resarcirse del golpe dado el día anterior por los guerrilleros a la guarnición de Marcavalle a los que obligaron a retroceder hasta Pucará.

Después de dos días de estacionamiento en Acostambo, moví todo el ejército a Pazos, campamento general, tanto del ejército como de las divisiones de guerrillas. Después de algunos días de reconocimiento y sobre todo de organización, resolví emprender el ataque formal sobre los chilenos, el 9 del corriente. Tal pensamiento comunique al coronel Gastó y ordené que en un mismo día y hora asaltara a la guarnición de Concepción que era la retaguardia del enemigo, a la vez yo con el grueso del ejército emprendía la marcha sobre Marcavalle, Pucará, Sapallanga y Huancayo simultáneamente.

Combinando el plan con los detalles que verán ustedes en los partes respectivos, al rayar la aurora del día señalado, se dio al ataque por Marcavalle, 15 minutos fue suficiente para que el campo quedase por los nuestros, no habiéndose comprometido en esa acción más que dos compañías del batallón Tarapacá. Al mismo tiempo los guerrilleros al mando del coronel Cabrera y la "Columna Izcuchaca", al mando del de igual clase don Miguel Gálvez, con una celeridad increíble no sólo habían cortado la retirada de la guarnición enemiga que toda pereció, no sólo habían destrozado la guarnición de Pucará y habían ocupado la población, sino que pasando el río, sostenían un recio combate con la guarnición de Sapallanga.

Convencido del furor que dominaba a los guerrilleros; de la prevención que se tenía para la población de Huancayo; deseando dar el golpe decisivo y seguro sobre las fuerzas enemigas que ocupaban esa ciudad;



con noticia cierta de la ocupación de Concepción, hice tocar retirada y posesioné mi ejército en las alturas de Pucará. El 10 tuve conocimiento de la retirada emprendida por las fuerzas de Huancayo y de la toma del cuartel de Concepción, donde pereció toda la guarnición chilena al brío de los guerrilleros de Comas mandados por el teniente coronel provisional don Ambrosio Salazar. El 10 ocupé la ciudad de Huancayo y puse al ejército en inmediata persecución del enemigo, que penetró en ese día a Concepción después de haber tocado a sangre, degüello e incendio y haber reducido a cenizas la población y no haber respetado almacenes y casas extranjeras, principalmente alemanas, que fueron saqueadas; salieron el 12 en la mañana, llegando a Jauja ese mismo día, después de incendiar en su tránsito los pueblos de Matahuasi, San Lorenzo y Ataura que se encuentran en el camino.

De Jauja salieron el 13, perseguidos siempre por mi ejército y causando en su pavorosa fuga daños incalculables en los pueblos indefensos por donde pasaban; llegaron ese mismo día a Tarma después de haber andado nueve leguas y colocado sus avanzadas en Tarmatambo, distante una legua de esa población.

El día 15 ordené que hiciera un ataque para desalojarlo de la última posición, orden que cumplieron los guerrilleros de a caballo al mando del coronel Tafur. En la tarde de ese mismo día bajé con una compañía del batallón Zepita y la situé en avanzada en el cerro Tarmatambo, que domina Tarma por la izquierda.

Al día siguiente 16 ordené que los guerrilleros tomaran los cerros que dominan la ciudad, por la derecha, llamando la atención del enemigo, y librar un combate parcial con el enemigo por ese lado, con el objeto de tomar yo el lado izquierdo que corta los caminos de retirada y darle el ataque decisivo al día siguiente. El combate parcial tuvo lugar en los cerros de San Juan Cruz donde los enemigos sufrieron bajas considerables; pero tuve el sentimiento de no darle el final, porque en las primeras horas de la noche de ese mismo día continuaron la fuga por el camino de Casablanca, ruta de La Oroya. Deben UU.SS. suponer las pérdidas sufridas en una fuga y derrotas tan continuadas, desde Marcavalle hasta este lugar, dejando en nuestro poder municiones, vestuario y equipo en la proporción que detallarán los partes de las diferentes oficinas que adjuntaré oportunamente en mis comunicaciones al ministerio del ramo.

Mientras tal se realice, suplico a UU.SS. se apresuren a poner los hechos brevemente relacionados en conocimiento de S.E. el Vice Presidente de la República.

Rechazados y expulsados los invasores de este importante departamento, ponen al gobierno en posesión de más brazos y elementos de defensa para la Nación; atiende mucho a la brevedad de su acción y



restablece las medidas de reorganización pronta que su alta sabiduría ha de sugerirle.

Respecto a las fuerzas que me obedecen; réstame agregar que el ejército de línea es digno de todo elogio por la moralidad observada y el sufrimiento y resignación soportados con abnegación en esta ruda campaña; pero muy en especial debo llamar la atención del supremo gobierno el levantamiento en masa y espontáneo de todos los indígenas del departamento de Junín y Huancavelica prestando con su concurso valiosos servicios. Tal hecho es presagio de un movimiento y transformación unánime que en breve harán cambiar en la República la faz de la guerra actual.

Por mi parte, dispuesto siempre al sacrificio en aras del honor nacional y resuelto a consolidar la obra de unión y solidaridad que será nuestra salvación; ofrezco continuar como hasta aquí, esperando sólo para mis actos, el reconocimiento del deber cumplido.

Dios guíe a UU.SS.

(Fdo.) Andrés A. Cáceres

(Registro Oficial de Ayacucho N° 19 y colección Ahumada Moreno).

ANEXO 19

PROCLAMA DEL GENERAL CACERES EN TARMA A LOS PUEBLOS DEL CENTRO DESPUES DE LAS GLORIOSAS ACCIONES DE MARCAVALLE, PUCARA Y CONCEPCION

Jefatura Superior, Política y Militar de los departamentos del Centro.

Tarma, Julio 28 de 1882.

Conciudadanos:

Los pueblos que conocen sus derechos y que tienen el valor de su raza, no pueden sufrir por largo tiempo el yugo de la dominación extranjera. Ante un unánime y vigoroso impulso es importante la fuerza de las armas puestas al servicio de una causa que la moral universal



condena y la dignidad de los hombres libres de la tierra anatematiza. Seis meses de vergonzosa ocupación han sido para el departamento de Junín una horrible pesadilla que no ha podido soportar y que sus hermanos del centro no han querido consentir.

Por eso, a mi nuevo llamado se organizaron los pueblos para la lucha y acudieron presurosos ofreciendo el contingente de sus esfuerzos y existencia, en demanda de justo y ejemplar castigo para el conquistador.

En un mes de campaña he visto coronados mis propósitos con el esplendor de la victoria. Junín quedará libre en breve y no nos detendremos hasta la victoria final. Los pueblos han satisfecho mis aspiraciones, en masa han cumplido su oferta; y el enemigo, derrotado en Marcavalle, Pucará y Concepción huye a ocultar en la costa su baldón y su vergüenza.

Soldados:

Habéis llenado vuestro deber con valor y abnegación; pero nuestra grandiosa tarea está muy lejos de haber llegado a su término. No nos envanezcamos con los últimos triunfos y desconfiemos de la fortuna que, sin justicia, tan adversa nos han sido antes de ahora.

Que vuestra disciplina, moralidad y abnegación, que habéis puesto a prueba, adquiera desde hoy más vigor y constancia.

Mucho nos falta todavía para llamarnos vencedores, y la nación necesita aún de vuestros esfuerzos para levantar glorioso y triunfante el pabellón bicolor en todos los ámbitos de la República.

Jefes, Oficiales, guerrilleros:

Vosotros lo habéis hecho todo bajo la influencia y el apoyo del ejército del centro. Habéis dado con vuestro unánime y patriótico levantamiento una lección social sin precedentes en la historia del Perú. Habéis resuelto un problema nacional de incalculable trascendencia y vuestra noble actitud es el anuncio de un despertamiento general a la luz de un nuevo día de gloria y de honor para la patria.

Si los pueblos de toda la república imitaran con el mismo entusiasmo vuestro valeroso y heroico ejemplo, la nación quedaría libre de opresión y la ignominia chilenas.

Guerrilleros de Concepción:

Estoy orgulloso de vosotros, y el país entero debe estarlo también. Si mi nombre, como lazo de unión patriótica, ha recibido nuevo lustre, por vuestros heroicos e insospechados hechos bélicos, ellos me obligan



a proseguir como hasta hoy, en el futuro, por todos los senderos a través de todas las dificultades y sacrificios por sólo bienestar y dignidad del Perú.

Vuestro general y amigo.

(Fdo.) Andrés A. Cáceres

(Del archivo del CEHM del Perú y Revista Militar N° 49 de 1952)

ANEXO N° 20

PARTE SOBRE LA FUGA DE LOS CHILENOS DE LA OROYA, ELEVADO POR EL GENERAL CACERES AL PREFECTO Y COMANDANTE GENERAL DE AYACUCHO

Tarma, Julio 27 de 1882

Señor:

Tuve conocimiento que el enemigo se encontraba en La Oroya; con el objeto de perseguirlo salí el 25 con la primera división al mando del coronel Manuel Cáceres y la columna de guerrilleros del coronel Benigno Dorregaray para que fuera en descubierta.

Al aproximarnos fugó el enemigo después de incendiar la ciudad y del centro después de seis meses de oprobiosa ocupación.

(Fdo.) Andrés A. Cáceres

(Tomado de la colección Ahumada Moreno)



ANEXO N° 21

MANIFIESTO DEL GENERAL IGLESIAS A SUS CONCIUDADANOS DECIDIENDOSE POR LA PAZ CON CHILE. (EL GRITO DE MONTAN)

Miguel Iglesias a sus conciudadanos.

Nunca un funcionario público se ha visto colocado en situación tan amarga, difícil e indecisa como la que arrostro en estos instantes. Apenas bastan los alientos de mi patriotismo para mantenerme en ella.

La mano inflexible de la desventura, que durante tres años y medio ha venido pesando sobre el Perú, parece hoy inicuamente suspendida sobre mi corazón.

Es preciso, pues, acudir a todas mis fuerzas en este trance supremo y con el auxilio de la Providencia, que jamás abandona a los que le confían su buena causa, buscar de una vez por todas y por la senda más recta la inmediata solución del problema de vida o muerte para nuestra patria agonizante.

No me engaño, no puedo engañarme en cuanto a la bondad y oportuna práctica del paso que la necesidad me inspira. Siempre he creído que no es el Perú la nación vencida por las huestes de Chile insaciable. El Perú no ha combatido. La guerra, la debilidad y el vencimiento, han sido provocadas por las pasiones, las miserias y los crímenes de una parte no más de sus degenerados hijos.

Y es preciso, de todo punto preciso, que la nacionalidad peruana se levante al fin sobre los escombros de su clamoroso pasado, para fundar la escuela redentora de su porvenir.

Cuando el grito de alarma nos sorprendió en la calma aparente del mayor desconcierto político, yo, como otros muchos, todo lo olvidé para mirar tan sólo los peligros del momento, y sin apreciarlos bastante, sin calentar nuestras fuerzas ni prever todas las consecuencias de la partida que afrontábamos -pues tampoco las previnieron nuestros gobernantes, cuya misión era- ofrecí mi corazón y mis brazos y con ellos toda mi sangre y la de mis hijos a la sagrada defensa de la patria.

Luché como soldado y mantuve el puesto que se me confío en el campo de batalla hasta donde fue posible mantenerlo. Testigos me son el cielo y la generación que me escucha, de que no intenté en el augusto momento de la prueba, reservar una gota siquiera de esa sangre tan sinceramente ofrecida, y si el sacrificio personal no me levantó a la altura de los héroes, nada me dice la conciencia que hice por evitarlo.



Más feliz que yo, y suspirando el nombre de su patria, cayó a mi lado, rindiendo una vida llena de esperanzas, el hijo de mis complacencias!

Los tremendos, irreparables desastres sufridos a las puertas de Lima, conmovieron profundamente mi espíritu. Entonces pude ver hasta en su fondo el horrible abismo por cuya pendiente rodábamos, arrastrando a nuestra patria infeliz entre la confusión más espantosa. Cayó la venda de la ofuscación y la verdad descarnada se presentó a los ojos de la razón ya fría. Estábamos perdidos, y quizás sin remedio!

Pero aún era tiempo. Siempre es tiempo de reparar de algún modo las faltas que cometemos si nos animan sentimientos puros y voluntad decidida para alcanzarlo.

Quizá la suerte que después de la batalla de Chorrillos y antes de Miraflores prisionero del enemigo, se me condujese por breves instantes al campo nuestro, y de allí pronuncié por vez primera, franca y noblemente ante el Supremo Jefe del Estado, la palabra de paz, como único medio de conjurar los descalabros sin cuento a que una loca obstinación iba a precipitarnos.

No se dio a mi indicación toda la decisión e importancia que en aquellos momentos merecía, quizás porque se tuvo la esperanza de un milagro del patriotismo; pero los resultados quisieron concederme la razón, con la más triste de nuestros caídos.

Después de Miraflores, sofocados los impulsos de un orgullo criminal, tendieron la vista por el inmenso territorio que habíamos perdido palmo a palmo, al oír los desesperados lamentos de tantos infelices cuyas gargantas hollada el pie del invasor, hasta nuestra propia capital, ya no hemos debido, sin provocar mayor expiación, pensar en otra cosa que en el ajuste de la paz, de la paz como necesidad presente y esperanza de futuro desagravio.

La excepcional condición en que me encontré colocado, como consecuencia de mi actitud en el fragor de la batalla, me trajo, poco después, casi en la condición de inválido, a mi hogar, imposibilitado se servir a la causa de la guerra, firmemente persuadido de que la causa de la guerra era imposible con buen éxito.

Sucesos incomprensibles vinieron a colmar nuestra desgracia y nuestra vergüenza. Lejos de aplacarse los odios fratricidas, se levantaron con mayor encono cuando humeaba todavía la generosa sangre inútilmente derramada, y bajo la coyunda del invasor y arrastrándose a sus plantas, unos hombres incalificables, so pretexto de alcanzar la paz posible y destruyendo la posibilidad de la paz misma que invocaban, atentaron en Lima contra la unidad nacional. Se proclamó y se hizo la guerra civil, dando al mundo el más desgarrador de los espectáculos y matando la postrera esperanza de conjurar unidos el peligro inminente que amenazaba nuestra nacionalidad.



Durante diez meses se prolongó en lucha en que los malos instintos pudieron saciarse sin coto.

No podría, sin violentarme demasiado, en estos instantes perentorios, hacer la historia de ese combate tenebroso, sordo, tenaz, aniquilador, cuyo resultado, el que fuere, servirían únicamente los intereses del enemigo común, quien poco tuvo que hacer para azuzarlo.

La gran masa nacional, descreída, indiferente, extenuada, ni tomó parte en la lucha, ni quiso ponerle término recobrando sus fueros. Tan relajados estaban los vínculos sociales, tantas y tan grandes los agravios recientes que los pueblos tenían recibidos de los hombres públicos, que disputaban el honor de dar a la patria el golpe de gracia, que, puede decirse, miraban con una especie de indolente satisfacción desencadenarse a cada hora más horrenda, la tormenta en que ellos mismos pedían naufragar. ¡Consecuencia fatal de sesenta años de abominable corrupción política!

Hubo sin embargo, un momento en que todo parecía contribuir a que se cambiase la nueva faz de nuestros destinos. La guerra civil, por una serie de rápidos acontecimientos, puso la suerte de la República en mano de un hombre que se exhibió, desde luego dispuesto a romper la intriga y la deslealtad y a fundar una nueva era política, reuniendo bajo una sola enseña a todos los peruanos hasta dar inmediata solución a los conflictos de que pendían la libertad y bienestar del país. Fue aquella una coyuntura digna de ser bien aprovechada.

Como prenda de conciliación, y de propósito honrado, el general Montero invocó mi patriotismo para que me decidiera a aceptar el gobierno superior de los departamentos del norte.

Era necesario afianzar a toda costa la unificación nacional. ¿A quiénes no seducen juramentos que halagan sus más ardientes deseos y la esperanza de contribuir a enaltecer la restauración de su patria?

Bajo estas expresas condiciones, y no queriendo que se me echase en cara un egoísmo que jamás he tenido, di a la Nación mi manifiesto el 1° de abril con declaraciones amplísimas; documento que, para más afirmarme en mis propósitos fue recibido con general aplauso.

El general Montero marchó inmediatamente al centro de la república con el fin aparente de asegurar mejor el éxito de sus determinaciones, pero en realidad para echarse en brazos del círculo que ha trabajado con mayor tesón por la ruina nacional.

No quiero detenerme en vanas lamentaciones.

Una vez en Huaraz y variando radicalmente de conducta, dictó Montero una medida violenta contra los redactores de La Reacción periódico que se editaba en la capital de ese departamento y que difundía con entusiasmo la patriótica doctrina de regeneración y paz, siendo este proceder tanto más notable cuanto que el mismo general había aplau-



dido, animado y ofrecido solemnemente a los señores Frías y Hernández, como a mí, que gobernaría con los pueblos que en la voluntad nacional fundaba el origen de su gobierno, y que estaba resuelto a romper todos los lazos que quisieran sujetarlo a intereses de banderías.

Al mismo tiempo cerraba la puerta a todo entendimiento con el enemigo, contestando el discurso del ministro americano Trescot, que no trataría de arreglos con Chile, si no se salvaban íntegros el honor, el territorio y los intereses de las naciones aliadas.

Fracasó, porque debía fracasar, el negocio indecente de la intervención extranjera y el general Montero, lejos de convocar a una representación nacional con poderes bastantes para resolver sobre la situación del país, uno de los más graves cargos que a los señores Hernádez y Frías, fue el de sedición por haber iniciado la idea de los comicios provinciales. Entonces declaró ya terminantemente que la legitimidad de su gobierno derivaba del Congreso de Chorrillos, y no era otra cosa que el sucesor y continuador de la farsa criminal que tuvo origen en Magdalena. (¿?)

Indignado por tales procedimientos que destruían todas las esperanzas concebidas, y probaban cuando menos, la falta de carácter en el hombre a cuyas propuestas de honor me atuve, y teniendo al frente dos provincias sublevadas con el pretexto de que querían la guerra a todo trance, no podía ser mi situación más cruel. La lealtad, empero, dictó mi conducta: siempre me ha repugnado la traición y por ningún motivo hubiera aprovechado de la autoridad que en esos departamentos ejercía para romper la unidad política interna al frente del enemigo, que necesitábamos afrontar estrechamente ligados.

Elevé la renuncia de la Jefatura Superior al gobierno de Huaraz, previniendo al general Montero que sólo por mi propia dignidad e interés nacional, daría cima a la pacificación de Chota y Hualgayoc, pero que cumplida tan enojosa misión, dejaría el puesto al sucesor cuyo nombramiento irrevocable exigí.

No obstante mi categórica declaración el general Montero quiso prolongar con satisfacciones personales una situación insostenible, y sin resolver en definitiva, efectúa su violenta traslación a Arequipa, sólo, después de disolver su ministerio y despojándose a sí mismo de todo carácter de autoridad suprema, rompiendo de hecho su comunicación con el norte, cabalmente cuando fuerzas de Chile, salvando el límite en que hasta entonces se había mantenido, invadieron San Pablo y Cajamarca.

¿A quién podía entregar el puesto en circunstancias tan estrechas?

Ni tenía instrucciones a que sujetarme, ni facultades de los pueblos para imponerles mi voluntad. Responsable del legado forzoso de un caudillo cuyo programa había cambiado y no era ya conforme con el mío;



con un puñado de hombres a mis órdenes; pero insuficientes para resistir al invasor; sin recursos y teniendo que empeñar mi crédito personal para dar pan al soldado, pues las repetidas contribuciones ordinarias y extraordinarias cobradas durante un año a los pacientes pueblos, los había reducido a la mayor miseria, ¿cómo salvar el inminente conflicto?

Quise ganar algún tiempo retirándome a la provincia de Chota, pero desgraciadamente el pueblo inexperto, exaltado por el ultraje que de una pequeña porción del enemigo recibía, exigió combatir y ensangrentaron las alturas de San Pablo.

¡Cuan caro se ha ganado el estéril triunfo de un instante!

Los pocos abnegados voluntarios que me acompañaron no son, ni con mucho, bastante para ofrecer seria resistencia a las formidables fuerzas invasoras que asuelan en estos momentos, ansiosos de venganza y exterminio, el noble departamento de Cajamarca; conducirlos a un sacrificio estéril provocando mayores iras de parte de un enemigo que les descargó sobre vecindarios indefensos, sería imperdonable; y me he visto precisado, sofocado los impulsos del corazón, a emprender con ellos una retirada tristísima, impuesta por la necesidad más absoluta, en tanto que las familias abandonaron sus hogares, que las llamas devoraron ciudades enteras y que pasaban todos los horrores de una guerra sin ejemplo sobre seres inermes y desvalidos.

Esta es la condición a que se ven reducidos los departamentos del norte y su gobernante, por consecuencia de los errores, de la falta de energía, de constancia y de levantado espíritu en el caudillo que va a probar fortuna dentro de los muros de Arequipa.

Mi determinación está tomada. Ni aún tratándose del general Montero quiero ser un rebelde. Pero como no es posible que pueda continuar contra mis convicciones y sin derecho al ejercicio de una autoridad discrecional, la entregaré a los pueblos.

Quiero dar el primer paso honrado en favor del país, provocando un movimiento nacional pacífico que coloque en los pueblos mismos el expediente de su salvación.

Ya no me es posible de toda la república. Convoco a una asamblea parcial de representantes de los siete departamentos que me obedecen.

Ante esta asamblea defenderé mi autoridad para ejecutar sus decisiones y mi conducta de ciudadano.

En nada, absolutamente en nada peligra la unidad nacional por el paso formal en que me empeño.

Las relaciones fraternales con el Centro y Sur se conservarán fraternalmente, y si en aquellas regiones se procede como en ésta, podremos arribar a la reunión de una gran asamblea general con derecho para decidir de la suerte de la República.



Mientras tanto, no pueden pues menos que traicionar a la patria todos los que pretendan imponerle, sea cual fuere, su voluntad individual arbitraria.

Aprovechar de las angustias nacionales para conservar una autoridad punible para seguir fomentando los odios de facción y explotación la sangre del pueblo, es horroroso.

Inténtese alguna vez, con fe y sinceridad, la concordia de la familia peruana.

Depóngase las posiciones mezquinas siquiera sea para salvar unidos el común peligro.

No me he cuidado de cubrir con un velo el triste estado del país, por mucho que los especuladores de farsas censuren mi conducta.

Creo que han perdido al Perú los engaños de que constantemente han hecho víctimas sus hombres públicos.

Con seguridades siempre fallidas al día siguiente le han mantenido la fiebre de una guerra activa, o la esperanza de una paz ventajosa, imposible de todo punto después de nuestros repetidos descalabros.

Se habla de una especie de honor (¿?) que impide los arreglos pacíficos cediendo un pedazo de terreno, y por no ceder ese pedazo de terreno que representa un puñado de oro fuente de nuestra pasada corrupción (¿?), permitamos que el pabellón enemigo se levante indefinidamente sobre nuestras más altas torres, desde Tumbes a Loa; que se saqueen y se incendien nuestros hogares, que se profanen nuestros templos, que se insulten a nuestras madres, esposas e hijas. Por mantener ese falso honor (¿?), el látigo chileno alcance a nuestros hermanos inermes; por ese falso honor (¿?), viudas y huérfanos de los que cayeron en el campo de batalla hoy desamparados y a merced del enemigo, le extienden la mano en demanda de un mendrugo...

¡Ah! guerreros de gabinete, patriotas de taberna, zurcidores de intrigas infernales!

¡Cobardes, mil veces cobardes, autores de la catástrofe nacional!

¡Basta!

Que no me lleve el corazón demasiado lejos.

He creído mi deber explicar a los pueblos la razón de la conducta que voy a seguir.

Ya lo he dicho.

Ahora sólo me resta proceder, y que el presente y la posteridad me juzguen.

Hacienda Montán, Agosto 31 de 1882.

Miguel Iglesias.



ANEXO N° 22

PARTE PERUANO SOBRE LA BATALLA DE HUAMACHUCO

Jefatura Superior, Política y Militar de los departamentos del centro.

Huancayo, julio de 1883.

Señor Ministro:

Después del oficio que tuve el honor de dirigir a V.S. en mayo último, exponiendo las razones que me obligaron a retirarme a la zona del norte, siguiendo la opinión de la junta de guerra que convoqué en vista del avance de considerables fuerzas enemigas que venían por todas direcciones con el fin de destruir las pequeñas de mi mando, no he podido dirigirme a ese ministerio por haberse impuesto el enemigo en todas las vías de comunicación, y ahora paso a poner en su conocimiento, para que eleve al Supremo Gobierno, todos los sucesos que han tenido lugar desde entonces a la fecha.

El 19 de mayo salí de Tarma cuando el enemigo dominaba ya la ciudad ocupando las alturas de Tarmatambo, observando el ejército el mayor orden, el mismo que ha observado imperturbablemente en toda la marcha, efectuada siempre en pequeñas jornadas.

En Cerro de Pasco permanecí 3 días aunque había determinado seguir por la vía de Cajatambo, noticias que recibí de que el coronel Recavarren venía a unirse por Huánuco, me obligaron a tomar esta ruta, sabiendo que las dos fuertes divisiones de Canto y León García, al mando del coronel Arriagada venían en mi demanda con orden de seguirme hasta alcanzarme; y en efecto, su persecución fue sostenida, pero a distancia, pues aunque durante la marcha hice alto varias veces en distintos puntos para dar descanso a mis tropas, jamás se presentaron.

Llegando a Yungay debía seguir por Huaylas donde positivamente estaban las fuerzas del coronel Recavarren; pero considerando que a medida que avanzaba me iba estrechando entre las divisiones que me perseguían y la que existía en el departamento de la Libertad, ordené que viniese el coronel Recavarren y trasmonté rápidamente la cordillera, haciendo consentir que por caminos extraviados regresaba al centro, burlando a mis perseguidores.

Este movimiento estratégico surtió tan buen efecto, que al llegar el



enemigo a aquella ciudad, no sabiendo con exactitud mi paradero y dando asentimiento a mi idea de regresar, retrocedió rápidamente con dirección a Cerro de Pasco, perdiendo buen número de tropa, por las enfermedades, el cansancio y la fatiga inherentes a una contramarcha tan larga por caminos quebrados y de cordillera y bajo un riguroso clima.

Libre de esta peligrosa persecución, me dirigí a Pomabamba en busca de las fuerzas del coronel Gorostiaga que por datos seguros constaban de 1,400 hombres y debía encontrarse en Corongo y Mollepata; pero a mi aproximación éste se retiró con precipitación a Huamachuco, sin embargo, que en aquel último punto debía esperar un refuerzo que le venía de Trujillo, según una comunicación enemiga que llegó a mi poder.

Una nueva comunicación escrita por el jefe, en clave, del refuerzo anunciado, al mando del coronel González, al coronel Gorostiaga, me impuso al corriente del movimiento que aquel iba a emprender desde Santiago de Chuco para unirse con éste en Huamachuco. Se presentaba pues una preciosa oportunidad, y para aprovecharla, calculada la distancia, impartí las órdenes precisas para que se movieran mis fuerzas con la seguridad de cortar el paso y capturar dicho refuerzo en el punto denominado Tres Ríos; desgraciadamente la fuerza del coronel Secada, por las dificultades insuperables del camino extraviado que tuvo que recorrer, no pudo llegar sino tres horas después que el enemigo había pasado delante de mi vista. No obstante, creyendo que éste no podría seguir hasta Huamachuco, distante aún cinco leguas y pernoctaría en las inmediaciones, tan luego como llegó el coronel Secada, emprendí la marcha en la noche para darle alcance; más supe, tanto por algunos paisanos que Gorostiaga en su retirada a Mollepata tomó forzosamente a su servicio y los puso en libertad ese día, como por un piquete de caballería que mandé en su observación, que nos había divisado el enemigo y seguía a marcha forzada esa misma noche sobre Huamachuco.

En esta situación viendo que los cuerpos de mi ejército habían quedado en cuadro por las enfermedades y la fuerte deserción y que la fuerza que existía estaba imposibilitada por el cansancio para seguir peregrinando, resolví atacar Huamachuco con los 1,400 hombres que me quedaban no obstante la superioridad numérica y condiciones del enemigo que con el refuerzo recibido debía tener muy cerca de 2,000 hombres de las tres armas, pues yo contaba en todo caso con la firme resolución de mis soldados leales.

Tan luego de que éste se apercibió de nuestra aproximación en vista de nuestra actitud, y a los primeros disparos de nuestra artillería, abandonó la ciudad y corrió a ampararse en el cerro Sasón, que está al norte de éste, y que es una magnífica posición por su altura, configuración y la multitud de ruinas de antiguos edificios que formaban



soberbios atrincheramientos dejando en nuestro poder parte de su caballería, algunos pertrechos y gran cantidad de vestuario, fuera del equipaje de oficiales y equipo de tropa que abandonaron en la precipitación de su fuga; y se habrían visto en la necesidad de aceptar el combate en la ciudad o perder aún su artillería si no hubiesen tenido la precaución de conservar sus brigadas en sus respectivos cuarteles.

Una vez en posición de dicho cerro, comenzaron a hacer un nutrido fuego de fusilería sobre nuestras fuerzas que penetraban y rodeaban la ciudad, trabándose luego en breve combate de rifle, en la falda de sus posiciones, que duró hasta que sobrevino la noche.

El día 9 después que se recogiera el botín dejado por el enemigo, el que trataba de impedirlo a todo trance haciendo constantemente fuego de artillería y rifle que era contestado por nuestra tropa de caballería que ocupaba la ciudad y también por nuestra artillería, sin permitirle descender ni un solo instante. Así transcurrió el día en este cambio constante de balas.

No debiendo prolongar por más tiempo esta situación, resolví asaltar la posición enemiga en la madrugada del día siguiente, y una vez acordado el plan de ataque con los comandantes en jefe, coroneles Secada y Recavarren, e impartidas todas las órdenes, lastimosamente este último jefe me hizo saber a las 9 de la noche, que le había sobrevenido una fuerte enfermedad y, que no podía llevar a cabo el ataque para el siguiente día, viéndome en consecuencia obligado a diferirlo para después.

El 10, a las 6.00 a.m., desprendió el enemigo una fuerza que venía en son de ataque sobre nuestra derecha y para contenerla mandé una guerrilla del batallón Junín, la que atacó con tal ímpetu al enemigo que le hizo retroceder. Nuevas fuerzas bajaron sucesivamente del cerro Sasón en protección de los suyos y éstas fueron también arrolladas por los cuerpos ligeros, Junín y Jauja mandados respectivamente por los coroneles Vizcarra y Luna, que componían la división del coronel Máximo Tafur. El enemigo seguía destacando fuerzas y yo hacía lo propio mandando por la derecha la división del capitán de navío Astete compuesta de los batallones San Jerónimo y Apata, mandados por el coronel Gonzales y comandante Goyzueta; por el centro de la división del coronel Gastó, formada por los batallones Concepción y Marcavalle, mandados por los coroneles Carrión y Crespo y por la izquierda la división del coronel Cáceres con los batallones Tarapacá y Zepita, mandados por los coroneles Espinoza y Borgoño; quedando de esta suerte completamente empeñados en el combate en el extenso llano que separaban las posiciones enemigas de las nuestras.

El valor que desplegaron nuestros jefes, oficiales y soldados es superior a todo encomio, haciendo retroceder al enemigo hasta una



cadena de lomas que se destacan en un costado del Sasón; y cuando el empuje de los nuestros los desalojaba también de estas posiciones, mandé al coronel Recavarren para que, con las pequeñas fuerzas que conservaba, diera impulso al ataque, lo que efectuó con bastante brío viéndose el enemigo obligado a refugiarse en sus primitivos y elevados atrincheramientos; viendo el completo éxito obtenido en las 4 horas de combate transcurridas, ordené que bajara la artillería a colocarse al frente del último baluarte enemigo, lo que verificó el coronel Secada que siempre estuvo a la altura de su deber, y mandé a mis ayudantes en todas direcciones para que detuvieran nuestras fuerzas a fin de que reemplazaran la munición gastada, enviando al efecto a todo el campo las distintas secciones del parque; pero fue imposible contener a muchos de nuestros valientes soldados que enardecidos y alentados por haber hecho retroceder repetidas veces a los chilenos, se lanzaron impremeditadamente sobre el cerro que ellos ocupaban, trepando con firmeza y serenidad a pesar del mortífero fuego que les hacían desde sus atrincheramientos: ya por su retaguardia se esforzaba su caballería en contener a parte de sus infantes que huían en completa dispersión, y los más esforzados de los nuestros casi se confundían en la cima del cerro con sus enemigos, cuando repentinamente retrocedieron desde esa altura gritando ¡municiones, municiones...!

Quiso la mala suerte, que implacable nos perseguía, que en el momento más preciso, cuando iba a coronar la victoria la intrepidez y denuedo de nuestros soldados, se les agotara las municiones y, no teniendo bayonetas, tuvieron que retroceder, causando honda impresión en todo el campo; pero la más horrible impresión siguió luego, e instantáneamente se declaró nuestra derrota, sin que los mayores esfuerzos fueran capaces de contenerla. Parte de la caballería enemiga apareció en entonces, cortando la retirada a nuestra artillería y nuestros soldados en todas direcciones, sin que mi secretario, teniente coronel Florentino Portugal, que fue uno de los últimos en salir del campo, lograra hacerlos concentrar en nuestras antiguas posiciones.

Triste, muy triste es para el que ama a su patria y ha puesto a su servicio toda su vida, verla hundirse de improviso, desde la altura en que la levantara durante la lucha el valor de sus buenos hijos. Pero en medio del revés sufrido, queda a los que han peleado en Huamachuco, la satisfacción de haber cumplido noblemente con su deber, sacrificándose en defensa de la patria y con la conciencia de que sólo la más manifiesta fatalidad pudo haber sorprendido al enemigo con la victoria en medio mismo de su derrota.

El general Silva, sin reparar en su elevada clase, pidió el primer día una compañía, que le fue concedida, al mando del mayor López y con ella tomó parte de la caballada enemiga, auxiliado de mis ayudantes



Quimper y Velarde; y fue el primero que entró a la ciudad, portándose siempre en lo sucesivo con el mayor denuedo, hasta que una bala cortó su existencia; el coronel Leoncio Prado hizo lujo de valor avanzando a la cabeza de los más esforzados y, a pesar de tener rota una pierna y el pecho atravesado, salió del campo para expirar a no lejana distancia del enemigo; y para no hacer mención especial de cada uno, basta decir que todos los jefes han rivalizado en valor, señalándose además entre los muertos, aunque no hay conocimiento exacto, a los coroneles Astete, Aragonés, Máximo Tafur, Prado, M. N. Luna, a los comandantes Goyzueta, Ponce de León y Villa; a los sargentos mayores Zavala, Vascones y Melchor Ramírez; habiendo visto heridos a los coroneles Recavarren, Borgoño, Vizcarra y Carreón; y a los sargentos mayores López y Gómez; sin saber de una manera positiva las demás pérdidas que haya habido.

Al recomendar a la consideración del Supremo Gobierno el digno comportamiento de todos los jefes y oficiales del ejército, debo hacer especial mención al Jefe de Estado Mayor don Manuel Tafur que, sobreponiéndose a su avanzada edad, ha hecho con rigor toda la campaña y tomó a su mando una fuerza para entrar bizarramente a la pelea; de mi secretario privado, teniente coronel F. Portugal que en todas las campañas del centro ha prestado importantes servicios; los secretarios de la jefatura don Pedro Rodríguez, Daniel Heros y L. La Fuente; del coronel y teniente coronel de ingenieros Teobaldo Eléspuru y Ernesto de la Combe; de mis ayudantes que han desempeñado satisfactoriamente las más peligrosas comisiones, sargento mayor R. Bentín a quien le mataron el caballo en el fragor del combate; capitán Darío Enríquez, Enrique Oppenheimer, que murió combatiendo al mando de una compañía, A. Quimper y Z. del Vigo, y los tenientes Romero y Costa, Velarde; y de mi escolta compuesta de la juventud tarmeña al mando del sargento mayor D. Manuel Agustín Zapatel.

La tropa que salió del campo sacó sus armas, que quedan en los distintos pueblos del norte y existe también la mitad del parque y cantidad de armas que no pudieron llegar a Huamachuco por falta de brigadas; así es que en aquella zona existe elementos para la organización de nuevas fuerzas.

Comprendiendo que el deber me llamaba, sin reparar ningún peligro, a vigilar por los intereses de los pueblos de mi jurisdicción, desde el campo del desastre hasta aquí, he venido constantemente atravesando por en medio de la línea enemiga, compuesta desde el norte por la División Gorostiaga, otra división desembarcada probablemente en Casma y que se aproximaba a Huaraz, las fuerzas de Arraigada que contramarcharon de Yungay y que ocupan de Huallanca a Huánuco, y otras fuerzas que vinieron de Huacho y que se extiende de Cerro de Pasco



a Junín, avanzando a Tarma. En el tránsito me he podido librar de numerosas partidas enviadas en mi persecución y repeler a balazos el asalto que en la noche del 26 sufrí en Tarmatambo y en que casi fui víctima con los pocos que me acompañaban, por un destacamento de caballería que había venido borrando mis pasos y que entró a Tarma al mismo tiempo que yo salí de esa ciudad.

Una vez aquí en vista de la nueva y fuerte expedición que avanzaba sobre estas provincias, he resuelto retirarme a Ayacucho a organizar los elementos que allí existen y reforzar la división que dejó aquí al mando del coronel Dávila para que el Supremo Gobierno disponga de ellos como tenga por conveniente.

Dios Guarde a V.S.

Andrés A. Cáceres

Señor Ministro de Estado en el Departamento de Guerra

ANEXO N° 23

TRATADO DE ANCON ENTRE LAS REPUBLICAS DEL PERU Y CHILE

"La república del Perú, de una parte, y, de la otra, la república de Chile, deseando restablecer las relaciones de amistad entre ambos países, han determinado celebrar un tratado de paz y amistad, y al efecto han nombrado y constituido por sus plenipotenciarios, a saber:

Su excelencia el Presidente de la República del Perú a don José Antonio de Lavalle, Ministro de Relaciones Exteriores, y a don Mariano Castro Saldívar, y s.s. el Presidente de la República de Chile, a don Jovino Novoa; quienes, después de haberse comunicado sus plenos poderes y haberlos hallado en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo primero: Restablécese las relaciones de paz y amistad entre las repúblicas de Perú y Chile.

Artículo segundo: La república del Perú cede a la república de Chile, perpetua e incondicionalmente, el territorio de la provincia litoral de Tarapacá, cuyos límites son por el norte, la quebrada y río de Loa; por el oriente, la república de Bolivia, y por el poniente, el mar Pacífico.



Artículo tercero: El territorio de las provincias de Tacna y Arica que limita, por el norte, con el río Sama, desde su nacimiento en las cordilleras limítrofes con Bolivia hasta su desembocadura en el mar; por el sur, con la quebrada y río de Camarones; y, por el poniente, con el mar Pacífico continuará poseído por Chile y sujeto a la legislación y autoridad chilenas durante el término de diez años contados desde que se ratifique el presente tratado de paz. Expirado este plazo un plebiscito decidirá, en votación popular, si el territorio de las provincias referidas queda definitivamente del dominio y soberanía de Chile, o si continúa siendo parte del territorio peruano. Aquel de los países a cuyo favor queden anexadas las provincias de Tacna y Arica, pagará al otro diez millones de pesos moneda chilena de plata o soles peruanos de igual ley y peso que aquella.

Un protocolo especial, que se considera como parte integrante del presente contrato, establecerá la forma en que el plebiscito debe tener lugar y los términos y plazos en que hayan que pagarse los diez millones por el país que quede dueño de las provincias de Tacna y Arica.

Artículo cuarto: En conformidad a lo dispuesto en el supremo decreto de 9 de febrero de 1882 por el cual el gobierno de Chile ordenó la venta de un millón de toneladas de guano, el producto líquido de esta sustancia, deducidos los gastos y demás desembolsos a que se refiere el artículo 13 de dicho decreto, se distribuirá por partes iguales, entre el gobierno de Chile y los acreedores del Perú, cuyos títulos de crédito aparecieron sustentados con la garantía del guano.

Terminada la venta del millón de toneladas a que se refiere el inciso anterior, el gobierno de Chile continuará entregando a los acreedores peruanos el cincuenta por ciento del producto líquido del guano, tal como se establece, en el mencionado artículo 13, hasta que se extinga la deuda o se agoten las covaderas en actual explotación.

Los productos de las covaderas o los yacimientos que se descubran en el futuro, en los territorios cedidos, pertenecen exclusivamente al gobierno de Chile.

Artículo quinto: Si se descubren, en los territorios que quedan del dominio del Perú, covaderas o yacimientos del guano, a fin de evitar que los gobiernos de Chile y el Perú se hagan competencia en la venta de esta sustancia, se determinará previamente por ambos gobiernos, de común acuerdo, la proporción y condiciones a que cada uno de ellos deba sujetarse en la enajenación de dicho abono.

Lo estipulado en el inciso precedente regirá, así mismo, con las existencias de guano ya descubiertas que pudieran quedar en las islas de Lobos, cuando llegue el evento de entregarse esas islas al gobierno del



Perú, en conformidad a lo establecido en la cláusula novena del presente tratado.

Artículo sexto: Los acreedores peruanos, a quienes se le concede el beneficio a que se refiere el artículo cuarto, deberán someterse para la calificación de sus títulos y demás procedimientos a las reglas fijadas en el supremo decreto del 9 de febrero de 1882.

Artículo séptimo: La obligación que el gobierno de Chile acepta, según el artículo 4°, de entregar el 50 por ciento del producto líquido de guano de las covaderas en actual explotación, subsistirá, sea que esta explotación se hiciera en conformidad al contrato existente sobre la venta de un millón de toneladas, sea que se verifique en virtud de otro contrato o por cuenta propia del gobierno de Chile.

Artículo octavo: Fuera de las declaraciones consignadas en los artículos precedentes, y de las obligaciones que el gobierno de Chile tiene espontáneamente aceptadas en supremo decreto del 28 de marzo de 1882, que reglamentó la propiedad salitrera de Tarapacá, el expresado gobierno de Chile no reconoce crédito de ninguna clase que afecte a los nuevos territorios que adquiere por el presente tratado, cualquiera que sea su naturaleza y procedencia.

Artículo noveno: Las islas de Lobos continuarán administradas por el gobierno de Chile, hasta que se dé término, en las covaderas existentes, a la explotación de un millón de toneladas de guano en conformidad a lo estipulado en los artículos 4° y 7°. Llegado este caso, se devolverán al Perú.

Artículo décimo: El gobierno de Chile declara que cederá al Perú, desde el día en que el presente tratado sea ratificado y canjeado constitucionalmente, el 50 por ciento que le corresponde en el producto del guano de las islas de Lobos.

Artículo undécimo: Mientras no se ajuste un tratado especial, las relaciones mercantiles entre ambos países subsistirán en el mismo estado en que se encontraban antes del 5 de abril de 1879.

Artículo duodécimo: Las indemnizaciones que se deban por el Perú a los chilenos que hayan sufrido perjuicios con motivos de la guerra, se juzgarán por un tribunal arbitral o comisión mixta internacional, nombrada inmediatamente después de ser ratificado el presente tratado de la forma establecida por convenciones recientes ajustadas entre



Chile y los gobiernos de Inglaterra, Francia e Italia.

Artículo décimo tercero: Los gobiernos contratantes reconocen y aceptan la validez de todos los actos administrativos y judiciales pasados durante la ocupación del Perú, derivados de la jurisdicción marcial ejercida por el gobierno de Chile.

Artículo décimo cuarto: El presente tratado será ratificado y las ratificaciones canjeadas en la ciudad de Lima, cuanto antes sea posible, dentro de un término máximo de ciento sesenta días, contados desde esta fecha.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios lo han firmado por duplicado y sellado con sus sellos particulares.

Hecho en Lima, a 20 de octubre del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochentitrés.

(L.S. J.A. DE LA VALLE. (L.S.) MARIANO CASTRO SALDIVAR
(L.S.) JOVINO NOVOA

ACTA DE CANJE

Reunidos, en el salón de despacho del ministro de relaciones exteriores, el señor don Mariano Castro Saldivar, ministro de estado en el despacho de gobierno, etc., encargado de la cartera de relaciones exteriores del Perú y plenipotenciario ad. doc y el señor Jovino Novoa ministro plenipotenciario de Chile, con el objeto de canjear las ratificaciones del tratado de paz y amistad y el protocolo complementario suscrito entre ambos países el 20 de octubre de 1883, después de haber comunicado sus plenos poderes y hallándose en buena y debida forma, procedieron a comparar cuidadosamente el texto de ambas piezas, y hallándose conforme el uno al otro, verificaron el canje en la forma acostumbrada.

En fe de lo cual, firmaron esta acta por duplicado, sellándola con sus sellos particulares, en Lima, a veintiocho días del mes de marzo del año de Nuestro Señor mil ochocientos ochenta y cuatro.

(L.S.) MARIANO CASTRO SALDIVAR (L.S.) JONINO NOVOA



ANEXO N° 24

CARTA DE DON MARIANO CASTRO SALDIVAR A IGLESIAS

Lima, mayo 24 de 1883

Señor general don Miguel Iglesias

Cajamarca.-

Mi querido hermano:

Tengo a la vista tu estimable carta, fecha 12 del corriente, y con ella he recibido el tratado de paz que por duplicado me has remitido, del cual el que está con armas de la república fue entregado por mí y el sr. Lavalle al sr. Novoa con el documento y con todo y con todo lo que a este respecto se le ha ofrecido, acordamos la desocupación definitiva de todo el departamento de La Libertad, inclusive las provincias de la sierra y las de San Pablo y Trujillo con sus puertos y ferrocarriles; para que después, a medida que vaya solicitando tu gobierno, vayas ensanchando tu dominio en todo el norte.

Hemos acordado también que las fuerzas que manda el coronel Gorostiaga, que a la fecha estarán en Santiago de Chuco, avancen sobre Huaraz y desde este punto se dirijan a Casma, donde se embarcarán para ésta, por supuesto después de dispersar por completo las montoneras que mandan Recavarren y Elías. Al Dr. Bueno le han dado de baja y éste se encuentra hoy en su pueblo cerca de Casma, y tanto su familia y amigos de éste han venido a suplicarme para que me interese con el sr. Novoa, a fin de que se consiga un salvoconducto para trasladarse a ésta, renegando del comportamiento de Elías.

Hemos aprobado el nombramiento que has hecho de tu delegado en favor de Vidal García y García para que venga a hacerse cargo de Trujillo a nombre tuyo; para el efecto se ha acordado que venga con un una fuerza de ciento a doscientos hombres bien armados y municionados y de tu confianza, los que dejará en Ascope y sólo con sus ayudantes pasará a Trujillo a ponerse de acuerdo con el jefe de esa plaza, sobre el modo de dejar esa población, retirándose a Chimbote con todas sus fuerzas o adonde le convenga trasladarse; en el acto hará trasladar sus fuerzas Vidal García, y se apoderará del mando de ese departamento,



nombrando sus autoridades, empleados, etc., etc. Te haré especial recomendación en favor de Larrañaga porque así me lo pedido el Sr. Novoa; dicho Larrañaga es contratista, como sabes, del ferrocarril de Salaverry, paga 1,000 y pico de soles mensuales por una contrata, con buenas garantías; está perdiendo en dicho contrato y sus fiadores están pagando por él el déficit que resulta; dice que va a rescindir luego que tú ocupes Trujillo, y como no se le puede obligar, será conveniente rebajarle para que continúe.

Debes dar amplias facultades a Vidal para que arregle la cuestión impuestos a los hacendados del valle de Chicama, que no dejan de ser bastante fuertes; pues para hacer popular tu gobierno en todo este departamento que es enemigo del que pide la paz y por su antigua emulación con Cajamarca, se le debe hacer concesiones que alivien su situación. Debes así mismo darle órdenes terminantes para que aumente sus fuerzas a fin de que se haga respetar tu gobierno, y a fin de que también se manden fuerzas al departamento de Huaraz, lo más pronto posible, con el prefecto Aduvire, que lo mandaré por el vapor del 31 del presente o el 7 del entrante, pues si se pierde tiempo se levantarán las montoneras en aquel departamento que ya se hará difícil destruirlas. También se necesitan fuerzas para mandar a Chiclayo, para recibirlas de los chilenos cuando me las pidan UU. de Trujillo.

La presente calculo que la recibirán el 31 del presente. Vidal debe salir de ésa el 3 ó 4 del entrante, sin falta, para que llegue a Ascope por la ruta de Contumazá, el 7 ú 8, con los cien o doscientos hombres, que por lo menos debe llevar. Tú calcula que debes salir de ésa el 8 también, sin falta para que estés en Trujillo el 13 a lo más tarde; por supuesto que dejarás el departamento de Cajamarca bien asegurado; tu presencia en Trujillo es de suma importancia, por cuanto aquí influye de un modo moral en los ánimos de todos los incrédulos, que ya tomarán una parte activa en favor de tu gobierno. Sólo con la noticia de la llegada de los tratados y de que el departamento de La Libertad se te va a entregar, la opinión va cambiando notablemente cada día aún en los civilistas que ya van viendo que la cosa no tiene remedio.

He podido conseguir con grandes esfuerzos que el general Lynch haga un empréstito a tu gobierno de 30,000 soles fuertes, para pagarlos con los productos de las aduanas que te vayan entregando, como verás por la copia del recibo que he tenido que dar y que hasta con timbre me lo han exigido; y hay que prevenirle a Vidal García, que de los primeros fondos sean pagados, por honor a ti y a mi firma, a fin de que comience tu gobierno cumpliendo fielmente sus compromisos y que por alguna eventualidad quedemos en descubierto y nos traiga alguna responsabilidad.



De esta suma te mandaré por el próximo vapor del 31 del presente, sin la menor falta, 20,000 que irán en cajones bien acondicionados y sellados a la casa de Roffman en Pacasmayo, con orden de que por el tren del martes 5 del entrante lo lleven a Junín donde deberás tener una escolta que lleve este dinero a esa ciudad; mientras tanto puedes tomar de las casa de Laredo y Dorka diez mil soles entre cobre y plata, con los que se puede aviar a Vidal a Trujillo y con los 10,000 restantes aviarte tú. Tú puedes hacer allí la combinación que creas conveniente con Dorka, pues ya Laredo de ésta le escribe para que ponga a tu disposición ese dinero en la inteligencia que yo te voy a mandar soles fuertes. Con los 10,000 soles restantes que quedan en mi poder voy a comprar 3,000 rifles que los mandaré a Trujillo por el vapor del 21 ó 7 del entrante, con sus respectivas municiones. Los rifles serán Peabody todos o todos Remington, según se encuentre; esto costará hasta Trujillo 5,000; los rifles a diez soles cada uno y 25,000 cápsulas 1,000 soles; quedarán 4 mil soles con los que estoy atendiendo a multitud de gastos que después daré cuenta...

A nadie le he dicho de este empréstito ni quiero que ustedes se lo comuniquen a nadie pues si se aperciben de tal empréstito miserable, han de creer que me han dado millones, porque ya han tenido la villanía de decir en Trujillo y aún aquí, que yo y el señor Lavalle nos hemos vendido a los chilenos recibiendo fuertes sumas; ¡maldito país éste donde no agradecen el bien y que el pago que da es la calumnia y hasta de atentar contra la existencia de personas que, gracias a Dios, saben mantener incólume su conducta!

Ya verán, hermano querido, todas estas cosas la noche víspera de salida de esta ciudad; pero tú, los hermanos, la familia y la patria me han metido en un berenjenal, que van para cinco meses que no tengo gusto para dormir ni comer, aparte de lo que he pasado desde setiembre a enero en que vine y que por todo son nueve meses de constante trabajo.

Hoy que he estado en el palacio a recibir las custodias y el salvo conducto para Vidal, me ha dicho el general Lynch, a la vez que al Sr. Novoa, que acababa de recibir un telegrama en que le anuncian de Chicla, que Cáceres huyó de Tarma con dirección a Cerro de Pasco, y que las fuerzas que manda el coronel Canto ocuparon Tarma, y las del coronel García persiguen a Cáceres. Puede ser muy bien que el movimiento de Cáceres obedezca al plan de unirse a Recavarren que, según aseguran muchos, se ha retirado de Huaraz para unirse con Cáceres para después seguir por el norte.

La hora es avanzada y sin tiempo para más, recibe el mayor afecto de tu hermano.

MARIANO CASTRO ZALDIVAR



"Por si no te comunican Frías y Hernández, te avisaré que Genaro Carrasco, en Piura, ha tomado el pueblo de Huancabamba con 140 hombres que tenía a su mando, y que hoy tiene 180 hombres armados; pero no van sobre Piura porque allí hay 300 que mandan los Seminario; ya se le ha telegrafiado a Carrasco para que vaya a unírsete.

OJO-. Mucha reserva por el empréstito que me ha hecho el general Lynch. De todos modos manda tu escolta a Junín para que llegue a ese punto el 5 del entrante sin falta, que llegará por el tren del martes dicho dinero. También conviene la reserva, sólo tú, Lorenzo y Vidal lo deben saber, pues no conviene que nadie lo sepa".

(Transcrita de LA BOLSA de Arequipa, de 12 de junio de 1883.)

ANEXO N° 25

OFICIO CON QUE EL CORONEL BENJAMIN UGARTE ENTREGO EL ESTANDARTE DEL BATALLON CONCEPCION N° 27, AL MINISTRO DE GUERRA Y MARINA EN MARZO DE 1909

Concepción, marzo 19 de 1909.

Señor Ministro de Guerra y Marina:

Tengo a mucho honra poner a su disposición, para que se designe lugar decoroso en que debe permanecer; el estandarte del batallón Concepción N° 27 defendiendo el cual caí herido, como abanderado, a órdenes de mi primer jefe, el señor coronel D. Juan Enrique Valladares, el 13 de enero de 1881, en la memorable batalla de San Juan.

Dicho estandarte lo entregué al subteniente Julián Farge, quien condujo y salvó tan cara reliquia, posteriormente, del campo de batalla de Miraflores.

Dios guarde a U.S.

(Fdo.) Coronel Benjamín Ugarte

La reliquia fue colocada en la vidriera N° 15, (461 del inventario), el 5 de setiembre de 1909. Esta inscripción consta en el catálogo impreso editado en 1916.



ANEXO N° 26

FRAGMENTO DE LA CARTA DE MONTERO A MIGUEL IGLESIAS, DEL 4 DE MAYO DE 1882, SOBRE LA CLAUSURA DEL DIARIO DIRIGIDO POR LOS SEÑORES FRIAS Y HERNANDEZ

"En cuanto a lo relativo con los SS. Frías y Hernández por quienes tiene especial deferencia y confianza, no le ocultaré a Ud. que de todas partes de la República, se me escribe manifestándome el mal efecto que producen sus escritos y hasta el escándalo que causa ver a jefes de nuestro ejército convertidos en propagandistas de ideas disociadoras, en momentos, en que más se necesita de la unión de todos los ciudadanos para salvar al país del conflicto en que se halla totalmente comprometida su autonomía como Nación".

"Si al principio los redactores de La Reacción, iniciaron una campaña liberal, y yo nada les dije entonces, aprobando en algunos casos y censurando en otros artículos, fue porque creía que tuvieran la prudencia de detenerse ante consideraciones de carácter muy elevado, y que sus relaciones personales y políticas conmigo, les impusiera una reserva muy especial para que no se creyera comprometido mi gobierno, en el camino que ellos con más audacia, que cordura intentaban seguir".

"Porque hoy mientras no se solucione las graves cuestiones de actualidad, la misión del soldado es defender con su espada la honra y la independencia de la patria, y no comprometer con la pluma y con actos impremeditados el orden interno".

"En cuanto a esto, nunca he creído que Ud. pudiera apoyar la propaganda de esos escritores y he confiado, en su sensatez y en su patriotismo para no dejarse guiar si no por los más elevados propósitos en bien de la República". (Documento encontrado en la sección investigaciones de la Biblioteca Nacional).

Clausurado dicho diario, los redactores se fueron a Cajamarca donde continuaron su propaganda malévola y colaboraron decididamente con la campaña entreguista de Iglesias.



ANEXO N° 27

Relación de los comasinos que pelearon en Sierralumi el 2 de marzo de 1882 (testimonio de cuatro sobrevivientes tomado en 1936).

Roberto Córdova (muerto)
Pachas Aliaga (muerto)
Marcelino Alvarez (muerto)
Máximo Aguilar[3]
Isidro Orihuela Muñoz
Crisanto Ponce
Vicente Buendía
José B. Gil
Silverio Delaó
Benancio Martínez
Manuel Navarro
Jacinto Huancauqui
Andrés Meza
Venancio Valdez
Evaristo Cajas
Celestino Baldeón
Baltazar Chávez
Crispín Baldeón
Lorenzo Soto
Nicolás Torres
Leoncio Valero
Doroteo Muñoz
Miguel Ataoo
Santa Cruz Carbajal
Bernardo Quispe
Melchor Véliz
Juan Villanueva
Jorge Gamarra
Andrés Gonzales
Nicolás Rodríguez
Pablo Bellido
Venancio Chávez
Pedro Medina
Claudio Páucar
Santiago Ataú
Melchor Cárdenas (muerto)
Lorenzo Baldeón (muerto)
Guillermo Torpuco (muerto)
Manuel Concepción Arroyo
Jerónimo Huaylinos
José R. Paitapoma
Luis Chávez
Valentín Meza
Pedro Medina
Custodio Tovar
Santiago Quispe
José Mercado
(caído heroicamente en Concepción)
Martín Peña
Juan de Dios Carrera
Claudio Páucar
Sebastián Justano
Narciso Herrera
Félix Baldeón
Manuel Quispe
Felipe Páucar
Narciso Julcarina
Gregorio Orihuela
Mariano Espinoza
Leoncio Valero
Julián Porras
Patricio Llanco
Pedro Delaó
Facundo Mercado
Francisco Valdez
Nazario Valera
Santiago Carrera
Mateo Garay
Isidro Muñoz
Evaristo Solís

3. Fusilado el 28 de abril de 1882 en San Jerónimo de Tuman, al cumplir su misión patriótica.



ANEXO 28

PROCLAMA DEL GENERAL CACERES DEL 6 DE ENERO DE 1882

Conciudadanos:

Un hecho escandaloso, sin precedentes en nuestra historia, se ha realizado estos días. Cuando el ejército chileno avanzaba por los caminos para cortar nuestras líneas de defensa, impidiendo así el cumplimiento de las medidas dictadas por mí para contener la marcha del ejército invasor.

Esto obedece a instrucciones de Nicolás de Piérola que, desde Lima y de acuerdo con nuestros enemigos, prepara nuevos días de humillación y de vergüenza para el Perú. Despechado porque merecidamente se le ha arrancado el poder que no supo emplear en la defensa del país; el ex dictador está hoy cómodamente establecido en la Capital al amparo de las bayonetas chilenas y sueña con el restablecimiento de la Dictadura para ejercer venganzas indignas, suscribiendo a toda cuenta una paz deshonrosa.

Soldados:

Vuestros nobles esfuerzos han sido estériles para los elementos adictos al Dictador. Libres hoy de ellos, unidos y fuertes sabréis defender conmigo la bandera querida de la patria. Probemos que nada nos detendrá en la defensa de la integridad y de la honra de nuestro nombre.

Pueblos todos del Perú:

Cumplo un deber sagrado declarando ante vosotros que debido sólo a la perdida influencia de don Nicolás de Piérola, mi ejército no ha detenido, como era su deber y su deseo, las posiciones que cerraban el paso del enemigo. Que la maldición de sus ciudadanos y el anatema de la historia caigan sobre los que sacrifican ante su desmedida ambición, la honra y el porvenir de la patria.



ANEXO 29

PROCLAMA DEL COMANDANTE MILITAR DE COMAS AL PARTIR A CONCEPCION

Compañeros de Comas:

El 2 de marzo del año en curso, obtuvimos acá un espléndido triunfo aniquilando una fracción del escuadrón Yungay comandado por el Capitán Fernando Germain y el teniente Ildefonso Alamo. Entonces no teníamos, como tenemos ahora, elementos bélicos en cantidad apreciable acumulados exclusivamente por nosotros a fuerza de actividad, solo teníamos galgas y unos pocos rifles, y sin embargo, el triunfo nos perteneció por entero.

El ejército que ahora se aproxima, a órdenes del general Cáceres, estuvo entonces en Ayacucho, distante 50 leguas, del cuartel general invasor; no teníamos, pues, en ese momento, para contrarrestar a los cartagineses de América, más que las fuerzas de nuestras inexpugnables posiciones. En caso de que nuevamente ataquen a estas plazas los enemigos que actualmente se hallan en Huancayo, en número de 4,000 hombres de las tres armas, como varias veces intentaron hacerlo; sólo nuestras peñas habrían rodado sobre ellos para destrozarlos como ayer; y si la fortuna aliada surge, de los campos de batalla, hubiera vuelto a sonreírlos, HABRIAMOS SUCUMBIDO EN NUESTRAS TRINCHERAS ENVUELTOS EN NUESTRO SANGRANTE PABELLON. TAL FUE EL JURAMENTO QUE HICIMOS.

Compatriotas:

El ejemplo dado por nosotros a los pueblos de la zona, el 2 de marzo en Sierralumi, ha sido el toque general para éstos, y ha producido óptimos frutos; casi todos se han levantado en armas contra los araucanos: en Huaripampa se han batido como leones acaudillados por el denodado cura Mendoza; el día de la acción en Chupaca, hubo héroes aunque sin jefes de mando superior; en Sicaya batallaron hasta caer prisioneros, Samaniego, Rosado y Gutarra, pocos días después fusilados en Huancayo. ¿Cómo nos incumbe pues ahora cumplir nuestro deber, si no es así; como cuando fuimos abandonados a nuestra propia suerte por nuestro ejército que se retiró en presencia del invasor, desde Chosica hasta Ayacucho?.



Hoy siquiera contamos con un pequeño refuerzo que ya se encuentra entre nosotros, al cabo de cinco meses de estar solos, vigilantes con el arma en el brazo para frustrar las insidias del feroz enemigo, tan cerca de nosotros; marchemos pues sin vacilar sobre el cuartel de Concepción para medir nuestras armas con las de esa guarnición. La historia que mira desde más alto y juzga el conjunto, signará en sus páginas nuestros esfuerzos sobrehumanos, encaminados a dejar a cubierto la honra del Perú, aunque no sea para alcanzar la palma de la victoria.

Amigos:

A la obra; pues recordar la conceptuosa frase de un ilustre pensador que a cada instante os ha inculcado: el que no espera vencer, está vencido.

Comas, julio 7 de 1882.

ANEXO 30

PROCLAMA DEL GENERAL CACERES AL INICIARSE LA RESISTENCIA EN JAUJA

El jefe superior Político y Militar de los departamentos del Centro, a sus conciudadanos:

Hace más de dos años que viene aquejando al Perú una serie no interrumpida de desgracias. Acatamos la guerra a que fuimos provocados, en defensa de la justicia y en salvaguardia del honor y de los intereses de América. Un enemigo más cauto nos tendió el lazo malicioso y caímos en él. Nos lanzamos a la guerra con todo ardor del patriotismo, y la fortuna nos ha sido adversa. Pero no importa, ella habrá abatido nuestras armas, pero no nuestro espíritu; habrá podido negarnos el triunfo, pero no la resolución de vencer. Es necesario cansar a la fortuna con la tenacidad de nuestros propósitos. Somos de esta América que ha presenciado el titánico esfuerzo de Méjico y la gloriosa caída del Paraguay; hagámonos, pues, dignos de la raza a que pertenecemos.



Habitantes de los departamentos del Centro:

En horas bien difíciles me toca el honor de mandaros; pero es en esas horas que se aquilata el valor de los pueblos. Ocupados o amenazados por el enemigo una parte de estos departamentos, tienen todos una gran misión que desempeñar vencidos, pero no humillados, deben presentarse altivos aquellos a quienes la desgracia ha puesto en manos de los adversarios de la patria. Viriles, enérgicos y resueltos, deben mostrarse los que hoy están en peligro de ver profanado su suelo por el invasor. Cuento con vosotros, conozco vuestro espíritu, lo admiro y estoy persuadido de que los pueblos que quieren salvarse no sucumben nunca.

Compañeros de armas:

Me ha cabido la fortuna de estar a vuestro lado en todos los combates de esta guerra. He podido apreciar vuestros esfuerzos. He podido juzgar vuestros méritos. Yo cuento con vosotros: se que en la próspera y adversa fortuna me acompañaréis decididos y leales; si estáis resueltos a dar a la patria días de gozo con vuestros triunfos o días de gloria con vuestro heroísmo.

Habitantes del departamento de Junín:

El enemigo ya ha puesto sus plantas en vuestro suelo. el heroico pueblo cuyo nombre lleváis y que fue teatro de la más gloriosa batalla de la independencia, se ha visto ocupado por nuestros adversarios. Los manes de los héroes que sucumbieron en aquellas inolvidables jornadas, lloran de vergüenza ante tan triste espectáculo. Vuestra independencia está amenazada, vuestros hogares en peligro; sólo vosotros mismos podéis salvaros. Levantaos como un solo hombre, luchad, que la victoria acompaña a los que la buscan; y contad en todo caso con vuestro general y amigo.

Andrés A. Cáceres

Jauja, abril 29 de 1881
Imprenta del estado, Santos Riquelme
Colección Mendoza Meléndez.



ANEXO 31

PROCLAMA DEL GENERAL CACERES AL EJERCITO EN TARMA EL 16 DE OCTUBRE DE 1882

Conciudadanos:

Cuando a la sombra de la unidad política, consolidado con extraordinarios y sangrientos sacrificios, el Perú se presentaba ante sus implacables enemigos a la altura de su dignidad y de sus gloriosas tradiciones, el general Iglesias ha venido a levantar el odioso pendón de la anarquía, proclamando los departamentos del norte independientes del gobierno y calificando como un crimen y falso honor al sentimiento que conduce a los defensores del país a luchar por la soberanía e integridad territorial de la república.

Semejante inconcebible procedimiento del jefe del norte, significa para el enemigo, un triunfo incomparable; y para nosotros el más funesto descalabro, tendentes a facilitar a Chile sus propósitos de dominación y conquista, y a presentarnos a la contemplación del mundo como un pueblo ingobernable, sin moral política, sin fe en sus propios destinos e incapaz de sobrellevar con nobleza las amarguras que ofrece el infortunio; si la obra de Iglesias no tuviera como tiene para su inmediata destrucción el sello de su monstruosa iniquidad.

Habitantes del centro:

En el sendero del deber y de las conveniencias del Perú en que me encuentro, interpretando los sentimientos de la nación y el pensamiento del gobierno, he dedicado mis esfuerzos todos a la continuación de la guerra, después de nuestras dolorosas caídas, porque he visto en ella con la más profunda convicción, el único medio de llegar a la paz, que hoy persigue con doble y generoso empeño en el campo del honor, el gobierno del vicepresidente encargado del poder ejecutivo.

Un crimen sería, ciertamente, sostener el estado de guerra con todos los horrores y ninguna de sus ventajas, solo por conseguir la satisfacción de un amor propio exagerado del predominio de bastardos intereses sobre los mismos nacionales. PERO CUANDO LO QUE SE PERSIGUE, COMO PRIMER OBJETIVO, ES LA PAZ, ENTONCES ES, UNA NECESIDAD Y UN DEBER PATRIOTICO DEMANDARLO CON LAS ARMAS EN



LA MANO, CON TODA LA ALTIVEZ DE QUIEN NO HA PERDIDO LA CONCIENCIA DE SU DERECHO NI EL AMOR POR SU LIBERTAD E INDEPENDENCIA.

MAS LO QUE PRETENDE EL GENERAL IGLESIAS, OLVIDANDO EN HORA LAMENTABLE EL BUEN NOMBRE DEL PERU, ES UNA PAZ IMPLORADA A CHILE DE RODILLAS, PAZ HUMILLANTE Y VERGONZOSA, QUE SUBLEVA TODO SENTIMIENTO DE INDIGNACION Y ANTE LA CUAL EL PATRIOTISMO SE ENCUENTRA ESCARNECIDO Y DEGRADADO.

Conciudadanos:

Vosotros que con tanto valor y abnegación acabáis de rebelar con hechos heroicos y eminentes, todo el poder de un pueblo que prefiere a la ignominia de la conquista el sacrificio de la existencia, seguro estoy de que condenaréis con enérgica protesta el escandaloso extravío de un soldado que en los momentos de la lucha y del sacrificio, proclama el desconcierto y la anarquía, y pone humildemente a las plantas del vencedor extranjero la espada que la patria le confiara para la defensa de su honor y de su gloria.

Por lo demás contando como cuento, con vuestro decidido patriotismo, confío en que la unificación nacional, obra exclusiva vuestra, por un instante amenazada, tendrá en vosotros la más segura garantía y el más firme apoyo.

Vuestro jefe y amigo

Andrés A. Cáceres.

ANEXO 32

PROCLAMA DEL GENERAL CACERES EN TARMA EL 18 DE DICIEMBRE DE 1882

Soldados:

En el hermoso cielo de vuestras glorias, conquistadas en medio de cruenta adversidad, se levanta hoy liviana sombra, pretendiendo empañar los felices horizontes que vuestro esfuerzo, vuestro arrojo y vuestro oficio descubrieron a la patria en las horas de luto y martirio.



Una espada que brilló por un momento con el vivo esplendor del cumplimiento del deber, rasga desleal y osada el sagrado manto de la unión que se extendía en la república para cubrir nuestras desgracias y presentarnos ante el mundo con altiva dignidad del derecho y la justicia.

Soldados:

El aliento emponzoñado del enemigo, su planta que marca las huellas de la desolación y de la ruina, exalta nuestro espíritu para buscar con la enérgica resolución del sacrificio, o la gloria de la muerte, o la satisfacción de la venganza.

La obra inesperada del destino, el amargo recuerdo del pasado el aspecto aterrador de los campos desolados, el grito de millares de inocentes, el espectáculo de pueblos incendiados, arranca al general Iglesias la palabra de impotencia y la voz de traición, CUANDO A VOSOTROS OS LLEVARON POR EL CAMINO DE PUCARA, CONCEPCION Y MARCAVALLE, PARA FIJAR, COMO HABEIS FIJADO, LA SENDA DE LA GLORIA CON LOS SOBERBIOS MONUMENTOS DE VUESTROS TRIUNFOS.

Amigos:

UNA ESPADA QUE SE RINDE, NADA SIGNIFICA, NADA IMPORTA, EN NADA FALTA, CUANDO **LOS LAURELES SON EL PORTARRIFLE** DE VUESTRAS ARMAS.

Compañeros:

Vuestros nobles hechos han inspirado el ardiente amor a los pueblos. En cada ciudadano habéis alcanzado los aplausos del gobierno, como habéis conquistado el orgullo para el porvenir.

UN HOMBRE QUE DESERTA JAMAS DEBILITA LAS POTENTES FILAS QUE EL INFORTUNIO HA RESPETADO Y LA PATRIA BENDECIDO.

Soldados:

Estamos en el campo de honor. La victoria es nuestra guía. Ella como en las luchas de ayer, nos brindará con dignidad el olivo de la paz.

Soldados:



Defendéis el suelo que encierra las glorias de Junín y de Ayacucho. Imitad pues, con la unión y con la fe a los grandes campeones de la libertad de un mundo.

Vuestro general y amigo

Andrés A. Cáceres.

ANEXO 33

PARTE DEL SEGUNDO COMBATE DE CONCEPCION

Elevado por el comandante Ambrosio Salazar

Apata, julio de 1883

S.C.C.G.:

Después del acuerdo celebrando en Pucará entre U.S. y los coroneles Tomás Patiño y don Guillermo Ferreyros, prefectos respectivamente de Huancavelica y Junín tendente a atacar a la división Urriola, compuesta de 800 hombres de las tres armas que ocupaba Huancayo, puso a mis órdenes el coronel Patiño, un piquete de caballería mandado por el Capitán Benjamín Ugarte, el cual contaba de 40 hombres bien armados, para que tomando la ruta de la banda occidental del Mantaro, me situara a la retaguardia del enemigo en el morro de San Jerónimo distante dos mil metros, más o menos, del camino real por el que los chilenos tenían que pasar de todas maneras, es decir en dispersión o en retirada.

Pues según el enunciado recuerdo, debía U.S., atacar por empeño e iniciativa del referido coronel don Tomás Patiño con las fuerzas de éste y la división del mando de U.S. al enemigo acantonado en Huancayo, en la madrugada del 4 del mes en curso.

También formaba parte de la comisión a mí encomendada, los tenientes coroneles don Gaspar Carrera y Milciades Ríos, y el sargento mayor Ardiles; el penúltimo subprefecto de la provincia de Jauja, nombrado por el coronel Ferreyros.

Me ceñí estrictamente a las instrucciones verbales que recibí de U.S. y el coronel Patiño conocedor de aquellos lugares; encaminéme, desde luego, hacia el puente de Chongos, recorrí todos los pueblos de aquella



banda hasta Mito, entresacando de cada uno, la gente provista de armas, para ocupar en seguida el punto designado de antemano, con el fin de hacerle resistencia al enemigo en retirada, o de aproximarme con todas las fuerzas organizadas hasta las puertas de Huancayo para secundar al ataque convenido por U.S. y los prefectos Patiño y Ferreyros, caso de luchar el enemigo a pie firme.

En Sicaya se nos adhirieron, encabezados por Rafael Samaniego, hijo del héroe, fusilado por los chilenos en Huancayo el año pasado, junto con Rosado y otros

Los de Alayo, Huanchar, Santa Rosa, Ingenio, Quichuay, pueblos situados a la banda oriental del ya citado río, acudieron con gran entusiasmo a ayudarnos en nuestra patriótica empresa. Con esto quedó la fuerza a mi mando, en pie de hacer una enérgica resistencia al enemigo, en el punto que me señalaron el coronel Patiño y U.S.

Constituyendo un total de 200 hombres, que creía conveniente fraccionarlos en dos porciones para el momento del combate; y ordené que ocupasen el aludido morro, una porción y la colina próxima al puente de fierro de Concepción (puente Balsas), la otra. Entre el morro y la colina, media una distancia de un kilómetro, extendiéndose a sus pies la pampa de San Jerónimo. A la 1 pm. de antier, desde la cúspide del morro de donde se descubre con claridad todo el camino de superficie plana de Huancayo a Concepción (4 leguas), divisamos a los chilenos que se retiraban en orden; supusimos en el instante que, no queriendo contrarrestar el empuje de la División del mando de U.S. y de las fuerzas guerrilleras organizadas por el prefecto de Huancavelica en su jurisdicción, para empeñar el combate, optaban por retirarse hacia donde se encuentra el grueso del ejército chileno (Cerro de Pasco).

A las 3 pm. estuvieron los invasores a tiro de fusil de las posiciones que ocupábamos.

Abrimos los fuegos contra éstas; con tan certera puntería que les causamos numerosas bajas que a nuestra vista se abrían los claros en sus filas; por lo que se vieron obligados a retroceder desde media pampa para atrincherarse en la población; una vez atrincherados destacaron compañías tras compañías desplegadas en guerrilla para que se batieran con las fuerzas que me obedecían. En esta situación nos mantuvimos hasta las 6 pm. sin dejarlos avanzar una línea adelante.

Desde las 4 pm. comenzaron a hacer funcionar sus ametralladoras contra nosotros, y en ese momento, habían desprendido también 100 hombres de caballería con otros tantos infantes en la grupa, por la quebrada de Vites para alcanzarnos por la espalda.

El comandante Gaspar Carrera que durante el choque ocupaba un punto saliente del morro, fue quien primero se percibió de que los enemigos de a caballo, ascendían con precipitación, el empinado



camino, con el fin de arrollarnos por la retaguardia. Pudimos salvar de este apurado trance, avanzando aceleradamente al dominante Cerro León; en razón de que nos había sido difícil y casi imposible atender con buen éxito la fusilería y tiros de ametralladoras que los enemigos dirigían de vanguardia y retaguardia; estábamos pues ya entre dos fuegos. La noche que tendía su negro manto y el conocer a palmo terrenos, nos salvaron de una hecatombe segura. Eran las 7 pm. La caballería enemiga desorientada, creyó que habíamos seguido el camino del llano de Pucapachas y emprendieron al galope nuestra persecución hasta el vértice del ángulo que forman al cruzarse los caminos de Concepción y San jerónimo, en un punto denominado Alto Perú, donde después de incendiar unas chozas, tomaron el camino recto que conduce a Concepción, punto de convergencia con el grueso de los suyos. Guiada por un peruano del pueblo de San Jerónimo, según informes que obtuve después, la caballería chilena, uno de esos seres abyectos, adictos a la causa de la paz que ha poco nació en las aldeas de Montán.

Entre tanto la otra fracción de nuestras fuerzas, situada sobre el puente, se habían retirado con la vanguardia chilena que ya avanzó de San Jerónimo; y cuando el grueso de la división enemiga, ocupó la legendaria ciudad de Concepción, teatro del año próximo pasado de la más gloriosa acción de armas habida en la zona central del Perú; los nuestros abrumados por el número, estimaron conveniente retirarse a los suburbios de la población, al puente de Matinchara, sitio designado con anticipación para organizarnos, cualquiera que fuere el éxito de la resistencia.

Pero por una fatal coincidencia, la caballería burlada por las fuerzas que a mis órdenes combatían en el morro, al dirigirse a Concepción, descendieron sobre Matinchara, donde la fracción nuestra que peleó sobre el puente antedicho, reparaba las fatigas originadas por el prolongado choque; y creyendo éstas que los que se aproximaban fuesen fuerzas hermanas, es decir, las que me obedecían, ni siquiera dieron el alto a los enemigos; éstos sobre seguro descargaron una nutrida fusilería que causó más de 30 bajas, cayendo entre ellos José Córdova quien comandaba esta fuerza.

Esta contrariedad no fue motivo para arredrarnos; les picamos la retaguardia toda la noche, con más brío que antes hasta las inmediaciones de Jauja; no los dejamos acampar en ningún sitio, fue la cruzada sin cuartel que en la obscuridad les abrimos, después de haber luchado tres horas cuerpo a cuerpo.

El Comandante Carrera, mayor Ardiles y capitán Ugarte han cumplido con su deber de manera sobresaliente durante el combate y en la subsiguiente persecución; en todo el camino de San Jerónimo a Matahuasi, hemos encontrado muchos cadáveres de soldados chilenos;



han sido considerables las pérdidas para la división chilena mandada por el coronel Martiniano Urriola.

Hemos recogido nueve caballos cansados del enemigo y dos cargas de municiones en una de las orillas de río denominado Yucha, en Concepción.

El teniente coronel Milciades Ríos, subprefecto de la provincia, luego de que ingresó a su jurisdicción, quiso seguir al enemigo que se dirigía a Tarma, pero con tan mala suerte que, según nota que en este momento acabo de recibir de Jauja, ha sido ultimado a bayonetazos por un grupo de soldados de caballería apostado al efecto en una quebrada de la ranchería de Yanamarca.

Este parte dará a U.S. y a los coroneles Patiño y Ferreyros, clara idea de que todos han cumplido con su deber hasta donde honradamente les ha sido posible por salvar el honor del país, al luchar con un enemigo aguerrido y cuatro veces superior en número y armamento.

Ambrosio Salazar al señor coronel don Justo Pastor Dávila, Comandante en jefe del cuerpo del ejército del Centro.

(Tomado de la colección Ahumada Moreno).

ANEXO 34

RESPUESTA DEL JEFE DE LA PLAZA DE COMAS AL ALCALDE DE CONCEPCION

Comas, abril 27 de 1882

Señor alcalde del Concejo de la ciudad de Concepción:

Tengo en mis manos el oficio de V.S. en el que tiene a bien proponerme que deponga las armas y entregue a la vez el botín de guerra que fue tomado a los araucanos en el combate del 2 de marzo último, en Sierralumi; así como también el cadáver del oficial chileno muerto en la refriega.

PARA ACEPTAR TAL PROPUESTA, SERÍA NECESARIO NO SER PERUANO, NO TENER SANGRE EN LAS VENAS, NI DIGNIDAD EN EL ALMA; EL CASTIGO QUE SE LE HA INFRINGIDO A LOS SALTEADORES DE AMÉRICA, ES MERECIDO; Y CONTINUARÉ EXTERMINANDO



CHILENOS EN CUANTA OCASIÓN ME SEA POSIBLE, O SUCUMBIRÉ EN LA DEMANDA ANTES QUE RENDIRME.

El cura Mendoza de Huaripampa acaba de sacrificar su vida en aras del honor nacional, peleando con los invasores (22 de abril); SI LOS ENEMIGOS VUELVEN A INVADIR ESTE PUEBLO, COMO V.S. ME ASEGURA, MI DERROTERO ESTA TRAZADO, ELLOS ME ENCONTRARÁN SIEMPRE EN EL CAMINO DEL HONOR. ¡NO ME RINDO!, NI ENTREGO NADA DE LO QUE SE ME EXIGE; PUEDE V.S., ASÍ DECÍRSELO A SU MANDANTE.

Dios guarde a Ud.

Ambrosio Salazar

ANEXO 35

PARTE ELEVADO POR EL CORONEL DEL CANTO A LYNCH SOBRE EL COMBATE DE CHUPACA

Nota No. 159 del 2 de mayo de 1882

Con motivo del levantamiento general de todos los pueblos situados en la parte occidental del río Huancayo y como este levantamiento era hostilidad directa para la división de mi mando por razón de que los recursos de víveres tienen allí su fuente, dispuse formar pequeñas divisiones que operasen contra los pueblos rebeldes, tanto para castigar la rebelión que según me decían, toma su origen por la contribución de víveres, como porque manteniéndose los pueblos rebeldes, la situación de nuestras tropas era por demás desagradable. Efectivamente se ha organizado tres divisiones que se internarán a la banda sublevada de Jauja, frente a La Mejorada y Chongos. La primera mandada por el señor coronel graduado don José Antonio Gutiérrez y se componía de cuatro compañías de la tercera de línea, de una compañía de carabineros de Yungay y de dos piezas de artillería. La segunda se internó por el puente de La Mejorada, era mandada por el coronel graduado Eugenio Robles, y se componía de cuatro compañías del Lautaro, dos piezas de artillería y de un escuadrón de caballería; y la tercera, que pasó por el lado de Chongos, al mando del teniente coronel graduado Manuel R. Barahona,



y se componía de tres compañías del segundo de línea, una compañía de caballería. Se ha expedicionado diez días sosteniendo combate con los pueblos sublevados y haciendo marchas forzadas para conseguir la completa dispersión de grupos de montoneros. Después de diez días de incursión, cábeme la satisfacción de comunicar a V.E. que todos los pueblos rebelados se han pacificado y parece que continúan tranquilos y obedientes a sus autoridades; todos ellos a excepción de Chupaca y Chongos que están desiertos, han remitido actas pidiendo perdón y asegurando vivir en paz, el pueblo de Chupaca fue el más rebelde y hostil, y fue indispensable demoler las habitaciones de los principales cabecillas para ejemplo y escarmiento de otros pueblos. En el paso del río y en diferentes combates que ha habido, se ha tenido la desgracia de perder seis hombres nuestros y ocho heridos. Según los partes originales que se acompaña a V.S., el número de muertos de indios asciende a más o menos 470. El 12 del pasado, fecha que se comenzó a operar, fue tomada con armas en la mano, el jefe de una división de montoneros titulados "Libertad" en unión de sus ayudantes. Los tres fueron puestos a disposición del tribunal militar y después de su juzgamiento se les fusiló en una de las plazas de esta ciudad. El nombre del jefe era Vicente Samaniego y sus ayudantes: Enrique Rosado y Tomás Gutarra. El señor coronel Robles hizo prisionero a un señor Ramón Padilla, Emilio Hurtado y cinco individuos más por creerlos complicados como montoneros, todos ellos han sido puestos ante el tribunal de guerra militar para que sean juzgados con arreglo a la ley. También ha traído la división del coronel Robles, 900 animales vacunos de todas las edades y como 8000 ovejas y la misma división recogió del poder de los montoneros, 21 cargas de azúcar, 4 sacos de arroz, 10 cargas de barriles de licor. La división del coronel Gutiérrez trajo 146 animales vacunos, 86 ovejas, 8 sacos de arroz y seis barriles de manteca. Durante la operación de las divisiones, han caído en nuestro poder 2 rifles peabone, dos Winchester, dos escopetas, dos carabinas de distintos sistemas, un fusil de chispa y varias lanzas. De los animales traídos, 21 han sostenido la división de mi mando. Lo que pongo en su conocimiento.



ANEXO 36

DECRETO QUE EXONERA DE LAS CONTRIBUCIONES PERSONALES A LOS GUERRILLEROS ORGANIZADOS DE LA REGION CENTRAL, DADO EN HUANCAYO EL 10 DE SETIEMBRE DE 1882 POR EL GENERAL CÁCERES

Considerando.

1º Que la conducta observada por muchos ciudadanos de los departamentos de Junín y Huancavelica ha sido altamente patriótica y ha contribuido eficazmente a expulsar a los invasores de este departamento con la organización de cuerpos de guerrilleros;

2º Que por consecuencia del alistamiento voluntario en las filas de los guerrilleros y los muchos y continuados servicios que han prestado durante el tiempo que debían aprovechar para ocuparse de sus cosechas, han sufrido con resignación positivos perjuicios;

3º Que es un deber de la autoridad sino resarcir estos perjuicios, por lo menos aliviar su situación de alguna manera;

DECRETA:

1º Exonérese del pago de contribución personal que adeudan por años atrasados y la que deben pagar por el presente y próximo de 1883, a todos los ciudadanos que se hayan inscrito para prestar sus servicios en condición de guerrilleros en las columnas organizadas en los departamentos de Junín y Huancavelica y que han contribuido a desalojar de estas provincias al enemigo.

2º Igualmente se les exonera de contribuir con reses, granos, pasto y bestias para sostener las necesidades del ejército nacional.

3º Ningún guerrillero podrá ser alistado en los cuerpos del ejército del centro por pertenecer a él como tal.

4º Los prefectos de los respectivos departamentos, en vista de las relaciones certificadas que les envíe esta jefatura superior, dictarán las órdenes del caso para el más estricto cumplimiento de las disposiciones contenidas en los artículos anteriores.

Andrés A. Cáceres.- Luis J. Ibarra.



ANEXO 37

CARTA DEL GENERAL CÁCERES ENVIADA AL DIRECTOR DEL DIARIO *EL COMERCIO*

Andahuailas, Octubre 15 de 1883.
Señor Dr. Antonio Miró Quesada
Lima.

Muy distinguido amigo:

Con el propósito de que en ésa se sepa la verdadera situación en que me encuentro, me dirijo a Ud. valido de nuestra amistad, para que conozca lo que aquí ocurre; pidiéndole al mismo tiempo que reciba mi más cordial saludo.

Por el parte oficial que dirigí al gobierno y por las mismas publicaciones de los chilenos, estará Ud. al cabo de las causas que determinaron el desastre de Huamachuco, que se resumen en la desgracia y la fatalidad que siguen castigando implacablemente este desdichado país, y a pesar del incomparable denuedo de los pocos que me acompañan, Huamachuco, estimado amigo, es el combate en que se ha ostentado por jefes, oficiales y soldados el valor peruano, y lo había escogido para fin de mi carrera.

Después de aquel fatal desastre, vine decidido a retirarme de la escena pública; pero me encontré con cartas de Montero y comunicaciones oficiales en que me hacía los mayores ofrecimientos y se me pedía en nombre de la patria que reorganizara mi ejército, poniendo desde luego a mi disposición las fuerzas comandadas por el coronel Luna que se me aseguraba constaban de 500 hombres de infantería, un escuadrón de caballería, y también un batallón "Unión" que formaba en el cuzco el coronel Falconí; además se me anunciaba que estaba en marcha un contingente de armas y no bajaría de dos mil con sus respectivas municiones; y a este respecto el Ministro previno a los prefectos del tránsito, que tuvieran lista la movilidad necesaria.

Yo que a parte de mis deseos tengo con el país compromiso de no excusar ningún sacrificio en su servicio, y comprendiendo la necesidad de sostener la defensa en el centro para mantener dividida la atención de las fuerzas del enemigo, acepté el cargo, y sin perder un momento me puse a trabajar.



Parece increíble, pero desde luego principié a convencerme de la poca circunspección del gobierno. No fijemos la atención en que la decantada división del coronel Luna, no se componía sino de 300 hombres y 60 caballos, pero sí en que casi al mismo tiempo que a mí se me escribía poniendo a mi disposición los elementos citados, se ordenaba por el ministro que la fuerza del coronel Luna, regresara sobre Arequipa a marchas forzadas; al coronel Falconí se le daban instrucciones contrarias, y aquello de las armas no era sino una farsa.

Afortunadamente tomé a tiempo el mando de la fuerza del coronel Luna y sobre esta base tengo ya 1,000 hombres perfectamente armados y organizados, y otros expeditos para armarlos con los rifles que esperaba. A mi llamamiento todos los pueblos se han levantado quizá con mayor ardimiento que antes, y aún se mantienen con las esperanzas que les he infundido en virtud de la palabra del gobierno. A este respecto es preciso hacer constar que la decisión y patriotismo de los pueblos sobrepasa toda ponderación; esas pobres masas que siempre hemos mirado con desprecio por su triste condición y su ignorancia, dan hoy a las clases ilustradas, ejemplo de abnegación, de valor y de patriotismo; si se encuentran partidarios de la paz a todo trance, es sólo entre la gente acomodada por el deseo de salvar su fortuna que es su única mira. Con esta buena disposición de los pueblos, con sólo parte de las armas ofrecidas, se puede hacer prodigios. Lo prueba la manera cómo han hostigado a la división que ha penetrado hasta Ayacucho; especialmente en Huanta les han dado formal batalla con pérdidas considerables de uno y otro lado. Los indios de Ayacucho, Huancavelica y Junín están en gran efervescencia y sólo esperan mi aproximación para lanzarse sobre el enemigo.

He escrito con bastante franqueza a Montero y espero su contestación: si me manda los elementos que le pido, recobraré el centro, y si no lo hace así, es muy probable que vaya personalmente a Arequipa a entenderme con el gobierno, pues Ud. comprenderá que si no consigo elementos para hacer la guerra con buen éxito, todo será un fracaso.

La inacción del gobierno de Arequipa es cosa que me espanta. Yo reconozco en Montero muy buenas prendas; pero lastimosamente está dominado por un pequeño círculo de personas que nada valen ni nada significan, pero que ofreciéndose como su mayor sostén predominan sus consejos. Estos no ven más que su conveniencia y lo defienden a costa de lo más sagrado del país. Le hacen creer que si yo formo un gran ejército, valdré más que él, y estas necedades prevalecen como si no fuera suficiente las pruebas de desprendimiento que siempre he dado. El desencanto es grande, y a este respecto me escriben de todas partes de la república. Yo también veo que así marchamos a una completa ruina; y deseo que mueva Ud. todos los resortes posibles para hacerle



comprender a Montero sus propias conveniencias y las de la patria que exige otra actitud de su parte.

Creo pues, que aún es posible conseguir muchas ventajas, y es preciso que no se pierda la fe tan completamente para transigir con toda exigencia de parte del enemigo [...]. Le ruego que influya Ud. también en este sentido.

Indicaré a Ud. también que por la prensa y de todos modos sea propalado que yo no he solicitado salvo conducto del jefe chileno. Sírvase Ud. desmentir esta especie que trata de dañarme.

A. Cáceres.

Agregaremos a esta transcripción de la carta, que en esa época compartía la dirección de *El Comercio*, el Dr. Luis Carranza con el Dr. Antonio Miró Quesada. Carranza fue un gran patriota, ferviente admirador y colaborador del general Cáceres que desde *El Comercio* luchó a favor de la campaña de la Breña y de su jefe, interviniendo personalmente en varias ocasiones en la lucha; fue uno de los grandes entre los civiles que se glorificaron en la campaña de la Breña al lado del general Cáceres. Por eso en la persona del Dr. Luis Carranza Ayarza, queremos sintetizar nuestro más agradecido homenaje a los civiles, muy numerosos y olvidados que participaron valerosamente en la campaña de la Breña.

ANEXO 38

PROCLAMA DE DEL CANTO DESPUES DEL COMBATE DE CONCEPCION

Soldados del ejército del centro:

Al pasar por el pueblo de La Concepción habéis presenciado ese lúgubre cuadro de escombros humeantes, cuyo combustible fueron los restos queridos de cuatro oficiales y setentitrés de tropa del batallón *Chacabuco, 6º de línea.* Millares de manos salvajes fueron autores de tamaño crimen; pero es necesario que tengáis entendido que los que defendieron el puesto que se les había confiado eran chilenos, y que fieles al cariño a su patria y animados por el entusiasmo de defender su bandera, prefirieron sucumbir todos, antes que rendirse a turbas desenfrenadas.



Los que perecieron en Concepción en defensa de los intereses de nuestra querida patria y de la tranquilidad de ese pueblo ingrato, han obtenido la palma del martirio; pero una y mil veces benditos sean, puesto que su valor y sacrificio les ha dado derecho a la corona de los héroes.

Amigos chilenos:

Si os encontráis en igual situación a los setentiséis héroes, sed sus imitadores y entonces agregaréis una brillante página a la historia nacional y haréis que la efigie de la patria se presente una vez más con el semblante risueño en símbolo de gratitud por los hechos de sus hijos.

Si llegareis a combatir con los hombres de la nación peruana, acordaos en todo caso de los hermanos que tan valientemente se sacrificaron en Concepción, pero no olvidéis los rasgos generosos de que siempre habéis hecho uso, para con ese prójimo de la humanidad degradada.

Tarma, julio 16 de 1882

E. del Canto.

ANEXO 39

CARTA DEL CORONEL RECAVARREN

El coronel Isaac Recavarren en una carta que envió al general Cisneros, el 17 de agosto de 1883, narra cómo cayó herido, y le dice:

... Hay algo que quisiera aquiete el espíritu, y atenúe un tanto el pesar; ese algo es el valor llevado al heroísmo de nuestras desgraciadas legiones ... ¿cómo se ha peleado?; ¡con valentía!; ¡con firme convicción de sucumbir!. Un momento de suprema desesperación al verlo todo perdido, me obligó a ponerme a la cabeza de uno de mis batallones, el Pucará; atravesé la pampa en medio de un mortífero fuego. Escalé la posición enemiga casi inexpugnable por su altura e inclinación, y dejando un reguero de cadáveres, llegué a veinte metros de la cima. Allí ni el enemigo, ni nosotros pudimos sostenernos en pie, el esfuerzo nos mantenía postrados en tierra a unos y a otros. En ese supremo instante



en que la atmósfera se obscurecía con el plomo y el humo, sólo quedaban ya tres hombres a caballo que hacían supremos esfuerzos por llegar al término de tan pequeña distancia. ¡Escrito estaba nuestro negro destino!. Una bala hirió de muerte a mi amigo leal, valiente y nunca bien llorado, el joven Emiliano Vila que hasta entonces era el único que no se había separado de mi lado. Minutos después, una bala postró en tierra al coronel Leoncio Prado y casi simultáneamente caí yo. ¡He allí la victoria consumada por el enemigo!. Viéndome en tierra nuestros pocos soldados, acorralados por un fuego vivísimo a 20 metros de distancia, empezamos a ceder el campo.

Por un acto providencial pude montar a caballo, lo mismo que el coronel Leoncio Prado, y descendiendo del elevado cerro, llegué a la pampa, emprendí su travesía en medio de la caballería que se divertía cediendo a sus instintos feroces en su asesinar a nuestras legiones dispersas. Al tomar la pampa fue que encontré al buen general Dn. Andrés A. Cáceres que en esos momentos bajaba con mi cuarto batallón, el *Tarma*, del elevado cerro en que se había encastillado con su ejército. Un grupo de leales caballeros, subalternos míos, se apoderaron en ese momento de mí y me acompañaron hasta ahora.

Cuánto han sufrido en esa brega y penosa travesía. ¡Y cuántas atenciones y esmerados cuidados me han prodigado!. No les hablaré de mis propios sufrimientos harto crueles, porque ese recuerdo me hace daño. Los nombres de los jóvenes son: el mayor Augusto Soto, particularmente, el capitán de ingenieros José Favio Rodríguez, y los siguientes clases de ejército: Serpa y Odriozola, un sargentito del Pucará, García - a quien le hice oficial en Huancayo-, hacía fuego a mi lado en momentos que caí ...



CARTA DEL CORONEL RECAVARREN

El coronel Isaac Recavarren en una carta que envió al ... Cisneros, el 17 de agosto de 1883, narra cómo cayó herido, y ...

... Hay algo que quisiera aquiete el espíritu, y atenúe un ... pesar; ese algo es el valor llevado al heroísmo de nuestras desgra... legiones ... ¿cómo se ha peleado?, ¡con valentía!; ¡con firme con... de sucumbir!. Un momento de suprema desesperación al ver... perdido, me obligó a ponerme a la cabeza de uno de mis batall... Pucará; atravesé la pampa en medio de un mortífero fuego. ... posición enemiga casi inexpugnable, por su altura e inclina... dejando un reguero de cadáveres, llegué a veinte metros de la ci... ni el enemigo, ni nosotros pudimos sostenernos en pie, el esfue... mantenía postrados en tierra a unos y a otros. En ese supremo i...



INDICE GENERAL

TOMO I

I LA PATRIA EN PELIGRO

II LA CAMPAÑA DE LIMA



III INICIACION DE LA CAMPAÑA DE LA BREÑA

IV LA OFENSIVA CHILENA

V ACCIONES GUERRILLERAS MAS IMPORTANTES DE LA REGION CENTRAL




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

TOMO II

VIII OPERACIONES DE LA COLUMNA TAFUR

IX REORGANIZACION DEL EJERCITO DEL CENTRO

X LA CAMPAÑA DEL NORTE





ANEXOS




FUENTES HISTÓRICAS DEL PERÚ

La *Campaña de la Breña* se
terminó de imprimir el mes
de abril de 1993.

